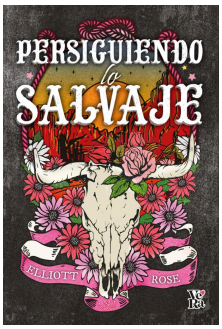
PERSIGUIENDO lo SALVAJE



Vera



Un romance prohibido, intenso y adictivo.

Una veterinaria queda atrapada por una tormenta de nieve en un rancho remoto de Montana junto al único hombre con el que definitivamente no debería fantasear: el atractivo y enigmático padre de su exnovio.

Siempre he hecho lo que se esperaba de mí.
Layla Birch, la chica buena.
Obligada a madurar demasiado pronto. A encargarme de todo yo sola.
Tenía un plan para mi vida.
Solo que no contaba con él. Colton Wilder.
Un vaquero mucho mayor que yo.
Mi hombre soñado.
El que me cuida, me da trabajo y hace que mi pulso se acelere cada vez que se acerca.
El padre de mi exnovio.
Las noches son largas y frías en lo alto de esta montaña.

A medida que la nieve se acumula y la tensión entre nosotros aumenta, los dos nos acercamos más y más a una línea que no deberíamos cruzar.
Cada día resulta más difícil resistirse al hombre que me mira con deseo en los ojos.
Por primera vez, es tentador olvidar lo que significa ser la chica buena.
Nadie lo sabría… ¿verdad?

ELLIOTT ROSE es autora superventas de romance prohibido y deliciosamente oscuro. Vive en una pequeñísima localidad costera, en el sur de Aotearoa, Nueva Zelanda, junto a su pareja y tres perros rescatados.
Se la puede encontrar con una infusión humeante en la mano, un cuaderno rebosante de ideas o paseando por la playa.

PERSIGUIENDO *lo* SALVAJE



VeRa

Para los lectores dispuestos a calarse el sombrero, subirse al asiento trasero y disfrutar hasta olvidar el propio nombre.
Jefe Colt tiene un lugar en su camioneta reservado para vosotros.

Introducción



Hola, querido lector.

Bienvenido a Crimson Ridge.

Para los que deseéis adentraros a ciegas en este libro, por favor tened en cuenta que esta historia tabú es ficticia.

Es un romance de vaqueros entre una chica y el padre de su exnovio. Es parte de una serie, pero puede leerse de forma independiente y tiene un final feliz.

Si hay detonantes o contenido que preferirías evitar, por favor lee con cuidado la lista que sigue.

Aviso de contenido

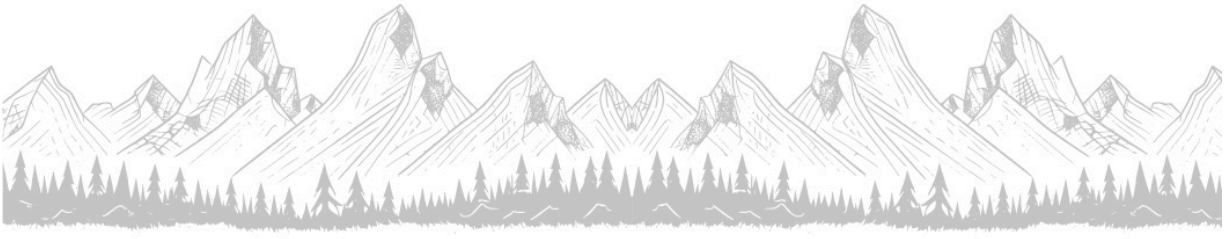


Este libro incluye, entre otros, los siguientes temas: muerte de padres y de abuelo (fuera del relato, histórico); suicidio (fuera del relato, histórico); sangre; cacería; armas; ganado herido; violencia animal; conversaciones sobre salud mental que incluyen un ataque de pánico (en el relato); crianza negligente (fuera del relato); demencia (fuera del relato); embarazo no deseado (fuera del relato, histórico); adicción a las drogas (fuera del relato); conversaciones sobre abuso sexual (fuera del relato con una breve alusión en el relato); y sexo explícito (que incluye fetichismo de fecundación y juegos con semen).

Puedes escribir a la editorial para obtener más información o especificaciones sobre el contenido.

Playlist

«Home», Good Neighbours
«Levii's Jeans», Beyoncé y Post Malone
«Thinkin' Bout Me», Morgan Wallen
«Older», Isabel LaRosa
«Just Breathe», Pearl Jam
«My Hero», Foo Fighters
«Too Sweet», Hozier
«If She Wants a Cowboy», Zach Byan
«Daytime Friends Nightime Lovers», The Nashville Sound
«The Kind of Love We Make», Luke Combs
«I'm On Fire», Bruce Springsteen
«Sundown», Gordon Lightfoot
«Run On», Jamie Bower y King Sugar
«Wild as Her», Corey Kent
«Too Good to be True», Kacey Musgraves
«Daylight Savings», Kidd G
«Fearless - The Echo», Jackson Dean
«Tennessee Whiskey», Chris Stapleton
«Throw Your Arms Around Me», Eddie Veder y Neil Finn
«Black dog», Led Zeppelin
«Everlong (acoustic)», Foo Fighters
«Empty Heart Shaped Box», Bensen Boone
«Girl from the North Country», Bob Dylan y Johnny Cash
«NFWB» Hozier
«Like a Stone», Audioslave
«Wildest Dreams (Taylor's Version)», Taylor Swift
«Beautiful Girl», INXS



Capítulo 1

Layla



Directo al buzón de voz. Otra vez.

Exhalo mi frustración y apoyo la frente contra el volante.

Por el amor de Dios, necesito que mi exnovio atienda el teléfono por una vez en su puta vida.

Con la cabeza contra el plástico ardiente, me llevo el teléfono al oído e intento llamarlo por quinta vez. Aprieto los ojos porque ya sé lo que va a pasar, pero de todas formas insisto. Esta vez ni siquiera suena, va directo al contestador automático.

O ha perdido el móvil, o el cargador, o se ha hundido en el fondo de una botella.

O todo lo anterior junto.

Kayce Wilder era un puro ojos azules con hoyuelos y encanto de vaquero... hasta que dejó de serlo.

Le agradezco a cada puta estrella en el firmamento que solo hayamos durado seis meses. En el momento en que podríamos haber considerado que éramos novios, nuestra relación (si es que se le puede llamar así) ya había terminado.

No lo encontré con el rostro enterrado entre medio de unas tetas, pero tenía mis sospechas. Kayce no era cruel ni violento, y tampoco tenía malas intenciones. De hecho, era de esos borrachos felices que pueden caer rendidos en cualquier rincón. Y ese era el problema: un vago alcohólico que vivía de su cara bonita mientras se emborrachaba hasta perder el conocimiento un martes a las tres de la tarde.

Todo ese talento para el rodeo y los grandes sueños con los que me deslumbró la noche en que nos conocimos parecen una broma cuando se comparan con quién es Kayce en realidad. Cuando logré ver detrás del telón, me encontré con un niño asustado y entendí que había perdido el tiempo con él.

Mi experiencia es uno de mis mayores atributos. Me alegra haber desperdiciado medio año de mi vida y no seis.

O algo peor.

Me estremezco, a pesar del sudor que me corre por la espalda con este calor agobiante.

Imagina si me hubiera quedado embarazada de alguien así.

Qué horror.

Y, si algo definía nuestra relación, era eso: el sexo. Nada del otro mundo, vale aclarar. Él era cariñoso, yo también, y eso bastaba para tolerar un sexo bastante mediocre. Ahora que lo pienso, ni siquiera hablábamos mucho.

Entre las horas que yo me pasaba trabajando en el bar y las horas extra que sumaba entre clases, no me quedaba mucho tiempo para citas ni para salir. Pero, cuando lográbamos quedar, era fácil terminar en la cama. Kayce era divertido. Me hacía reír. Y, como yo solo quería olvidar los problemas que me afligían, bastó con esa mirada pícara de ojos azules para convencerme. Me prometía a mí misma que por la mañana le diría que resolviera sus asuntos, que tirara la basura, que lavara sus malditos platos.

Dios, qué alivio no volver a casa y encontrar el fregadero repleto de platos sucios.

¿Pero quién es la tonta sentada en un coche que parece un horno, con el asiento trasero lleno de cajas con las porquerías que dejó en mi apartamento?

Kayce estaba «en transición» de casas, así que me ofrecí a guardarle como una idiota algunas cosas hasta mudarse. Estuvieron en mi armario durante meses mientras terminaba las prácticas como veterinaria, pero ahora estoy de camino a un nuevo trabajo, a un nuevo pueblo, y necesito cortar con este tipo de una vez por todas.

Mi primer impulso, cuando no respondía mis llamadas, ni mis correos, ni los mensajes de Instagram, fue tirar todo al contenedor detrás del edificio. Qué inútil de mierda. Pero al revisar las cajas encontré sus álbumes de fotos de la infancia, diplomas escolares y premios de campeonatos ecuestres infantiles: recuerdos de cuando vivía en el oeste con su madre.

Hasta donde sé, tuvo una madre pésima, y de eso entiendo bien. Pero algo me dice que algún día va a querer tener esos recuerdos. Hoy en día, el mayor amor de la vida de Kayce se vende embotellado, pero tal vez en un futuro se arrepienta de no haber cuidado de estas cosas.

Por más que ahora no las valore.

Golpeo el móvil contra mi frente. Piensa. Mierda.

Lo único que tengo es una dirección garabateada en un pósit que me dio hace siglos, más o menos cuando decidimos separarnos. Ni siquiera sé si sigue viviendo ahí, en este pueblecito perdido en medio de la nada en Montana. Él es todavía más nómada que yo, y eso es mucho decir. Lo que sí sé es que está cerca y esa es la única razón por la que sigo aparcada a un lado de la carretera.

Crimson Ridge queda de paso hacia mi próximo trabajo y, qué sorpresa, esto es típico de Layla Birch: la chica buena y tonta de siempre, parando en este pueblo para hacerle un favor a mi ex solo porque me queda de paso.

Él sabe que no tengo mucho dinero (la historia de mi puta vida) hasta empezar en el nuevo puesto, pero de todos modos iba a tener que pagar esta gasolina para llegar al pueblo donde empiezo a trabajar el lunes.

Así que mientras me derrito en este coche, con los rizos cobrizos pegados al rostro por el calor, veo cómo la tarde de verano se despliega perezosa a mi alrededor. Como si yo no formara parte del mundo en el que viven chicas de mi edad. Frente a mí, en el parque,

un grupo de muchachas en pantalones cortos diminutos y sujetadores de bikini se ríen tumbadas sobre el césped. Se apoyan en los codos, cuchichean entre ellas y clavan la mirada a los vaqueros que bajan de sus enormes camionetas cuando aparcan en la ancha calle principal.

En días como hoy, siento que tengo mil años, no veinticinco.

Reviso otra vez el teléfono, actualizo las notificaciones por si Kayce ha respondido alguno de mis mensajes o correos en los últimos dos minutos. Solo quiero una respuesta. Que me diga si va a estar en el pueblo para que nos encontremos.

Por el amor de Dios. Nada todavía.

Mordiéndome el interior de la mejilla, revuelvo en mi cartera buscando la dirección. Rezo para que no se haya borrado ni roto. El pósit amarillo está un poco descolorido, cubierto de migas que sacudo con la mano, y más arrugado que la última vez que lo vi. Por suerte, todavía es legible.

La letra horrible de Kayce garabatea en tinta de boli azul: *3488 Devil's Peak Road, Crimson Ridge*.

Parece sacado de esas películas de terror en las que el asesino –un tipo con gabardina y motosierra– persigue a la chica por el bosque.

Parece que voy a tener que conducir hasta el reino de los campesinos ignorantes. Porque no me iré con esas cajas en el coche. Aunque tenga que dejarlas tiradas en su porche para que las encuentre cuando regrese de su última borrachera.

–A la mierda con esto –maldigo en voz alta y pongo el coche en marcha.

Hay muy poco tráfico, me enderezo para buscar la estación de servicio que vi al entrar al pueblo. Es encantador. Me gustaría conseguir un trabajo en un lugar así cuando me gradúe.

Unos árboles altos bordean la ancha avenida principal, flanqueada por tiendas de madera estilo victoriano. Tiene una vibra parecida a Stars Hollow, como si hicieran todo el tiempo reuniones comunitarias, concursos anuales de calabazas gigantes, festivales de sidra en otoño y bailes de verano bajo el cielo estrellado al ritmo de una banda en directo, rodeados de lucecitas colgantes.

El gran logo rojo y blanco que dice «Gasolinera Crimson Ridge» aparece ante mis ojos, giro para entrar y subo por la rampa. Mi pequeño coche parece una hormiga al lado de las camionetas y las Chevy que se ven por aquí.

Me detengo junto al surtidor y despego los muslos del asiento al salir de mi asiento. Puaj. La tela de la camiseta se me pega a la parte baja de la espalda, y tengo que colocarme bien discretamente los *shorts* que me están cortando la circulación de las piernas.

Este es uno de esos pueblos diminutos, casi fantasma, que todavía permiten a los clientes cargar combustible antes de pagar en la caja. Qué tiernos.

Presiono «Llenar» y empiezo a cargar, aprovechando para arreglarme el cabello. Lo suelto y dejo que los rizos cobrizos se sacudan sobre mis hombros antes de volver a atármelo en un moño descuidado. Hace demasiado calor como para llevar el cabello suelto. Claro, esta camiseta blanca y estos pantalones cortos gastados se verían geniales con el pelo largo cayendo sobre un hombro; pero hoy tengo que ser práctica y hacer lo que hay que hacer. No he venido a impresionar a nadie. Menos que menos a Kayce, si es que llego a encontrar a ese imbécil.

Detrás de mí, aparca una camioneta negra imponente. Una de esas Dodge realmente grandes. Elegante como un caballo de carreras, resistente como un buey, y de un tamaño demencial. En el surtidor de al lado, mi pobre Honda parece de juguete. Siento una opresión en el estómago. Hay algo irremediablemente atractivo en los tipos que conducen camionetas así.

De la manera más disimulada posible, intento ver en el reflejo de la ventanilla si llevo mal el cabello. No tiene sentido, porque solo tengo que llenar el depósito, sacarme de encima estas malditas cajas y seguir mi camino. Pero, de todas formas, me giro para espiar el vehículo aparcado junto al mío. Lo único que llego a ver cuando se abre la puerta es el ala de un sombrero vaquero negro y unos rizos oscuros revueltos.

El surtidor hace un ruido que me devuelve de golpe a la realidad antes de poder ver más, así que cuelgo la manguera rápido.

Por favor, Layla, compórtate.

Antes de entrar a pagar, echo un vistazo al marcador para revisar el total. Los números están rotos –típico–, pero sé cuánto suele costar llenar el depósito, y los ochenta y nueve dólares que me quedan en la cuenta llegarán sin problemas. Incluso me sobra para cenar ramen de microondas hasta que me paguen.

Empujo la pesada puerta de metal y suena un timbre metálico. Siento la ráfaga de un ventilador, pero enseguida me doy cuenta de que es aire caliente. Directo en mi rostro. Qué agradable bienvenida. El suelo está mugriento, y el espacio huele raro… una mezcla de gasolina y grasa.

Hay un tipo con cara de perro detrás del mostrador, lleva puesta una camiseta manchada y empieza a marcar en la registradora mientras camino hacia él.

–¿Solo el combustible? –pregunta con el ceño fruncido; tiene el pelo gris peinado hacia atrás y un tatuaje de estilo militar desteñido que le recorre el bíceps. Parece que desayuna y almuerza clientes.

–Sí, por favor –respondo con un tono alegre. Me esfuerzo por sonreír a pesar de su pésimo trato, y le muestro la tarjeta de débito. Señala con un dedo grueso el lector mugriento, que se enciende.

Apoyo la tarjeta hasta que suena y ya me estoy yendo cuando se aclara la garganta con más énfasis del necesario.

–Dice rechazada. –Me giro y su mirada me incomoda.

Por Dios. ¿Qué sería capaz de hacer este tipo si realmente intentara robar algo? Probablemente saltaría el mostrador y me rompería las rodillas con un bate de béisbol. Hasta aquí llegó el encanto de pueblo pequeño. ¿Por qué este imbécil deja que los clientes llenen su depósito antes si va a reaccionar así cuando pasa esto?

–Ah. –Siento el calor subir por mis mejillas y suelto una risa nerviosa. Sé que tengo dinero en la cuenta, pero en situaciones como esta no puedo evitar sentir un poco de vergüenza. No hay nada peor que la sensación de que alguien te deje en evidencia o te haga quedar como una fracasada.

Lo sé, es una tontería. Pero así me siento.

–Déjeme intentarlo de nuevo –digo forzando la sonrisa y volviendo a acercar la tarjeta.

El hombre-ogro masculla algo entre dientes y aprieta unos botones en la caja, hasta que el lector se ilumina. La forma en que me observa me pone la piel de gallina. Mi mano ya no tiene la misma firmeza cuando acerco con cuidado la tarjeta a la pantalla. Quizás fue un error de conexión o alguna estupidez así.

Vuelve a sonar. Levanto la tarjeta y ahí está, en mayúsculas negras bien claras, la palabra que no quiero ver: RECHAZADA.

–¿Tienes otro método de pago? –dice con tono acusador, exhala y golpea el mostrador con la palma. Qué imbécil.

–Eh… deme un segundo.

Se me cierra la garganta mientras revuelvo en mi bolso, como si el dinero que sé muy bien que no tengo fuera a materializarse de repente. Revisé mi cuenta esta mañana antes de salir y estaba segura de que me llegaba. Pero ahora estoy entrando en pánico y dudando de mí misma porque este tipo es un cretino total.

Mientras sigo buscando, lo oigo bufar con desdén.

–Sois todos iguales. Venís de fuera y creéis que podéis estafarnos. Si no puede pagar, señorita, va a tener que sacar la gasolina del depósito con una manguera.

Su grosería me deja muda, el sudor me empapa todo el cuerpo. Si no lleno el coche de gasolina y no llego a tiempo a mi trabajo mañana, perderé el puesto. Y, con él, se esfuman en un abrir y cerrar de ojos tres meses de facturas, gastos y cuotas de Evaline.

–Por favor… deme un momento.

A mis espaldas, oigo la puerta abrirse de golpe y el timbre metálico chillar. Oh, Dios. Ahora habrá testigos para disfrutar en vivo de mi humillación.

–¿Puedo probar con la tarjeta una vez más, por favor? –Trato de sonreír aunque me pican los ojos–. Sé que tengo dinero para pagar la gasolina.

Pero ahora sí que estoy sudando. Comienzo a dudar. ¿Y si me he olvidado de algún gasto?

El hombre niega con la cabeza mientras murmura algo sobre aspirar el combustible, sobre la falta de respeto y lo mucho que lo estoy molestando. Siento que me arde el rostro.

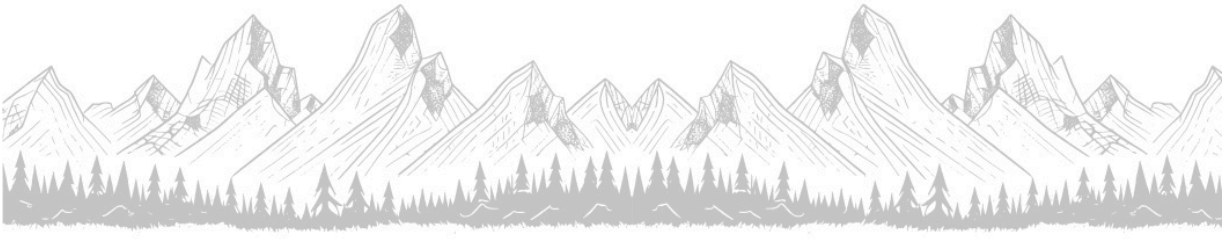
–Las chicas tontas no saben lo que es la responsabilidad. Siempre andan endeudadas. ¿El tuyo es el Honda del surtidor tres? –Me mira de arriba abajo con desprecio y apunta con el dedo–. Quédate ahí. No te atrevas a moverte. Ya me ocupo.

Estoy paralizada. Me tiemblan las manos. Este imbécil no sabe nada de mí ni de mi vida, y aun así se siente con derecho a hablarme como un idiota condescendiente. Siento que acaban de darme una bofetada; ha sido tan inesperado que me ha dejado sin aire.

Doy un paso atrás para dejarle espacio a la siguiente persona en la fila. ¿Qué mierda voy a hacer ahora?

Mientras me hundo en una espiral de vergüenza en esta maldita estación de servicio en medio de la nada, una voz grave y serena interrumpe:

–Por favor, Kurt. Tómate las pastillas del corazón. Yo pago.



Capítulo 2

Layla



Me quedo sin palabras.

El hombre que está a mi lado se adelanta y apoya su tarjeta en el lector. Todas las luces verdes se encienden indicando un pago exitoso, y el imbécil detrás del mostrador murmura algo que suena vagamente a «gracias».

Pero no es exactamente eso lo que me deja sin palabras.

Un desconocido acaba de pagar mi gasolina, y no creí que pudiera existir alguien así en la vida real.

Es robusto como una pared, y tengo que inclinar un poco la cabeza para poder abarcarlo por completo. Lleva puesta una camiseta negra desteñida que deja ver su cuello bronceado, los rizos oscuros y desordenados, y una barba corta con algunas canas.

Cuando se gira para mirarme, quedo atrapada en la intensidad de sus ojos avellana. Hay algo salvaje en él, y yo no soy más que un cervatillo obnubilado frente a los faros de un automóvil.

–Después de usted, señorita –dice con una voz que cae sobre mí como lluvia fresca después de un día caluroso, señalando

educadamente la puerta con algo en la mano. Cuando bajo la mirada, veo el sombrero vaquero negro que sostiene con una mano enorme.

Dios mío... esos pantalones Wrangler ajustados.

Este es el verdadero peligro de los pueblos pequeños: los vaqueros amables que te dejan sin aliento y luego te follan en el asiento trasero de su camioneta hasta hacerte olvidar tu nombre.

Balbuceo algo ininteligible y avanzo hacia la puerta. Todavía no entiendo muy bien qué acaba de suceder, pero me alivia escapar de la mirada de ese cretino que no volverá a ver un centavo mío en lo que le queda de vida.

Como buen caballero, el vaquero me abre la puerta. Es un gesto al que no estoy para nada acostumbrada; y menos viniendo de un extraño. En mi mundo, lo normal es andar esquivando tipos que intentan toquetearme a las dos de la madrugada.

Una vez fuera, el mundo vuelve a cobrar vida. Cantan los pájaros, pasa un camión, y se siente el aroma dulce del jazmín que trepa por la celosía del café de al lado.

–Gracias –escupo cuando logro volver a hablar–. No hacía falta. –Giro la cartera entre las manos.

El hermoso vaquero se pasa una mano por el cabello despeinado antes de volver a ponerse el sombrero. En el movimiento llego a ver las líneas de expresión alrededor de sus ojos que me indican que es más bien «mayor».

Definitivamente, no tiene veinte años. Probablemente está más cerca de los cuarenta.

Por Dios. Aprieto los muslos al mirarlo bien por primera vez. Apoya el hombro contra la caja de su camioneta gigante.

–No tiene sentido discutir con Kurt por un depósito de gasolina. Aprovecha cualquier oportunidad para compensar el tamaño de su pito.

Se me escapa una mezcla de tos y carcajada. Definitivamente no esperaba que la tercera frase que saliera de su boca incluyera la palabra «pito».

Pero no me quejo.

–Me dio la sensación de pito pequeño, ¿sabes? –digo mientras aprieto los labios. De inmediato, mi cerebro opina que este hombre es todo lo contrario. Pura pinta de pito grande.

Algo en mi respuesta parece divertirle. Me gusta la sensación que me provoca, como si quisiera seguir complaciéndolo.

–Bueno, gracias. Lo que hiciste fue muy caballeroso.

Entrecierra los ojos.

–¿Caballeroso?

–Eh… ya sabes –tartamudeo–. Cortés. De buen corazón.

–Siento que me estás llamando viejo. O anticuado.

Abro y cierro la boca un par de veces porque creo que lo he ofendido, pero entonces veo las arruguitas alrededor de sus ojos.

Me está tomando el pelo.

Por Dios. Encima tiene sentido del humor.

No es justo.

–Digamos que las chicas como yo no nos cruzamos muy seguido con hombres como tú, que se ofrecen a pagar un depósito de gasolina así, de la nada. –Hago un gesto con las manos entre los dos.

Él me sostiene la mirada con una firmeza que me obliga a tragar saliva.

–Entonces estás saliendo con los hombres equivocados.

No sé cómo lo ha hecho, pero me ha retado y me ha excitado al mismo tiempo.

–Ni me lo digas –respondo con una pequeña sonrisa. Mi mente vuela por un momento hacia Kayce y las cajas en el asiento trasero; un escalofrío me recorre al recordar el desastre en el que estoy atrapada. Todo por culpa de ese inútil. La definición de hombre equivocado.

Quiero preguntarle cómo se llama, pero algo me dice que no es buena idea. ¿Para qué quiero saber el nombre de este tipo? Ni que fuera a volver a verlo. A menos que… ¿A menos que qué? Podría ofrecerme a devolverle el dinero del combustible. Pero ¿para qué? Me queda casi un año de estudio y prácticas.

No puedo darme el lujo ni de pensar en citas o en cualquier cosa que no sea bajar la cabeza y trabajar sin parar durante los próximos

doce meses.

Parece uno de esos momentos que pueden cambiarte la vida. En otra realidad, si fuéramos otras personas, tal vez le preguntaría su nombre, y él el mío. En esa realidad tengo el trabajo de mis sueños, administrando establos y cuidando caballos todo el día, y puedo llenar un carro entero en el supermercado sin tener que revisar el saldo en mi cuenta bancaria.

Pero aquí estoy, de pie bajo un sol abrasador, con el sudor bajando por mi espalda y los muslos pegados entre sí; sin más en mi haber que una tarjeta rechazada y un depósito lleno gracias a la caridad de un extraño.

Mientras tanto, un vaquero bajado del cielo me observa apoyado contra su camioneta, que probablemente vale más que lo que gano en un año.

–Espero que esto no haya fastidiado tu visita a Crimson Ridge. –No despega de mí sus ojos color avellana. Aunque está mirando mi rostro, puedo sentir cómo analiza cada centímetro de mi cuerpo. Todo en mí se calienta bajo el peso de su atención.

–¿Y cómo sabes que estoy de visita? –inclino la cabeza, intrigada. Por alguna razón, sigue hablando conmigo en esta estación de servicio mugrienta, y yo ni atino a volver al coche. Además, siento que está coqueteando un poco.

Es cálido sin ser avasallante. No es atrevido, pero percibo la chispa entre nosotros, y estoy casi segura de que no me la estoy imaginando.

Levanta apenas una de sus cejas oscuras y señala mi matrícula con la cabeza. Pone «OLEANDER TOWN AUTO» porque me la dieron hace años en el concesionario donde lo compré.

–No usamos esas placas por aquí.

–Podría ser el coche de un amigo –respondo con picardía.

Esta vez, su mirada baja descaradamente por mi cuerpo, y cada centímetro de mí se enciende.

–¿Así que un amigo? –repite reflexivo–. ¿Con derecho?

Mierda. ¿Acaba de preguntarme si tengo novio?

–Eh… no. No hay ningún amigo –respondo, mordiéndome el interior de la mejilla–. En mi experiencia, los chicos de mi edad no

valen la pena.

Su mirada vuela hacia la mía. Oh, mierda, básicamente acabo de ponerme un cartel de neón que dice: «Por favor, fóllame, estoy soltera».

Se frota la mandíbula con el pulgar. Sigue apoyado contra la camioneta, y es tan apuesto que me voy a derretir. Cuando mueve el brazo, la camiseta se le sube un poco y deja ver un fragmento de piel bronceada sobre el cinturón de sus pantalones. ¿Estoy teniendo taquicardia? El corazón me retumba en los oídos.

Es impactante, aunque un poco rústico. Tiene un pequeño bulto en el puente de la nariz que debe traerle algún recuerdo. Es exactamente mi tipo, aunque nunca antes había conocido a alguien así en la vida real. Es tan magnético, atractivo y seductor que me provoca un cosquilleo en la piel.

–Bueno, si tienes pensado quedarte…, ¿qué haces este viernes por la noche? –El susurro grave de su voz me resuena en el pecho.

Pero, cuando proceso lo que dice o está a punto de decir, caigo de golpe en la realidad.

–Oh, no –niego con la cabeza, y su expresión se endurece–. Lo siento. No sé por qué he dicho eso… Estoy de paso. –Por Dios, qué estúpida soy. Me costó dos segundos insinuar algo, y ahora siento que soy la reina de las provocadoras.

En otra vida, podría haber sido Layla Birch, la mujer relajada que acepta la invitación de un desconocido a salir un viernes por la noche.

Podría ser la mujer que disfruta una charla casual con un hombre así de guapo entre copas, cruces de miradas, y el entusiasmo de no saber si la noche terminará en un encuentro íntimo; si ese «buenas noches» podría incluir un roce de labios y una danza sensual de lenguas.

Pero lo cierto es que estoy atrapada en una rueda de hámster llena de cuentas por pagar y una carrera en curso, sintiéndome eternamente más vieja de lo que soy.

Aunque debería estar besando a hombres irresistibles con ojos intensos y pelo rebelde.

–Bueno… –Se despega de la camioneta y, de repente, el aire entre nosotros se congela. Sus hombros se tensan bajo el algodón fino de su camiseta–. Que tengas buen viaje. –En un abrir y cerrar de ojos, coge las llaves del bolsillo trasero y avanza hacia la puerta de su camioneta, sin siquiera volver a mirarme.

Doy un paso hacia él.

–¡Espera! Tengo que devolverte el dinero del combustible. –Dios, acabo de fastidiarlo todo.

–No te preocupes –responde, subiendo al asiento del conductor y cerrando con un portazo.

La camioneta negra ruge cuando pisa el acelerador y sale disparado de la estación, dejándome ahí plantada, empapada en sudor, vergüenza y con el corazón por el suelo, hundido en el asfalto manchado de aceite.



Mi mal humor empeora cuando escribo la puta dirección en el mapa del teléfono y aparece un camino larguísimo que termina en un callejón sin salida. El pin rojo me devuelve la mirada como si fuera un dedo medio gigante.

Seguramente está mal.

Amplío la pantalla con los dedos. Ni siquiera es este pueblo de mala muerte. ¡Es Marte!

Está tan lejos que me dan ganas de llorar. Voy a gastar buena parte de la gasolina que el vaquero sexi acaba de pagar y que debía bastarme para ir y volver.

Kayce Wilder puede irse a la mierda. Seguro que escribió mal la dirección –muy típico de él–, así que decido apelar al recurso más antiguo: preguntar a los lugareños. Crimson Ridge es pequeño, alguien tiene que poder ayudarme. Eso sí, ni loca vuelvo a pisar esa gasolinera.

Aparco el coche bajo la sombra de los árboles que dividen la avenida y camino hacia el bonito café de al lado. El exterior está cubierto por flores del jazmín que trepan por el porche, dan sombra al camino y lo protegen del sol agobiante. Está bastante tranquilo, ya ha pasado la hora del almuerzo, y, cuando cruzo la entrada, una ráfaga de aire fresco me recibe como un regalo del cielo. Gracias a Dios. Siento cómo el alivio me relaja los hombros.

Detrás del mostrador hay una chica de mi edad lavando vasos, así que me acerco. Tiene el pelo negro lacio, largo, con las puntas decoloradas. Lleva una camiseta demasiado ajustada, pero, si así consigue mejores propinas, quién soy yo para juzgar.

A veces hay que hacer lo que hay que hacer.

No puedo opinar, considerando todos los lugares en los que he tenido que trabajar para sobrevivir.

–Disculpa –digo con mi sonrisa más amable–. ¿Puedes ayudarme con una dirección?

–Claro –responde mientras me observa y se coloca el paño de cocina en el hombro.

Masca chicle ruidosamente y me escanea de arriba abajo cuando me acerco, lo que me hace apretar los dientes. Pero no importa. No necesito que sea simpática. Solo quiero saber si este viaje al medio de la nada va a ser una pérdida de tiempo.

–Esta dirección, ¿sabes si es real? –Le muestro la pantalla del teléfono, con el pin plantado en medio del monte–. Digo, ¿hay algo ahí? Estoy buscando a un amigo, pero creo que la escribió mal.

La chica toca la pantalla y me mira raro: de reojo, como si supiera algo que yo no. Me incomoda, siento que estoy metida en una broma que no entiendo.

Sus labios se curvan en algo más parecido a una mueca que a una sonrisa.

–No eres la primera que intenta llegar a su casa. –Me devuelve el teléfono y se apoya en el mostrador, poniéndome literalmente las tetas en la cara. Como si marcara territorio.

La puta.

Kayce Wilder es un mujeriego profesional.

–¿Entonces sí que sabes cómo llegar? –le respondo con tono seco. Estoy a punto de explotar. Siento el impulso de dejarle las cajas ahí, en medio de la sala, para que se las entregue ella cuando lo vea.

Me sonríe con complicidad y hace chasquear el chicle.

–Puede que haya ido alguna vez. ¿Pero tú no eres muy joven para él?

¿Qué? No puedo lidiar con este nivel de ridiculez. Hace calor, necesito un vaso de agua helada y me he cansado de ser la chica buena.

–Mira, no es lo que piensas. Solo quiero saber si la dirección está bien, nada más. –Meto el teléfono en el bolsillo y le lanzo una mirada suplicante. Sí. Estoy oficialmente en mi punto más bajo: pidiéndole ayuda a una puta que claramente se acuesta con mi ex. O se acostó. O… qué sé yo. Solo quiero terminar con esto y seguir mi camino.

–Es esa, sí. Bien arriba, en la montaña. La carretera termina allí, así que no te puedes perder –responde mientras enjuaga un vaso sucio bajo el grifo–. Ojalá no te pierdas… porque, si no te come la fauna, te comerá la bestia. –Y dicho eso, se va hacia la parte de atrás del local con un movimiento de cabello innecesario.

De puta madre.

Me pongo las gafas de sol y vuelvo pisando fuerte hasta el coche, maldiciendo a Kayce y su talento para ser un inútil mientras sigo las instrucciones en el mapa.

La carretera me aleja del pueblo, y enseguida empiezo a subir lo que debe ser la cresta Crimson. Sigo mirando la pantalla apoyada en mi muslo, pero no hay forma de perderse: hay un solo camino que serpentea entre los árboles.

Si no estuviera tan de mal humor, estoy segura de que me parecería un lugar precioso. El bosque se extiende por las laderas con distintos tonos de verde, sin signos de casas ni personas. Solo naturaleza en estado puro, interrumpida únicamente por afloramientos de roca rojiza que se desploman en caídas verticales hacia los valles.

El contorno de la montaña recorta el cielo, como una navaja apoyada de lado. Iluminadas por la luz dorada del verano, las rocas

parecen de bronce. No puedo evitar imaginar lo espectacular que será en otoño, con las hojas rojas, amarillas y naranjas.

Subo más y más. Ya debo estar cerca de Devil's Peak. Logro divisar la forma de su cima irregular por encima de los pinos, rompiendo la línea del horizonte y atravesando las nubes.

Llevo conduciendo unos veinte minutos, y, cuando miro el teléfono, descubro que no tengo señal. Excelente. Aunque quisiera darme la vuelta y dejarle a Kayce un mensaje de voz bien venenoso contándole cómo he quemado sus álbumes de fotos, no podría. Y no quiero ni pensar qué pasaría si se avería el coche. Estoy atrapada. La única opción es seguir adelante o arriesgarme a cruzarme con algún loco con motosierra volviendo a pie al pueblo.

Una vocecita dentro de mi cabeza me recuerda que soy demasiado buena. Que él no se merece tanta consideración. Pero, aunque me arrepienta profundamente de haberme ofrecido a hacerle este último favor, sé que no voy a cambiar.

Soy así. Con lo bueno y con lo malo.

Justo cuando empiezo a pensar que esta locura no va a terminar nunca, siento la grava hacerse más gruesa bajo las ruedas y el camino cada vez más angosto; giro en la última curva y salgo a un claro entre los árboles.

Es una pequeña meseta con vista directa a Devil's Peak.

Piso el freno de golpe, boquiabierta por la sorpresa.

El camino de grava gira a la izquierda, hacia un arco de madera con un cráneo de vaca colgando del centro. Sigo por un sendero que lleva hasta un patio y un gran granero de madera que debe ser el establo. Más abajo, el terreno cae suavemente hacia un prado lleno de flores silvestres y césped crecido, donde llego a ver unos caballos pastando a lo lejos. Mis ojos van de un lado a otro, no sé a qué detalle prestar atención mientras freno frente a la fantasía perfecta de una casa en la montaña: hecha en madera y piedra, con unos ventanales enormes que dan al valle, un porche recorre todo el contorno y se extiende contra un fondo de pinos que se alzan por encima del techo.

No es una pocilga escondida entre las colinas.

Lo que contemplo es una obra de arte modernísima, diseñada para fundirse con el paisaje.

Cuando bajo del coche, el olor a heno y hierbas silvestres me acaricia la nariz. Los grillos cantan bajo el sol ardiente. Por suerte, aquí arriba corre la brisa fresca del bosque, y el calor es mucho más soportable que en el pueblo.

¿Cómo coño hizo Kayce Wilder para acabar en un lugar como este? Me lo imaginaba viviendo en una granja desvencijada, con un sillón manchado y ratones caminando por las paredes.

No en un rancho de lujo.

Unas letras de hierro cuelgan sobre las puertas dobles del granero y forman las siglas: D.P.R.

Devil's Peak Ranch.

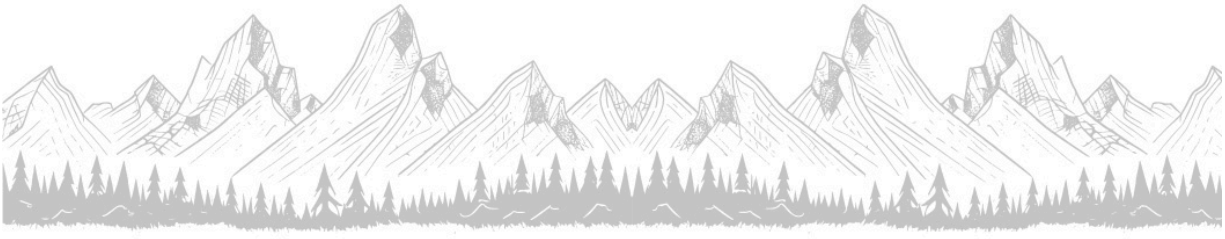
Una escalera de piedra ancha me lleva hasta la puerta principal, enmarcada por bloques de pizarra apilada en tonos grises y carbón. El olor a madera y césped recién cortado es glorioso. Alguien puso mucho esmero en este lugar, y yo no puedo dejar de admirarme mientras subo los escalones.

No hay timbre ni llamador –supongo que aquí no hacen falta–, así que levanto el puño y golpeo la puerta.

Antes de que llegue a bajar la mano, se abre de golpe y casi me caigo hacia adentro.

Me recibe una maraña de rizos oscuros, mojados, una piel bronceada y brillante, y un par de ojos color avellana que me atraviesan como un rayo.

Una toalla es lo único que cubre la desnudez del hombre frente a mí.



Capítulo 3

Layla



No sé cuánto tiempo me quedo mirándolo. Tengo frente a mí al hermoso vaquero que me pagó el tanque de gasolina en el pueblo. Está ahí, con una toalla colgando de sus caderas y un gesto asesino.

Nada tiene sentido.

¿Qué hace aquí?

¿Qué coño está pasando?

Sujeta la puerta con tanta fuerza que los nudillos se le ponen blancos; parece que está a un segundo de cerrármela en la cara.

Los dos parecemos atrapados en un limbo, clavados en el lugar, tratando de procesar lo que está ocurriendo. Su ceño fruncido me dice que no le gusta la sorpresa. De hecho, es tan fuerte la energía negativa que emana de su torso musculoso que me sorprende no haber salido rodando por las escaleras.

Debe ser su casa

Santo cielo… ¿este rancho es suyo?

Por la hostilidad con la que me recibe, entiendo que por algo vive aquí. No le gustan las visitas.

Y menos las inesperadas.

Siento la boca llena de arena y su mirada me empequeñece. Él, por su parte, es pura piel bronceada y cabello grueso, y una V que sigue por debajo de la toalla y que yo no debería estar siguiendo con los ojos.

–¿¡La mismísima Layla Birch!? –grita una voz pastosa, cortando la tensión como un hachazo.

Mi ex, Kayce, pasa junto al hombre de la toalla como si fuera su casa. Me levanta en un repentino abrazo de oso y empieza a girarme en el aire como si tuviera cinco años.

–¿Qué haces aquí, princesa?

Quiero preguntarle exactamente lo mismo. Está claro que este imbécil lleva bebiendo desde hace rato. Kayce solo me llamaba así cuando estaba borracho. Probablemente a mí y a todas las otras chicas con las que se acostó. ¡Cómo olvidar a la mujer del café!

–Kayce, bájame. –Estoy tan desconcertada que no puedo pensar con claridad.

–Oh, mierda, perdón. Ha sido culpa mía. –Me suelta, pero de inmediato pasa un brazo por mi cuello y me aprieta contra él. Se me eriza la piel. Sé que salimos. Sé que tuvimos sexo, pero ahora no quiero que me toque.

Necesito que me saque las manos de encima ya mismo.

En especial delante de este otro hombre.

Kayce me sonríe con el nivel máximo de encanto de ojos azules. Esa mirada que hace muy poco tiempo podía derretir mi interior y hacerme sentir tan especial, y que ahora no me mueve un pelo.

–Papá, ella es mi novia, Layla.

Mi cerebro y mi cuerpo se separan en dos dimensiones distintas.

¿Papá?

Me quedo boquiabierta, mirando al hombre semidesnudo frente a mí, que me clava una mirada ensombrecida y aprieta la mandíbula. Mis ojos se desvían una y otra vez hacia la toalla, como si hubiera caído en una especie de triángulo de las Bermudas vaquero. *Mayday*. *Mayday*. Los radares giran sin control, suenan todas las alarmas, la colisión es inminente. Cuando encuentren los restos de mi naufragio, no habrá supervivientes.

Un momento. No.

–No soy tu novia. Soy tu ex –corrijo a Kayce, recalcando un poco de más la palabra «ex». Me desprendo de su brazo y doy un paso al lado para dejar algo de espacio entre mí y Wilder junior.

Su padre –santo cielo, es su padre– me observa con una frialdad total. El vaquero encantador de hace un rato desapareció. Como si hubiera matado a esa versión suya que me hizo suspirar, y tirado el cadáver por el barranco por el que pasé en el camino.

–Salimos un tiempo –añado, como si fuera necesario dar más explicaciones. Las palabras me saben ácidas y torpes.

–Pasa, adelante. Qué genial. No puedo creer que estés aquí. Voy a buscar unas cervezas –dice Kayce, y va hacia la cocina. Siento la mirada del padre apuntándome como un láser. No puedo mirarlo. Todo esto es demasiado. Un auténtico día de mierda. Gracias por nada, universo.

–Hay que preparar los caballos. En una hora llega un grupo –espeta a su hijo el tipo de la cara de piedra. Sigue de pie en la entrada, bloqueando el paso, sin dejar de mirarme. No podría entrar aunque quisiera.

Estoy atrapada en medio de algo que no quiero entender.

–Sí, sí. Después –Kayce se lo saca de encima con un gesto, y yo me estremezco. También es un cretino con su padre. Qué sorpresa.

–¿Después cuándo? Ya deberían estar listos. El grupo de la noche reservó una cabalgata al atardecer.

–Me surgieron cosas –dice Kayce, que regresa con dos cervezas y me ofrece una. La rechazo con un movimiento de cabeza. Solo quiero dejarle las cajas y largarme lo más lejos posible de esta montaña.

–Por Dios, Kayce… –Su padre niega con la cabeza y parece que va a gritarle, pero se contiene. No lo culpo. Sé exactamente lo que siente.

Sin volver a mirarme, se retira hacia el fondo de la casa y me deja sola con Kayce Wilder, que tiene una cerveza en cada mano y cara de «yo no fui».



–¿¡Tanto te costaba responderme!? Tuve que subir una montaña para traerte tus porquerías –gruño, siguiéndolo mientras camina por el porche de madera.

Se encoge de hombros y no da explicaciones, ni pide disculpas. Así es Kayce. Su carisma y simpatía siempre le permiten salirse con la suya.

–Oficialmente has conocido a mi padre. –Cambia de tema y se desploma en una de las sillas del porche. Con una mano se pone bien la gorra sobre su cabeza y con la otra apoya la cerveza en la rodilla.

El lugar es acogedor. El porche es ancho, con rejas, y tiene varios sillones cómodos. Desde aquí se ven unos ventanales enormes al fondo, que seguro dan a las habitaciones. Las mañanas y las noches deben ser un sueño con esta vista hacia el sur que recibe sol todo el día.

Pero no pienso sentarme.

–Me cayó simpático –comento, moviéndome incómoda en mi lugar.

Kayce suelta una carcajada.

–¿Colton Wilder? ¿Simpático? Es el viejo más amargado que existe. Nunca baja de esta montaña de mierda; no hace más que trabajar de sol a sol –le da un trago a la cerveza.

De acuerdo, reconozco que su padre ha herido un poco mi orgullo cuando me ha ignorado de esa forma. No ha dicho ni una palabra. ¿Cómo puede ser que no haya hecho ninguna referencia a nuestro encuentro en el pueblo? Tal vez Kayce tiene razón y es un amargado. Al menos conmigo ha sido bastante grosero.

No sería la primera vez que alguien así de frío vive en una casa tan acogedora.

–No sé, a mí me parece un lugar muy bonito. –Me cubro los ojos del sol para contemplar mejor el campo bañado por la luz dorada de la tarde. Desde aquí no solo se ve el Devil’s Peak dominando el

horizonte, sino también la famosa Crimson Ridge, sobresaliendo entre los pinos como una cuchilla rojiza.

–No te dejes engañar. El verano es pura diversión y romanticismo, pero el invierno te quita las ganas de vivir. –Kayce se rasca la nuca–. Son meses enteros sin señal de teléfono, internet se corta cada cinco minutos y, cuando cierran los caminos después de las tormentas, no hay nada que hacer más que volverse loco en la oscuridad.

¿Aquí arriba tampoco hay señal? Cojo el teléfono y lo compruebo: cero barras. Eso al menos excusa un poco a Kayce en su incapacidad para responderme.

–Sí, y el internet de papá es una mierda. Odia la tecnología porque es un viejo gruñón y no cree que valga la pena vivir en el mundo real. Esto se parece mucho a una cárcel.

Cruzo los brazos.

–¿Entonces por qué viniste, Kayce? –¿Por qué se queda en un sitio que odia tanto? Su actitud de quejoso consentido me da ganas de patearle las pelotas. Yo daría lo que fuera por conseguir trabajo en un lugar así.

–Porque la cagué, princesa. No conseguí patrocinador para esta temporada. Mientras decido qué hacer con mi vida, papá deja que me quede y trabaje la temporada. Y, si estoy muy desesperado por dinero, tal vez me quede también en invierno.

–Suena genial. Me alegro por ti.

Suelta un bufido.

–Lo que no es tan genial es cómo me jode. Quiere compensarlo por haber sido un padre de mierda cuando era pequeño. Nunca nos hemos llevado bien. Así que, sí, una maravilla.

Ahora entiendo por qué nunca habló de su padre cuando estábamos juntos. También cobra sentido su ausencia en sus álbumes de fotos.

–¿Y no puedes quedarte con tu madre? –No sé por qué le sigo dando conversación. Kayce Wilder no es mi problema. No tengo nada que ver con él.

Sus ojos azules se ensombrecen cuando me mira.

–No. Ahí no vuelvo. –Sospecho que las cosas no deben estar bien si prefiere quedarse aquí antes que con su madre, y la firmeza con la que me responde lo confirma.

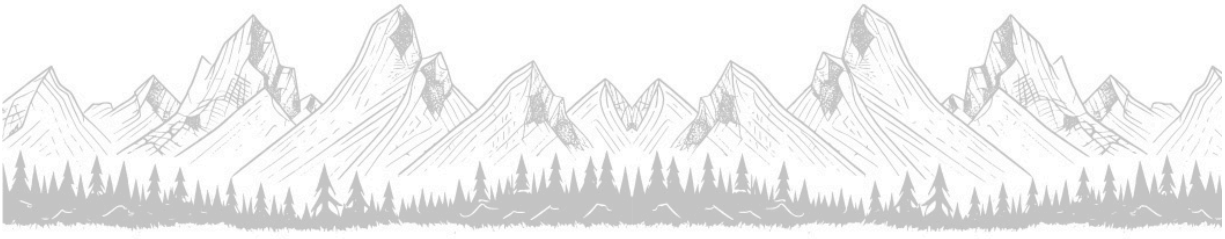
Es un sentimiento que conozco bien.

Se termina la cerveza de un trago y estira las largas piernas. Parece que mi ex planea pasar en esa posición toda la tarde. Y yo no tengo tiempo para su espectáculo de autocompasión.

Doy media vuelta y me encamino a las escaleras, gritándole por encima del hombro:

–Suelta la cerveza, Kayce. Necesito que vengas a buscar unas cajas.

Estoy más que harta de sus payasadas. Y de esta situación confusa con su padre sexi de la que todavía no me recupero. Necesito huir de aquí. Y, cuando deje una nube de polvo detrás de mí, no quiero volver a ver jamás a ninguno de los Wilder.



Capítulo 4

CINCO MESES DESPUÉS

Layla



–Tu currículum es excelente, Layla. Sería un placer que te sumaras a Shipton Stables durante el invierno.

Cierro los ojos y agradezco en silencio al techo de mi coche mientras aprieto el teléfono contra mi oreja.

–¿Estás segura de que empezar en esta época del año no te representa un problema? Muchas personas de tu edad siguen de vacaciones, y no podemos guardarte el puesto si hay algún retraso. Necesitamos cubrirlo cuanto antes. –La señora al otro lado del teléfono suena firme, pero amable.

Y la entiendo. De verdad.

Está al frente de un negocio, y conseguir estudiantes de veterinaria para las prácticas de invierno con contratos temporales que empiezan y terminan cada pocos meses debe ser, como mínimo, complicado. Sin contar que acaba de terminar el caos de Navidad y Año Nuevo y toda la mierda que eso conlleva. En esta época abunda

la gente que se ausenta por supuestas enfermedades, o ni vuelve a aparecer; yo sé muy bien lo que es tener que cubrir reemplazos de última hora por culpa de esos idiotas.

Me está pidiendo con muchísima amabilidad que no la cague.

–No, estoy absolutamente segura. Puedes contar conmigo. –Nada dice más «Estoy desesperada y sin un centavo» como tenerlo todo empaquetado antes de que te confirmen el puesto. Las pocas pertenencias que llevo arrastrando desde el verano pasado están metidas con precisión quirúrgica en el maletero de mi coche, listas para salir de este mugroso aparcamiento de motel.

Básicamente, estaba esperando esta llamada. Ella no tiene por qué saber que el trabajo que me habían prometido se cayó justo antes de Navidad y que quedé en el limbo durante todas las fiestas.

Estas últimas semanas he tenido que vivir de mis escasos ahorros hasta conseguir un puesto en una clínica veterinaria –cualquiera que fuese– en plena temporada alta. Así que, cuando Shipton Stables publicó una búsqueda urgente, me importaron poco las tres horas de viaje. Solo necesitaba que me aceptaran.

–Perfecto. En ese caso, tendremos la documentación lista para que la completes al llegar, y tu primer turno está programado para las ocho de la mañana de pasado mañana.

Charlamos un poco más sobre detalles básicos de la capacitación antes de cortar. Apoyo el móvil contra mi pecho y me dejo caer en el asiento con un suspiro de alivio.

Gracias, Shipton Stables, y gracias a la amable recepcionista cuyo nombre ya he olvidado.

Tengo trabajo.

Mientras hablaba, se ha formado escarcha en el parabrisas. Giro la llave y espero a que la calefacción empiece a funcionar. Muevo los dedos frente a la rejilla de ventilación; el frío duele como navajas.

Una de las primeras cosas que voy a comprar será un par de guantes nuevos.

Pero tengo que aguantar una semana más hasta el primer pago de Shipton, y debería bastar para cubrir las cuotas de Evaline. Abro el correo y respondo al hilo que vengo manteniendo desde hace semanas con la administración. Tuvieron la amabilidad de darme una

prórroga en el pago de diciembre, pero eso significa que en enero debo pagar el doble.

Escribo un mensaje breve explicando que ya he conseguido trabajo y que podré saldar la deuda esta misma semana. Luego le mando un correo a mi tutor de carrera para avisarle que tengo la nueva práctica asegurada, adjunto el contacto del lugar, su página web y los datos que necesitan registrar.

Un paso más cerca de graduarme en agosto y, título en mano, conseguir un puesto estable en algún lugar.

No tengo un plazo fijo para completar las prácticas, pero sí se exige un mínimo de doce meses de experiencia en el campo para obtener la certificación. Este invierno estoy corriendo una carrera contrarreloj para convertirme en veterinaria profesional. Y, con eso, tener un sueldo fijo, horas garantizadas, seguro social y estabilidad laboral. No puedo darme el lujo de tomarme mi tiempo, como otros estudiantes de mi edad que sobreviven a base de trabajos temporales y hacen horas extras en un bar para complementar.

La presión financiera de mantenerme a mí misma y cuidar de la mujer que fue más madre que mi madre me está ahogando lentamente, día tras día. El hogar donde vive Evaline es el único lugar capaz de brindarle la atención que necesita, pero no es barato.

Necesito este trabajo, y necesito sobrevivir siete meses más hasta poder graduarme.

Mientras espero que ceda la rigidez de mis dedos congelados, el teléfono vibra sobre mi regazo. Sin mirar la pantalla, atiendo, esperando que sea Shipton Stables para darme algún detalle más.

–¿Hola?

–¿Hablo con la señorita Birch? –Una voz cortante al otro lado.

Se me retuerce el estómago. No es la misma mujer con la que hablé hace un rato.

–Sí, soy Layla Birch –respondo mientras miro el identificador de llamadas.

Número privado.

Genial. Me recrimino en silencio por atender. Estas llamadas me dan terror, y suelo mandarlas directamente al buzón. Solo llaman por una razón: deudas.

–Habla Bonnie Wilton, de Gratitude Finance. –Frunzo la nariz como si hubiese pisado mierda. Hasta el nombre de la empresa suena turbio. ¿Gratitud por qué? ¿Por estafarte con préstamos exprés y tasas de interés usureras? Son unos buitres.

La buena noticia es que nunca había oído hablar de ellos y jamás pediría un préstamo en un lugar así. Deben haberse equivocado de número.

–Lo siento, creo que hay un error –digo sin ganas. Me estoy congelando y quiero salir cuanto antes a la carretera hacia mi nuevo trabajo.

–¿Su último domicilio registrado es 3488 Devil's Peak Road, señorita Birch?

¿Por qué me suena tan familiar?

–En el pueblo de Crimson Ridge –insiste.

Se me cae el alma al suelo.

–Eh… No. –Mi estómago se retuerce como pez fuera del agua mientras me viene a la mente la imagen de Kayce la última vez que lo vi, en el porche bebiendo cerveza.

–Bueno, nuestros registros indican que tiene un saldo pendiente de dos mil quinientos ochenta dólares. Y que no ha pagado las últimas tres cuotas. –Piensa que estoy mintiendo. Lo noto en su tono.

–No soy yo. Les juro que no pedí ningún préstamo.

–¿Puede probar su domicilio actual? –Escucho el tecleo del otro lado.

Mierda. Mierda. Mierda.

–Lo que pasa es que estuve…

–Necesitamos copias de facturas de servicios de los últimos seis meses o algo que acredite su residencia actual para verificar que no es usted. –Ni me deja terminar. Está harta. Me deja bien claro que ha oído esta historia mil veces.

Me tiemblan las manos. ¿Ha dicho dos mil dólares?

–De no poder presentar esa documentación, deberá saldar el total completo. Si no, pasaremos a la etapa de acción legal.

Creo que voy a vomitar.

Kayce Wilder es hombre muerto.

–¿Puedo preguntar cuándo se pidió ese préstamo? –No hay forma de que pueda pagar eso. Ni tengo por qué hacerlo. Pero a esta gente no le importa quién, qué o cómo. Van a venir por mí, por cada dólar que he reunido, y se lo van a llevar todo, más los intereses usureros que creen que les corresponden.

Silencio. Solo escucho su teclado mientras busca la información.

–Es clienta nuestra desde mayo del año pasado.

Hago cuentas rápido. Un mes antes de que Kayce y yo termináramos. Para ese momento, llevaba casi un mes y medio viviendo gratis en mi apartamento.

Qué mierda de persona.

–¿Y cuánto tiempo tengo para pagarlo? –Estoy entumecida. Ya no siento nada. Solo sigo el guion.

–Como lleva tres semanas de atraso, ya expiró nuestro período de tolerancia para ofrecer prórrogas o planes de pago –dice sin expresión–. Intentamos contactar con usted varias veces al número que declaró, pero no recibimos respuesta.

Siento el ardor de las lágrimas en el fondo de mi garganta.

–Está bien. Solo dígame la fecha límite, por favor.

Más teclas. Creo que hasta escucho un suspiro al otro lado. Para ella, soy solo un número en un ordenador. Un número al que puede perseguir, hostigar y amenazar con acciones legales.

Trago saliva.

Nada de esto es culpa mía. Ese préstamo jamás debería haber sido aprobado a mi nombre. ¿Qué va a pasar con mi futuro si esto mancha mi historial? Tengo veinticinco años y trabajo como una esclava para sobrevivir. No salgo, no vivo. ¿Y esto es lo que me toca?

La bronca empieza a hervirme por dentro.

–Debe pagar la suma completa antes del diez de enero. Aceptamos transferencias bancarias o depósitos. No tarjetas.

¿Una semana para juntar más de dos mil quinientos dólares?

–Bueno.

–Le he enviado un mensaje de texto con mis datos. Puede llamar a mi extensión si necesita algo. –Justo entonces vibra el teléfono con el mensaje.

–Bueno.

Tengo la mente en llamas.

–Felices fiestas, señorita Birch –dice sin expresión.

Y cuelga.

Me quedo sentada en un aparcamiento helado, sintiendo el peso de un elefante sobre mi pecho.



Aprieto el volante con todas mis fuerzas, imaginando que es el cuello de Kayce.

–Quiero romperle esa carita de mierda y darle una patada en los huevos. No. Mejor dicho, quiero colgarlo de los huevos y castrarlo como a un toro.

Le grito al teléfono mientras grabo un mensaje de voz desquiciado para mi mejor amiga, Sage. Necesito que alguien sepa a dónde voy para tener una referencia de por dónde empezar a buscarme si desaparezco.

–El muy imbécil pidió un préstamo a mi nombre sin avisarme, y después se olvidó de pagarlo. Y, como era de esperar, su número directamente no existe. Es el peor. ¡EL PEOR!

Por supuesto que no hay línea cuando intento llamarlo. Porque vive ahí arriba, en una montaña perdida en medio de la nada, escondido de la vida y de todas las responsabilidades que conlleva ser una persona adulta.

–Con razón no consiguió patrocinador y tuvo que bajarse del circuito de rodeo. Qué inútil. –Le pego al volante con la palma de la mano–. Así que, si tienes que salir a buscar mi cadáver, es porque en vez de ir directa a mi nuevo trabajo, tengo que desviarme hacia Crimson Ridge, un pueblucho diminuto, enterrado en este invierno de mierda, porque no voy a permitir que se salga con la suya. Te aviso que estoy canalizando a mi Sage Maloney interior y soy capaz de arrancarle los ojos con mis propias manos.

Mi mejor amiga es intensa, extrovertida y sería capaz de despedazar a Kayce si yo se lo pidiera. Es mi hermana de la vida, crecimos prácticamente juntas porque su familia vivía al lado de Evaline, a quien llama tía Evie desde que tengo uso de razón. Pasamos la infancia y adolescencia corriendo de una casa a la otra como salvajes. Siempre me recibieron con los brazos abiertos, con total libertad, entre fiestas de pijamas eternas, jornadas de estudio y meriendas en ambas casas.

No tengo más opción que plantarme en ese rancho y exigirle hasta el último dólar.

Por suerte, me queda más o menos de camino a Shipton Stables. No está exactamente de paso, pero puedo hacer un desvío hacia las montañas sin perder demasiado tiempo.

Llego, resuelvo este desastre, y me voy.

Tal vez después de sacarle los ojos le deje mis dedos marcados en la mejilla como recuerdo. O lo puedo atropellar.

–Bueno. Chau. Te mando un mensaje cuando termine; seguramente no tenga señal cuando escuches esto. Deséame suerte, sargento. Te quiero. Y, si me detienen por lesiones graves, por favor paga la fianza, porque ambas sabemos que el naranja va fatal con mi color de cabello. –Aprieto el botón rojo para terminar la llamada y lanzo un suspiro furioso.

Mientras conduzco por el ancho bulevar del pueblo, al que había venido por última vez en pleno verano, veo que el invierno se ha apoderado por completo de este lugar. Las luces de los comercios están encendidas y las persianas metálicas levantadas, pero, aunque es mediodía, el cielo sigue oscuro y sombrío, como si el sol no se hubiese despertado.

Los árboles que hace cinco meses estaban rebosantes de hojas verdes, ahora se ven completamente pelados. Miles de ramas finas se entrelazan en siluetas retorcidas contra el cielo gris. Casi no hay vehículos aparcados y, desde luego, nada de chicas guapas tomando el sol en el parque. Solo montículos de sal a ambos lados del camino y un silencio inquietante flotando en el aire.

Tengo la dirección en la pantalla del teléfono, pero recuerdo de memoria el camino a Devil’s Peak, como si hubiera ido ayer.

Y también recuerdo a quién vi la última vez que estuve aquí.

Colton Wilder.

Durante estos cinco meses, he repasado la conversación que tuvimos en la estación de servicio unas cien veces. En los momentos de calma, especialmente cuando estoy acostada sola en la cama, mi cabeza vuelve a ese día y analiza cada detalle como si fuera una autopsia emocional. ¿Leí mal todas las señales?

Tal vez. Es probable. Ugh.

¿Por qué me cuesta tanto quitarme a ese hombre de la cabeza? En general, cuando termino de repasarlo todo, me convenzo de que lo acosé, le robé dinero y después lo atosigué hasta que tuvo que correr por la calle principal para escapar de mí.

Ah, y después lo seguí hasta su casa. Como una acosadora.

Sí. Eso explicaría su actitud gélida y la mirada asesina cuando llamé a su puerta. Debería agradecer que no me hubiera echado de su propiedad apuntándome con una escopeta.

Cuando soy más autoindulgente, recuerdo el calor de sus ojos color avellana. Todavía puedo escuchar el murmullo grave de su voz cuando bromeábamos. Puedo ver perfectamente las venas de sus manos mientras se pasaba los dedos por el cabello, antes de ponerse ese maldito sombrero de vaquero que debería estar prohibido por ley de lo sexi que es.

Mi corazón da un vuelco cuando recuerdo que me dijo que tuviera cuidado con los hombres y cuando me preguntó si hacía algo esa noche.

Claro que a eso le siguió una frialdad absoluta cuando me bloqueó la entrada a su casa.

Frunzo la nariz al recordar lo incómoda que me sentí.

Cretino.

A medida que el camino serpentea montaña arriba, los montículos de nieve se hacen más densos y el termómetro cae en picado. Esta vez me parece mucho más peligroso subir la montaña.

Ni mi pobre coche ni sus ruedas están preparados para soportar estas condiciones, pero avanzo como una posesa.

Cuando por fin llego a la entrada del rancho Devil's Peak, siento que vuelvo a respirar. Unas nubes violetas se agrupan en el

horizonte, y la cima parece pintada enteramente de blanco sólido. La mayoría de los árboles a esta altura están cubiertos con una capa de nieve, como espolvoreados con azúcar glas. Pero la casa y el patio están despejados. Al menos por ahora. A juzgar por esas nubes, parece que viene una buena tormenta.

Salto del coche y aporreo la puerta. Estoy furiosa, lista para apuntar a mi ex con toda la artillería. Los últimos kilómetros han sido pura charla motivacional interna, repasando todas las formas creativas que tengo de despellejarlo vivo.

Mientras cruzo el patio, noto que todo parece más vacío. La última vez que estuve aquí, había varios vehículos. Ahora solo veo a lo lejos una enorme camioneta negra, que debe ser la de Colton Wilder.

¿Y si Kayce no está? Me desanimo un poco. Empiezo a considerar dar media vuelta e irme con el rabo entre las piernas.

–¿Estás perdida o qué? –grita una voz ronca desde el granero. Estoy a mitad de camino hacia las escaleras cuando reconozco una silueta caminando en mi dirección.

El padre de mi ex lleva un abrigo de esos impermeables, y una gorra descolorida con la visera hacia atrás. Tiene sangre en las manos y en un lado de la cara. Sus ojos avellana están encendidos. Pero no es eso lo que detiene mi corazón, sino el cadáver ensangrentado que lleva colgado sobre los hombros.

Un ciervo sin cabeza, con el vientre abierto. El olor metálico me pega de lleno en la nariz.

Detrás de él, una estela de sangre marca el camino en la nieve.

Por mi trabajo, estoy más que acostumbrada a la parte dura de vivir en el campo. La muerte es parte del día a día cuando trabajas como veterinaria de animales de granja. Pero verlo a él cargando un animal recién asesinado me resulta más violento de lo que esperaba.

Arroja el cadáver a la caja de la camioneta y se gira para mirarme. Está pintado de rojo, y el olor es más abrumador cuando se acerca. En el suelo se acumula un charco espeso y oscuro donde debería estar la cabeza del ciervo.

Su mirada se posa en mí y en mi coche destartalado. Lo reconozco en su rostro: ya sabe quién soy.

–¿Está Kayce? –pregunto con un nudo en el estómago.

–Pensé que ya no estabais juntos –dice, lanzando un cuchillo gigante junto al animal destripado. La hoja todavía brilla, cubierta de sangre. No puedo dejar de mirar a la pobre criatura ahí tirada, abierta como si fuera carne de carnicería.

–Así es. –No tengo ganas de hablar de esto con él. Estoy demasiado incómoda. Necesito resolver el asunto financiero y huir antes de que se desate la tormenta. No es necesario vivir en una montaña para saber que, con la altitud, las cosas se vuelven más extremas y pueden cambiar de un segundo a otro–. Solo... necesito hablar con él.

–¿Te dejó embarazada?

Por Dios. ¿Qué coño?

Decir que me quedo sin palabras es poco. ¿Quién se cree este imbécil?

No sé si mi silencio lo convence o qué, pero se planta frente a mí con los brazos cruzados. Me mira con la misma expresión helada de meses atrás. Y ahora, encima, está cubierto de sangre, una escena salida directo de una película de terror.

–Kayce no está. Búscalo en los bares del pueblo. –Y, sin más, pasa a mi lado, sube las escaleras y se saca las botas en la puerta.

Increíble. In-cre-í-ble.

Un copo de nieve aterriza en el dorso de mi mano, y ese beso helado me reactiva de inmediato.

–De acuerdo –murmuro, girando sobre mis talones hacia el coche. Tengo la mandíbula tan apretada que siento que me voy a romper una muela. Abro la puerta con más fuerza de la necesaria.

El cretino me observa desde la entrada, como si fuera un guardia esperando que me vaya.

Lo haré con placer, idiota.

Meto la llave, pongo marcha atrás sin mirar y salgo disparada. El calor que trepa por mi nuca se mezcla con la furia.

Al doblar la primera curva, la nieve empieza a caer más fuerte en el retrovisor, y la silueta del rancho se desvanece tras los pinos.

Qué pérdida de tiempo. Ahora tengo que volver al pueblo y revolver cada rincón de Crimson Ridge hasta dar con el imbécil de mi ex.

Sigo mortificada por el tono con el que me ha hablado y que haya asumido cosas sobre mí sin conocerme.

Ojalá se me hubiera ocurrido algo ingenioso para responderle. En vez de quedarme ahí plantada, con la boca abierta como una idiota.

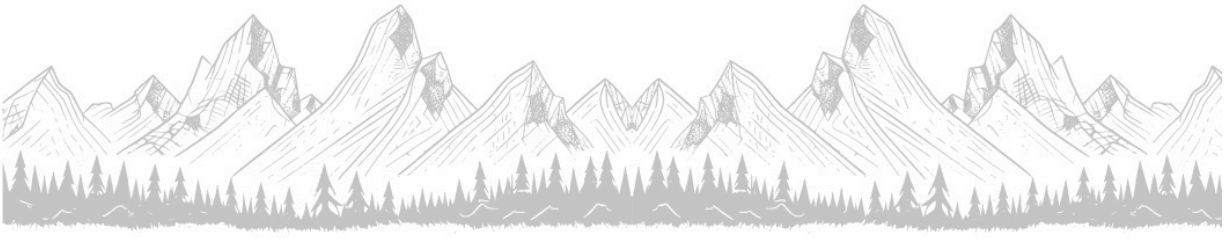
El camino se curva más adelante y me adentro en el bosque. Pero, al comenzar el descenso, el coche tiembla bajo mis pies. El corazón se me sube a la garganta cuando las ruedas patinan y cobro consciencia de lo empinado que es el camino, con un oscuro barranco a un lado.

El temblor empeora, el coche ruge; piso el freno y me voy a un lado. El automóvil se detiene con un chirrido infernal y un golpe siniestro. Sale humo del capó. Se oye el sonido de metal chocando entre sí, un golpe seco, y las luces del salpicadero se encienden todas al mismo tiempo.

–No. No, no. Vamos, vamos. –Rezo a lo que sea que proteja los coches. Giro la llave. Nada. Silencio absoluto y olor a aceite quemado. Mi Honda se queda ahí, tan muerto como el ciervo que he visto en la camioneta de Colton Wilder hace unos minutos.

Mientras tanto, la nieve se acumula en el parabrisas y en pocos segundos ya no puedo ver el capó.

Estoy en apuros.



Capítulo 5

Colton



Hay una chica que tiene casi la mitad de mi edad de pie en la cocina, con los ojos hinchados y rojos. Parece que va a golpearme o a derrumbarse como un castillo de naipes.

–Solo necesito llamar a una grúa. Por favor. –No quiere saber nada de sentarse, aunque ya le he ofrecido varias veces un taburete junto a la isla de la cocina.

Suspiro hondo y apoyo ambas manos sobre la encimera. Intento mantener la vista en su rostro y no pensar en que la chica de la gasolinera está aquí.

Está aquí. En mi cocina.

–No hay ninguna posibilidad. Está cayendo demasiada nieve –gruño.

Revisa su teléfono por décima vez desde que la hice pasar. Por el rabillo del ojo, veo cómo la capa blanca en la barandilla del porche crece a cada segundo.

Por supuesto que la mierda de coche que tiene se ha averiado. No me sorprende. Lo que me asombra es que haya logrado subir hasta

aquí.

Apenas llegué a colgar el ciervo, ducharme para limpiar la sangre de mi cuerpo y vestirme cuando volvió a aparecer. Golpeó la puerta principal, congelada porque vino caminando hasta aquí desde el lugar en que la dejó su coche. Estaba seguro de que no la volvería a ver.

–Mira. No puedo quedarme tirada aquí. Tengo que presentarme en un lugar mañana, y necesito encontrar a Kayce antes de irme del pueblo. –Tiene esa mirada que ponen los caballos cuando algo los asusta.

Cualquiera creería que está huyendo de algo.

Pero no es mi problema. ¿Kayce ha vuelto a meter la pata? Qué sorpresa. Nunca ha sabido cuándo parar, ni cómo dejar su puta polla dentro de los pantalones.

Que esta chica haya aparecido dos veces en cuestión de meses me pone los nervios de punta.

Solo hay un motivo por el que las chicas como ella aparecen de la nada queriendo «hablar».

–Si pudieras remolcarme…

–Lo siento. Aunque pudiera llevarte hasta el taller, para entonces la nieve ya estaría asentada. No puedo arriesgarme a quedar atrapado en el pueblo.

–Pero... No nos llevaría tanto tiempo…

Me mira con esos ojos verde musgo, suplicantes, y la amargura me quema la garganta. Este no es mi problema.

–Escucha, cariño. No sé qué lío tienes con mi hijo, pero yo tengo un rancho que cuidar y animales que atender. Si bajo contigo a la ciudad, no podré volver hasta que limpien las carreteras, y eso puede llevar semanas.

Su rostro palidece y veo cómo se le ensanchan las fosas nasales.

Mala suerte. La verdad a veces duele.

–Oh, por Dios. No me puede estar pasando esto. –Lo dice en voz baja, abriendo y cerrando los puños, más para sí misma que para mí. Entonces se da media vuelta y va hacia la puerta. No tengo ni idea de qué cojones piensa hacer, pero la nevada ha empeorado mucho desde que subió caminando.

–¡Eh! –le grito. No sé si no me escucha o si me está ignorando.

Me aprieto el entrecejo, de pie en la cocina. No voy a seguir a una chica que ni siquiera conozco. ¿Amiga de mi hijo? ¿Novia? Por Dios. Bien podría ser una loca fanática del circuito de rodeo.

Tal vez solo necesita un momento. Vivir aquí arriba es un desafío en sí mismo y ahora encima tengo que pensar qué demonios hacer con esta invitada sorpresa, varada bajo mi techo hasta que pueda echarla de la montaña.

Por Dios. Kayce no podría haber elegido peor momento para desaparecer con sus amigos del pueblo, ¿no? En mi mente, ya le estoy partiendo la cara al muy inútil.

Repaso mentalmente la lista de lo que tengo en casa mientras peino mi cabello con una mano. Estamos bien de provisiones gracias a la última visita que hice al pueblo, el congelador está lleno, y estoy seguro de que alguna habitación tiene sábanas limpias. Si no, da igual: puede dormir en la que usa Kayce. Al fin y al cabo, siguen juntos.

Pensar en eso me oprime el pecho. No puedo quitarme a esta chica de la cabeza desde aquel día en la gasolinera, en verano.

Y resulta que es la chica de Kayce.

Llevo meses intentando reprimir nuestro encuentro, pero verla otra vez, tan de repente, ha hecho que el recuerdo vuelva con más fuerza.

Debería enterrarlo bien hondo.

Se oye un aullido agudo, seguido de un portazo. ¿Qué demonios? Corro hacia el recibidor y veo la silueta de sus hombros desvanecerse entre los copos de nieve que se arremolinan en la entrada.

Solo lleva puesto un jersey fino y vaqueros. Por Dios, ¿quiere morir o qué? Claro, Kayce no iba a pillarse una normal.

Cojo mi abrigo y otro extra del perchero junto a la puerta, y salgo disparado tras ella.

–¿¡Qué cojones crees que haces!? –le grito al viento mientras me pongo el abrigo y las botas. Pero sigue bajando los escalones como si su vida dependiera de ello, y tengo que acelerar el paso para llegar a ella antes de que haga una estupidez.

La alcanzo en la entrada, la cojo del brazo y la giro hacia mí. Reconozco al instante la expresión de su rostro. Conozco demasiado bien esa máscara helada.

Mierda.

Puños cerrados; boca entreabierta como si no pudiera respirar; la mirada vidriosa de ojos verdes. Aunque estoy justo frente a ella, no me está viendo.

Lo sé por experiencia.

–Ven aquí –murmuro, envolviéndola con el abrigo. Pero está rígida como una tabla, y no es por el frío.

Los ataques de pánico nunca son agradables. Pero, en medio de una tormenta de nieve, bajo cero, quedarse paralizada así puede ser mortal.

Maldigo a mi hijo con todas mis fuerzas mientras la llevo de nuevo a casa y la siento en el sillón más cercano al fuego. Con cuidado, le coloco la cabeza entre las piernas y voy a buscar algo a la despensa. Por Dios, esto es lo último que necesitaba.

Cuando vuelvo, no se ha movido. Sus dedos siguen apretados como garras. Hace un ruido desesperado, casi como un gorgoteo, y, aunque tengo que ir a ver a los caballos, mantener vivo el fuego y revisar las alertas del clima, no puedo dejarla así, hiperventilando.

Hago lo que puedo para calmarla, la animo a sentarse más erguida, le coloco una bolsa de papel sobre la nariz y la boca, y le acaricio la espalda en círculos.

No es la solución perfecta, pero es lo que tengo a mi alcance para intentar controlar esta situación de mierda.

–Respira lenta y profundamente. Estás bien –le digo. Veo cómo la bolsa se infla un poco y luego se vacía–. Despacio. Una respiración profunda. Otra vez.

Nos quedamos así un rato. Acompaño a una extraña en un ataque de pánico mientras pienso en todas las formas posibles de matar a mi hijo.

Sus respiraciones se van haciendo más profundas, y finalmente empieza a aflojar los puños. Dejo la bolsa a un lado. Le cojo una mano. Luego la otra. Le masajeo los dedos tensos, ayudándola a estirarlos.

Su cuerpo apenas se relaja bajo mis palmas. La guío con suavidad por el hombro para que se siente más erguida.

–Inhala contando hasta cuatro. –No me mira a los ojos. Y no me sorprende.

A mí me pasaba igual. A veces, el «después» era la peor parte.

Cuando estoy seguro de que ya ha salido del ataque, voy a buscar un vaso de agua y un paquete de gominolas que tengo escondido al fondo de la despensa.

Regreso a la sala y me inclino frente a ella con el vaso en la mano.

–¿Bebes un sorbo? –Asiente, lo coge con ambas manos y se lo lleva a la boca sin mucha seguridad–. Bien. Ahora come esto. –Le ofrezco un par de ositos de goma mientras dejo el vaso en la mesa de café–. Y ni se te ocurra moverte.



Paso al menos quince minutos intentando hacerle llegar un mensaje a Kayce. Por ahora, el wifi funciona. Pero el muy idiota seguro que se ha quedado sin batería, así que ni se va a enterar del correo que le acabo de enviar. Por supuesto, tampoco me ha respondido ni ha devuelto la llamada que le hice por la radio del camión. Le advertí sobre el pronóstico y el riesgo de quedarse atrapado en el pueblo, pero de todas formas salió hoy temprano.

Ahora tengo un problema aún más grande, y está sentado en mi sala.

Lo que sea que esté viviendo esta chica es suficientemente grave como para hacerla colapsar con un ataque de pánico, y tengo un muy mal presentimiento sobre el lío en el que se ha metido.

Demasiadas sensaciones antiguas y conocidas me recorren el cuerpo. Recuerdos de luces fluorescentes, olor a desinfectante, el chirrido del calzado en los pasillos del hospital y el pitido constante de las máquinas a toda hora.

Las ganas de morir por un error estúpido que cometí a los diecisiete años, cuando pensaba que era indestructible.

Me di cuenta de lo equivocado que estaba nueve meses después, cuando llegaron las consecuencias.

En mi puño, la radio crepita, y una voz grave y distorsionada por la estática invade la oficina diminuta que está justo frente a la cocina. Allí guardo el ordenador, los papeles, todo lo que no me gusta del negocio del rancho, pero que igualmente debo hacer. Aunque algunos crean que este aparato es obsoleto, en la montaña es de lo más confiable que tenemos.

Puede ser la diferencia entre la vida y la muerte.

–¿Todo bien allá arriba, tío?

–Stormand –gruño como respuesta.

–Deja de joder con eso de «Stormand», Wilder.

No puedo evitar una leve sonrisa al escuchar su gruñido. Hay algunos chicos que vienen a ayudarme cuando lo necesito, pero Storm es la única persona en esta montaña con quien me sentaría a tomar una cerveza sin dudarlo. Tiene un pasado difícil como el mío y no habla mucho, lo que nos viene bien a ambos. Es el único herrador en el que confío para mis caballos, y en su época era domador de toros profesional. Un loco de remate.

Cuando las carreteras están limpias, viene a herrar a los caballos, los prepara para la temporada de verano, y, a cambio, yo lo ayudo en su propiedad si necesita algo.

Hace mucho que vive solo también.

Y después de todo lo que ha pasado, no lo culpo por ser aún más ermitaño que yo.

–Ya hay mucha nieve aquí abajo. Seguro que allí está todo bloqueado.

Storm confirma lo que me temía. Si la tormenta ha castigado tanto su zona, es porque es algo gordo. Él vive a menor altitud, pero al otro lado del valle. No somos vecinos, pero, en este entorno, estamos lo bastante cerca como para llamarnos así.

–Las rutas de montaña están cerradas. Hablé con Hayes hace un rato –sigue Storm.

El *sheriff* Cameron Hayes es un buen tipo. Otro al que considero amigo y con quien sí me tomaría una copa y conversaría un buen rato. En invierno trabaja como un burro para que la montaña esté despejada lo antes posible, además de encargarse de todo en el rancho de su familia. Siempre me mantiene al tanto de las condiciones. Sobre todo cuando quedamos incomunicados.

Sé que se preocupa por los viejos cascarrabias que vivimos solos en esta zona, como Storm y yo. Es como una mamá pato.

–Parece que va a mejorar pronto. Solo nieva hasta mañana.

–¿Estás bien de provisiones? –le pregunto. Se ha pasado la vida domando toros como un loco, pero no sabe cuidarse a sí mismo.

Storm vive al límite, y no creo que le importe nada más que los caballos y el sexo casual.

–¿Qué pasa? ¿Vas a venir cabalgando hasta aquí para arroparme, bombón?

–Vete a la mierda.

Se ríe.

–¿Necesitarás ayuda para el próximo arreo?

–Si puedes arrastrar tu trasero hasta aquí, sabes bien que no me voy a negar.

Es una bendición contar con la ayuda de gente como él. Aunque en general puedo con todo solo, hay ciertos trabajos con el ganado que requieren asistencia. Storm maneja los caballos como si lo llevara en la sangre. Además, mis otros ayudantes son estúpidos. Demasiado jóvenes. Saben montar, sí, pero me siento cada vez más viejo con ellos, y ellos me parecen cada vez más infantiles.

Intercambio unas palabras con Storm –ninguno de los dos es muy conversador, por suerte–, y tengo toda la información que necesito.

A pesar de la intensidad de esta tormenta, va a pasar rápido. Eso significa que las cuadrillas deberían despejar la montaña pronto. Con algo de suerte, me dará tiempo a hacer una escapada al pueblo a buscar más provisiones y llevar el vehículo de esta chica al mecánico.

Considerando que estamos en el extremo de la carretera, eso podría ser dentro de dos semanas, con suerte. Mañana le ofreceré bajarla a caballo por si quiere buscar alojamiento en Crimson Ridge.

Tal vez sea lo mejor mientras espera a que saquen su coche de la montaña, pero que se olvide de conducir durante un buen rato.

Y esta noche... bueno, nadie va a ninguna parte en medio de este temporal. A menos que quiera morir.

Devuelvo la radio a su base y vuelvo a la sala. La chica no se ha movido, tal como le ordené. Solo contempla el fuego y parece completamente agotada. Pero al menos ha tomado agua, ha comido algo dulce y se la ve abrigada.

–¿Estás bien? –Cojo un par de leños más del montón junto a la pared y alimento el fuego.

–Creo que sí. No lo sé. –Tiene una aspereza en la voz que me resulta muy sexi y mi cuerpo reacciona de una forma completamente inapropiada llevando la sangre directo a mi entrepierna.

La chica está pálida, temblorosa, apenas si ha logrado recomponerse, y yo pensando en cómo sonaría su voz jadeando mi nombre en la oscuridad.

No me sorprende que mi mente vaya ahí. Era obvio. Nunca me había pasado algo así, pero he pensado tanto en ella durante los últimos meses que es lógico que todas mis fantasías y deseos me estallen en la cara.

Para obligarme a mantener un poco de autocontrol y decoro –por lo menos quiero hacer el esfuerzo de no quedarme viéndola sin disimulo– me siento en la repisa de hormigón que enmarca la chimenea y me inclino hacia delante, apoyando los codos en las rodillas. Me concentro en mis manos, observo las arrugas de mis nudillos.

–¿Quieres contarme qué ha sido todo eso? –Sueno arisco, pero es que no sé hablar de otra forma, especialmente con alguien tan dulce, tan bonita y tan joven. Debe tener la misma edad que Kayce, veinticinco como mucho.

Definitivamente, entra en la categoría de «demasiado joven».

Por dentro, me estremezco. ¿Qué coño estaba pensando el día que la vi en la gasolinera? Parecía mucho mayor y era fácil hablar con ella... No entiendo cómo llegué a considerar la posibilidad de invitarla a salir.

Con el rabillo del ojo, la veo fruncir los labios y sacudir la cabeza con suavidad.

–No es nada. Solo que mi vida está explotando frente a mis ojos.

La chimenea cruje y chisporrotea, llenando el silencio.

–¿Y por qué tanta prisa por marcharte? –Aún no estoy seguro de que esto no tenga que ver con que está saliendo, o salió, con mi hijo.

–Mañana empiezo un nuevo trabajo. –Bebe otro pequeño sorbo de agua–. Tengo cuentas por pagar y asuntos pendientes. No quiero sonar como la inútil que probablemente crees que soy. Te juro que trabajo muy duro. Pero, evidentemente, tengo muy mala suerte.

–Como cuando te rechazan la tarjeta en un área de servicio. –Mis ojos la recorren, pero ella tiene la mirada clavada en el suelo. Es una mirada rápida. Me la permito con la excusa de comprobar que está bien. Nada más.

Tengo derecho a mirar a alguien que necesita mi ayuda, ¿no? Solo estoy siendo responsable y atento.

Ella suelta un suspiro resignado.

–Exactamente.

–Pero eso no explica por qué viniste a buscar a Kayce. –No puedo evitar mirar de nuevo su abdomen. No parece embarazada, pero todo indica...

–Él y yo... –Las palabras se le enredan–. Teníamos una cuenta conjunta, y necesitaba retirar mis ahorros para cubrir unos gastos imprevistos hasta cobrar mi primer sueldo. Pero, si no está y no puedo localizarlo, no sé qué hacer.

Aprieto la mandíbula. No me lo creo, pero tampoco es asunto mío. No me importa en qué lío se haya metido Kayce, pero no permitiré que le robe a esta chica. Por lo menos ella tiene trabajo y un plan; es más de lo que puedo decir de mi propio hijo.

–¿Cuánto necesitas?

Sus ojos verdes brillan llenos de lágrimas. Mierda. Así de mal está.

–No tienes que pagarlo tú.

–Yo me ocupo de Kayce. Te adelanto el dinero hasta que él vuelva y se haga cargo.

–Son más de dos mil dólares –suelta de golpe.

–¿Te sirve una transferencia?

–¿Hablas en serio? –Me mira como si yo fuera un león y acabara de meter la mano en mi jaula.

–Muy en serio. Dalo por hecho. Y permíteme darte un consejo que no me has pedido: nunca abras una cuenta conjunta con un imbécil como mi hijo.

Se le salen los ojos de la sorpresa.

–Entendido –dice, bajando la cabeza pero todavía boquiabierta.

Crujo los nudillos. Lo mejor es que siga hablando.

–¿De qué trabajas? –Espero que diga «administración», «en una oficina», «marketing» o alguna de las cosas que hacen las chicas de ciudad como ella. Pero su respuesta me sorprende un poco.

–Soy veterinaria. Pero sigo en formación. –Se apresura a aclarar, como si quisiera destacar un defecto.

Una estudiante de veterinaria haciendo la práctica profesional.

Eso le da un poco de contexto a la situación, pero no explica el ataque de pánico. Hasta donde sé, las prácticas son unos años trabajando a medio tiempo, nada que justifique ese nivel de desesperación.

–Te llamas Layla, ¿verdad?

Asiente.

–Ayúdame, Layla. Tienes que contarme más. Te veo muy desesperada y estresada por algo que no debería ser tan grave.

Parece abatida. Se recuesta un poco más en el sillón.

–Tengo que graduarme en agosto, y para eso necesito terminar la práctica lo más rápido posible. Si no llego mañana a los establos de Shipton, le darán mi puesto a otra persona. Y eso significa no solo perder las horas, sino también un sueldo que necesito.

Lo que dice tiene varias capas de complejidad, pero sigue sin bajar la guardia.

–Odio ser portador de malas noticias, pero no llegarás a Shipton mañana. –Señalo con la cabeza hacia la ventana gigante que da al exterior. Al otro lado del cristal triple, todo está blanco.

Su breve momento de calma se hace trizas.

Está claro que le importa el trabajo. O tal vez le importa el dinero, quién sabe. Pero no puedo soportar que vuelva a desmoronarse.

Mierda.

Mi boca se mueve antes de que pueda detenerla.

–¿Qué requisitos te piden para la práctica? –Me paso una mano por la mandíbula.

Sus grandes ojos verdes, cubiertos por una capa de lágrimas, se alzan hacia mí.

–Eh... un establecimiento que certifique las horas. Tengo que trabajar en un negocio registrado por un mínimo de ocho semanas. Ya hice toda la parte teórica a distancia, así que ahora solo me falta la experiencia práctica con animales de granja, caballos, ganado...

Ocho semanas.

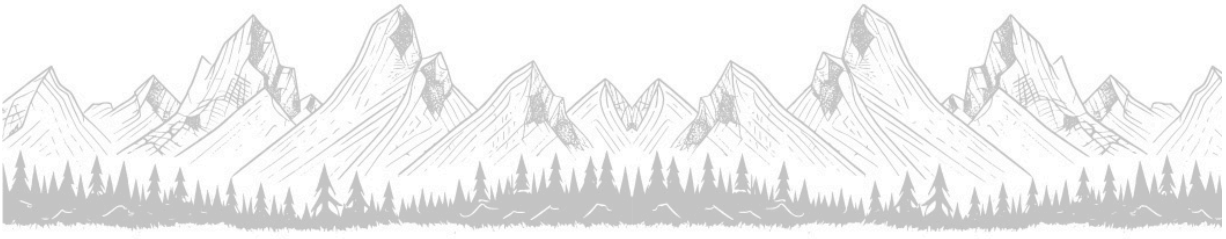
Repito esa información en mi cabeza.

Una parte de mí grita que no lo haga, pero la ignoro. Porque no puedo ni quiero permitir que esta chica sea víctima de las circunstancias o de lo que sea que no me está contando.

Estoy tratando de redimirme con el idiota de mi hijo y compensar todos los años en los que debería haber estado para él y no pude, por mis propios errores y por culpa de su madre. Pero, si no lo logro con él, al menos voy a ayudar a su... ¿novia?

Así que hago lo peor que podría hacer, considerando la atracción física que siento hacia la joven que tengo enfrente.

Le ofrezco trabajo.



Capítulo 6

Layla



Fuera está completamente oscuro y reina un silencio mortal.

La casa parece rechazar mi presencia tanto como su dueño.

Anoche logré conciliar el sueño, pero me sentí intranquila, envuelta en el ulular espeluznante del viento y los crujidos de la madera. Me desperté inmersa en el silencio más absoluto y con la pantalla del móvil marcando la hora.

Cuatro y media de la mañana.

En lugar de seguir intentando en vano volver a dormir, decido preparar café y procuro aclarar mi mente para lo que sea que me espere hoy. Me visto en silencio con los vaqueros y el jersey de ayer, me echo agua fría en el rostro y bajo a la cocina guiada por la tenue luz de los sensores del pasillo.

Ahora estoy esperando en la oscuridad a que el café esté listo, después de haber hurgado en la cocina de un desconocido intentando no hacer ruido. Me coloqué en el rincón donde parece haber mejor señal de wifi para mandarle a Sage un mensaje contándole el caos en el que se ha convertido mi vida durante las

últimas veinticuatro horas. Me encuentro con su respuesta al mensaje de voz que le mandé desde el coche, donde me avisa que hoy pasaría a ver a la tía Evie.

También insiste en mandarme cada meme de vaqueros que encuentra.

Al menos a alguien le da risa esta situación.

Pero soy incapaz de explicar nada sobre el hombre que tan amablemente me ha dado refugio y me ha ofrecido trabajo. Así que... no lo hago.

Por vez número cincuenta abro la aplicación del banco para ver si la empresa prestamista ha recibido el dinero que les envió anoche el padre de Kayce.

Mierda. Todavía no puedo creer que lo resolviera así de fácil, sin hacer preguntas. Aunque me inquieta un poco no haberle dicho toda la verdad. Pero, bueno, tampoco necesito que me defienda de Kayce. Por más enfadada que siga con él, no hay razón para que esto perjudique la relación con su padre.

Los errores que cometí con mi ex, definitivamente, no son problema de su padre.

Pasan unos pocos minutos hasta que escucho pasos acercándose y se encienden las luces sobre la isla de la cocina. Colton Wilder aparece con el cabello revuelto y los ojos aún nublados de sueño. No lleva camiseta, y no puedo ver más allá de su torso amplio y los vaqueros con el cinturón desabrochado.

–Mierda. Perdón –dice, algo sorprendido de verme ahí, y se mete rápido en el lavadero del pasillo. Cuando vuelve a salir, ya se está abotonando una camisa de franela y se sube los puños hasta los antebrazos.

–No esperaba que… –Se detiene de golpe y sacude la cabeza, sin molestarse en dar más explicaciones sobre su semidesnudez, mientras yo intento mirar a cualquier parte que no sea ese cinturón colgando cerca de su ingle.

Por algún motivo, esa imagen provoca un calor en mi bajo vientre que no tiene razón de ser.

Estoy mirando al padre de mi ex como si nunca hubiera visto a un hombre.

Y todavía no son ni las cinco de la mañana.

¿Qué demonios me pasa?

Escucho que la cafetera termina y me apresuro a coger la jarra para servir una taza. Se la acerco por la encimera, asumiendo que es de la clase de vaquero que toma el café solo.

–Toma. –Levanto la vista y llego a verle pasar el cuero por la hebilla de su cinturón. Agradezco que la luz en la cocina sea tenue, porque siento cómo me ruborizo. Sin quererlo, lo estoy convirtiendo todo en sexual y él simplemente intenta vestirse. Lo mínimo que podría hacer es comportarme con alguien que me ha salvado y me ha ofrecido trabajo.

Dios. Si es el padre de Kayce, entonces tiene edad suficiente para ser mi padre.

Aunque este vaquero aparenta mucho menos edad de la que debe tener.

No. No. Basta. Ya mismo.

Acepta la taza, pero, justo antes de tomar un sorbo, me mira por encima del borde con expresión desconfiada.

–¿No lo habrás escupido, no? Eso es algo que haría Kayce cuando ya no me aguanta.

Me muerdo la parte interna de la mejilla, sacudo la cabeza y me doy la vuelta para servirme otra taza, poniéndome de puntillas.

–No. Solo es café... No sé cómo agradecerle todo lo de ayer, señor Wilder. –Considerando que no tengo dinero, ni coche, ni forma de salir de aquí y tuve un ataque de pánico. Quiero decir mil cosas, pero no sé por dónde empezar. Y, para ser sincera, su seriedad me intimida. No sé cómo va a reaccionar después de que la situación se haya calmado.

¿Va a querer que me vaya? Estuve dos segundos y ya me acusó de estar embarazada y de querer sacarle dinero a Kayce. No sé si ya lo he perdonado por lo grosero que fue. Pero después resolvió mi crisis económica en nombre de su hijo, y me ayudó a atravesar el peor episodio mental de mi vida, así que la verdad es que estoy confundida.

Como ya he dicho, no sé qué esperar cuando amanezca en Devil's Peak.

–Por Dios, llámame Colt. Nada de «señor Wilder». Y no es nada. –Bebe un sorbo de café y el silencio se instala entre nosotros, mientras yo, en secreto, atesoro la sensación que me provoca que me haya pedido que lo llamara Colt.

No Colton.

No señor Wilder.

Colt.

Es un nombre tan rudo y sexi que las rodillas se me aflojan un poco. Está provocando todo tipo de reacciones en mi cuerpo solo por estar de pie ahí, en su cocina, tomando café como si nada a las cuatro de la mañana.

Colt es muy atractivo, pero no parece consciente de ello.

–Si fui un poco grosero... –Señala con la barbilla hacia mi abdomen, y me ruborizo más. Instintivamente bajo el jersey para cubrir bien mis vaqueros de tiro alto. Bueno, al menos reconoce que fue un idiota, aunque podría mejorar sus habilidades para disculparse.

Estamos el uno frente al otro, con la isla de madera en medio, y siento que las palabras trepan por mi garganta. No sé si me voy a quedar o no, pero no quiero que piense cosas de mí que no son.

Además, ya no creo que esté hablando en serio.

–¿Puedo dejar algo muy claro? No estoy embarazada, y lo mío con Kayce se terminó hace... bueno, en realidad nunca fue serio. –Dejo mi taza en la encimera y me retuerzo las manos. Odio el conflicto, y esto me parece una intromisión terrible–. Mira, entiendo si has cambiado de opinión...

–¿Dijiste que trabajas duro, no? –me interrumpe, clavándome los ojos. Me desafía con la mirada en esta cocina que, de repente, parece diez veces más pequeña.

–Así es.

–Es justo lo que necesito. Una persona trabajadora. En mi hijo no se puede confiar, creo que no tengo que explicarte a qué me refiero, y no voy a conseguir a nadie más con la ruta cerrada y estando tan cerca del comienzo del año.

Muevo un poco los pies. Sigo sintiendo que me está haciendo un favor. Ni siquiera hemos hablado de dinero, y no estoy segura de

que esto sea una buena idea.

Especialmente con lo mucho que me cuesta dejar de mirar su barba crecida, el color miel de sus ojos, o los músculos que se le marcan en el antebrazo cuando levanta la taza.

–Pero no podría aceptar tu dinero y además quedarme en tu casa. –Es demasiado. Lo que me ofrece parece un enorme favor.

–Dijiste ocho semanas, ¿no?

Asiento.

–Ese es el mínimo para que me firmen la práctica.

–Para mí, eso no es nada. He tenido la nariz rota más tiempo.

–Es que... –Dios, no sé cómo explicárselo. Necesito el dinero y graduarme, pero además suelo trabajar horas extras de camarera para pagar el asilo de Evaline.

–Dilo de una vez. –Otra vez ese tono impaciente. Sospecho que este hombre no es muy tolerante, y recuerdo la advertencia de la chica del café: «¿No eres muy joven para él?».

Bebo un largo sorbo de café.

«Si no te come la fauna, te comerá la bestia».

Mierda. ¿Y si no se lleva bien con Kayce porque es violento? ¿Y si es un sádico o se aprovecha de mujeres que suben solas a esta montaña?

Ya sé que puede destripar un ciervo y cargar el cadáver como si nada.

Aquí arriba hay millones de lugares donde enterrar un cuerpo.

Tal vez he tomado una pésima decisión y debería aceptar su oferta de bajar a caballo a Crimson Ridge. Quién sabe cuándo volverá Kayce, y, mientras tanto, estaré aquí sola con...

Apoya la taza de golpe sobre la encimera, haciéndome dar un brinco. Abre las manos sobre el mármol y me clava los ojos con una fuerza que podría despintar paredes.

–¿Hay algún problema? Porque no me cuesta nada dejarte que bajes sola dando tumbos por la nieve. Estoy bastante ocupado y no puedo andar perdiendo el tiempo.

El cabello oscuro cae sobre sus ojos; su amenaza me hace sentir del tamaño de una hormiga.

–Nada de lo que te conté es mentira –digo, humedeciéndome los labios. Técnicamente es así. Solo estoy omitiendo información. Cuando aprendes a golpes a no confiar en nadie, es difícil desacostumbrarse.

–Entonces apresúrate, que no tengo todo el puto día.

Dios. Este hombre es como un caballo salvaje. Justo cuando crees que lo has domado, lo pone todo patas para arriba.

–En Shipton iba a tener que complementar el trabajo en el establo con horas extras como camarera. Así me mantengo, hasta que me gradúe y pueda conseguir un puesto fijo como veterinaria.

Se queda en silencio, y, entre la quietud de la cocina y cómo me está analizando, me siento completamente desarmada.

–Así que, como dije, es demasiado... No puedo pedirte que me des más trabajo, ni que me pagues lo que necesito. –Las palabras me salen de golpe y quiero que me trague la tierra.

–Aquí hay trabajo desde que sale el sol hasta mucho después de que se pone. Si en estas ocho semanas un animal se enferma y tú estás aquí, tenemos una oportunidad de salvarlo. No voy a tener que pegarle un tiro como cada puto invierno porque nieva y los veterinarios no pueden subir.

Lo miro parpadear como un búho. Rodea la isla, recoge nuestras tazas, vierte los restos en el fregadero y las coloca en el lavavajillas.

Colt se planta frente a mí, cruzando los brazos sobre su pecho ancho.

–Te doy trabajo. Lo haces sin chistar, y lo haces bien.

Solo puedo asentir.

–Si haces eso, te pago sueldo completo, comida, cama y las horas extra que hagan falta.

Santo cielo.

–Pero...

–¿Tienes una oferta esperando?

Mi corazón late tan rápido que creo que va a explotar. Tiene que haber una trampa... pero no puedo rechazar algo así.

Aprieta la mandíbula.

–Eso pensaba.

Y entonces sale de la cocina pisando fuerte y yo lo sigo como un perrito obediente.



Colton Wilder es impulsivo, gruñón y prácticamente imposible de complacer.

No me extraña que nadie quiera trabajar en este puto rancho.

Después de pasar todo el día tratando de ser útil, siguiéndolo como una sombra para entender cómo funcionan las cosas por aquí, he entendido que es como intentar leer un libro con las tapas y las páginas pegadas.

Todo lo que necesito saber para ser de ayuda está encerrado detrás de su mal humor y un par de gruñidos de vez en cuando.

Pero, aunque paso la mayor parte del día mordiéndome la lengua, no puedo evitar sentirme abrumada por la belleza del lugar. El frío me corta la piel y una capa de nieve suave cubre el rancho que en algunas zonas llega a varios palmos de profundidad.

Supongo que hoy hay más tareas de lo normal por la nevada de anoche, como quitar la nieve del patio, echar sal y despejar los caminos entre la casa y los establos.

Hay que alimentar y poner agua a los caballos, y ya estoy secretamente enamorada de una yegua de pelaje negro y brillante, Winnie, que tiene una mancha blanca sobre el lomo. Apenas me acerqué a su *box*, empezó a hurgar en los bolsillos de mi abrigo con esos labios suaves y curiosos; me prometí mentalmente traerle premios en la próxima visita.

Hasta donde entiendo, pasaré mucho tiempo aquí cuidando a los cerca de veinte caballos que viven en el rancho. Son el alma del lugar. Sirven como transporte hacia zonas donde los vehículos no pueden llegar, y también ayudan con el arreo del ganado. Algunos se usan más durante el verano, cuando vienen turistas a hacer

cabalgatas por la propiedad. Aparentemente, eso es lo que ocupa gran parte del tiempo de Colt durante los meses cálidos.

También voy a ser una especie de comodín: asistente, cocinera, limpiadora. Básicamente, la empleada multifunción del rancho.

Lo cierto es que no puedo dejar de sonreír, como si acabara de ganar la lotería. Si sumo horas para mi formación veterinaria y me pagan lo mismo que ganaría sirviendo copas en un antro a la una de la mañana, estaré encantada de quitar excrementos con la pala toda la noche.

El sudor se desliza por mi cintura bajo todas las capas que me puse para protegerme del frío. Camisa, jersey, abrigo; lo más grueso que tengo para enfrentar una jornada de trabajo al aire libre. Llevamos varias horas y casi no hemos parado. He paleado nieve, heno, excremento de caballo, y ahora vamos más allá de las caballerizas a alimentar al ganado.

Colt nos lleva en su camioneta; la nieve no impide que el enorme vehículo avance.

Las cabezas negras y los hocicos del ganado giran al unísono para saludarnos cuando nos acercamos a la puerta, y puedo ver el calor que emanan sus alientos y sus lomos en forma de vapor. Tienen las puntas de las orejas cubiertas de nieve y algunos mugen en señal de interés por lo que traemos.

Tienen nieve acumulada sobre el pelaje grueso, lo que es buena señal: quiere decir que el aislamiento corporal está funcionando.

–La comida está allí. Generalmente me encargo yo solo, pero no está mal que aprendas –dice Colt mientras baja de la camioneta, pone en marcha el tractor y carga un rollo gigante de heno de la pila junto a la cerca.

Cuando lo veo dirigirse al cercado con el tractor, me adelanto para abrir la puerta. Las vacas lo siguen con entusiasmo y la escena me hace sonreír. No tiene un rebaño muy grande, así que me imagino que funciona como granja orgánica de producción local. Hay ranchos mucho más grandes en otras regiones.

Me apoyo contra la cerca de madera, exhalando nubecitas blancas con cada respiración, mientras él distribuye el heno en un amplio semicírculo. El interior del rollo todavía tiene un tono verdoso, que

resalta contra la capa blanca que cubre el campo. Los animales se lanzan a comer de inmediato, agradecidos de tener alimento hasta que la nieve derrita lo suficiente para descubrir el césped.

Devil's Peak se alza de fondo, y, al inspirar profundamente por la nariz, por un momento siento que esto tal vez puede funcionar.

Colt aparca el tractor con el tráiler, y espero que sigamos con la rutina. Pero cuando se acerca hacia mí, se le ve furioso.

Se me retuerce el estómago. Pero no en el buen sentido sino en un «Mierda, ¿ahora qué he hecho?».

–Cierra bien la puta puerta. Si vas a quedarte, tienes que estar atenta. ¿Qué pasa si se queda abierta y el ganado se escapa?

Estoy junto a la puerta de la camioneta, con la mano en la manilla, atónita por su exabrupto.

Me siento como un cachorro al que acaban de reprender y no tiene ni idea de por qué.

Con el corazón en la garganta, camino con los pies entumecidos hacia la puerta. No debería avergonzarme algo tan simple como que me llamen la atención por no cerrar bien una cerca, porque ya he trabajado en muchas propiedades rurales. Conozco lo básico y no soy idiota. Es lo primero que te enseñan cuando trabajas con ganado: cierra siempre la puerta.

Voy hasta la puerta en cuestión y por supuesto que Colt tenía razón. Desde lejos se ve que no está bien cerrada, aunque yo estaba segura de que sí. Bastaría con que alguna vaca curiosa empujara un poco para que consiguiera abrirla. Pero no ha sido culpa mía. La traba no encajó bien porque la puerta es pesada y se atascó en el lodo congelado y la nieve acumulada. En condiciones normales, seguro que se cierra fácil, pero, con este clima, debe haber un truco que claramente no sé… porque llevo aquí cinco minutos.

En silencio, lucho con la traba mientras maldigo a Colton Wilder entre dientes hasta que por fin lo consigo.

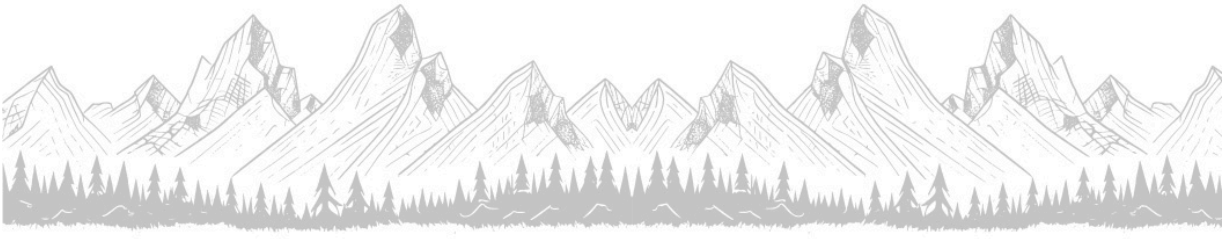
Después de revisarlo tres veces, vuelvo a la camioneta con paso firme, haciendo todo lo posible por no estallar y echarle fuego al vaquero increíblemente sexi que me espera al volante. Tengo que concentrarme en hacer bien mi trabajo y enfocarme en la tarea que tengo entre manos.

Trabajo. Dinero. Horas de práctica.

La triada de necesidades que este hombre me está brindando tan generosamente.

Pero apenas me siento en la butaca caliente, las emociones me sacuden como un trapo viejo. Todo el interior huele a él, y entonces me doy cuenta –al respirar su aroma a cuero, heno y algo cítrico– de que estoy aquí arriba completamente sola con un hombre que está fuera de mi alcance y que tendré que aprender a lidiar con eso.

Porque este hombre me saca de quicio y hace que el corazón se me acelere cada vez que lo miro.



Capítulo 7

Colt



Ha pasado una semana entera.

Una semana intentando enfocarme en cualquier cosa que no sea la chica preciosa que tengo sentada frente a mí, al otro lado de la isla de la cocina, comiendo una tortilla y tomando café mientras revisa su móvil.

El wifi ha estado inestable, como siempre, pero por suerte la luz solo se ha ido un par de veces y en períodos cortos. Le mostré dónde guardo la leña, tanto fuera de la casa como dentro, para que quede cerca de las chimeneas. Cortó astillas, organizó los suministros con esmero y hasta se ofreció a cocinar, insistiendo en que es lo mínimo que puede hacer para ayudar.

Entre toda la mierda que hay que hacer por aquí, le enseñé a encender el generador de respaldo en caso de que nos quedemos sin electricidad por completo, y dónde buscar agua si se congelan las tuberías.

También repasamos el sistema de radio. Aquí arriba se usa todo el año porque no hay señal de móvil y el wifi casi no funciona fuera de

mi oficina. Le di unas indicaciones rápidas: cómo contactar con los vehículos del rancho que tienen radio, con la patrulla de montaña y con la policía. Layla tiene que saber estas cosas por si acaso. Dios no quiera que me pase algo grave, pero la vida en el rancho es dura. Basta con que una vaca me aplaste contra una cerca o que el caballo se me dé la vuelta. Todo puede irse al demonio en un segundo. Los accidentes no avisan.

Cuando estábamos repasando cómo comunicarse con el mundo exterior, estuve a punto de mencionarle a Storm, pero algo me detuvo. Sin razón aparente, abrí la boca y luego la cerré.

Me di cuenta de que el idiota que vive en mí no quería que supiera sobre Layla ni que ella supiera de él. Me crispa pensar que puede parecerle atractivo… o que puede disfrutar de hablar con él por radio.

En resumen: no me gusta una mierda la idea, así que convenientemente olvidé hablarle de mi amigo, que también es el vecino más cercano y debería ser su primer contacto de emergencia. No tiene por qué saber nada de Stormand Lane, ni de que fue una estrella del rodeo, ni de esos malditos tatuajes que he visto con mis propios ojos convertirse a su paso en un imán para vaginas, y mucho menos de su jodido encanto.

No. Ya tiene suficientes contactos de emergencia. Y, además, todavía le queda mucho que aprender sobre el funcionamiento del rancho.

Por suerte, la chica de ojos verdes es rápida, y en un día ya pude dejarle los caballos sin preocuparme. La adoran.

O adoran lo que lleva escondido en los bolsillos.

No les presto suficiente atención porque siempre estoy corriendo con mil cosas, y puedo ver en sus ojos grandes y húmedos cómo atesoran cada caricia, cada palabra, cada cepillada que ella les regala.

Malditos suertudos.

Kayce por fin ha respondido. Me mandó una frase por correo electrónico: volverá cuando abran las carreteras. Qué hijo de puta. Puede que tenga mi sangre, pero no tengo problema en decir las cosas como son. No entiendo cómo esta chica acabó con él.

Es guapa, y no puedo dejar de mirarla, aunque sé que no debería. Lo que inevitablemente me lleva a reprocharle algo sin sentido, solo para asustarla un poco, porque no sé de qué demonios sería capaz si ella me llegara a mirar con el mismo deseo.

Kayce anda de fiesta, persiguiendo la próxima dosis y alguna cama caliente donde caer, mientras ella se rompe el lomo trabajando sin quejarse ni una sola vez. Llega y se pone a hacer lo que hay que hacer sin decir nada.

Y a mí eso me viene perfecto.

Estoy tan acostumbrado a estar solo que el silencio me resulta natural.

Estar ocupado es una bendición. Lo que más me preocupa son los pensamientos que aparecen cuando menos los espero.

–Vamos a ensillar los caballos y revisar las cercas más alejadas ahora que la nieve amainó –digo mientras me levanto. Ella se pone de pie al instante, lo recoge todo y guarda su móvil en el bolsillo trasero. No entiendo por qué su generación tiene la necesidad de llevar siempre el móvil encima. Si aquí arriba ni siquiera tiene señal.

–¿Puedo montar? –Sus ojos verdes se iluminan, y tengo que bajar la cabeza.

Es muy difícil no querer tocarla cuando me mira así. Está entusiasmada, con esa vitalidad que a mí se me apagó hace tanto que ya no es más que un recuerdo lejano.

Quizá me la apagaron a golpes. Como hacía mi abuelo con los cigarrillos en mi cabeza después de darme una paliza por haber respirado mal.

Gruño algo parecido a un «sí» y cruzo la puerta. Me calzo las botas y el sombrero.

Ella me sigue, se pone sus propias botas sin decir nada, pero siento cómo me observa. Odio que sienta curiosidad por mí, aunque me comporte como un cretino. No puede salir nada bueno de interesarse por lo que se esconde debajo de la superficie de Colt Wilder.

Layla parece haberse recuperado bien de aquella primera noche. Ya recogimos sus cosas del automóvil atrapado en la nieve –que

pienso llevar al taller apenas abran el camino– y no he querido indagar más sobre por qué se rompió así.

Sé muy bien lo que es querer escapar de tu mente.

Mi peor momento de ataques de pánico fue cuando nació Kayce. Perdía el control por cualquier cosa. Un ruido fuerte, otro bebé llorando, el olor de los lirios que nos mandaban para felicitar a unos padres que no deberían haberlo sido.

Nunca he querido tener hijos. ¿Eso me convierte en un mal tipo? Cuando te cría un hombre que solo siente amor por la bebida y golpea a su nieto solo para sentirse importante, terminas viendo la vida de otra forma.

Todavía era un niño cuando conocí a la madre de Kayce. No me interesaba su drama, pero me ganó por cansancio. Cuando tienes diecisiete años y has sufrido maltrato durante años, llega un momento en el que bajas la guardia.

No significó nada. Solo fue una vez. Me dijo que tomaba pastillas anticonceptivas, pero... o mintió o las tomaba mal. Da igual, siempre usé protección por las dudas. Pero no fue suficiente. El condón se rompió, llegó Kayce y sentí que mi vida se había terminado antes de empezar.

Pero no hay que pensar así, ¿no? Todos esperan que estés feliz, y no me arrepiento de haberlo tenido, pero tuve que hacer las paces entre la idea que tenía para mi futuro y la realidad, que crecía frente a mí semana tras semana.

Después la cagué aún más creyendo que mi hijo estaría mejor sin mí. Mi único ejemplo paterno era un abuelo violento. ¿Quién era yo para ser padre? Ni siquiera había cumplido los dieciocho. Apenas podía comprarme una camioneta.

Shawn se mudó con el sueño de empezar de nuevo y ser una gran madre. Pero, en vez de eso, se ahogó en pastillas. Casi no hablábamos, así que los años pasaron y yo no me enteré de nada.

Supe lo mal que estaban las cosas cuando Kayce ya era mayor y me odiaba demasiado. Le ofrecí venir a vivir conmigo, pero no quiso saber nada. No podía ni verme. Y no lo culpo.

Así que, cuando me llamó hace unos meses pidiendo ayuda y un lugar donde quedarse, no pude decirle que no. Ya le había fallado

demasiado.

Y ahora, ¿qué estoy haciendo? Mirándole el trasero a su chica mientras entramos en el granero, conteniéndome para no arrinconarla contra la cerca y enterrarme dentro de ella.

–Ensilla a Winnie y a Peaches. Vamos con las chicas –digo, mientras me quito el sombrero para arreglarme el cabello y volver a calzarlo.

–Lo que digas, jefe –responde Layla, y sale disparada a prepararlas. Puedo ver varios pares de orejas de caballo moverse para observarla trabajar.

Aprieto los dientes porque me está costando no imitarlos.

Después de canalizar la frustración paleando heno y limpiando un par de establos mientras ella se ocupaba de los caballos, me sacudo las manos en los vaqueros. Guía a los dos animales hacia las puertas principales, donde la estoy esperando.

Tiene el labio inferior carnoso, atrapado entre los dientes, y, joder, todo en ella es sexi No entiendo cómo el idiota de mi hijo pudo dejarla ir. Si tuviera veinte años menos, sería la chica de mis sueños.

Al diablo, es la chica de mis sueños de cualquier forma.

El único problema es que podría ser su padre, y no puedo cruzar esa línea. Mi relación con Kayce es delicada. La sola idea de hacer algo así con ella acabaría con cualquier esperanza de reconciliarme con mi hijo.

Pero no hay nada malo en pasar tiempo juntos. Solo tengo que controlarme.

–Tendremos que avanzar por el perímetro todo lo que la nieve nos permita.

–De acuerdo –responde con tono áspero y alza la mirada hacia mí. Hoy lleva el cabello cobrizo peinado en dos trenzas flojas, y mi mente va a lugares muy, muy sucios al verla tan cerca.

Lugares en los que su pelo estaría enredado en mi puño.

¿Y dónde ha quedado eso de controlarme?

–Podrás ser veterinaria de caballos, pero ahora veremos si eres buena jinete.

Sonríe con picardía.

–Me defiendo.

–Bien. ¿Necesitas ayuda? –Acaricio el pelaje tibio de Peaches. Es una yegua dócil, cuidadosa cuando llevamos visitantes a cabalgar en verano, pero Layla es menuda, y no sé si habrá montado un caballo de este tamaño.

–Solo la primera vez –dice, con un leve rubor en las mejillas. Me odio por notar constantemente todos esos pequeños detalles.

Me recuerda al día de la gasolinera. Es fácil ser así con ella. Cuando estamos juntos, las cosas fluyen.

Por eso esta semana he intentado dejarla sola todo lo posible.

Se mueve para coger las riendas con una mano y sujetar la silla con la otra. Yo avanzo detrás, y de pronto me doy cuenta de que ha sido una idea absurda. Los vaqueros se ajustan a su trasero, sus muslos perfectos están justo frente a mí, y nuestras caderas quedan a un suspiro de distancia cuando sube el pie al estribo.

Me inclino y mi cuerpo cubre su espalda. Estamos tan cerca que mis labios quedan a la altura de su oído, y siento cómo se le corta la respiración cuando rodeo con mis dedos la parte superior de su bota.

–Ten piedad de mí, ¿sí? –susurra Layla.

No sé qué demonios me pasa, pero, mientras la ayudo a subir a la silla, las palabras se me escapan antes de poder detenerlas.

–Te juro que puedo ser muy suave.



Pasamos el día recorriendo los cercados más alejados del rancho para ver si hay daños por las tormentas. A Layla se la ve muy cómoda sobre el caballo, y me deja un poco más tranquilo saber que es competente y puede montar en estas condiciones porque podrá hacer más cosas sola.

Creo que lo más seguro es meterme en mi caparazón después de darme a mí mismo el sermón más severo de mi vida.

Es ridículo que no pueda controlarme en su presencia.

No es más que una putita sexi que se pavonea de sus dotes frente a mí.

Terminamos el día por separado. A ella la dejo en el establo y yo me voy a atender otros asuntos. Hago la consulta de rutina por los caminos y me responden que despejaron la ruta hasta casi la mitad de la montaña y que deberían llegar al rancho dentro de una semana.

Tomo una ducha rápida; me pongo un par de vaqueros limpios y una camiseta. Normalmente iría con mucha menos ropa, pero me parece sensato vestirme considerando lo mucho que me está costando el autocontrol con la joven preciosa que vive en mi casa.

Muy maduro.

Pero nada impide que la polla se me ponga medio dura en cuanto entro en la cocina y ella me sonríe por encima del hombro.

Después de comer –ella con el teléfono en la mano y yo con la vista en el plato–, se estira y se dispone a recoger la mesa.

–Apoya el trasero. Yo me encargo –digo, cogiendo el suyo.

–Está bien, no me molesta. –Layla intenta retener el plato, todavía sentada en su taburete junto a la isla de la cocina. Tengo una mesa de comedor, pero casi nunca la uso. Siempre he preferido comer aquí, y creo que Layla también.

–Tú ya has cocinado.

Suelta una pequeña risa y finalmente suelta el plato.

–Las cosas que uno no nota hasta que conoce algo mejor.

No estoy seguro de qué quiere decir, y tampoco voy a preguntar.

–Mañana te voy a dejar sola con los caballos; yo iré a reparar la alambrada rota en el cercado oeste –comento, enjuagando los platos y metiéndolos en el lavavajillas. Noto que se mueve detrás de mí, pero mantengo la vista fija en el fregadero y en la tarea que tengo entre manos.

–Me parece bien. –Suena cansada, y de repente me preocupa haberla presionado demasiado. Kayce siempre me dice que soy un viejo miserable, y no se equivoca.

–¿Segura? –Giro y me apoyo contra el fregadero.

Mis ojos caen sobre ella y, mierda, ojalá me hubiera quedado como estaba. Está estirándose de puntillas para llegar a un vaso en

la despensa y su camiseta descubre la curva perfecta de sus caderas, una franja de piel suave y pálida por encima del pantalón. Arquea la espalda, las trenzas largas caen, y mi mente sucia devora la imagen.

Estoy más jodido de lo que pensaba, porque se gira y me mira por encima del hombro, atrapándome en plena contemplación.

–¿Podrías alcanzarme uno de los vasos largos, por favor? –dice, apoyando la espalda contra la encimera.

Trago saliva con fuerza.

–Claro. –¿Por qué me pica tanto la garganta?

Camino hacia ella e invado su espacio. Layla no se mueve, y no quiero que lo haga. Le sostengo la mirada mientras estiro el brazo; nos acercamos tanto que puedo sentir el aroma de su champú, a jazmín y pera. El aire entre nosotros se vuelve espeso por el calor y la tensión, y por enésima vez en el día me olvido de por qué no debería mirarla así.

Envuelvo con los dedos el cristal frío y liso, y se lo bajo.

–Gracias. –Su voz es apenas un susurro, y la veo mirar fugazmente mis labios.

Mi polla se sobresalta.

La sangre baja de golpe porque no le importa nada.

Joder. Soy un cretino. Es para mi hijo o, como mínimo, para alguien de su edad. Eso me ayuda a no entregarme a las ganas de coger su rostro entre mis manos y probar esos labios carnosos como quisiera.

Soy una mierda de persona solo por mirarla así.

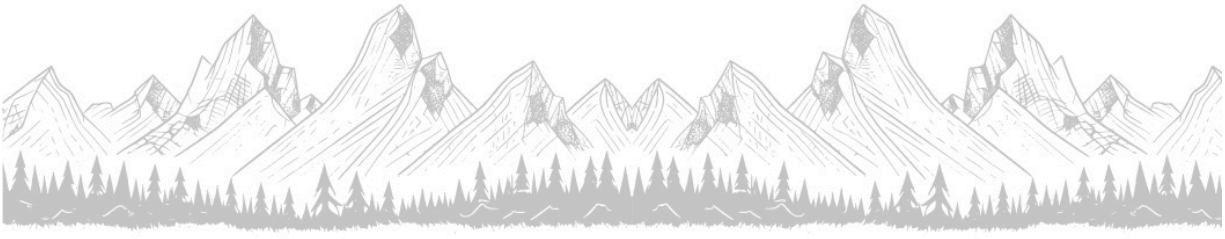
¿Qué demonios hago acercándome tanto? Esto es un error.

Si quiero tener algún vínculo con mi hijo, o ayudarlo a encarrilarse, no puedo ceder a esto que nos acecha desde las sombras.

Es demasiado joven para mí. Sé que no puedo entregarme a algo así.

El problema es la soledad; cuando la ruta esté abierta, tengo que buscar a otra persona con quien sacarme esta tensión y canalizar todos los meses de fantasías acumuladas con esta chica.

Porque a la mujer joven, suave y femenina que tengo delante, mirándome con esos ojos enormes, no puedo follármela.



Capítulo 8

Layla



Mis auriculares retumban con un ritmo intenso que vuelve aún más agradable trabajar aquí dentro. Soy más feliz cuando estoy sola y puedo hacer las cosas a mi manera.

Siempre pensé que era un defecto que me resultara más cómodo hacer las cosas sola. Cuando era adolescente, las chicas de la escuela me invitaban de compras con ellas y yo sentía que no encajaba. Después volvía sola y encontraba lo que quería.

Creo que ellas lo percibían como un rasgo negativo. Quizá por eso nunca tuve un verdadero grupo de amigas. Me sentía aislada de la manada.

Supongo que esa también es la razón por la que lo mío con Kayce nunca hubiera funcionado –dejando de lado su incapacidad para mantener la lengua fuera de la boca de otras chicas–: él vive para brillar y destacar entre la gente; eso lo energiza.

En cambio, yo necesito una semana para recuperarme después de salir una noche. Por supuesto que me divierto, pero después solo quiero meterme en mi caparazón y quedarme ahí, sin salir del

apartamento a menos que sea absolutamente necesario. O hasta mi próximo turno.

Es demasiado fácil dejarse llevar por la fantasía de cómo sería la vida en el rancho. Estar con alguien que entiende lo que es necesitar espacio y soledad, pero que también quiere disfrutar de estar solos… juntos.

Mis fosas nasales se abren, y me obligo a pensar en otra cosa.

Pero, mierda, Colt lo pone difícil. Esta mañana lo vi pasar sin camiseta hacia el lavadero. No me molesta que se olvide de ponérsela; me imagino que no debe ser fácil para un hombre como él cambiar las costumbres que ha tenido durante tantos años.

Sin embargo, es difícil resistir su proximidad. Se me descontrola el corazón cada vez que lo veo a medio vestir.

No se ha dado cuenta de que yo estaba sentada en el salón, con un café y el Kindle, calentándome frente al fuego. Mis ojos, hambrientos, devoran cada centímetro de su torso musculoso.

Colt no está marcado como esos fanáticos del *fitness* con abdominales de ocho bloques que parecen retocados con Photoshop. Tiene un pecho ancho, con unas hendiduras en el abdomen que dibujan el contorno de sus músculos… y esa «V» que me muero de ganas de lamer.

Tiene músculos forjados por años de trabajo duro, y sin duda podría levantarme sin esfuerzo.

Pero está fuera de mi alcance.

No sé qué pasó entre él y Kayce, pero es obvio que me ve como propiedad de su hijo. Noté esa batalla en sus ojos anoche, en la cocina, antes de que se alejara. Una expresión que decía que él también siente esta intensidad entre nosotros, pero que no puede pasar nada.

No hay un Colt para mí, no puedo soñar con ser su amante, ni siquiera con ser la fruta prohibida que sabe que no debe tocar, pero que no puede evitar desear.

Él es demasiado honorable, y yo soy demasiado buena.

Pero, joder, cómo me gustaría que hubiera otro tiempo y otro lugar para nosotros, donde las líneas invisibles que nos impiden ceder a esta atracción tan poderosa no existieran.

–¿Te sientes mejor hoy, Ollie? –Acaricio el hocico de la más dulce y dócil de las yeguas. Es la que usan para jinetes novatos en verano porque absolutamente nada altera su calma. Ayer noté que cojeaba un poco, así que quería revisarla bien para asegurarme de que no hubiera ninguna infección o lesión de la que preocuparme. El herrero de Colt dejó varias notas de su última visita, y me sirvieron para quedarme tranquila de que no hay ninguna patología previa que tener en cuenta.

Ollie me mira con sus largas pestañas, resopla y la observo caminar sin problemas por el establo.

–Nada de qué preocuparse, ¿eh? –Le acaricio el hombro–. Parece que una buena noche de sueño y unas golosinas extra te han dejado como nueva.

Ahora que sé que Ollie no necesita ningún tratamiento urgente, mi objetivo es ordenar el establo: una tarea física que va a mantener a raya las fantasías con el padre de mi exnovio. Aunque no hay señal de internet –la realidad es que en un buen día solo funciona en algunos lugares de la casa–, grabé con mi teléfono algunos vídeos de los caballos haciendo payasadas, y con algo de suerte podré subirlos a Instagram esta noche cuando revise los mensajes de Sage.

Me carcome la culpa por no haber encontrado la forma de explicarle cómo he terminado aquí. Y sí, es cien por cien cosa mía, por darle demasiadas vueltas al asunto. Podría mencionarle de pasada que estoy trabajando para el padre de Kayce sin ahondar en las ganas nada inocentes que me provoca.

Estoy tan concentrada en barrer que no noto el movimiento a mis espaldas… hasta que siento cómo se levanta una de mis trenzas. Me doy la vuelta de golpe, esperando ver a Colt, pero mi rostro se congela cuando me encuentro con algo totalmente inesperado.

Un hombre de pelo castaño cortado al estilo militar, me sonríe con dientes blancos… y una mirada perversa.

–¿Cómo hemos llegado aquí? –Su aliento huele a cigarrillos y yo retrocedo, sobresaltada.

Mis ojos recorren el establo y me quito los auriculares.

–¿Quién eres? –¿Y dónde demonios está Colt?

–El viejo Colton, ¿eh? Pensé que iba a buscar carne joven fuera del pueblo. –Su sonrisa engreída se amplía mientras se apoya contra el *box*. Tiene los ojos azules como el hielo, y me recorre de arriba a abajo como si fuera un objeto–. Parece que este invierno ha preferido traerse a una jovencita aquí para que monte su polla por las noches.

Oh, Dios. Este tipo es asqueroso, vulgar, y me siento violada tras veinte segundos en su presencia. Debe tener unos treinta años y seguro que le va bien con las mujeres, pero su personalidad es desagradable. ¿Será una de las «bestias» que viven en la montaña? Porque es lo que parece.

–¿Qué quieres? –Aprieto con fuerza el mango de la escoba. Si fuera necesario, podría darle un buen golpe en los testículos. Lo que daría por tener señal en el móvil y mandarle un mensaje rápido a Colt para saber dónde está.

–Me llamo Henrik. Solo pasaba a ver que estuvierais bien después de tanta nieve y todo eso. No solemos preocuparnos mucho por el viejo Wilder, pero, ahora que sé que hay una jovencita bonita como tú aquí arriba, quizá tenga que pasar más a menudo. –Suelta una risa–. Para asegurarme de que te están alimentando bien. –Mueve las cejas con intención y lucho contra las ganas de vomitar.

Puaj. Este tipo es un baboso, quiero ducharme.

–Estoy trabajando en el rancho como empleada durante el invierno, y con gusto buscaré al señor Wilder si quieres hablar con él. –Me encantaría meterle esta escoba por el trasero hasta que le salga por la nariz. ¿Cómo se atreve a hablarme como si fuera una muñeca hinchable traída para entretenerlo?

–Bueno, si no eres propiedad de Colton, me encantaría invitarte a dar un paseo algún día para ver cómo de bien te ves en una silla de montar.

Puaj. Ni en un millón de años, imbécil.

–No, gracias.

–Oh, vamos, te llevo a la Ridge. Vas a pasarlo muy bien.

–No me interesa. Así que, si no quieres hablar con el señor Wilder, mejor sigo con lo mío; supongo que tendrás otras propiedades que visitar. –Señalo con la cabeza hacia las puertas abiertas del establo.

Los caballos patean el suelo, y uno suelta un relincho grave.

Hasta ellos se han cansado de este tipo.

–¿Segura, nena? ¿Cómo puedo hacer que cambies de opinión?

–Dame una sola razón para no partirte el cráneo por acosar al personal, Pierson. –El gruñido de Colt retumba en el establo como un trueno.

Siento un revoloteo en el estómago al escuchar su voz.

Colt le saca por lo menos una cabeza a este tipo, y está claro quién ganaría en una pelea. Pero el muy imbécil no capta la indirecta de que es hora de irse.

–Solo estábamos charlando. Esta dulzura iba a darme su número.

–No es cierto. –Colt se coloca directamente entre él y yo; mi patético corazoncito se detiene por la forma en que me protege.

Tranquilas, sigo teniendo el carnet de feminista guardado en el bolsillo. He peleado –y ganado– varias de estas batallas por mi cuenta. Pero está bien que alguna vez alguien me defienda.

–De hecho, fue bastante clara cuando te rechazó la primera vez. ¿O estabas tan ocupado chupándote la polla que no la escuchaste?

Mi vaquero está a punto de estallar. Podría jurar que hasta ha crecido algunos centímetros.

Pierson levanta las manos.

–Bueno, da igual. De todas formas, las chicas como ella son lesbianas o alguna mierda de esas.

Oh, Dios. Si Colt no le rompe la cara, lo haré yo.

–Fuera de mi propiedad. La próxima vez, usa la puta radio si quieres saber cómo estamos o te juro por Dios que te pegaré un tiro en las rodillas.

Colt lo sigue hasta asegurarse de que sale de la finca con su caballo. Yo me quedo en el patio, observando sus amplios hombros.

Cuando el imbécil está bien lejos, vuelve hacia mí. Sus ojos, como una noche de invierno, irradian tensión.

–¿Te ha puesto la mano encima? –Aprieta la mandíbula con furia. Se acerca, cruza los brazos y me examina con una intensidad que me deja sin aliento.

Creo que mi vacilación acaba de condenar a muerte a un hombre.

Colt avanza y yo retrocedo hasta que mi espalda choca contra la madera de las puertas dobles.

–Responde la puta pregunta, Layla.

–No. –Apenas puedo respirar bajo el peso de su mirada–. Solo una trenza, nada más. –Giro el extremo de mi cabello entre los dedos para mostrarle que estoy bien y que no es para tanto, y de pronto siento que estamos exagerando demasiado–. Estoy bien. He lidiado con babosos peores.

Quiero restarle importancia y reírme de la situación. Porque es verdad. En los bares donde he trabajado, siempre había algún borracho que intentaba manosearme, creyendo que llenar mi tarro de propinas les daba derecho sobre mí.

–Si alguien vuelve a acercarse, me avisas. –Colt abre y cierra los puños mientras aprieta los dientes, pero da un paso atrás y se dirige a la casa. Yo me quedo ahí, abrazada a mi escoba, intentando procesar lo que acaba de suceder.

Está enfadado conmigo, y no entiendo por qué.



La cena es un funeral.

Colt devora su comida a una velocidad récord, pero espera a que yo termine antes de alejar su taburete. Come tres veces más rápido que yo, pero siempre se queda sentado, en un silencio respetuoso, esperando a que yo acabe para recoger los platos. No ha dicho ni una palabra de lo que ocurrió en el establo.

No puedo evitar sentir que hice algo mal, aunque sé que en lo relativo al trabajo completé todas mis tareas, y que es obvio que el encuentro con ese asqueroso no fue culpa mía.

Pero igualmente el silencio me agobia.

Se va al salón con una cerveza en la mano sin siquiera mirarme, admito la derrota y me voy a mi habitación. Al menos el wifi me ha

permitido descargar en el Kindle las novelas eróticas que tanto me gustan, y estoy deseando una ducha larga y caliente.

SAGE:
Holaaaa, mi diosa de la montaña. ¿Todo bien? Confirma prueba de vida o me veré obligada a calzarme las raquetas y atravesar el desierto nevado de Montana para encontrar tu cadáver.
PD: Mi delicada piel te odiará para siempre si me haces bajar y quemarme con el viento helado.

YO:
Estoy viva, sargento.
Aunque huelo a mierda de caballo, eso sí.

SAGE:
Ah, bueno. Sé muy bien que nada te hace más feliz. ¿Te has revolcado con algún vaquero?

YO:
¿Quién usa esa expresión en esta época?

SAGE:
Ay, perdón.
Voy a buscar mi diccionario de joven.
Follado.
Fornicado.
Montado como un caballo salvaje.
Tú eliges.

YO:
emoji de ojos en blanco

SAGE:
Mala.
Y también sospechosa.
¿Estás queriendo evitar mi pregunta con ese emoji?

YO:
Para nada.

SAGE:

Debería ser un crimen, en serio.
Tus tetas merecen un poco de amor.
¿Tu jefe es atractivo?
Me lo imagino mayor… hábil para algo más que las cuerdas y los caballos…

De pronto, siento el corazón en la garganta. Hasta ahora he evitado dar detalles del trabajo que conseguí tras quedar varada por la nieve. Sage sabe que vine a la montaña a buscar a Kayce, pero, por alguna razón, no consigo confesarle a mi mejor amiga que estoy trabajando para el padre increíblemente atractivo de mi ex, que coqueteó conmigo cuando nos conocimos.

Pero tarde o temprano la verdad va a salir a la luz, y, mordiéndome el labio, me doy cuenta de que va a parecer mucho más sospechoso si no se lo digo.

Dios… lo voy a hacer…

YO:
No. Basta.
No te he contado los detalles, pero el rancho es del padre de Kayce.

Los tres puntitos parpadean en la pantalla, y mis pensamientos van tan rápido como esos iconos titilantes.

SAGE:
¿Y?
Puntos extra por ser propietario, empresario y vaquero.
Una triada de la hostia.
La oportunidad perfecta para vengarte con sexo por toda la mierda que ese imbécil te ha hecho pasar.
Está claro que el padre tiene su vida en orden. No como Kayce.

YO:
Te quiero, pero no voy a dignificar eso con una respuesta.
Me voy a duchar.
Chau, sargento.

SAGE:
¿NO VAS A RESPONDER MI PREGUNTA?

Dejo a mi mejor amiga en visto y salgo del chat. No hay manera de detener a Sage cuando se pone en modo detective de mi vida amorosa, y percibo el peligro inminente de dejarle entrever mis sentimientos.

Quizá, algún día, le cuente toda esta bizarra historia… pero, por ahora, es mejor para mi cordura no iniciar conversaciones sobre Colt.

Me basta y me sobra con mi propia imaginación en lo que respecta al vaquero prohibido.

Pensamientos lujuriosos, ensoñaciones y fantasías persistentes.

Santo cielo, mi cuerpo se calienta y mi sexo se contrae al recordar el sueño erótico tan vívido que tuve con él anoche. Parece que mi lado sumiso y el fetiche de fecundación siguen intactos.

Suelto un suspiro, pongo el teléfono a cargar y me deshago las trenzas. Cruzo el dormitorio recogiendo mis rizos en un moño casual. Con tanto frío, cansancio y falta de agua, no pienso lavarme el cabello; el champú en seco tendrá que durar un día más.

Mi baño en *suite* es un cuadrado de cerámica con una bañera empotrada en un extremo y una ducha abierta con mampara de cristal en el otro. Nunca he tenido un baño tan bonito.

Mañana, si Colt tiene ganas de hablar, le preguntaré si puedo usar la bañera; no quiero desperdiciar agua porque sé bien que hay que racionar durante los temporales. Abro la ducha, me desnudo y dejo que el chorro me golpee los músculos doloridos. Gimo de placer al sentir que se va el sudor, el olor a caballo… y el asco del encuentro con Henrik «baboso» Pierson.

Dios… Nadie me había protegido como Colt, y creo que de alguna forma me alteró la química cerebral. Nunca me atrajo la idea de ser «propiedad» de alguien, pero la forma en que me defendió y amenazó a ese imbécil… Joder, fue tan excitante que solo con recordarlo siento entre mis piernas cómo me vuelvo a humedecer. La tensión se acumula en mi cuerpo. ¿Cómo se enfrenta una chica a tanta testosterona?

No puede salir nada bueno dándole a estos pensamientos. Tengo que cuidar el trabajo y no complicar su relación con Kayce.

Cierro la ducha y salgo, bastante excitada.

¿Por qué es tan difícil dejar de pensar en él cuando sé que no debería hacerlo? Es como si este vaquero que me dobla en edad se hubiera apoderado de mi vagina y no tuviera ninguna intención de soltarla.

Me envuelvo en una toalla enorme y suave, y voy hacia mi maleta abierta en el suelo. Por algún motivo, no he desempaquetado nada; mi instinto y mi experiencia me dicen que debería estar lista para salir corriendo en cualquier momento.

En cuanto abran las rutas o cuando mi jefe decida que ya no me necesita.

A pesar de los miedos y ansiedades, mi habitación es cálida y acogedora, tiene vistas al porche y al paisaje nevado iluminado por la luna. El cuarto menguante proyecta su luz plateada sobre un lado de Devil's Peak.

Me pongo mis *shorts* de dormir más cómodos y una camiseta de algodón con tirantes; cuando voy a meterme a la cama, me doy cuenta de que mi Kindle no está en la mesa de noche. Después de un breve vistazo por la habitación, recuerdo que lo dejé en el salón.

Miro al techo y gruño de frustración. Estoy demasiado cansada como para volver a cambiarme solo para caminar unos metros por el pasillo hasta el salón.

Me arrastro hasta la puerta y la abro apenas para intentar oír a Colt. Silencio total, luces apagadas.

Debió haberse ido a dormir mientras yo me duchaba, porque no se oye nada y no hay movimiento. Así que bajo en silencio, descalza, hasta el salón.

Cuando llego, veo mi Kindle sobre la mesa de café y lo cojo rápidamente, lista para darme la vuelta. Pero un escalofrío me recorre la piel desnuda cuando noto que alguien me está mirando.

Levanto la vista y veo a Colt sentado en uno de los grandes sillones, iluminado por el resplandor de las brasas. Con las rodillas abiertas, ocupa por completo el asiento de cuero. Parece su trono.

Las sombras largas de la habitación acarician su rostro apuesto. Bebe un largo trago de cerveza y todo mi cuerpo se tensa bajo la presión de su mirada.

–Me has asustado –la voz me sale entrecortada.

Él abre un poco más las piernas pero no dice nada. Solo acaricia con el pulgar el cuello de la botella y la apoya en su muslo.

–¿Todo bien? –El aire se carga de tensión. Está allí sentado, en la oscuridad, y no puedo evitar sentir que he interrumpido algo.

Hundo los dedos de los pies en la alfombra, y de pronto me siento muy consciente de que estos mini *shorts* apenas cubren mi trasero y mi sexo; de que la camiseta de tirantes deja ver un buen tramo de escote; de que mis pezones están duros y se marcan contra la tela finísima cada vez que me muevo.

–¿Cuántos años tienes, Layla? –Su voz es grave, seductora y atormentada a la vez.

–Veinticinco –me oigo responder, casi en un susurro.

Él me observa en silencio, y no puedo moverme. O tal vez no quiero. ¿Oír mi edad le gusta o lo enfurece más? ¿Le molesta que sea joven en años, aunque yo crea que he vivido más en dos décadas que mucha gente en toda su vida?

Hay una parte de mí que quiere huir, porque hay que tomarse en serio a Colton Wilder, no se juega con él. Pero otra parte, más peligrosa y demandante, me llama desde lo profundo.

Quiero que me mire.

Las brasas anaranjadas arden en la chimenea mientras Colt da otro trago a su cerveza, y siento que mi cuerpo suplica atención.

A través de la oscuridad, sus ojos están fijos en mí, atrapándome con esa mirada severa. Me observa con un apetito voraz que solo puede significar una cosa.

Le gusta lo que ve.

¿Será capaz de cruzar esa línea invisible para cogerlo? No lo sé, pero estoy segura de que, cuanto más tiempo paso aquí, más nos acercamos al borde de algo prohibido.

Mi pecho sube y baja, siento mis senos pesados, llenos, mientras su mirada sigue recorriéndome, dejando una estela de chispas bajo la piel.

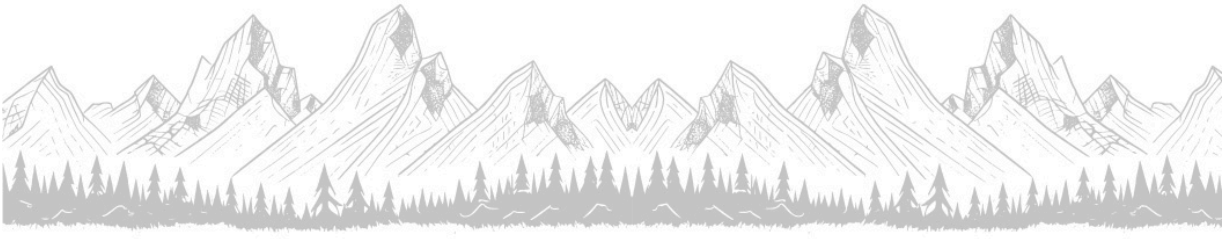
–Vete a la cama, Layla.

Hay un deje amenazante en su voz que me hace estremecer, como si no pudiera responder por lo que pasará si no obedezco su orden.

Sus palabras resuenan en mí mucho después de haberme retirado por el pasillo; mucho después de cerrar la puerta de la habitación con el corazón latiéndome en la garganta y el Kindle apretado contra el pecho.

Su mirada ardiente sigue clavada en mi piel mientras me apoyo contra el marco de la puerta, jadeando en la oscuridad. Cierro los ojos con fuerza e imagino que, en lugar de sus ojos, eran sus manos y su cuerpo sobre mí.

Daría cualquier cosa porque fuera mucho más.



Capítulo 9

Colt



Me resulta muy satisfactorio el golpe seco seguido del crujido de la madera cuando la golpea el filo del hacha.

A pesar de que la temperatura está bajo cero, las gotas de sudor caen por mis sienes y coloco el siguiente tronco sobre el bloque frente a mí para partirlo.

Llevo una hora haciendo esto. La noche se avecina, y, cuanto más tiempo paso aquí, más cerca estamos de la oscuridad interminable y helada. Cuando la madera cede bajo el metal, no puedo evitar imaginar que es el cuello de ese imbécil de Pierson.

Maldita sea. Ahora que uno ha descubierto a Layla, voy a tenerlos a ambos rondando cuando crean que no los estoy mirando.

Hay hombres que se valen de su apariencia para aprovecharse de presas desprevenidas. Tengo pruebas de sobra de las cosas repugnantes que han hecho a algunas mujeres que tuvieron la mala suerte de cruzarse con ellos, pero nunca han sido denunciados.

Pensar que ha tenido el descaro de venir hasta aquí con la excusa de ver si estábamos bien me hace hervir la sangre. Lo peor es que

sé que va a volver, y no hay nada que pueda hacer al respecto porque esos dos enfermos están metidos en cada rincón de Crimson Ridge, fingiendo ser buenas personas, como un cáncer en esta maldita comunidad.

Igual que él.

Tal vez Hayes tenía razón. Tal vez debería denunciarlos por lo que han hecho a lo largo de los años; por los daños y los actos de vandalismo que nunca pude probar, pero sé que fueron obra de Henrik y Alton Pierson.

Y aun así, a pesar de saberlo… La culpa siempre me impidió hacer algo al respecto. Mi conexión con ellos lo complica todo.

Lo único que quiero es enmendar los pecados de mi abuelo, pero estos imbéciles lo hacen imposible, tanto para avanzar como para dejar el pasado atrás.

Vuelvo a bajar el hacha y los dos trozos de madera vuelan en direcciones opuestas. Me agacho y los lanzo a la pila que tengo al lado, que ya es mucho más grande de lo que necesito para hoy.

Una parte de mí sabe que estoy escondiéndome.

Anoche casi dejo escapar lo peor de mí. Casi cedo ante la tentación de verla con tan poca ropa. Esas curvas, la piel suave y los ojos verdes muy abiertos, mirándome como si de verdad le gustara lo que veía. Ella no sabe nada de mí. Si lo supiera, saldría corriendo y no volvería a verle ni uno solo de sus brillantes cabellos nunca más.

Por algo llevo años atrapado en esta montaña, solo.

Las mujeres que cruzan mi camino disfrutan del revolcón, del orgasmo, y luego siguen con sus vidas. Cuando pasa el resplandor del sexo y miran lo que tienen enfrente, deciden que quieren algo más para sus vidas que alguien como yo.

No las culpo.

Justo cuando coloco el siguiente tronco frente a mí y levanto el hacha en el aire, lo escucho.

Un grito. Layla.

–Colt. –Su voz suena aguda, asustada.

El hacha cae al suelo con estrépito mientras cojo mi abrigo y corro hacia su voz.

–Colt. –Grita más fuerte, y la veo bajarse de un salto de Peaches justo cuando giro la esquina del granero.

–¿Layla? –Me pongo el abrigo y mis ojos recorren su cuerpo buscando alguna herida. Tiene los ojos abiertos de par en par, pero se mueve bien, avanzando hacia mí a toda prisa. Entonces noto la sangre en sus manos.

–¿Dónde te has hecho daño? –Mi primer impulso es cogerle el rostro, pero me detengo y la sujeto por los hombros en cuanto la alcanzo.

Está temblando.

–Layla, háblame.

–Es el rebaño. Hay algunos heridos. –Tiene lágrimas en los ojos.

–¿Es grave? –Repaso la revisión de las cercas, intentando recordar si pasé por alto algo.

–No lo sé. Hay sangre, y estaba intentado evitar que uno de ellos lo empeorara. Necesitaba el botiquín y no podía llamarte. –Las palabras le salen atropelladas.

–Ve a buscarlo. Trae todo lo que necesites. Vamos en la camioneta.

Traga saliva, asiente y corre a buscar el equipamiento.

Mientras ato a Peaches, trato de entender cómo puede ser que haya vacas sangrando en pleno invierno si hace poco fui a alimentarlas y las vi bien.

Tengo la mandíbula tan apretada que creo oír un chasquido cuando Layla reaparece con el botiquín y lo lanza a la caja de la camioneta. Ya tengo el motor en marcha y, en cuanto ella se sienta, salimos derrapando sobre la grava del patio.

–Lo siento… –Retuerce los dedos en su regazo. Están cubiertos de manchas rojas espesas y pegajosas.

–No es culpa tuya.

Si no hubiera pasado tanto tiempo partiendo leña para despejar mi mente, hubiera estado allí.

–Al menos hay tres heridas. –Rebotamos por los baches del camino que lleva hacia el establo. Ya casi es de noche; los faros chocan contra la cerca bajo la luz menguante.

–Has hecho bien al venir a buscarme. –Mis dedos aprietan el volante.

Más adelante, distingo las sombras del ganado. Frenamos en seco frente a la puerta. Layla sale antes de que alcance a decir algo.

Al acercar la camioneta, el haz de los faros crea una huella roja brillante sobre la gruesa capa de nieve.

Layla se apresura hacia las tres vacas que separó en un corral improvisado con un tramo de cerca que yo había dejado enrollado a un lado. Por suerte tuvo la lucidez de aislarlas; si no, quién sabe cuánto habríamos pasado buscando en la oscuridad.

Por la cantidad de sangre, podría haber sido fatal si no hubiéramos llegado antes del amanecer.

–Hasta donde he visto, no hay más heridas, pero no estoy segura. –Va a buscar los suministros y yo cojo dos linternas con cinta elástica que guardo debajo de los asientos. Luego bajo el cabestro y la cuerda que siempre llevo en la caja de la camioneta.

–Toma. –Le paso una linterna y enciendo la mía a potencia máxima para examinar el ganado.

Las tres vacas están echadas, lo que por lo menos facilitará el trabajo. Al acercarme, una resopla y suelta un quejido de dolor.

–Tranquilas, chicas –digo con voz suave mientras rodeo el pequeño corral que montó Layla.

Me inclino y coloco bien la luz: sobre la nieve se ven algunas manchas cobrizas y otras de un rojo intenso.

Tienen cortes superficiales en los lados, justo a la altura de los postes de la cerca. Es posible que se hayan hecho daño con un clavo salido, pero con tanta sangre es difícil estar seguro.

Por supuesto que resulta sospechoso que todas tengan la misma herida. Me estremezco al intuir –sin querer admitirlo en voz alta– la explicación más obvia para esta escena sanguinaria.

–Voy a sujetar a la primera, tú separa a las otras dos con un poco más de esa valla –Le indico, y ella hace exactamente lo que le pido. A la primera le pongo el cabestro y la inmovilizo en el suelo; no ofrece mucha resistencia. Este pequeño rebaño está acostumbrado a la presencia humana: no son mansas, pero tampoco se asustan con tanta facilidad.

Layla se acerca con lo necesario y empieza a trabajar mientras yo la sujeto. Se arrodilla en la nieve y examina la herida.

–No creo que haga falta afeitar. Solo limpiarla. Tal vez antibióticos, por precaución. –Rebusca en el botiquín, con las manos temblorosas, no sé si por el frío, por el susto o por ambos.

–Lo que te parezca mejor. –Confío en su criterio. Hasta donde puedo ver, la herida es pequeña, y, aunque todavía me pregunto cómo ha ocurrido, eso tendrá que esperar hasta que hayamos terminado.

Layla trabaja rápido, a pesar del frío y la oscuridad. El vapor de nuestra respiración se mezcla con el aire gélido y la vaca resopla suavemente de vez en cuando.

Repetimos el proceso con la segunda. Layla limpia la herida y revisa que no haya nada incrustado que pueda causar infección.

La última es la que más se resiste. Una vez asegurada bajo mi peso, Layla examina la zona por donde brota la sangre y suspira.

–Esta está peor que las demás. –Palpa con cuidado los bordes.

–¿Cómo de grave?

–Se pondrá bien, pero necesita puntos. –Suena tranquila, aunque percibo que solo es apariencia.

–De acuerdo.

–Colt… –Empieza a titubear. Quisiera que no tuviera que hacer esto aquí, con este viento helado, bajo la mirada gélida de Devil's Peak; pero así son las cosas y tendrá que afrontarlas.

–Layla. –Me acomodo y me acerco más–. Hazlo.

Sus ojos verdes se alzan hacia los míos, y la luz de los faros ilumina las nubes blancas que salen de nuestras bocas, inclinados muy cerca uno del otro.

–Nunca lo he hecho así. Sí en un corral de sujeción, de día, pero no en la oscuridad, con tanto riesgo.

–¿Te importa este animal, Layla?

Respira hondo.

–Claro que me importa.

–Entonces sé que puedes hacerlo. Porque, si te importa de verdad, lo harás bien.

–Pero…

–¿Crees que te contraté porque sí? No. Tú eres la que sabe de veterinaria. Yo no soy más un vaquero que solo puede sujetar a esta res mientras la coses. A menos que quieras que suba a buscar mi rifle y ponga fin a su agonía.

Su rostro se contrae, y abre ligeramente las fosas nasales. Coge la aguja y el hilo de sutura, aunque sigue temblando.

Sin pensarlo, le cojo los dedos libres y aprieto con fuerza. Es tan suave que casi gimo al sentirla bajo mis manos ásperas.

–No quiero decepcionarte –susurra.

Lo que ella no sabe es que jamás podría hacerlo.

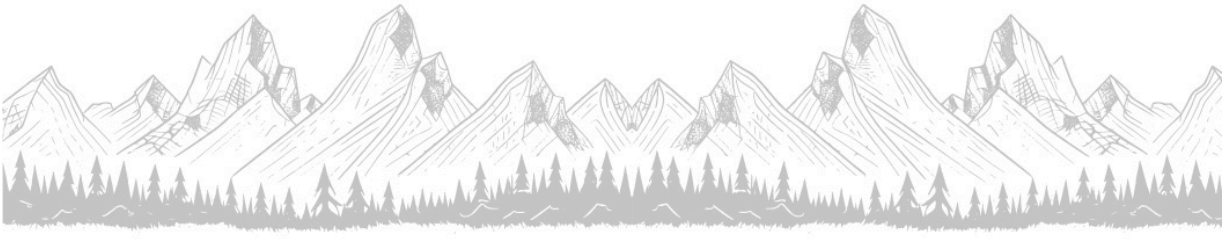
–No vas a decepcionarme. Ahora, respira hondo, nena.

Sus ojos buscan los míos, pero me obedece. Respira hondo aunque entrecortadamente.

–Y exhala. –Deja ir el aire en una nube blanca que se dispersa entre nosotros.

Le acaricio la palma con el pulgar y guío sus manos hacia la herida.

–Concéntrate en dar una puntada cada vez. Estoy aquí, y no me iré a ninguna parte.



Capítulo 10

Layla



Por fin regresamos a casa con la noche completamente cerrada. Aunque no es tarde, siento como si hubiéramos estado en el establo durante horas.

Colt me ordena que me duche para entrar en calor. No me opongo.

Los efectos posteriores de la adrenalina, el susto y la preocupación me han dejado sin energía, y paso mucho más tiempo del normal bajo el agua caliente, descongelándome.

Cuando regreso a la cocina, me sorprende ver que Colt también se ha duchado, y no solo eso: ha preparado una cena para dos de no sé dónde.

–No te emociones demasiado –dice con brusquedad mientras desliza un estofado humeante frente a mí–. Solo son sobras del congelador.

Mi estómago responde con un gruñido fuerte.

–Me habría conformado con un ramen, pero esto huele increíble. –Hundo la cuchara y el sabor es prácticamente celestial. Está claro

que Colt es un muy buen cocinero: la carne está tierna y condimentada a la perfección.

El hombre frente a mí parece horrorizado.

–¿No te gusta el ramen? –pregunto mientras sorbo el estofado de la cuchara.

–Eso no es comida.

Comprendido. El vaquero jamás va a acompañarme con una sopa instantánea. Oculto mi sonrisa detrás de la cuchara y los dos empezamos a devorar nuestros platos. Ha sido un día intenso; siento como si me hubiera pasado por encima un tráiler.

–¿Cerveza? –ofrece después de levantarse y empezar a hurgar en el frigorífico. Asiento con la boca llena.

Colt me pasa una –ya abierta– y se sienta al otro lado de la isla. Mientras se inclina hacia atrás para beber con la cabeza ladeada, lo observo, cautivada. Su barba canosa y su fuerte garganta se mueven cuando traga.

Dios, es tan agradable mirarlo…

Como unas cuantas cucharadas más de estofado, y, quizá sea que el alcohol me ayuda a relajarme un poco, pero hay algo que no termino de entender. No he visto ninguna foto de familia, ni de una mujer, ni nada personal en toda la casa… y sin duda he aprovechado las oportunidades que he tenido para husmear todos los rincones.

–Dime algo, Colton Wilder. ¿Qué sentido tiene mantener una casa tan grande si solo tú vives aquí, reinando Devil's Peak? –Esbozo una sonrisa pícara por encima de mi cerveza.

Me mira, y no es exactamente una sonrisa, pero sus labios se contraen un poco.

Tengo que colocarme bien en el asiento porque ese leve destello en su expresión hace que mi sexo se contraiga.

–No es un cuento de hadas para antes de dormir. –Su tono es ligero, pero las arrugas alrededor de sus ojos me dicen que es un terreno en el que no entra fácilmente.

–No quiero entrometerme. No tienes que contarme nada si no quieres.

Colt pasa la lengua por sus dientes delanteros.

–Lo justo sería un intercambio. –Me apunta con el cuello de la botella–. Primero respóndeme una pregunta, Layla.

Levanto las cejas. ¿Qué querrá saber?

–De acuerdo… –Muerdo el anzuelo. Parece que no tengo restricciones cuando se trata de complacer a este hombre.

–Me pregunto qué necesita pagar tan desesperadamente una mujer de veinticinco años como para lanzarse de cabeza a terminar su certificación de veterinaria y, además, trabajar en bares de mala muerte. –Se recuesta, cruza un brazo sobre el pecho y sujeta la cerveza con la otra mano.

Jugueteo con el dobladillo de mi manga.

Él espera a que empiece a hablar.

Suelto un largo suspiro y me coloco bien en el taburete.

–Mi madre me tuvo cuando era joven… demasiado joven. –Vacilo, lo miro de reojo y veo que espera que continúe–. No conocí a mi padre, y la procesión de novios que tuvo cambiaba como las estaciones.

Colt me observa en silencio mientras bebo un gran sorbo de cerveza antes de seguir.

–Mi tía era la que me recogía después de la escuela, se aseguraba de que comiera, me llevaba a clases de danza y a presentaciones los fines de semana. Me dejaba quedarme con ella semanas, a veces meses. La adoro. Cuando estaba con ella, era como estar de vacaciones. Viéndolo en retrospectiva, era demasiado pequeña para entenderlo, pero un día llegué a casa de la escuela y el tipo sentado en el sillón me miró con los mismos ojos con los que antes la miraba a ella.

Me coloco bien en el asiento bajo la intensidad de la mirada de Colt.

–Ese fue el último día que viví con mi madre.

–¿Tu tía te adoptó?

Me aparto un mechón de cabello detrás de la oreja.

–Evaline se aseguró de que no volviera allí nunca más.

Esta es la parte difícil. La que siempre me deja un nudo en la garganta.

–Pero, cuando terminé la secundaria, ella comenzó a olvidar cosas. Se confundía todo el tiempo. –Rasco la etiqueta de la cerveza–. Lo llamaron demencia prematura, y me la arrebató antes de que pudiera comprender lo que estaba sucediendo.

Colt carraspea y, con cierta reticencia, lo miro a los ojos. No quiero su lástima ni su caridad, pero espero que comprenda por qué esto es tan importante para mí.

–Imagino que pagas sus cuidados.

Asiento con los labios apretados.

Nos quedamos en silencio un momento sin más sonidos que el de las agujas del reloj.

–Ahora que has escuchado mi cuento de hadas, quiero oír el tuyo.

Colt bebe un largo trago de cerveza.

–No hay mucho que contar. Mis padres murieron en un accidente automovilístico cuando yo era muy pequeño, demasiado como para recordarlos, y mi abuelo tuvo que hacerse cargo.

–¿Aquí en el rancho?

–Ajá. Crecí aquí… o mejor dicho, sobreviví a crecer aquí.

Veo cómo se tensa su mandíbula al revisitar recuerdos que, imagino, preferiría olvidar.

–Era el dueño de este rancho, pero también un tremendo hijo de puta. Le gustaba descargar su ira en quien tuviera más cerca. Cuando entendí por qué las vacas siempre aparecían heridas, empecé a hacerlo enfadar para que se desquitara conmigo y no con animales inocentes.

Hace una pausa para reflexionar.

–Tenía catorce años cuando le puse por primera vez una bala en la frente a una vaca. Estaba a punto de parir, pero él la había dejado tan herida que no hubiera sobrevivido.

Siento un ardor detrás de los ojos. Quiero subirme a su regazo y abrazarlo.

–Cuando se ahorcó, murió el verdadero demonio de Devil's Peak. Kayce acababa de nacer, y yo dediqué el día de su funeral a derribar la casucha podrida que estaba justo aquí.

Su historia hace que me duela el pecho. Pero no quiero que deje de hablar. Siento que quizá soy la única persona a la que Colt le ha

contado esto.

No sé bien qué hechizo ha caído sobre esta cocina, pero es como si el tiempo se hubiera detenido.

Se ríe por lo bajo sobre la botella, con una expresión sombría.

–Me pasé casi treinta años transformando la pocilga que era este lugar para borrar por completo su legado. Ojalá algún día, cuando yo ya no esté, lo compre alguien inteligente y haga con este rancho más dinero del que yo he podido conseguir.

–¿No lo construiste para ti? –Me parte el corazón, pero al mismo tiempo creo que acabo de enamorarme perdidamente de este hombre y de todo lo que ha logrado.

Colt sacude la cabeza. Los rizos oscuros caen sobre sus ojos y lo hacen parecer más joven. Solo las motas plateadas en su barba delatan su edad.

–Siempre pensé que este lugar iba a ser más una atracción turística que un rancho capaz de competir con los grandes. Así que construí algo que pudiera servir para eso: un alojamiento para gente rica que viene en helicóptero a pasar un fin de semana recorriendo el paisaje a caballo.

–¿Como un *rancho turístico*? –pregunto.

Colt se estremece y frunce el ceño.

–Si oigo a alguien decir eso de mi rancho, me puede llegar a dar un aneurisma.

Me hace un gesto para que le pase el cuenco vacío. Parece que la charla íntima ha llegado a su fin, pero me apresuro antes de que intente lavar mis platos. Aunque me gusta la naturalidad con la que nos dividimos las tareas, esta noche siento que cada uno debería limpiar lo suyo.

–Yo me encargo –le digo con una pequeña sonrisa antes de bajar la cabeza.

Cuando cruzo al otro lado y me uno a él en la encimera, mi atención se desvía hacia la oscuridad, en dirección al ganado. Sus anchos hombros llenan el espacio frente al fregadero mientras enjuaga los recipientes donde debía estar el estofado y su propio cuenco.

–Se pondrán bien. Has hecho un excelente trabajo.

Mi estómago da una pequeña voltereta por el cumplido inesperado. De pie junto a su inmensidad, no puedo evitar notar que su camiseta es tan fina que parece una segunda piel y quiero tocar el algodón gastado.

–Porque me calmaste con tus palabras… otra vez. –Es la verdad. No hubiera podido hacer nada de lo que hice si no fuera porque él me mantuvo con los pies en la tierra. Suturar ganado bajo techo, con todo el equipo para inmovilizar al animal y a plena luz del día, es una cosa. Estar cubierta de sangre, en la nieve y en plena oscuridad, es otra muy distinta.

Aprieta la mandíbula.

Se me empieza a calentar la sangre por el alcohol asentándose en mis venas.

–Me gusta cómo me hablas.

Él sigue fregando los recipientes en silencio. No puedo apartar la vista del mapa de venas en el dorso de sus manos, que brillan bajo el agua.

–Gracias por confiar en mí. –Estoy demasiado cerca, lo sé. Pero él tampoco se aparta, y el calor entre nuestros cuerpos me atrae.

Aprieto los muslos cuando esa sensación tan familiar empieza a crecer.

Sé lo que oí allí fuera.

No sé si fue adrede o si se le escapó en el fragor del momento, pero quiero oírlo de nuevo.

–Me gustó cómo me hablaste en el establo.

Colt se queda inmóvil.

–Debe ser difícil lidiar con cosas así cuando estás solo aquí arriba. –Estoy siendo demasiado atrevida, pero después de conocer un poco más de su vida, y, con la cerveza y este calor envolvente, tal vez exista la posibilidad de que él sienta lo mismo que yo.

Su gran mano se estira para coger mi cuenco, pero niego con la cabeza.

–Está bien. Déjame a mí.

Me inclino hacia el fregadero, y nuestros cuerpos encajan uno junto al otro. Se tensa un poco, pero no se aparta. Cuando siento la presión de mi cadera contra su muslo, se me acelera el corazón.

De repente, la cocina parece un horno, y mi pulso me golpea la garganta mientras veo sus manos apoyadas en el borde del fregadero. Está dejando que me acerque. Mucho. Su calor y su aroma me envuelven como una manta en la que quiero acurrucarme.

El agua tibia corre sobre mis manos mientras lavo el cuenco y luego cierro el grifo. Sin ese ruido, la cocina queda en un silencio tal que puedo escuchar la sangre rugiendo en mis oídos y el débil ulular del viento helado golpeando las ventanas.

Colt está de pie frente al lavavajillas, y yo giro mi cuerpo hacia el suyo, todavía aferrada a mi estúpido cuenco como si fuera lo único que me impidiera ponerle las manos encima.

–¿No te sientes solo aquí arriba? –susurro mientras alzo la cabeza y me pierdo en su mirada ensombrecida. Sus pupilas son la grieta más profunda que he visto jamás mientras se inclina sobre mí.

Me quita el cuenco y lo coloca sobre la encimera, junto a mi cadera.

Dios.

No puedo resistir la fuerza que nos atrae cuando mueve su peso y apoya una mano al otro lado de mi cuerpo, encerrándome contra el fregadero.

Sus ojos bajan a mi boca, y mi pecho sube y baja más rápido con cada segundo que se extiende este momento prohibido. Puedo sentir su fuerza, su masculinidad, ese aroma embriagador a cuero y lluvia. Entre mis piernas hay un calor húmedo, y mi ropa interior debe de estar en llamas.

Me humedezco el labio inferior con la lengua.

Colt observa el gesto con una mirada intensa, de depredador.

Justo cuando aprieta la mandíbula y clava los ojos en mis labios entreabiertos, un estallido irrumpe desde su oficina, junto a la cocina. La radio cobra vida de repente, me sobresalto, y Colt gira la cabeza hacia el sonido.

Una voz conocida crepita en la línea, y mi estómago se desploma.



–¿Papá? ¿Estás ahí? –La voz de Kayce suena metálica pero inconfundible al otro lado del transmisor de radio.

Pasan tres cosas al mismo tiempo. Colt se aparta de mí como si se hubiera quemado con un calefactor encendido. Yo me doy la vuelta y me doblo sobre el borde del fregadero, intentando recuperar el aliento. El mundo invade nuestra burbuja con la potencia de un tren de carga.

Mierda.

Mierda.

Mierda.

Fuera lo que fuera que estaba a punto de pasar entre nosotros, definitivamente iba a suceder, y de inmediato me reprocho por haber sido tan atrevida.

No debería haber puesto a Colt en esa tesitura.

Él debería haberse apartado.

Los dos estamos jugando con fuego, acercándonos peligrosamente al precipicio y, si nos dejamos caer, no habrá retorno.

La culpa me golpea con fuerza. No porque sienta algo por Kayce; solo me preocupa Colt. Estoy coqueteando con él, provocándolo. Así le pago al hombre que me ha dado trabajo, resolvió el desastre con la financiera y me acoge bajo su techo.

¿En qué demonios estaba pensando?

Lo guardo todo en el lavavajillas y lo enciendo. Detrás de mí, escucho la voz grave de Colt hablando con su hijo por la radio. Supongo que el vehículo que Kayce llevó al pueblo tiene una radio como la de la camioneta de Colt.

–¿Tienes dónde quedarte?

La línea crepita, y no puedo distinguir la respuesta de Kayce. Cuando me atrevo a espiar en la pequeña oficina, veo su ancha espalda iluminada por una lámpara pequeña que filtra su brillo a

través de la puerta abierta. Tiene una mano hundida en el cabello y con la otra sostiene la radio cerca de la boca.

–El camino estará despejado en una semana aproximadamente.

Oigo el sonido de una respuesta ininteligible en el otro extremo.

Muero por saber qué está diciendo Kayce, así que me acerco con cuidado y me quedo fuera de su vista en el pasillo, con la espalda pegada a la pared.

–Tengo que resolver una cosa aquí. –La voz de mi ex flota por el pasillo.

Colt deja escapar un suspiro.

–Podrías haberme avisado con tiempo.

–Sí, me siento fatal. ¿Puedes arreglarte solo una semana más?

Hay una pausa y Colt tose un poco.

–Tengo ayuda.

Mi corazón se detiene.

–Joder, qué suerte. ¿Es Storm o alguno de los otros chicos?

Mierda. ¿Va a decirle que estoy aquí?

–No.

Kayce suelta una carcajada que descontrola la estática.

–No me digas que estás con una chica.

Me cubro la boca con la mano.

–No es lo que piensas –gruñe Colt.

–Sí, claro, papá. Ya era hora de que encontraras a alguien. Aunque no me imagino quién puede soportarte. –Está claro que Kayce ha estado bebiendo; incluso a través de la radio puedo oírlo en su voz.

–Kayce… –No sé si es porque sabe que puedo oírlo, pero Colt intenta sin éxito detener la conversación.

–¿La conozco? ¿Está buena?

Creo que voy a morir.

–Kayce –lo corta–. Es Layla.

Silencio. Un leve zumbido de estática.

–¿Mi Layla?

No. No soy tu Layla, imbécil. Quiero gritarles a los dos. Pero me quedo clavada en el lugar.

–¿Qué coño está pasando, papá? –Parece enfadado. Aunque no tiene absolutamente ningún derecho. Si alguien debe enfadarse y exigirle hasta el último centavo que me debe (y ahora, por extensión, a su padre), soy yo–. ¿Te estás follando a mi chica? –Kayce está borracho y desbocado, y yo atrapada en este pasillo, hecha un nudo de indecisión.

Pero Colt reacciona antes que yo.

–¿Qué dices? Es una niña para mí. Necesitaba ayuda y le ofrecí trabajo. Fin de la historia. Apareció aquí buscándote la noche de la nevada, y se le estropeó el coche.

–¿Y qué? ¿La metiste en tu cama?

–No te pases, hijo. –Por su tono, creo que Colt está a punto de estrellar la radio contra la pared.

–Entonces explícame qué demonios hace mi novia viviendo contigo.

Dios. Esto es una pesadilla. Entre escuchar al hombre sobre el que casi me abalanzo hace unos minutos llamarme «niña» y los celos de mi exnovio borracho, no sé qué hacer. ¿Debo intervenir? ¿Servirá de algo si hablo yo con Kayce?

¿De verdad Colt me ve así? ¿Como una niña con la que está haciendo caridad?

–No voy a ponerme a discutir. No pasa nada raro. Tengo un puto negocio del que ocuparme, y tú no estás aquí para ayudar. Así que no voy a pedirte perdón por cuidar de tu chica cuando deberías haber estado aquí para hacerlo tú.

Ya había escuchado a Colt enfadado, pero esto es algo completamente distinto.

Se oye más interferencia en la línea y, por un momento, creo que Kayce ha colgado.

–Está bien. Mira, la cagué, ¿de acuerdo? Pero tengo que arreglar unas cosas, y volveré en cuanto liberen el camino.

–Bien –escucho a Colt mover unos papeles–. Sé que tengo mucho que reparar contigo, Kayce.

–Está bien, papá. Estamos bien.

Un suspiro pesado llena la habitación.

–Cuídate, ¿vale?

–Siempre. Dile a Layla que volveré pronto.

–Claro.

¿Es resignación lo que oigo en su voz? Me resulta indescifrable.

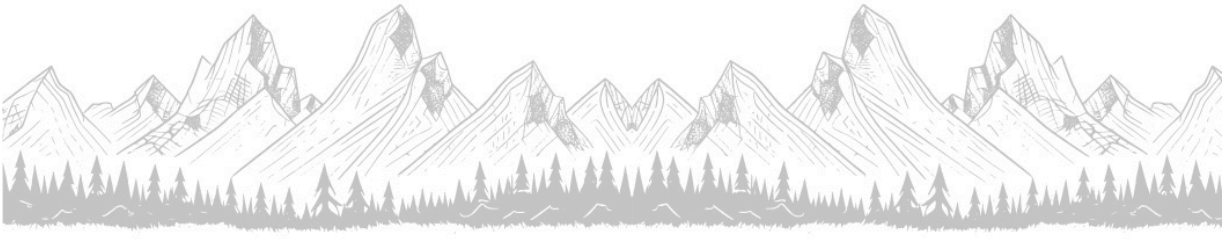
Empiezan a despedirse, y entonces me largo en silencio hacia mi habitación. Escucharlos hablar no ha hecho más que reafirmar todo lo que había intentado ignorar. Colt está intentando mejorar las cosas con su hijo, y yo me he metido en medio a destrozarlo todo.

Colt tiene razón. Tiene un negocio del que ocuparse, y ahora entiendo un poco más su visión del legado ganado con esfuerzo, levantado desde cero.

No puedo ser yo quien se interponga entre él y su hijo, y me niego a convertirme en una distracción.

Mi objetivo es terminar las semanas que me quedan, conseguir la nota para enviar a mi supervisora y seguir con mi vida.

Se han terminado los encuentros inapropiados con Colt Wilder.



Capítulo 11

Layla



Ha pasado casi una semana desde nuestro «casi» en la cocina, y me he portado muy bien.

Hasta hoy, claro.

Es como si Colt supiera que estaba orgullosa de mí misma por mantener la distancia y ocuparme de mis asuntos, como buena asistente de rancho que se supone que soy.

El establo se ha convertido en un refugio, donde paso la mayor cantidad de tiempo posible con los caballos, evitando pensar en el vaquero que duerme a pocos metros de mi habitación. Subí a mis redes sociales vídeos y fotos de los caballos, que no pueden ser más tiernos, y adoran que les preste toda mi atención. Mientras tanto, Sage se ha encargado de inundar mi bandeja de entrada con la mayor cantidad posible de chistes y juegos de palabras sobre equitación.

Por las noches, he perfeccionado el arte de preparar la cena y excusarme para ir a leer antes de que Colt se siente a comer.

Si tiene alguna opinión sobre mis desapariciones, se las guarda.

Casi ni se me acerca. Así que supongo que estamos usando la misma estrategia para lidiar con esta tensión incómoda.

Pero ahora estamos cabalgando los dos hacia una zona remota de la propiedad, y es la primera vez que estamos verdaderamente juntos desde esa noche en la que me acerqué demasiado a la línea que no debía cruzar.

Al parecer, mañana abrirán el camino y el clima ha sido estable toda la semana. Salió el sol y derritió poco a poco la nieve.

–No eres de hablar mucho, ¿no? –Colt gira en su silla de montar. Su sombrero negro bien ajustado en la cabeza se recorta contra el cielo azul.

Levanto una ceja. ¿Me está diciendo a mí que no hablo mucho? El muerto se ríe del degollado.

No respondo, lo que lo hace negar con la cabeza y desviar la mirada, pero llego a ver el germen de una sonrisa en su comisura.

Colt se coloca bien en la silla, y evito observar cómo sus vaqueros se ajustan a la perfección en su trasero.

«Es el padre de tu exnovio y tu jefe», me repito por centésima vez.

Está tan fuera de mi alcance como la luna.

Aunque por las noches en mi cabeza aparece un mundo de fantasía donde él y yo nos encontramos, no puedo permitir que esos pensamientos salgan de allí.

–Aquí está bien –dice, frenando a los caballos y desmontando. Lo sigo, aún sin entender del todo qué hacemos aquí, entre los pinos y sobre una gruesa capa de nieve. Ya habíamos terminado de reparar agujeros en las cercas y revisar el perímetro del rancho, y, en vez de regresar, hemos terminado aquí.

Menos entiendo por qué necesitábamos traer su rifle para esto. La incertidumbre me pesa en el estómago como plomo.

Quiero estar escondida en el establo, cepillando a los caballos y escuchándolos comer pienso. No aquí, en medio de la nada, con un lobo al que no puedo resistirme por mucho que lo intente.

Mi única defensa posible es evitarlo.

Cosa que, claramente, no puedo hacer aquí.

–Allí hay un blanco. –Colt señala hacia una figura entre los árboles. Entrecierro los ojos y distingo unos anillos de pintura descolorida; el soporte de madera está lleno de agujeros.

–No necesito aprender esto –digo, acariciando el cuello de Peaches y buscando una excusa para regresar a la otra punta de la propiedad. Muy, muy lejos de Colton Wilder.

–Sí que lo necesitas –gruñe, empezando a cargar el rifle.

Me sudan las manos.

–Ven aquí –avanza por la nieve hacia un montículo.

No quiero seguirlo.

–Layla.

–Voy a mirar –protesto–. No necesito saber usar un arma.

Colt me mira con expresión asesina.

–Layla –repite, con un veneno en la voz que me hace estremecer.

–Está bien –murmuro entre dientes, avanzando hasta él.

En un abrir y cerrar de ojos, estoy boca abajo, sobre la nieve, con un rifle en las manos y Colt vigilándome desde arriba. Lo he intentado tres veces sin ningún éxito.

Soy un desastre.

Tengo los dedos de los pies entumecidos.

Va a pensar que soy un fracaso.

Bajo la cabeza y resoplo.

–Te lo dije. No tiene sentido que me enseñes.

Colt me mira con algo que se parece al desprecio. Quizá mejor así. Si me odia, será más fácil ignorar mis sentimientos hasta que me vaya.

–Ni lo estás intentando.

–Bueno, no necesito ser buena en esto para hacer mi trabajo, ¿o sí?

Colt se inclina, me sujeta del mentón y me obliga a mirarlo, arrancándome un pequeño grito de sorpresa. Se mueve con determinación, y me impacta sentir su contacto.

Siento cosquillas bajo mi piel donde me toca.

–¿Ves ese lugar donde está la roca y los árboles altos? –Sigo con la mirada la dirección que señala, y asiento cuando consigo distinguir a qué se refiere. Parece un mirador perfecto para

contemplar Devil's Peak al atardecer–. Lo llamamos Cima. Si uno de esos idiotas te dice que quiere llevarte ahí, tiene segundas intenciones.

No entiendo qué tiene que ver eso con disparar un arma.

–Hazlo otra vez. –Me gira el rostro hacia el blanco.

–No puedo.

Lo oigo rechinar los dientes a mis espaldas. Espero que se dé media vuelta y se marche. Pero la nieve cruje por su peso y, un segundo después, está tumbado junto a mí.

Oh, Dios. No puedo con él tan cerca. Ese aroma suyo –mezcla de cuero y masculinidad– me cautiva.

Se coloca detrás de mí y me atrapa entre sus brazos.

Siento que me voy a desmayar.

Mi cuerpo, traidor, se enciende, complacido con su cercanía.

Su boca está tan cerca de mi oído que siento su aliento rozando los cabellos finos de mi rostro. Me derrito. Todas las barreras que he levantado la última semana se desmoronan, y vuelvo a estar en la oscuridad de la cocina, con él mirándome los labios.

–Si estás aquí fuera sola, o si me pasa algo, necesito saber que puedes cuidarte, Layla. –Sus labios me rozan la oreja y una bandada de mariposas alza vuelo en la parte baja de mi vientre.

Me coloca la mano en el rifle y corrige mi postura. Me va guiando con indicaciones sobre detalles mínimos: respirar, encontrar mi objetivo… y volver a respirar.

–Encuentra el punto justo y apunta.

Alineo la mira con el blanco, dolorosamente consciente de cada respiración temblorosa y de lo cerca que está Colt. Aprieto el gatillo.

El disparo resuena.

Le doy al blanco.

–Buena chica. –Su voz grave brota de los labios apoyados en mi oído.

Este hombre será mi perdición.

–No sé de qué crees que necesito cuidarme –murmuro, empapándome de su cercanía y de lo natural que es tenerlo así, conmigo, como si nuestros cuerpos supieran por instinto cómo encajar.

Él se aleja y me duele perder su calor y la sensación de su peso sobre mi cuerpo.

–No es de qué… es de quién. –Colt se incorpora y hace ese gesto irresistible de pasarse los dedos por el cabello antes de ponerse el sombrero. Sus ojos color avellana se clavan en los míos.

–Si alguien intenta tocarte otra vez, no dudes en usar el arma.



Apenas logro sobrevivir el resto de la tarde.

La cabalgata de regreso al establo, con sus sacudidas y golpes justo en mi entrepierna, avivó un fuego que se niega a apagarse.

Me palpita el clítoris, estoy tan excitada que preparo la comida a toda prisa, la dejo hirviendo a fuego lento y le escribo una nota a Colt para que se sirva cuando regrese de donde sea que se haya ido.

Esta noche no puedo estar cerca de él.

Se acercó tanto que siento que lo hizo a propósito, como si quisiera empujarme hasta el límite solo para demostrar algo.

Como si quisiera castigarme de algún modo. O ponerme a prueba.

Y, para mi desgracia, cuando se trata de mi exsuegro, me convierto en una ramera, así que he suspendido el examen de forma bochornosa.

A estas alturas, siento que lo único que puedo hacer es tomar una ducha y encerrarme en mi habitación. Abro el grifo para que el agua se caliente. Resoplando, me quito los vaqueros, los calcetines y el jersey mientras el vapor comienza a invadirlo todo.

Refunfuñando, pateo toda la ropa hacia un rincón.

Siento el cuerpo en carne viva.

En el momento en que mi piel entra en contacto con el agua, dejo escapar un suspiro tembloroso. El masaje del chorro contra el cuerpo me obliga a cerrar los ojos y quedarme quieta, dejándome empapar de pies a cabeza. Debería hacer mi rutina habitual de

cuidado del cabello, o exfoliar la piel reseca por el invierno, o apresurarme para no gastar mucha agua.

Pero no puedo, porque solo veo su rostro.

No hay nada fuera del calor y el recuerdo de su aroma, grabado a fuego en mi mente. Aunque no hay manera de que sea real, creo sentir su presencia aquí, a mi lado, colándose entre las grietas que hay en los muros que levanté a mi alrededor, invadiendo mi cordura.

Soy un desastre.

Abro los ojos de golpe y me lleno la mano con gel de baño del dispensador, presionando con fuerza la bomba. ¿Por qué, habiendo tantas cosas, ha tenido que enseñarme a disparar un arma? ¿Por qué ponerme a prueba de ese modo, como buscando puntos débiles?

Siento que está tratando de encontrar una excusa para echarme de su montaña, para demostrar que no soy más que un estorbo, que tengo que volver por donde vine. Pero lo peor, lo que más me duele de todo esto, es que cree que soy «de Kayce».

Es imposible no imaginar qué estará haciendo ahora. ¿Estará en su habitación haciendo lo mismo que yo? ¿Tendría el descaro de venir hasta aquí a confrontarme, a preguntarme por qué me he escondido de él?

¿Entraría Colton Wilder a esta ducha para aprovecharse de la mujer que duerme bajo su techo?

Oh, Dios, solo pensar en eso me hace apretar los muslos e intensifica el latido de mi clítoris. Entonces oigo el clic de la puerta y la breve corriente de aire frío que roza mi piel cuando alguien –él– entra al baño.

Me giro, con los ojos muy abiertos, y llego a preguntarle qué hace aquí…

Pero mi débil protesta se desvanece cuando avanza. Con su corpulencia y su fuerza, me encierra entre su cuerpo y la pared.

Una mano se apoya firme contra las baldosas frente a mí, mientras el agua cae por mi pecho. Mis pezones, duros y sensibles, se estremecen bajo la caricia.

Tiene las manos sobre mí. En mi espalda, el contacto es sólido, inamovible. Se inclina y baja con sus palmas ásperas hasta encontrar

ese lugar oculto, acariciando la suave curva entre mis muslos.

Mis dedos se deslizan hacia abajo y me apoyo en la pared, cerrando los ojos con fuerza. Siento la humedad que se ha acumulado todo el día por su culpa.

Ambos sabemos que no deberíamos hacer esto. Él no dice nada, pero sabe que estamos cruzando una línea de la que no hay vuelta atrás.

Y entonces, justo cuando mi dedo medio se abre paso, separando mis labios y rozando el clítoris, escucho su voz grave retumbar en mi oído:

–Nadie tiene que enterarse.

El rugido de la sangre me inunda, y mis uñas arañan la pared.

Un gemido se me escapa mientras froto con firmeza, dibujando círculos sobre el pequeño bulto lleno de nervios.

–Shhh. Así… será nuestro secreto. –Escucho su voz e imagino que es su dedo grueso el que juega con mi sexo empapado.

El calor me recorre entera y no tiene nada que ver con el agua. Estoy al borde, mordiéndome el labio, intentando ser la chica buena que él quiere. Me está pidiendo que sea sigilosa, que nadie escuche que está aquí, conmigo, dándome placer.

Mi respiración se acelera, apoyo la frente contra la pared. El temblor sube por mis piernas y siento cómo se forma la ola. Mi dedo se mueve frenético, frotando el clítoris como sé que lo haría él.

Dios… la tensión es exquisita e insoportable.

Necesito llegar.

Ahora mismo.

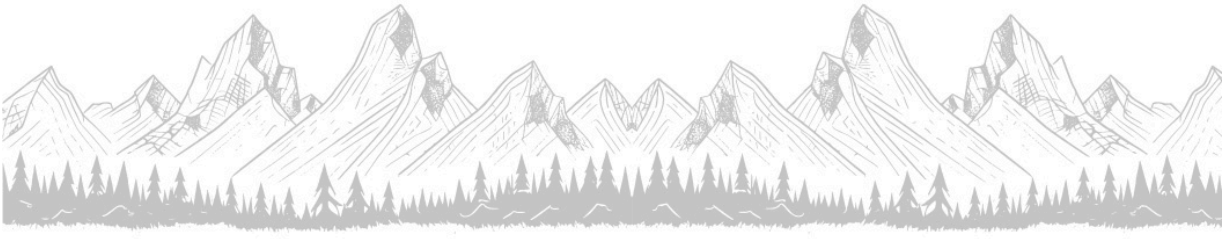
Las chispas estallan detrás de mis párpados y siento el momento en que todo se contrae, seguido por una ola que me arrastra. Jadeos silenciosos, con la boca entreabierta, acompañan el lento y circular movimiento con el que se prolonga la descarga.

Y todo el tiempo, siento la sombra de ese hombre sobre mí.

Pero, cuando abro los ojos, no hay nadie más que yo en la ducha vacía.

Estoy sola.

Y odio no poder hacer nada al respecto.



Capítulo 12

Colt



Hay un lugar en el infierno reservado para los hombres como yo. Para los que saben que no corresponde masturbarse todas las noches pensando en la jovencita que duerme a pocos metros de su habitación, pero igualmente lo hacen.

Es la chica de mi hijo.

Y aquí estoy ahora, atrapado en el habitáculo de mi camioneta mientras bajamos de la montaña por primera vez desde que Layla irrumpió en mi vida hace dos semanas.

Remolcamos su coche destrozado para dejarlo en el mecánico del pueblo, y nos espera un largo día de compras para abastecernos con lo que vamos a necesitar.

Es probable que el camino permanezca despejado el tiempo necesario para hacerlo todo, pero nunca se sabe cuándo llegará el próximo frente de tormenta.

En esta época del año, la ruta a Devil's Peak es traicionera y después de una tormenta de nieve siempre existe el riesgo de avalanchas o de que caigan árboles.

Mi regla de oro en esta temporada es que es más seguro quedarse quieto, y no pienso estar en el pueblo más tiempo del necesario.

Siendo dos, será un trámite más rápido que de costumbre. Gracias a Dios, porque parece que mi hijo no va a colaborar en nada. No he tenido noticias de él desde la noche en que llamó por radio. Supongo que volverá arrastrándose a la montaña cuando se le pase la borrachera. Es probable que esta noche regresemos y lo encontremos tirado en el sillón.

No me sorprende tener que hacerme cargo de su desorden. Además, Layla es como un ratoncito; a veces no noto su presencia, y más aún esta semana que se la ha pasado encerrada en su habitación.

Dice que lee un libro que la tiene atrapada, pero yo sé que me está evitando.

Y se lo agradezco… y me tortura al mismo tiempo.

Nos acercamos demasiado esa noche y lo único que quería era arrastrarla a mi cama.

Así que ahora me he convertido en un idiota que no puede dejar de pensar en cosas con las que no tengo derecho ni a soñar: su coño apretado envolviendo mi polla mientras la lleno; ver mi semen derramarse en ella; escuchar sus gemidos suaves cuando chupo sus tetas perfectas.

Mierda… directo al infierno. Me paso la mano por la boca.

Esta chica es una tentación andante, y ya estoy temiendo la fogata de mañana. Por eso no podía posponer enseñarle a disparar un arma. Si quiere sobrevivir las próximas seis semanas sin que yo la vigile a cada minuto, tiene que ser capaz de lidiar con cualquier imbécil que se acerque. Los hermanos Pierson son mi mayor preocupación.

Algo me dice que no se detendrán hasta sumar a Layla a su colección de trofeos.

–¿A dónde vamos primero, vaquero? –Layla me sonríe desde el otro lado de la camioneta mientras llegamos a las afueras del pueblo.

Su brillo solo acentúa mi ceño fruncido.

Ella es un día soleado y yo, la nube de tormenta a punto de arruinarlo. Mi mal humor ya está al límite solo por bajar hasta aquí.

Está lleno de vehículos, ruido y gente.

Es agotador, y no tengo ganas de lidiar con idiotas.

–Te dejaré en la tienda mientras llevo tu coche al mecánico.

–¿No quieres que vaya contigo? Digo; al fin y al cabo, es mi coche.

No. Lo último que necesito es que esos mecánicos de mala muerte se queden mirando su trasero o intenten coquetear con ella frente a mí.

–Compra todo lo de esta lista. Será más rápido si nos dividimos.

Frunce los labios y revisa los artículos de ferretería que tenemos que comprar.

–¿Y si no sé qué es algo?

–Eres inteligente, ¿no?

Sus mejillas se tiñen de un leve rosado, me parece una fantasía de carne y hueso cada vez que la halago. Dios, no puedo parar de hacerme esto.

Está sentada en el asiento del copiloto de mi camioneta, y lo único que quiero es sentarla sobre mis piernas y bajarle la cremallera de los vaqueros. Mi polla se agita por la idea. Nunca en la vida me había sentido tan aliviado de aparcar frente a la ferretería.

–Vuelvo enseguida. Busca un carrito y empieza a llenarlo; cuando regrese te ayudo con lo que no encuentres.

–Entendido. –Se muerde el labio y sale del vehículo.

Cuando rodea el capó de la camioneta, no puedo evitar mirar cómo ese trasero llena a la perfección los vaqueros de tiro alto, y cómo el jersey corto que lleva deja ver todas sus curvas.

Joder.

Bajo la ventanilla.

–Layla –la llamo, y ella gira sobre sus talones.

–¿He olvidado algo? –pregunta, frunciendo el ceño y guardando el teléfono en el bolsillo trasero.

Mierda. No lo pensé con cuidado, pero no la dejaré ir vestida así.

–Ven aquí. –Bajo de un salto y la miro, vigilando con el rabillo del ojo la acera vacía.

–Vas a necesitar esto. –Me quito el sombrero y se lo pongo en la cabeza. Le va un poco grande y, aunque todo le queda precioso, verla con mi sombrero negro hace que la sangre me hierva.

Se toca el ala, ajustándolo un poco, y sus ojos verdes brillan.

Por eso no me molesto en darle ninguna explicación, pero vuelvo a subirme a la camioneta con la sensación de que soy un rey.

Aunque no sea mi chica, puedo marcar territorio para que ningún imbécil del pueblo se atreva a mirarla dos veces.



Resulta que hacer las compras de a dos lo vuelve mucho más fácil. Especialmente cuando quien me acompaña es la chica que ahora está cargando las últimas bolsas y cajas en la camioneta.

Terminamos un par de horas antes de lo que esperaba, y, aunque el sol ya se ha escondido detrás de Crimson Ridge, el pronóstico anuncia una noche despejada y temperaturas por encima de cero, lo que significa que el camino estará en buen estado para que mi camioneta suba la montaña.

Risas y chillidos atraviesan la luz tenue. Layla levanta la vista justo cuando un grupo de chicas jóvenes sale de un coche y entra en el bar.

The Loaded Hog es el único lugar en el pueblo para comer y tomar algo, y, por lo que parece, esta noche está concurrido. Me paso la mano por el cabello. Por supuesto, es sábado.

Este es el tipo de cosas que las chicas de su edad quieren hacer, y no estar cargando alimento para caballos y rollos de alambre en la parte trasera de mi camioneta.

Ni que alguien como yo la haga trabajar hasta el cansancio los siete días de la semana.

–¿Quieres entrar? –Señalo con la cabeza hacia las luces y la música que se filtran desde el salón.

Layla mira y luego me mira a mí, negando con la cabeza de esa forma tan suya.

–No, regresemos.

Me recuesto contra la camioneta.

–¿No quieres salir con gente de tu edad? Ya sabes, tomar una copa o algo de eso. –¿Qué demonios estoy ofreciendo? ¿Dejarla aquí y volver a buscarla como si fuera su carabina?

Ella se muerde el labio inferior.

–Dios, no. Ya pasé por eso. Desde la adolescencia trabajé en bares. Siempre había un lugar más al que ir después. Ya tomé suficientes malas decisiones. Así conocí a Kayce. –Baja la mirada, como si le incomodara mencionar su nombre.

Aprieto la mandíbula al recordar su conexión.

–De hecho, esa noche probablemente fue la última vez que salí. El grupo con el que solía juntarme me convenció de ir a una estúpida fiesta de cumpleaños, por los viejos tiempos, y después de unos cuantos chupitos de más... –Se detiene.

Me parece perfecto, porque me resulta repugnante escuchar cómo la chica que no paro de imaginar en mi cama terminó en brazos de mi hijo.

Y probablemente por eso intento borrar esa imagen sugiriendo la peor idea posible.

–Bueno, me muero de hambre y no pienso cocinar cuando lleguemos a casa. –Cierro la camioneta y empiezo a caminar hacia el bar, obligándola a apresurarse para alcanzarme.

–¿No deberíamos irnos por lo de la helada en los caminos? –Señala con el pulgar en dirección a Devil's Peak.

–Esta noche no. Estarán bien. –Le aguanto la puerta para que pase y nos envuelve una ola de música, voces y olor a cerveza.

–¿Estás seguro? –Parece curiosa pero desconfiada; hay una leve vacilación en su lenguaje corporal.

Y entonces me siento un imbécil porque entiendo que debe estar cuidando su economía, y yo la obligo a entrar a un bar cuando seguro necesita cada centavo para arreglar el coche.

–Entra. Yo invito.

Sus labios se curvan y se inclina para pasar bajo mi brazo, pero enseguida se da la vuelta y casi chocamos.

–Espera, toma. –Se quita el sombrero–. Perdón, olvidé que lo tenía puesto.

La miro con severidad. Aquí dentro es donde más debería usarlo. Todo en mí quiere volver a colocárselo sobre esos sedosos rizos cobrizos y ordenarle que se lo deje puesto. Pero, en cambio, lo aprieto en el puño con un gruñido. Porque no hay coincidencia entre lo que quiero y lo que puedo decir.

No me detengo en su expresión burlona. La cojo de la muñeca y la llevo detrás de mí directo hacia la seguridad de los reservados. Hay bastante gente, pero todavía no está abarrotado; la noche apenas empieza. Por suerte, no veo a nadie que conozca, solo algunas caras vagamente familiares. Esa es la ventaja de vivir en la montaña: me mantengo al margen, y me gusta que sea así.

Al menos no tendré que presentársela a Storm o a los hermanos Hayes. Son demasiado atractivos.

Layla me mira raro mientras le suelto el brazo y le señalo el banco para que se siente. Yo me siento al otro lado. Estar frente a frente parece buena idea, pero es casi imposible no quedarme mirándola.

Se reserva para sí lo que sea que esté pensando.

Un grupo de chicos en la barra ya la está mirando. Es carne fresca y, sin duda, lo más bonito que cualquiera de ellos ha visto desde que empezó el invierno.

Hace dos minutos llevaba puesto mi sombrero, que ahora descansa en el asiento vacío junto a mi muslo. Claramente, dejar que se lo quitara fue un error, porque esos vaqueritos no dejan de mirarla.

Quizás todo esto ha sido una idea estúpida.

Ya hay menús en la mesa y, después de unos momentos, se acerca una camarera que no tiene más de dieciocho años, con rizos decolorados y labios pintados de un rojo brillante.

–¿Qué os sirvo? –Mira a Layla con una curiosidad descarada antes de lanzarme a mí una mirada que dura un poco más de lo necesario.

–Tú conoces el lugar, ¿puedes pedir por mí? –Sus ojos verdes se encuentran con los míos y me pasa la carta.

No sé qué instinto cavernícola se activa con esa petición, pero me encanta. Siento que confía en mi criterio.

Nos traen hamburguesas con patatas fritas, y una cerveza para mí. Layla ha estado callada, pero parece disfrutar observando a la gente mientras comemos. Supongo que debería conversar más, pero la música ha ido subiendo y el lugar llenándose. Algunos bailan, y ya parece el ambiente típico de un sábado por la noche.

No sé si recuerdo la última vez que hice algo así.

Siento que tuve veintitantos en otra vida.

–No quiero ser entrometida, pero ¿puede ser que esté planeando una fiesta, señor Wilder? –dice, mordiéndose el labio.

Joder, es imposible no mirarle la boca.

–¿Por qué lo dices? –Aclaro mi garganta y me acomodo.

–Bueno, es mucha carne para nosotros solos. –Tuerce la cabeza y me mira apenas un segundo antes de apartar la vista.

Ah, es verdad. La fogata.

–Mañana vendrán unos amigos al rancho.

–¿En serio?

No es una conversación que quiera tener. Cada año, cuando organizo esto, estoy solo. Pensar en lo que esos cabrones se imaginarán cuando vean sus ojos verdes, esa boca perfecta...

Por Dios. Aprieto la mandíbula y el sombrero en el puño.

–Voy a pagar. –Me levanto y mis temores se confirman: siento todas las miradas sobre Layla en cuanto se pone de pie para seguirme. Quiero volver a cogerla de la muñeca, sentir la suavidad de su piel bajo mis callos, pero una vez ha sido suficiente para dar de qué hablar aquí dentro.

Justo cuando saco la cartera, una voz se desliza a mi lado.

–Cuánto tiempo sin verte, guapo.



Capítulo 13

Layla



Al oír la voz femenina delante de mí, levanto la vista del teléfono. Estaba revisando los comentarios del último vídeo con Peaches, grabado el otro día en el establo. Me divierte publicar contenido de los caballos; siempre he hecho en redes una especie de diario de mi trabajo con animales en las distintas prácticas veterinarias.

Hace mucho tiempo, en un momento como este, probablemente le hubiera escrito a mi madre para avisarle que estaba bien. Aunque no me respondiera. Lo cierto es que, desde que corté todo contacto a los veinte, mi salud mental ha mejorado muchísimo.

Es triste, pero real.

Veo notificaciones de Sage, y varios comentarios en las últimas fotos que logré subir anoche a Instagram, cuando la señal de internet era medianamente estable.

Una chica pregunta dónde está el rancho y, justo cuando estoy a punto de responderle, la voz me distrae.

Colt estuvo especialmente taciturno y callado durante la cena, a pesar de que fue idea suya venir. Eso sin mencionar cómo evitó mi

pregunta sobre por qué compramos carne para alimentar a un ejército. Así que, cuando dijo que iría a pagar la cuenta, en parte me sentí aliviada.

Todo este tiempo sentada tan cerca de Colt Wilder me ha descontrolado los ovarios.

Y puedo entender por qué sigue insistiendo en que use su sombrero.

Los sombreros de vaquero se rigen por una serie de reglas. Que el padre de mi exnovio me haga usar el suyo… Bueno, no quiero pensarlo demasiado porque mi mente perversa ya está tramando cosas indebidas.

Ya conocéis el refrán: si te pones el sombrero, te montas al vaquero.

Tiene su olor, y siento que me he pasado el día custodiando un secreto a la vista de todo el pueblo. Soy la chica que llevaba el sombrero del vaquero, aunque lo cierto es que está completamente fuera de mi alcance.

¿Él no lo sabe? Sé que es medio ermitaño y no usa internet ni redes sociales, pero…

El pensamiento se diluye en las ganas de arrancarle los ojos a la mujer que, en este momento, tiene sus tetas prácticamente pegadas al rostro de Colt. No es mucho mayor que yo, unos treinta y pocos, y todo indica que está lista para irse de aquí con el hombre del brazo.

Tiene una figura increíble, y ese vestido ajustado envuelve y resalta cada centímetro de su cuerpo perfecto. Las jugadoras olímpicas de voleibol no le llegan ni a la suela del zapato. Alta, imponente, de piernas largas. Absolutamente todo lo que yo no soy.

Estoy ocupada intentando descifrar la reacción de Colt ante la modelo de metro ochenta que lo está adulando con una confianza propia de alguien que lo conoce de toda la vida y no hace cinco segundos. Quisiera desvanecerme entre la multitud.

Pero no tengo derecho a estar celosa.

Es el padre de mi ex, por el amor de Dios. Mi jefe.

Debería alegrarme que conozca a alguien esta noche.

Y entonces se me ocurre la idea.

¿Será esa la verdadera razón por la que estamos aquí? ¿Por qué insistió tanto en venir a cenar antes de irnos del pueblo? Es como si tuviera un cubo de Rubik en mi cabeza… Oh, por Dios. Ha venido a buscar una mujer aprovechando los caminos despejados, y yo, tan embobada, ni siquiera lo he visto venir.

Casi sin darme cuenta, giro sobre mis talones.

Y me estrello contra el ancho pecho de un moreno de ojos oscuros y piel bronceada, que se materializa ante mí como un trago fresco de agua en un día caluroso.

No se puede negar que es apuesto. Pero no tiene punto de comparación con mi vaquero, así que pongo mi mejor cara de nada e intento pasar por su lado.

–Hace media hora que estoy reuniendo valor para invitarte a bailar –me dice, mostrando una sonrisa con hoyuelo.

Mis ojos se desvían hacia Colt, que sigue esperando para pagar y conversando con la mujer. Tiene varias personas por delante, así que va a estar ahí un buen rato.

–¿Ah, sí? –Guardo el teléfono en el bolsillo trasero del pantalón y lo miro de arriba abajo.

Tal vez sea de resentida, pero, si Colt ha venido a coquetear con mujeres, ¿por qué demonios no puedo bailar con alguien?

–¿La he cagado por esperar demasiado o por no esperar lo suficiente?

Sí, es bastante guapo. Parece más o menos de mi edad, quizá un par de años más. Esa mandíbula cincelada y bien afeitada podría hacer suspirar a cualquiera, y el perfume que lleva es agradable… pero no me provoca nada.

–¿Puedo responderte después de un baile? –le digo con una pequeña sonrisa, sin intentar seducirlo; mi tono es más bien amistoso. Esto no va a llevar a nada, pero tal vez bailar me ayude a dejar de pensar si voy a pasar la noche escuchando a esa mujer gritar el nombre de Colt mientras él le da sin piedad en la habitación de al lado.

–Me parece bien. Pero, antes, ¿tomas una copa conmigo? –Me guiña un ojo y levanta un vaso de líquido transparente de la mesa alta junto a nosotros.

Mis ojos llenos de celos van hacia Colt y solo puedo ver la mano de la mujer apoyada en su brazo. Es el empujón final que necesito para dejarme llevar por la imprudencia de una vez. Termino mi bebida de un sorbo… y busco otra. Necesito el ardor con un segundo vaso.

–Así me gusta. –El chico se ríe mientras toso y se me llenan los ojos de lágrimas.

Santo cielo. Acabo de hacer la única cosa que he evitado durante todos los años que he pasado detrás de una barra: aceptar copas de un desconocido.

A la mierda. Tal vez portarme mal por una noche me permita olvidar todo el deseo contenido por el hombre que no puedo tener. Colt está al otro lado del salón. Este vaquero no podría llevarme cargada al hombro sin que él se diera cuenta.

¿Quiero bailar? ¿Quiero emborracharme? Ni siquiera lo sé.

Antes de que pueda cambiar de opinión, el tipo me rodea la cintura con una mano firme y entrelaza su cálida palma con la mía. Nos movemos entre las demás parejas al ritmo de la música *country* que retumba, y no puedo evitar que se me erice la piel.

¿Me está mirando?

Mi compañero baila bastante bien, y disfruto un poco de esta oportunidad para pensar en algo que no sea dinero, trabajo y fantasías prohibidas con mi jefe/padre de mi ex. Pero la sensación crece a medida que avanza la canción, y, cuando giramos, me quedo sin aliento.

Colt me clava su mirada posesiva desde donde lo dejé, mientras guarda su tarjeta en la cartera. No me sorprendería si tuviera una escopeta.

Joder, estoy soltera. No sé por qué tengo que recordarme a mí misma que no estoy haciendo nada malo. Puedo bailar con alguien, nada me lo impide.

Pero no me gusta la sensación que me generan las manos de este tipo en mi cuerpo.

Huele bien, pero no me provoca el revoloteo que siento en el pecho cuando me envuelve el olor a lluvia y cuero del hombre que ahora mismo me asesina con la mirada.

La canción llega a su punto máximo y termina, y el vodka zumba dulcemente bajo mi piel. Creo que escucho al tipo preguntarme si quiero ir a por una copa a la barra, pero no me da tiempo a responder.

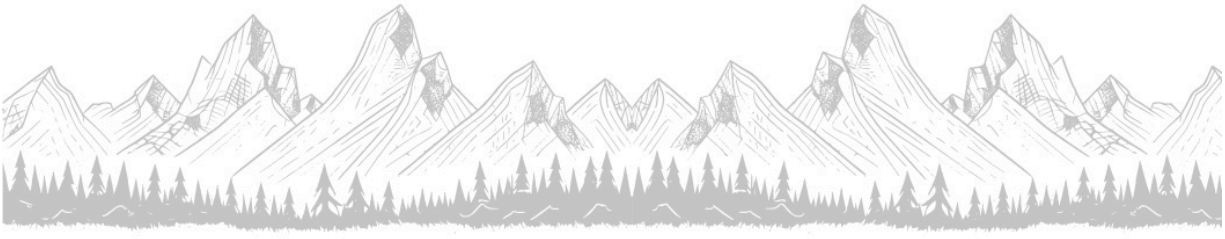
Colt me agarra por la cadera, con cara de querer romperle la cara al otro hombre. Me aparta, furioso.

–Suficiente. Nos vamos, joder –escupe.

Me empuja entre la multitud y tengo que luchar contra las ganas de reírme por la ironía.

No puedo creer la actitud de Colton Wilder. Me trata como si fuera un perro desobediente.

Aprieto los puños, estoy tan concentrada en calcular el movimiento para darle un puñetazo en la mandíbula que no sé cómo salimos bar.



Capítulo 14

Layla



Estoy un poco borracha, agotada y furiosa. Para colmo, tengo al lado a un bulldog del tamaño de un hombre, con cara de querer partir el volante en dos.

Mientras mantengo los puños apretados sobre mi regazo, repaso mentalmente una lista de todos los insultos que podría lanzarle al hombre que ocupa el asiento del conductor.

El silencio entre nosotros es tan áspero como el camino de regreso a Devil's Peak.

Colt frena de golpe cuando llegamos a la entrada, dejando las luces encendidas para que podamos descargar los víveres perecederos. Rezo para que no pretenda que también descarguemos ahora todas las herramientas y demás porquerías, con este frío y en plena oscuridad.

Aunque, con el humor que tiene, tampoco lo descartaría.

Colton Wilder, el macho alfa imbécil, se comporta como si yo tuviera la culpa, como si todo el tiempo quisiera llamar la atención. Pero lo único que quiero es que al menos note mi existencia.

Aunque, después de la vergüenza que me ha hecho pasar, estoy tan enfadada que no me molestaría pasar otra semana sin verlo. Es más, preferiría ni cruzármelo las próximas seis semanas.

–Kayce –ruge, cargando una caja de comestibles hacia la puerta trasera.

Oh, mierda.

Entre lo largo que ha sido el día y las copas que llevo, había olvidado por completo que hoy regresaba Kayce.

Bueno, eso me va a hacer más fácil mantener la distancia con Colt. Aunque no me entusiasma la idea de pasar tiempo con el imbécil de mi ex, servirá como amortiguador las semanas que me quedan aquí.

Descargo la última caja con verduras que compramos y miro la entrada vacía. Solo está la camioneta de Colt; frunzo el ceño porque algo parece fuera de lugar.

Si Kayce hubiera vuelto, ¿no debería haber otro vehículo?

Entro en casa y escucho a Colt en su despacho. Ha dejado la caja sobre la isla de la cocina. Pongo los ojos en blanco y empiezo a guardar las cosas en la despensa y el frigorífico.

Está claro que yo me tengo que encargar de esta parte. Supongo que, como últimamente cocino la mayor parte de las comidas, da por hecho que también guardaré los víveres.

Que vuelva él al frío a descargar lo que crea que haya que entrar ahora.

Yo ya he terminado mi parte.

Estoy lista para dar por culminado el día y acurrucarme en mi cama enorme y desierta.

Colt sigue en su oficina y yo miro la pila de cosas que faltan por guardar en la cocina.

Me da igual. Si quiere esconderse ahí toda la noche, perfecto. Termino con esto y me voy directa a dormir.

Paso las manos por mi cabello un par de veces para soltarlo y sacudirme el recuerdo de su sombrero, y vuelvo a ocuparme de guardar las compras.

Oigo a Colt salir, apagar la camioneta y volver a entrar con un portazo. Atraviesa la cocina sin mirarme. Casi tengo que saltar a un

lado cuando se estira hacia una de las despensas y baja una botella de *whisky*. Se sirve un poco bruscamente en un vaso, lo levanta, pero lo deja caer con fuerza sobre la encimera. Sin tocarlo siquiera, sin probar un sorbo, Colt vuelve a desaparecer, con las manos vacías.

Por Dios. No puede ser más terco y temperamental.

Resoplo.

No suelo perder la templanza, pero en este momento Colt se está comportando más como un niño de cuatro años que como un hombre de cuarenta. No sé con certeza cuántos años tiene, pero debe andar por ahí si pienso que Kayce y yo nacimos el mismo año y que Colt debió haber sido bastante joven cuando nació, quizá diecisiete, dieciocho como mucho.

Y por eso pongo en marcha la limpieza más pasivo-agresiva que esta cocina haya visto jamás. Incluido tirar la bebida que ha dejado intacta sobre la encimera. Para cuando termino, el frigorífico está limpio, no queda un solo plato sin lavar y todas las superficies brillan.

Me voy a ganar hasta el último maldito dólar de mi sueldo, y, cuando me vaya, este hombre no tendrá que preocuparse nunca más por mí.

Cuando apago las luces de la cocina, veo el resplandor del fuego iluminando la sala. Por supuesto que Colt está ahí, sentado con la cabeza gacha y los antebrazos apoyados sobre las rodillas, en lo que debe ser su sillón favorito para rumiar de noche.

Maldigo a mi cuerpo por recordar la manera en que me miró la última vez que nos encontramos aquí esa noche.

–Kayce no está –dice, hablándole al suelo pero lanzando sus palabras hacia mí. Su voz tiene un feo matiz de desprecio.

Ya lo sabía, por supuesto. Era obvio, pero estaba demasiado ocupada limpiando con rabia como para preocuparme por el paradero de ese borracho. No es a él a quien quiero ver.

–No va a volver pronto, Layla. Mandó un mensaje diciendo que tenía que resolver unos asuntos en el pueblo.

–Bien –escupo, estoy demasiado cansada para preocuparme. Lo del dinero con Kayce no es urgente. De hecho, ahora se lo debe a su

padre.

–Pensé que querrías saberlo. –Colt alza la cabeza para mirarme. Tiene un rictus en el labio superior, como si esperara alguna reacción.

–Bueno. –Me encojo de hombros, ignorando la manera en que el cabello oscuro le cae sobre los ojos.

–Supongo que vas a querer bajar –entrecierra los ojos–. Para estar con él.

Oh, por el amor de Dios. ¿Otra vez con esta mierda?

Vuelve a encender mi rabia. Atravieso el salón y me planto bien cerca, cruzando los brazos.

–Como te dije, no hay nada entre Kayce y yo. No estamos juntos. No soy suya. Estoy aquí para hacer el trabajo por el que me contrataste. Así que realmente te agradecería que dejaras de sacar conclusiones sobre mí y sobre mi vida.

Mi pulso retumba en los oídos.

Colt se cruje los nudillos mientras me mira.

Estoy casi entre sus rodillas, pero no me aparto. Tiene que entender de una vez por todas que no soy la chica de Kayce y que no voy a cargar con la culpa cada vez que otro hombre me mire.

–Él no dice lo mismo. Me dijo que eres suya. –Su voz es ligeramente amenazante.

–Bueno, lamento decirte que tu hijo es un idiota, y probablemente diga lo mismo de otras diez chicas. Pero yo te aseguro que no estamos juntos.

Colt está tan tenso que creo que algo en su mandíbula va a romperse.

–El tipo que no dejaba de tocarte en el bar debía pensar que eras suya.

Pongo los ojos en blanco. Un tronco ardiente estalla en la chimenea, pero nosotros no despegamos las miradas.

–Igual que esa mujer contigo. Se la veía bastante cariñosa.

Colt se despega de su asiento y tengo que estirar el cuello para sostener la ferocidad de su mirada. Estoy congelada, y él, peligrosamente cerca. Su aroma me envuelve, y una corriente electrizante me recorre hasta la punta de los dedos.

–Me importa un rábano lo que haga una cualquiera que me habla en un bar, Layla.

Se cierne sobre mí, y oh, Dios. Se me oprime el pecho cuando dice mi nombre. Se me está insinuando fuerte y claro en el silencio de la habitación a oscuras.

No le importa la mujer del bar porque le gusta alguien más.

–Kayce es mi hijo –su voz es un susurro ahogado.

Siento un aleteo en la garganta donde debería estar mi pulso. La electricidad recorre cada centímetro de piel bajo mi jersey y mis vaqueros.

–Se supone que debo cuidarlo. –Hace una pausa, y baja la mirada a mi boca–. Estoy intentando hacer las cosas bien.

–Lo sé. –Se me cierra la garganta y siento el peso de sus ojos. Un calor me invade en el bajo vientre y mi clítoris palpita.

–Entonces dime por qué me cuesta más cada noche, Layla. Dime por qué tengo que casi atrancar mi propia puerta.

–¿A qué te refieres con…?

Su gruñido ronco me interrumpe.

–Porque tengo muchos problemas cuando se trata de ti. Dime por qué demonios paso cada noche convenciéndome de no ir a la habitación del final del pasillo donde duerme la mujer más hermosa que he visto en la vida solo para ver cómo sabe.

Se me entrecorta la respiración. Sigo percibiendo el alcohol en mis venas.

–¿Te refieres a probar mis labios u otra cosa, vaquero?

Colt deja escapar un gemido mezclado con gruñido, y apenas mis palabras salen entre suspiros, su mano se sumerge en mi cabello.

–A la mierda.

Su boca se estrella contra la mía.

Oh, Dios mío...

El corazón trepa por mi garganta cuando se hunde en mí, devorando mi boca; el calor de su lengua atraviesa todo mi cuerpo. Enreda una mano en mis rizos y la otra aprieta la cintura de mis vaqueros para sujetarme con firmeza en un gesto tan dominante. Un calor húmedo se acumula entre mis muslos. Solo puedo gemir

mientras devuelvo el beso, casi sin darme cuenta de lo que estoy haciendo.

Santo cielo.

Colt sabe al aire fresco de la noche y al calor del fuego. No puedo respirar cuando me aprieta contra él; todo está bien. Su cuerpo es sólido, poderoso y se aplasta contra el mío.

Quiero más. Necesito más.

Mi cuerpo está loco por el suyo, quiero su boca en mí. Que me pruebe como dijo que quería hacer. Quiero que me secuestre y me meta en su cama, para no dejarme salir nunca.

–Mierda. Layla. No puedo parar. No puedo contenerme –dice contra mi boca, como si le doliera, antes de hundir la lengua de nuevo entre mis labios. La aspereza de su barba roza mi piel, y siento la humedad de mi sexo empapándome la ropa interior–. Pídeme que pare –muerde y besa mi labio inferior, arrancándome un gemido con cada tirón.

–Por favor, no lo hagas. –Me aferro a sus antebrazos y suelto un jadeo cuando aprieta más mi cabello.

La mano que me sujetaba de la cadera se desliza al frente de mis vaqueros. Gimo contra su boca con un sonido suplicante cuando abre el botón de la bragueta. Con mi labio inferior entre sus dientes, tira hacia abajo. Mi espalda se arquea y mi centro late de ganas.

Colt me gira contra su torso y su boca ardiente baja al punto sensible detrás de mi oreja.

–Oh, Dios –gimo de placer por tener al fin sus labios y sus manos sobre mí. Solo puedo inclinar el cuello para darle más espacio, mientras baja la cremallera de mi pantalón. El sonido metálico me eriza la piel y mis pezones se endurecen contra el encaje del sujetador bajo el jersey.

Sus dientes recorren mi hombro, lamiendo, succionando y mordiendo por un sendero serpenteante. La dureza de su erección se frota contra mí a través de sus vaqueros. Sentirlo me resulta abrumador y, al mismo tiempo, quiero más.

–Dios. –Mete la mano en mis vaqueros y sus dedos rozan justo sobre mi clítoris, presionando a través de la tela empapada de mi ropa interior.

–Estás muy mojada –parece enfadado. Su boca arde en mi oído y me frota sobre la tela empapada. Se me para la respiración mientras me masajea la entrepierna y chupa mi lóbulo.

Su otra mano explora bajo mi jersey, incendiando cada centímetro de mi piel antes de apretar el pecho hinchado. Amasa, presiona, pellizca un pezón endurecido.

–Por favor. No pares –suplico y gimoteo mientras me tortura; siento que voy a explotar. El ansia es insoportable, y mis caderas buscan en su roce un poco de alivio.

Estoy drogada con este hombre, lo quiero todo y lo quiero ya.

–Tócame. –*Como debes*. Sin decirlo, le imploro que cruce esa línea prohibida. Que entre en mi ropa interior y me toque como he deseado desde que lo vi.

Colt se restriega contra mi espalda baja. Su miembro rígido se frota contra mí mientras me acaricia el clítoris con pericia. Creo que me voy a derretir en sus brazos.

–¿Todo esto es para mí? –gruñe contra mi cuello. Siento sus dedos deslizarse hacia abajo, entrando firmes en lo profundo de mis vaqueros, abarcando toda la tela empapada que cubre mi entrada.

Gimo y asiento.

–Todo para ti. Solo para ti.

Colt maldice. En ese momento, algo se rompe dentro de él. Como si la realidad irrumpiera por la puerta y nos cubriera con una ráfaga de hielo, se aleja de mí. Quita la mano bruscamente y se aparta, retrocediendo mientras respira agitado.

Yo me quedo con un frío que me recorre hasta los dedos de los pies.

–Mierda. –Cuando vuelvo hacia él, tiene una mano hundida en su cabello, y los ojos ardiendo de deseo–. No. No podemos hacer esto.

Me acerco, pero pasa la otra mano por su boca y sacude la cabeza, advirtiéndome que no me acerque.

–¿Por qué no?

Cuando su mirada desesperada se encuentra con la mía, las facciones de Colt reflejan toda la complejidad de nuestra situación. Las líneas de su rostro muestran cada regla no escrita que acabamos de ignorar.

–Lo siento. ¿He sido yo? ¿He hecho algo que…? –No puedo hablar, las palabras me abandonan. Quizás yo sea el problema. Tal vez no soy lo que quiere.

Al menos eso lo trae de vuelta. Se aferra al dobladillo de mi jersey, como si no pudiera arriesgarse a tocarme otra vez, pero tampoco quisiera soltarme por completo.

–Mírate, nena. –Gruñe por lo bajo–. Dios. No sabes las cosas que quiero hacerte.

Tengo las mejillas encendidas y aún siento en mis labios el cosquilleo provocado por la fuerza de sus besos. El roce de su barba ha quedado grabado en mi memoria como una marca indeleble. A la luz del fuego, veo las arrugas alrededor de sus ojos entornados. Muero de ganas de acariciar esas líneas, presionarlas con la esperanza de alisarlas, de ser la persona capaz de aliviar un poco la carga que lleva solo.

–Pero no deberíamos.

Cierro los ojos con fuerza. Esto no puede estar pasando. Es injusto que quisiera salir corriendo a la noche helada, caer de rodillas y gritar hasta que me ardan los pulmones.

–Pero no podemos –repite.

Siento su nudillo inclinar mi barbilla hacia arriba, y la yema de su pulgar roza mi labio inferior hinchado.

–Layla... Mírame. –Pronuncia mi nombre con voz grave. Al abrir los ojos, a través de mis pestañas húmedas, veo la batalla que está librando en su interior. Y eso lo empeora todo. Saber que él lo desea con la misma desesperación que yo vuelve todo más insoportable.

–Eres perfecta y hermosa, pero ahora necesito que hagas lo que te digo, nena.

Me gusta demasiado que me llame así y me odio por eso.

–Vete a la cama. No te detengas. No vaciles. Necesito que hagas eso por mí.

Él sabe que puede pedírmelo, y que yo haría cualquier cosa que me ordene. Porque quiero complacerlo y, si no lo obedezco, jamás se perdonará haber cedido a lo que hay entre nosotros.

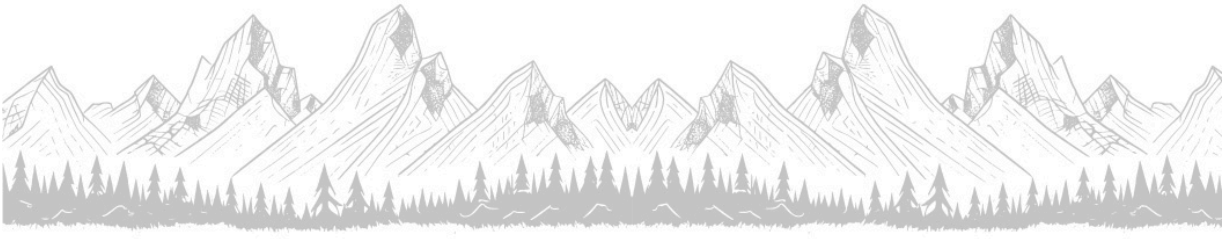
Quiero portarme bien con él.

Mi rostro se derrumba cuando suelta mi barbilla, y me abrazo a mí misma. Suelta mi jersey. Mis vaqueros desabrochados, colgando sobre mis caderas, me recuerdan con dolor lo que casi ha ocurrido bajo las sombras y a la luz del fuego.

A regañadientes, me alejo de él y me dirijo a mi habitación. Tal como me ha pedido.

Cuando llego al umbral, no puedo evitarlo: echo una última mirada por el pasillo. Y veo su silueta imponente. Colt está de pie en la penumbra, aferrado con ambas manos a la repisa de la chimenea, con la cabeza inclinada entre los hombros.

Mi vaquero atormentado.



Capítulo 15

Colt



Vuelve a nevar y mi fuerza de voluntad está a segundos de hacerse cenizas.

Ahora sé a qué sabe Layla y conozco los pequeños sonidos de placer que hace mientras le follo la boca con mi lengua.

Quiero descubrir qué hará cuando se desmorone debajo de mí, cuando le entierre la polla en su dulce y apretada vagina.

Por Dios. Joder. Todavía siento su olor en mis dedos, y no puedo pensar en otra cosa desde anoche.

Todo pasó tan rápido…

¿Cómo puedo justificar mis acciones? Pasé de una conversación sobre su relación con mi hijo a intentar arrancarle los vaqueros y comerle el coño hasta hacerla gritar.

¿Qué clase de padre de mierda soy si no puedo mantenerme lejos de lo que no me pertenece, de la chica de mi hijo?

Layla es la mujer más impresionante que he conocido. Nuestra conexión va más allá de la atracción física. Pasar tiempo con ella es fácil. Y tal vez esa sea la parte más aterradora de todo esto.

También es la única persona por la que he sentido una atracción tan intensa. Estoy loco por esta chica. Mi polla se despierta cada vez que está cerca, y ya se me han acabado razones para mantener la distancia las veinticuatro horas del día.

Especialmente ahora, en las noches más largas y frías del invierno. Cuando me cuestiono a cada instante por qué todas las formas en las que deseo a Layla son una locura.

Lo único que realmente quiero es colarme en su habitación y darle un beso de buenas noches que dure hasta el amanecer.

Me apoyo con los nudillos en el espejo del baño. Mi rostro lejano me devuelve la mirada.

¿Qué demonios puede ver una jovencita hermosa como ella en un viejo amargado como yo? Tengo canas en la barba, mechones plateados en una de mis sienes, las manos curtidas de trabajar en este puto rancho durante treinta años, y el alma en peor estado aún.

Ella podría tener lo que quisiera... y a quien quisiera.

Y sin embargo, la forma en la que se derritió en mis brazos y me deseó fue la tortura más exquisita.

–Eres un verdadero hijo de puta, Wilder –murmuro con rabia a mi reflejo, deseando darme un puñetazo por ser tan impulsivo.

Cuando llegué a casa y vi el escueto mensaje que Kayce me había enviado por correo, casi me subo a la camioneta y regreso al pueblo solo para partirle la cara. No me importa que no trabaje o que pierda el tiempo bebiendo o que se arruine la vida de la forma que quiera. No, me volví loco porque lo sabía.

Sabía que, si él no volvía, no tocar a Layla iba a ser imposible. Atrapado en esta montaña cubierta de nieve con semejante tentación, no tengo esperanzas.

Con Kayce cerca pensé que podría soportarlo, que podría pasar estas seis semanas sin querer meterle la polla en cada oportunidad.

Por Dios, estoy jodido.

Antes no era más que algo no dicho entre nosotros, una ficción en la que fingíamos no sentir esta atracción innegable desde aquel día en la gasolinera.

Guardé ese momento en una caja e intenté arrojar la llave en cuanto descubrí que era la ex de Kayce.

No había otra opción. Porque un padre que intenta mejorar el vínculo con su hijo no debería meter la lengua en la garganta de su novia. Aunque ella diga que la relación terminó hace tiempo, es obvio que Kayce sigue enganchado.

Y sin embargo, aquí estoy, imaginando todo el día a qué sabe su coño.

Entierro los dedos en mi cabello y bajo la mirada. Como de costumbre, mi polla levanta la tela de los bóxers solo con pensar en Layla. Si no me ocupo del tema, estaré incómodo todo el día.

Sin mencionar que esta noche tenemos la fogata. Entre la tradicional bajada de ganado y la barbacoa que debo organizar después, el rancho estará repleto de imbéciles dando vueltas todo el día y toda la noche.

Aprieto los dientes, me aparto del lavabo, abro la ducha y me quito los bóxers. Hay una mancha oscura en el algodón azul porque mi polla ha estado goteando.

Entro en la ducha y apoyo un antebrazo contra la pared. Con la otra mano echo gel del envase y cierro el puño alrededor de mi erección.

Cierro los ojos con fuerza mientras me recorro de base a punta. Es un camino conocido, cubierto por la oscura vergüenza de saber que estoy fantaseando con una chica demasiado joven para mí.

Y solo puedo ver a Layla de rodillas entre mis muslos.

Me mira con esos ojos enormes, que brillan con el verde del bosque en primavera.

Apoya su boquita carnosa y, mientras le sujeto su delgado cuello, saca la lengua para lamer la punta.

Se me cierra el pecho y la polla late en mi mano.

Subo y bajo, la imagino cerrando los labios a mi alrededor, decidida a tomarme completo. Su lengua se desliza, gira, acaricia por debajo de mi polla.

Lo hace muy bien, se la mete cada vez más hondo, hasta que golpeo el fondo de su garganta y la siento tragarme. Aprieto y masajeo su garganta, y gime de placer bajo mi palma.

Me froto más rápido. El cosquilleo se acumula en la parte baja de mi columna. Aprieto el estómago, y la veo moverse de arriba a

abajo, con las mejillas hundidas.

Se me contraen los testículos.

Maldita sea.

Muevo la mano más fuerte, se acumula la eyaculación. Los suaves gemidos de anoche siguen resonando en mis oídos, como si estuviera aquí, en la ducha conmigo. Se ve preciosa aprovechándose de mí. Me succiona más fuerte, y solo puedo pensar en llenarla por completo, sin dejar ninguna parte de su cuerpo desatendida.

La idea de hacer algo tan sucio como correrme dentro de ella sin protección es lo que finalmente me hace acabar.

Un gruñido estalla en mi pecho y los gruesos chorros de semen golpean las baldosas frente a mí mientras la polla me late con la fuerza del clímax.

Me siento como si hubiera corrido un kilómetro. La cabeza me da vueltas, el corazón retumba. Es delicioso y abrumador al mismo tiempo.

Aparentemente, no tengo autocontrol porque, incluso después de recomponerme y enjuagar las marcas de mi obsesión vergonzosa de la pared, ya sé que no será suficiente para aplacar mi deseo. Ya es bastante malo que sea mi empleada, y yo, a mis cuarenta y dos años, esté comportándome como un adolescente.

Esto tiene que terminar.

Si le sumo su pasado con mi hijo y los retorcidos pensamientos que ocupan mi mente, me siento un verdadero imbécil.

Tengo ideas perversas, cosas que no pensé nunca en mi vida y con Layla han salido a flote sin previo aviso.

Por mucho que quiera resistirme, debí enfrentar la realidad. Lo que hice anoche me pesa en el estómago porque sé que voy a tener que disculparme. Pasé casi toda la madrugada despierto, temiendo que desapareciera durante la noche. Acostado, atento a cada crujido de la casa. Juraría que la puerta principal se cerró unas tres veces.

Lo hubiera comprendido. La depresión abatida en su rostro cuando detuve las cosas fue casi suficiente para quebrar mi voluntad. Preferiría sacarme un ojo antes que ser quien vuelva a hacerla llorar. Ella merece algo mejor.

Más de lo que yo puedo darle.

Y ahí está el dilema... Quiero que le regalen la luna, las estrellas y el sol, pero no quiero que se los dé nadie porque soy un viejo egoísta de mierda.

Con Layla, he descubierto que puedo ser muy posesivo. Escaparía de la montaña sin mirar atrás si supiera lo mal que estoy; no puedo permitir que nadie la mire, ni dejar de imaginar que la hago mía.

Y eso me recuerda que hoy va a ser un desastre, en especial la noche.

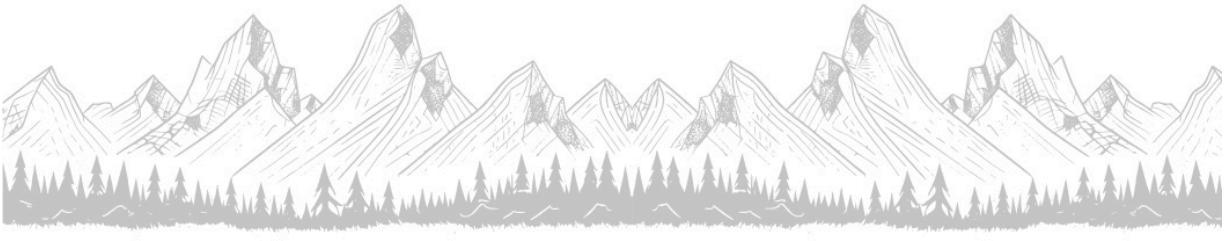
En cualquier momento habrá un montón de idiotas salidos merodeando por mi rancho. La mayoría son buenos en el fondo, pero están en la edad en la que no tienen nada mejor que hacer que ver dónde meterla. Y la chica que está bajo mi techo y mi cuidado será la octava maravilla de Devil's Peak.

Muero de ganas de encajarles el cañón de la escopeta entre los dientes hasta que entiendan cómo son las cosas.

Al que la toque, le corto la mano y lo mando montaña abajo desangrándose.

Apenas termino de abrocharme los vaqueros y los botones de la camisa cuando escucho ruido fuera.

Las camionetas entran en el patio, y la presión en mi pecho me estrangula como un torno. Parece que voy a tener que amenazar a media montaña de muerte antes de desayunar.



Capítulo 16

Layla



No suelo sentarme aquí por las mañanas. En general estoy demasiado ocupada como para hundirme en uno de estos comodísimos sillones de exterior a contemplar la inmensa belleza de Devil's Peak cubierta con su vestido de nieve como una reina invernal.

Por supuesto que no me sorprendió que me haya costado dormir anoche y haberme despertado mucho antes de que las primeras luces del amanecer acariciaran el vasto horizonte frente a mí.

El rancho es sobrecogedor, tan hermoso que duele, pero yo me estoy ahogando. Casi no tengo oxígeno en los pulmones. La vida es cruel e injusta, y lo peor es que me importa demasiado Colton Wilder para forzarlo a hacer algo en contra de su voluntad.

No sé cómo abordar las seis semanas que me quedan por delante. Pero anoche pasé una hora entera llenando y vaciando mi desgastada maleta. Casi me doy por vencida y me resigno a aceptar la derrota y buscar trabajo en otro lugar.

Pero entonces me di cuenta de que solo podía irme si robaba un caballo o su camioneta, y en ambos casos terminaría regresando a él... Así que otra vez estoy varada en la cima de esta montaña, con la nieve cayendo suavemente y la vida riéndose en mi cara.

Los copos grandes y esponjosos cubren la barandilla de madera frente a mí como si fueran montículos de azúcar. Kayce no bromeaba cuando dijo que las carreteras podrían quedar cerradas casi todo el invierno.

Aquí, en el porche, a veces funciona el wifi. Y hoy es uno de esos días. Reviso las publicaciones que compartí de los caballos y un par de vídeos del rancho; están teniendo más interacciones de lo que suelo tener en mi cuenta.

Me alegra que haya tanta gente disfrutando de las payasadas de los caballos.

Me encanta mostrar sus personalidades únicas. Cada uno brilla con luz propia. Me gustaría que el rancho pudiera promover más esa faceta, pero, considerando que Colt es alérgico a internet, ese trabajo recaería en Kayce y a él todo le importa una mierda.

SAGE
¿Alguna novedad sobre el vaquero sexi del que no quieres hablar?
Sé que hay ALGUIEN.
Me lo dice mi tercer ojo, perra.

Contengo la respiración. Lo único que puedo hacer ahora es fingir que, en efecto, ese vaquero existe como posibilidad. Que todo sea lo más vago posible es mi última línea de defensa contra mi mejor amiga, que es como un sabueso siguiendo un rastro. Tendré que trabajar horas extra para despistar a Sage, porque, por mucho que muera de ganas de contarle hasta el más mínimo detalle de la locura de anoche, voy a tener que mentirle. No sirve de nada hablarle lo que pasó entre Colt y yo junto al fuego.

Las mariposas comienzan a batir sus furiosas alas en mi estómago, y me descubro recorriendo distraídamente mis labios con la yema de los dedos. ¿Es posible que todavía hormigueen por el roce de su barba y la fuerza de su boca devorando la mía?

YO:
No hay mucho que contar…

De inmediato aparecen los puntitos en pantalla mientras Sage escribe frenética.

SAGE:
POR DIOS.
QUÉ ZORRA.
LO SABÍA.

YO:
Nos conocimos anoche en un bar. Sí, nos besamos. Lamento decepcionarte, pero no creo que vaya a pasar más que eso.
Él está muy ocupado y yo también.
¿Cómo está Evaline?

SAGE:
Oh, muy astuta. Desviando la conversación hacia EL ÚNICO TEMA que sabes que no voy a esquivar.
Muy poco elegante de tu parte. Juegas sucio, pecosa.
Parece que estás aprendiendo de esos vaqueros.
La tía Evie encantadora, como siempre. El otro día me concedió una hora entera de rompecabezas.
Está bien, cariño.

YO:
Gracias.
Os echo mucho de menos. Lo sabes, ¿verdad?

SAGE:
Bueno, es comprensible, soy una persona sensacional.
Y tampoco me extraña tanto la exploración de amígdalas de vaqueros que hiciste anoche.
No creas que me voy a contentar con tan poca información. Quiero los detalles minuto a minuto.

Envuelvo con mis dedos el calor de la taza de café; estoy pensando una respuesta cuando escucho crujir la grava bajo unos

neumáticos pesados y aparece a mi alrededor media docena de camionetas no muy distintas a la de Colt. Se acabó el momento de reflexionar sobre mi destino; de golpe me veo rodeada por el plantel completo de vaqueros de Crimson Ridge y son uno más atractivo que el otro.

Sabía que hoy había un evento en el rancho, pero parece que Colt olvidó informarme que implicaba un desfile de hombres de mirada penetrante enfundados en vaqueros ajustados. Al principio los observo con curiosidad, como a una manada de lobos juguetones: algunos bajan de sus camionetas bromeando entre ellos y empujándose como suelen hacer los hombres cuando están con sus amigos.

Todavía no han notado mi presencia. Se estiran y exhalan nubes blancas en el aire helado para sacudirse la rigidez del viaje. Deben vivir en la zona, a juzgar por lo cómodos que se mueven, como si hubieran visitado el rancho un centenar de veces.

Me llama la atención un hombre mucho mayor que los demás. Llegó solo y lleva un sombrero color arena calado hasta abajo, que oculta su rostro mientras se apoya en la parrilla de la camioneta. Observa al grupo en silencio, con los brazos cruzados.

Alcanzo a ver una gran rosa tatuada y letras que le suben por el cuello desde debajo del abrigo. Su lenguaje corporal es diferente al de los otros. Esa seriedad me recuerda mucho a Colt.

Antes de que pueda analizar por qué este vaquero parece tan fuera de lugar entre los demás, uno me ve, y la atmósfera cambia de inmediato. Los demás siguen bromeando, pero ahora el aire está cargado. Todos me clavan la mirada con intensidad, disfrutando la idea de lo que perciben como una presa fácil. No me sorprende: son todos dignos de una publicidad de pasta dental o de ropa interior masculina: engreídos, guapos y plenamente conscientes de ello.

Pero, igual que el hombre con el que bailé brevemente anoche –Dios, todavía no llego a procesar todo lo que sucedió–, no me provocan nada. Quiero reírme frente a mi café de su excitación infantil.

Solo hay un vaquero capaz de hacerme jadear como una loca, y en este momento parece haber desaparecido.

Aprieto los muslos al recordar fugazmente su lengua acariciando la mía y siento un calor en la parte baja de mi vientre por el fantasma de sus dientes tirando de mi labio inferior.

Oculto mi rubor tras la taza.

–Escuché un rumor de que el paisaje ha mejorado mucho este invierno. –Uno de los chicos se apoya en la barandilla al pie de los escalones e inclina el borde de su sombrero hacia mí. Casi suelto una risa por el cliché, pero parece sincero en su despliegue de modales campechanos.

–Apuesto que hasta un cerdo con vestido os parecería atractivo si lo único que habéis visto este invierno es a vosotros –respondo señalándolos con una sonrisa. No quiero hacerme la graciosa pero tampoco pienso quedarme callada. Siempre me resultó más fácil relacionarme con varones que con mujeres. Pero esto no es un recreo. Detrás de esas sonrisas y de los pantalones ajustados hay vaqueros con apetitos voraces.

A todos les brillan los ojos, muy seguros de sí mismos, apoyados contra la barandilla.

Son encantadores, aunque compiten entre sí.

Solo el tatuado, taciturno, se mantiene a distancia. Mis ojos vuelven a él un segundo, observo cómo se apoya en su camioneta, con los brazos cruzados y las botas negras de estilo militar cruzadas en los tobillos. Mientras sorbo el café, lo veo llevarse el pulgar a la mandíbula, y debajo de la manga asoma un grueso anillo plateado y un brazalete de cuero.

–¿Trabajas aquí durante el invierno o qué?

Vuelvo a mirar a los que están más cerca del porche. Puedo verlos evaluando el tablero, calculando las posibilidades de triunfar sobre sus competidores.

–Sip –respondo, marcando la «p» y mirándolos fijo con mi mejor cara de «no os metáis conmigo»–. Estoy haciendo unas prácticas veterinarias un par de meses.

–Espero que el viejo no te esté explotando –suelta uno, guiñándome un ojo, mientras su amigo le da un golpe en el hombro.

–Qué sutil –digo ladeando la cabeza con las cejas alzadas.

El primero se ríe y me lanza una mirada de disculpa.

–Ignóralo, no sabe hablar sin mencionar su polla.

–Lo que quiero decir es que, si no quieres quedarte aquí enterrada en tres metros de nieve… tengo un asiento libre en mi camioneta. El carruaje te está esperando. –Con el sombrero en la mano, hace una reverencia exagerada y golpea a su amigo en las pelotas. Todo se convierte en empujones y alboroto.

–Gracias, pero estoy bien –les grito, antes de dar otro sorbo a mi café–. Por cierto, mi nombre es Layla.

–Un placer conocerte, querida Layla. ¿Nos acompañarás con el ganado esta mañana? –pregunta el campechano del hoyuelo y la sonrisa brillante.

–No creo. Tengo varias cosas de las que ocuparme aquí arriba. –Eso sí es cierto, pero no sé si tengo que hacer algo más que lo de todos los días porque Colt no me ha dicho nada.

–Bueno, aunque no tengamos el placer de que nos acompañe una dama en la bajada, ¿nos honrarás con tu presencia en la fogata de la noche? –dice uno apoyado en la barandilla, demasiado entusiasta. Se me retuerce el estómago. No hay razón para que me preocupe su interés, pero tampoco quiero que Colt malinterprete las cosas.

Sobre todo porque anoche dejó muy claro que no quiere que ningún hombre se me acerque. No importa ni siquiera si es su hijo.

Abro la boca para responder, pero no llego a hacerlo porque la puerta se abre de golpe dando paso a una tormenta de cabello oscuro y revuelto, y a un par de ojos color avellana que fulminan a todos los vaqueros. El rictus en su labio superior les indica que ya están muertos.

Podría jurar que el tatuado sonríe bajo el ala de su sombrero.

–Os dije que buscarais los caballos y me esperarais abajo –ladra Colt mientras se calza las botas con violencia–. ¿Acaso nadie escucha? No os pago para que estéis de pie hablando.

Más de uno me lanza una mirada cómplice, pero se nota que saben muy bien cómo evitar la furia de Colton Wilder.

Hay murmullos, un par avanzan hacia el establo y otros se suben a las camionetas. Deben usar los caballos para arrear hoy. El señor Sonrisa Perfecta me dedica otro movimiento de sombrero antes de entrar en la camioneta.

Encienden los motores, y uno a uno se lanzan por el camino embarrado a buscar el ganado en los cercados lejanos. Unas voces resuenan en el aire nevado mientras otros caminan hacia el establo. Nieva copiosamente y a toda velocidad. Apenas llega a acumularse, pero, si sigue así, para mañana la ruta de montaña puede volverse más peligrosa, tal vez hasta intransitable.

Me pregunto si volveremos a quedar aislados del pueblo, apenas cinco minutos después de que despejaran el camino.

Colt no se ha ido con ellos. Sigue golpeando cosas, buscando algo en su camioneta. Creo que este es el momento de enfrentarnos a la luz del día.

Respiro hondo y bajo hacia él. ¿Por qué siento que tengo que reunir el coraje? No hay nada de qué preocuparse, podemos limitarnos al vínculo profesional. Estoy yendo a hablar con mi jefe.

Es una conversación meramente profesional. No tiene nada que ver con que le rogué que me tocara y me hiciera acabar hace menos de doce horas; ni con que me dejara temblando; ni con que no puedo dejar de imaginar su miembro.

Hay un revoloteo permanente en mi estómago mientras me acerco al capó, con el café aún entre las manos. Siento que voy a intentar sacar a un perro salvaje de su escondite.

Podría obedecer dócilmente, o querer morder.

–Eh… ¿necesitas ayuda con el ganado? –Trato de sonar alegre, como cada mañana cuando le paso una taza de café en la cocina o me ofrezco a preparar el desayuno.

No como sonaría alguien que no deja de pensar en su lengua o en las palabras que pronunció anoche.

«Dime por qué demonios paso cada noche convenciéndome de no ir a la habitación del final del pasillo».

–No. –Ni siquiera me mira; sigue hurgando en su camioneta, buscando quién sabe qué.

Bueeeno…

–¿Seguro que no necesitas más ayuda? No me molesta.

Colt golpea con la palma la chapa de la camioneta tan fuerte que estoy segura de que dejará una abolladura. El ruido me sobresalta.

–Por Dios, Layla. Ocúpate de tu puto trabajo. –Me clava los ojos con esa mirada tan conocida, igual de intimidante que siempre–. Y si te pesco intentando librarte de tus obligaciones, te vas a arrepentir.



–¿Así que Colt organiza esto todos los años? –Estoy sentada en la caja de una camioneta, observando la danza de las llamas en la enorme fogata que han encendido los vaqueros. Las chispas anaranjadas se elevan hacia el cielo negro mientras los troncos crujen y escupen ráfagas de calor.

–Así es. Siempre en esta época. Lo ayudamos con la revisión del rebaño y, a cambio, nos invita a un asado y a la fogata. También es su forma de agradecerle al equipo que mantiene el camino. –El vaquero educado que conocí esta mañana apoya un codo en la camioneta, cerveza en mano. Resulta que se llama Brett y trabaja en varios ranchos de Crimson Ridge.

Lo que más me sorprende de esta fogata es que Colt la haga todos los años, solo por bondad. Me cuesta creerlo considerando que siempre está listo para ahuyentar a los intrusos a punta de pistola como si fuera un vaquero mafioso.

Todos los días descubro una nueva capa de Colton Wilder.

–¿Acaso no hay más mujeres en Devil's Peak? –Miro el grupo; a algunos ya los había cruzado y los otros deben ser de la patrulla de caminos. Decididamente, es un encuentro solo de hombres, y estoy segura de que todos son muy conscientes de mi presencia.

Yo también.

–Bueno, nunca ha habido mujeres aquí, así que las esposas y novias no tenían ganas de venir. Supongo que con el tiempo se volvió una costumbre.

La nieve sigue cayendo; un copo se posa en mi rostro y se derrite al instante contra mi mejilla.

Tiene algo mágico.

Nunca ha habido una mujer aquí. Soy la primera.

No puedo permitir que ese detalle me obsesione; no significa nada. De hecho, solo prueba que Colt no deja que las mujeres de su vida vayan más allá del dormitorio.

Dios. Me prometí a mí misma no pensar más en Colt, en su cama y en esas noches larguísimas, heladas, en esa casa, sabiendo que está a un par de puertas de la mía.

Especialmente después de lo mal que me ha tratado hoy.

De más está decir que pasé el día entero haciendo cada una de mis tareas a la perfección: no quedó ni un rincón de los establos sin limpiar (mañana voy a contarles a los caballos lo cretino que es su dueño, aunque estoy bastante convencida de que ya están de mi lado), el armario de arneses brilla, el gallinero nunca se vio mejor, y apilé leña como una posesa.

Solo cuando estuve segura de haber completado hasta la última tarea, seguí el olor de la carne asada y el humo para unirme al grupo. Colt no puede acusarme de descuidar mi trabajo, y no pienso quedarme sola en esa casa.

Con lo que he trabajado hoy, me he ganado una copa y un poco de compañía. El generoso segundo vaso de *whisky* que me sirvo me provoca una sensación agradable en todo el cuerpo.

Y, mientras charlo con Brett y bebo, puedo sentir sus ojos sobre mí. Aunque esté demasiado oscuro como para poder verlo, sé que Colt está aquí, pero su orgullo no le permite acercarse ni hablarme.

Conversamos un poco. Brett me cuenta sobre su vida en Crimson Ridge, donde se crio. Le cuento algo de mí, pero, como me incomoda hablar de mi infancia, me he vuelto experta en el arte de desviar la atención preguntando más a mi interlocutor.

«Tengo una madre de mierda a la que no quiero ver más y la tía que me crio ahora tiene demencia avanzada, así que no me reconoce». No son conversaciones para tener con unas copas encima. Me gusta fingir que mi vida no es un desastre. Aquí, en el rancho, es fácil olvidarlo.

El resplandor anaranjado ilumina apenas el círculo alrededor de la fogata. Más allá, todo son sombras densas y siluetas; es imposible distinguir rostros.

Siento los párpados pesados y el cuerpo entumecido, pero la voz de Brett me saca de mis pensamientos.

–¿Todo bien, Layla?

Dios, esta copa me está pegando fuerte. Frunzo el ceño cuando me doy cuenta de que he estado tan enfocada en el trabajo que no he comido nada en todo el día. Entre la falta de sueño, el agotamiento y el frío, me siento más ligera de lo habitual.

Debe ser que estoy mucho más borracha de lo que pensaba.

–Sí, ahora vuelvo. Iré a comer algo. –Me bajo de la camioneta y voy a buscar comida a casa. Debe haber sobras para meter al microondas y ponerlas a absorber el alcohol. Además, por más agradable que haya sido la charla, el hombre con el que de verdad quisiera estar no se me acerca.

Los vehículos están aparcados en semicírculo alrededor del fuego, así que los voy esquivando. Cuando me escurro entre los dos más alejados, siento acercarse una sombra.

Me golpea una bocanada rancia de humo de cigarrillo que me revuelve el estómago.

Quienquiera que sea este hombre, está bloqueándome el paso, y voy a tener que pasar junto a él o dar la vuelta.

Se queda firme en el lugar y siento cómo se me erizan los pelos de la nuca.

–¿Layla, no? –La silueta se acomoda, apoyándose contra la puerta del copiloto.

–Eh… hola. –No quiero ser grosera por si llega a ser amigo de Colt, pero me resulta raro que esté aquí, deambulando solo. Tal vez solo haya venido a orinar.

–¿Qué haces sola en la oscuridad?

Algo en la energía de este hombre hace sonar todas las alarmas en mi cerebro ralentizado por el alcohol.

–Nada, solo… –Doy un paso hacia atrás, pero él cierra la distancia como una víbora y me coge del codo.

–Ah, no tienes por qué huir.

No quiero que me toque.

–Suéltame, por favor. –Intento mantener la voz calmada.

Los años de lidiar con borrachos en los bares donde trabajé se activan por reflejo. Aprendí a ser firme sin dramatizar; a plantarme sin provocarlos, a alejarme sin ponerme en riesgo. Conozco de memoria el manual no escrito de las camareras para tratar con tipos de mierda que creen que porque están en un club de *striptease* tienen derecho a tocar a todas las mujeres que se crucen.

En este momento no tengo a un guardia fornido que pueda intervenir. Aunque tampoco prestaban demasiada atención al personal de barra; estaban demasiado ocupados con las chicas del escenario o los clientes del salón principal.

–No seas así, solo estamos hablando.

–No. Tú estás hablando, yo me estoy yendo.

–¿Por qué no te tomas una copa conmigo?

La bilis me sube a la garganta.

–No, gracias.

–Parecías bastante contenta con Brett en su camioneta. No te hará ningún daño hacer lo mismo conmigo.

Solo llego a distinguir la silueta de su cabeza, sin rasgos. Está totalmente oscuro; la nieve que cae del cielo no deja pasar ni un poco de luz de la luna.

–Mira. No me interesa. –Tiro de mi codo, pero él me aprieta con más fuerza.

–Vamos, nena. Eso te hará entrar en calor. Te prometo que lo pasarás mucho mejor después de tomar una copa conmigo.

Sí, una copa llena de somníferos, a juzgar por cómo se comporta. Me importa una mierda de quién sea amigo, no pienso quedarme a averiguar qué pasa cuando «entre en confianza».

–¿Layla? –creo reconocer la voz de uno de los vaqueros de antes, que aparece a mis espaldas. Siento un poco de tranquilidad y otro poco de furia porque este imbécil no entiende lo que significa «no».

Entonces oigo el inconfundible sonido del martillo de un arma.

–Vuelve a casa, Layla. –La voz de Colt exuda violencia.

Está oculto en las sombras cuando me giro hacia su voz, pero puedo sentir la tensión que brota de él, rebotando entre los vehículos.

Al principio, siento un alivio enorme al oírlo. Luego, mientras logro zafarme del imbécil y retrocedo, me sacude la siguiente frase de Colt.

–No deberías estar aquí, y menos vagando borracha en la oscuridad.

¿Perdón?

Aprieto los puños a ambos lados de mi cuerpo, luchando contra las ganas de insultarlo.

Él empieza a gritar una serie de órdenes antes de que mi cerebro ahogado en *whisky* consiga pronunciar una respuesta.

–Grange, llévala a la casa y asegúrate de que entre sana y salva. Si se te ocurre echarle una mirada en el camino, vas a pasarte la vida con plomo en los huevos, ¿entendido?

–Colt… –No sé qué quiero decir, pero esto me recuerda a cuando bailé con el tipo del bar. Otra vez se enfada conmigo por algo que no es culpa mía.

Grange –el único hombre que de verdad parece preocupado por mí– murmura una respuesta afirmativa. Me marcho pisando fuerte, dejando atrás el tenso enfrentamiento sin girarme a ver, con bastante alcohol en sangre, usando el teléfono como linterna.

–No tienes que tratarme como a una niña –espeto al hombre que camina detrás, guardando una distancia respetuosa.

–¿Y arriesgarme al infierno que me espera con Wilder si no hago exactamente lo que ha pedido? No, gracias.

–Es un controlador. –Aprieto los dientes, hablando más conmigo misma que con el hombre–. Ya estoy bien, ¿ves? –digo con sarcasmo, apoyando una mano en el pasamanos de madera y haciendo una reverencia exagerada para demostrar que llegué a casa tal como me ordenaron.

–Puede ser, pero tiene sus motivos. –Grange me lanza una mirada comprensiva y se quita el sombrero–. Me quedaré aquí hasta que esté dentro, señorita Layla.

–De acuerdo. –Poner los ojos en blanco está de más, pero el *whisky* y la confrontación me han sentado mal, así que voy a afrontar esta situación con mi peor humor.

Subo los escalones a zancadas y entro, asegurándome de cerrar la puerta con llave. Ojalá Colton Wilder no tenga una copia y tenga que pasar la noche en el granero con los caballos.



Me despierto sobresaltada.

De inmediato siento náuseas, y me pregunto si me habrá asustado algo en sueños o si sencillamente me he despertado. Tumbada aún, agudizo el oído buscando alguna señal que explique por qué mi corazón parece atragantado.

La habitación está tan oscura que no llego a ver mi propia mano frente a los ojos, y aun así siento que todo me da vueltas.

Los recuerdos de ayer, y de lo que ocurrió justo antes de que me metiera en la cama, regresan de golpe. Dios, ¿de verdad solo ha pasado un día desde que estaba sentada en el porche con mi café?

¿Hace apenas una noche que crucé todos los límites posibles con el hombre que me está ofreciendo techo y comida?

Por Dios. Me hizo un favor alejando a ese tipo, pero sus métodos me erizaron la piel y alertaron todas mis defensas.

Me sentí como cuando me acusó de haberme quedado embarazada de Kayce.

Está claro que Colton Wilder tiene un talento con las palabras.

Acostada en la oscuridad, mordisqueo el interior de mi mejilla. ¿Será que me despertó el ruido que hizo al regresar a casa? Tanteo a ciegas, manoteando hacia la mesita de noche, hasta lograr tocar la pantalla de mi teléfono. Los números brillan en la oscuridad: son las dos de la madrugada. Y, aunque no sé cómo suelen ser estas noches de fogata, no me imagino a Colt de juerga hasta el amanecer.

Ese es más el estilo de Kayce, y en eso los dos Wilder no podrían ser más diferentes.

Dios, tengo que dejar de compararlos.

Ahora que he dormido un poco, me inquieta pensar que quizás dejé a Colt fuera de su propia casa en medio de mi rabieta etílica.

La culpa me oprime el pecho. Los vaqueros aguantan lo que sea, y él es fuerte como el acero, pero… ¿y si se ha quedado fuera a temperaturas bajo cero, y yo soy la perra desalmada y caprichosa que le cerró la puerta?

Me escurro fuera del calor de las sábanas, cojo la manta del pie de la cama y me envuelvo en ella mientras camino. Cruzo la alfombra hacia la puerta corredera de mi habitación que da al porche oscuro. Corro un poco la cortina, pero no veo más que un resplandor anaranjado a lo lejos, donde las brasas se consumen.

Hay una sola forma de saber si ha vuelto, así que me cuelo en el pasillo. El sensor me detecta y enciende las luces bajas, que apenas me sirven para distinguir la habitación hacia donde van mis ojos de inmediato. Pienso todo el tiempo en ese lugar de la casa, aunque la puerta esté abierta o cerrada, aunque él esté dentro o no.

De inmediato noto que la puerta está abierta de par en par, pero no hay luces encendidas.

Mierda.

Ahora sí siento la punzada de culpa.

Aún tengo suficiente alcohol en la sangre como para no detenerme a pensar. Me muevo por inercia. Quizás sea la hora, el miedo instintivo a que algo haya salido terriblemente mal, o pura intuición, pero no puedo volver a la cama si no lo veo con mis propios ojos. Así que me envuelvo más fuerte en la manta y me lanzo a recorrer la casa.

Miro a mi alrededor, pero no hay señales de vida en la oficina ni en la cocina.

El fuego del salón se ha apagado casi por completo, y noto que su sombrero y su abrigo no están en los ganchos.

Dios, ¿y si se ha congelado fuera? ¿Y si pasó algo peor con ese tipo? Armas, alcohol y hombres enfadados no son una buena combinación.

Pero no escuché ningún disparo.

Creo.

Oh, Dios. ¿Y si eso fue lo que me despertó?

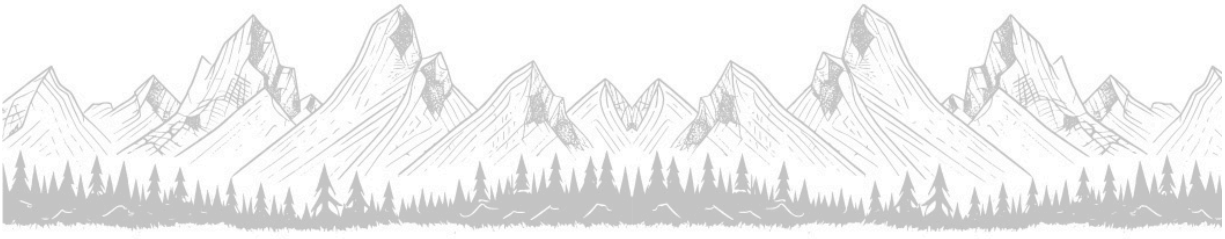
El corazón me late tan fuerte que lo siento atascado en la garganta mientras destrabo la puerta principal y me preparo para enfrentar el aire helado. Incluso desde dentro puedo percibir que el silencio es absoluto: ni siquiera el viento suena. Alcanzo a distinguir la silueta de copos de nieve gruesos cayendo más allá del porche.

Solo brilla la fogata a lo lejos, y me pregunto si Colt seguirá allí. No tengo la vestimenta adecuada para salir, pero de todos modos giro la manilla y me detengo un segundo.

¿Cuál es el plan? No pienso aventurarme al frío, pero me esfuerzo al máximo por ver algo a través del cristal junto a la puerta.

Abro con cuidado, haciendo crujir lo menos posible las bisagras, y una voz grave me sobresalta.

–¿A dónde crees que vas así vestida?



Capítulo 17

Layla



El rugido entre las sombras me hace dar un salto. Oigo la voz de Colt y la puerta que se cierra de golpe, resonando como un trueno en este espacio silencioso.

–¿Quieres ver si queda alguno?

Mierda. Suena… no sé. Agresivo no es la palabra. ¿Territorial, quizás? Como un lobo cuidando a su manada.

De cualquier forma, un escalofrío recorre mis brazos, y no tiene nada que ver con la hora ni con el frío que se cuela desde fuera.

Envuelvo mejor la manta en mis hombros y avanzo hacia Colt. Este es el momento en el que debería retirarme, dar media vuelta y regresar directa a mi habitación. Esta pequeña excursión basta para confirmar lo que necesitaba saber: que está dentro, a salvo, y no congelado bajo la nieve.

Pero no logro alinear lo que debería hacer con el movimiento de mis pies, que me llevan cada vez más cerca de él.

Colt está junto al enorme ventanal del salón, sentado en una silla de comedor, mirando hacia la negrura infinita del exterior.

Las cortinas metálicas están abiertas, y solo se ve el cielo negro sin estrellas, lleno de un millón de copos de nieve revoloteando.

No se inmuta cuando me acerco. Su mirada permanece fija en esa ventana, sus anchos hombros parecen llenar medio salón. Veo que todavía lleva puesto el sombrero y su abrigo está colgado en el respaldo de la silla; entonces mis ojos bajan y se detienen en el destello metálico de la escopeta apoyada en su regazo.

Por Dios.

–¿Ibas a escaparte en mitad de la noche? –Ni siquiera se molesta en mirarme, solo inclina contra sus labios el vaso que tiene en la mano. Sigue observando la oscuridad como si esperara ver en cualquier momento un peligro que nos acecha–. No es una buena idea, considerando que ya estamos muy por debajo de cero grados.

Muevo los pies y me doy cuenta de que realmente he salido de la cama sin pensar. Debajo de esta manta solo llevo puesto lo que tenía al dormirme: una camiseta enorme, calcetines hasta la rodilla y ropa interior.

Cuando mi cerebro esté sobrio y no tan alterado, va a tener que darme muchas explicaciones.

–Escuché un ruido. –Humedezco mis labios con la lengua, intentando descifrar su energía. Siempre me cuesta leerlo, y todavía no hemos aclarado del todo lo que pasó anoche–. Yo estaba…

–Por supuesto que sí –me interrumpe, arrastrando las palabras con desdén, al tiempo que levanta el *whisky* para dar otro sorbo y su otra mano reposa sobre el cañón largo.

El calor me sube por el pecho. Las insinuaciones invaden el aire, y ya me he cansado de tragar la mierda de Colton Wilder. No entiendo por qué insiste con lo mismo de siempre. Aunque todo esto no sea más que una actuación o su manera de intentar convencerse de que no debería desearme, las acusaciones duelen igual. No importa que nada sea cierto. No tengo por qué hacerme cargo de sus traumas.

–¿De verdad crees eso? ¿En serio piensas que quería estar con alguno de ellos? –Lo encaro de frente, poniéndome entre su silla y el ventanal. Me meto justo en su campo visual.

A pesar de que es de noche y no hay más luz que las brasas de la chimenea, llego a ver cómo sus ojos se clavan en los míos.

No le doy tiempo a responder.

–Ah, claro. Porque soy una puta que le abre las piernas a cualquiera, ¿no?

Mis fosas nasales se ensanchan. Las palabras que me he estado tragando desde la primera vez que me acusó de querer ir al pueblo a perseguir a su hijo empiezan a brotar.

–Porque soy una estúpida que se conforma con cualquiera. Eso crees, ¿no?

Me planto justo frente a sus rodillas abiertas. El calor y el valor líquido corren por mis venas, dándome la libertad de soltarlo todo.

Sí, quiero ser buena con él, escucharlo y complacerlo, pero también tengo sangre corriendo por las venas, y, después de lo que pasó anoche, debería saber que estoy tan enredada en lo nuestro como él.

–Te lo diré con todas las letras: nunca acepté ninguna de las copas que me ofrecían en los bares donde trabajé, no me fui con ninguno de los tipos que me rogaban ser mi «jefe», ni con los que se propasaban, ni con los que me amenazaban.

Tiene un gesto atormentado y la mandíbula tensa.

–Y mucho menos con los imbéciles que me arrinconan en la oscuridad y me agarran del brazo, como el idiota ese. –Soy muy consciente de lo cerca que estamos, él sentado y yo de pie entre sus rodillas, pero quiero que me tire hacia él.

Estoy completamente a merced de la fuerza de atracción de Colton Wilder.

–¿Quieres saber qué hago aquí sentado? –Su voz retumba en el aire, áspera y pesada por la hora y el alcohol.

Asiento y me aferro a los bordes de la manta.

–Sí.

–No puedo soportar la idea de que alguno vuelva porque les gustaste demasiado. –Aprieta la lengua contra su mejilla, recorriendo con el peso de su mirada todo mi cuerpo–. Porque te ven como una niña bonita que pueden robar para sumar otra muesca a su cinturón.

–Eso no va a pasar.

Colt hace un ruido escéptico.

–No sabes las mierdas que pasaron aquí, Layla. Así que créeme cuando te digo que hay hombres dispuestos a robar lo más valioso que vean. Por la fuerza, si fuera necesario.

Inspiro hondo.

–Yo no soy valiosa.

El hombre frente a mí se mueve, liquida su copa y apoya el vaso en el suelo, junto a la silla. Con su gran mano, acaricia el borde de la manta, sin despegar de mí su mirada ensombrecida.

–¿No lo entiendes, verdad? No existe un solo ser humano que no te desee.

El aire se electrifica en el instante en que sus dedos rozan la lana suave. No me ha tocado, pero la proximidad y su cercanía me golpean directamente en el pecho.

–Eso no me hace especial.

Aprieta la manta en su puño con más fuerza.

–Layla. –Su voz grave diciendo mi nombre me da directo en el sexo–. Ellos solo ven una cosa cuando te miran. –Los labios de Colt se curvan con un gruñido.

Ojalá hubiera una manera de demostrar, sin lugar a dudas, que no me importa lo que ellos vean. Pero este hombre no va a hacer lo que quiere hacer, y yo no voy a obligarlo a algo de lo que pueda arrepentirse. Este deseo nos enreda en las sombras.

Le suelto la mano de la manta, me estiro y empujo con un dedo el ala de su sombrero hacia atrás, dejándome derretir bajo la intensidad de su mirada. Exhalo.

–Yo no los miro a ellos, vaquero. Solo hay un hombre que me interesa, y es el que no puedo tener. ¿En qué me convierte eso? ¿En una puta patética o en una masoquista?

Cierra los ojos con fuerza un instante, antes de soltar un gemido tan sexi que me atraviesa y arremolina mi sangre.

Siento que una lava caliente me recorre hasta los dedos de los pies mientras pongo en palabras lo que ambos sentimos pero aún no habíamos logrado decir. Sé que no tengo derecho a hablarle así, pero necesito dejar salir la verdad.

No quiero que Colt piense cosas que no son. Necesito que sepa que no tengo el más mínimo interés en nadie más que en él.

Quiero que sepa que por él me he convertido en un despojo humano.

Quizá, solo quizá, haya una manera de jugar un rato más entre las sombras que nos rodean. Antes de que amanezca y todo tenga que volver a ser como antes.

–¿Te gusta lo que ves? –Me muerdo el labio inferior. Una esperanza nerviosa invade mi pecho.

Colt inhala con brusquedad. Tal vez sea una advertencia.

–Ya sabes la respuesta.

La combinación de ese tono ronco con los ojos oscuros y brillantes intensifica el latido entre mis piernas. Tiene la mano tan cerca de mi muslo que siento un cosquilleo en la piel.

–¿Y si no tuvieras que cruzar ninguna línea, pero pudieras conseguir lo que quieres? Lo que ambos queremos. –Me muerdo más fuerte el labio. Está claro que no ha soltado la manta. Quiere que me quede aquí, tan cerca que debe poder escuchar el pulso en mi garganta.

–Layla. –Exhala mi nombre con un tono áspero que provoca un revoloteo en mi estómago–. Me he comportado como un egoísta toda la vida, no puedo…

–¿Pero quieres?

–Sí. Cuando se trata de ti… lo deseo tanto que creo que no quieres saberlo.

Mi estúpido corazón deja de latir, el estómago cae al suelo y decido ignorar todas las señales que me advierten del peligroso precipicio al que me estoy acercando.

A la mierda, esto es una locura. Estoy perdida en este momento prohibido, enterrada bajo la nieve en esa hora de la noche en la que todo puede ocultarse tan fácilmente.

–Una vez escuché un dicho… –Suelto la manta y la dejo caer abierta para revelar mi figura. Estiro la mano, le quito el sombrero de la cabeza y me lo pongo yo, sin ignorar el destello que se enciende en sus ojos color miel.

–Si tocas el sombrero de un hombre, estás dispuesto a pelear o a follar. Así que tú dime, vaquero, ¿qué quieres hacer conmigo? –Colt me recorre con la mirada, deteniéndose en mi cuerpo apenas

cubierto. No sé si en la oscuridad puede ver mis pezones duros a través de la delgada tela de la camiseta, pero cada centímetro de mi piel se incinera bajo sus ojos.

–¿Vamos a pelear?

Él emite un rugido grave desde el fondo de su garganta. Otra advertencia.

–Ya me habías puesto este sombrero antes, así que ¿fue la primera o la segunda opción?

Se pasa los dedos por el cabello, despeinando más sus rizos, y me tiemblan las rodillas.

–No soy un buen hombre, Layla. No digas esas cosas de noche… vestida así… –Colt deja caer la mano para pasársela por la boca—. Mierda, no camines de esa forma tan provocadora.

Todo su cuerpo está tenso.

Y yo estoy loca por él.

–En algunos de los bares donde trabajé… –Suelto por completo la manta, dejándola caer al suelo alrededor de mis tobillos–. A veces hacía animación.

Él no solo me mira, devora cada centímetro de mi cuerpo. Como si fuera la primera y la última vez que pudiera observarme de verdad.

–¿Eras estríper? –La pregunta apenas logra atravesar sus dientes apretados. Es obvio que no le agrada la idea, pero la curiosidad le gana y no puede contenerse. Aprieta los puños sobre sus rodillas, inquieto, como si le costara no lanzarse a agarrar la parte trasera de mis muslos desnudos, pero finalmente se aferra al borde del asiento a ambos lados de sus caderas.

Parpadeo. Recreo en mi mente todas las veces que vi esta misma escena mientras servía copas durante horas y horas.

–No –admito–. Pero aprendí un par de cosas mirando a las chicas.

Un destello de alivio suaviza por un instante las duras líneas de su rostro, pero enseguida se vuelve a imponer esa mirada severa.

–Deberías volver a la cama. Te vas a congelar con tan poca ropa.

Alargo la mano hacia la escopeta e intento moverla suavemente de su regazo rezando para que no me apunte y me obligue a correr por ser tan osada.

–Estoy muy caliente –respondo con honestidad. Me arde toda la piel.

Los dedos de Colt aprietan el cañón antes de que yo pueda levantarlo.

–No podemos, nena. –Su voz se transforma en un susurro. Y, aunque sus palabras dicen una cosa, están cargadas de sensualidad y de esa profundidad con la que sueño. Se inclina para apoyar el arma en el suelo, junto a la silla.

Trago saliva con fuerza, reuniendo aún más coraje ante esa mínima señal de que está consintiendo mi juego.

–No va a pasar nada. Juguemos. Imagina que entras a un bar cualquiera una noche y yo estoy trabajando. Imagina que somos dos extraños. Imagina cómo sería si pagaras por un baile privado.

Él se tensa al instante.

–Te arrastraría fuera de ahí.

Una sonrisa pícara se dibuja en mis labios. Me embriaga que sea tan posesivo, con ese cabello despeinado alrededor de su rostro y la mandíbula tensa.

–Ah, pero no puedes. –Lo provoco–. Recuerda que los clientes no pueden tocar. Solo mirar.

–Mierda, me estás pidiendo demasiado. –Por cómo sus ojos van del sombrero sobre mi cabeza a mis muslos desnudos y luego a mi boca, está claro que esto es demasiado para él.

Bueno, joder. Para mí también es casi insoportable, pero no puedo alejarme de él. Al menos no esta noche.

–Está bien. No tenemos que hacer nada más que esto.

Se le entrecorta la respiración cuando rodeo su nuca con los brazos y me pongo sobre su regazo. Todo se intensifica: el roce de sus vaqueros contra mi piel, el calor que irradia su pecho, su olor en el que quiero hundirme.

–Por Dios, Layla. –Está mirando el sitio donde se me subió la camiseta, dejando ver mis muslos suaves y el sexo cubierto de encaje. Se pasa una mano por la boca y luego vuelve a clavar sus ojos en los míos.

–Me encanta cuando me miras, jefe.

Una tormenta explota en su mirada.

–¿Te gusta que te llame así?

–Joder… –gime, echando la cabeza hacia atrás. Me lanza una mirada intensa, cargada de deseo, que hace palpitar mi clítoris–. No puedo confesarlo.

Me muerdo el labio y paso los dedos por el cabello corto de su nuca.

–Eres tan sexi cuando haces ese ruido.

Estamos agitados, a oscuras y el deseo se expande a cada segundo que paso montada sobre él. Tengo el sexo empapado, apoyado sobre el bulto de sus pantalones. Puedo sentirlo duro como una roca debajo de mí, y bastaría con un ínfimo movimiento de cadera para regalarle a mi cuerpo la fricción que tanto anhela.

–Dios, me muero de ganas de follarte. Quiero enterrarme en tu coño todo el invierno.

Se me escapa un gemido entre los dientes. Santo cielo, este hombre sabe hablar sucio. Me encanta descubrir lo que esconde tras ese exterior hosco.

–¿Esto es lo que llevas siempre debajo de los vaqueros? ¿Esos calcetines de puta?

–Puede ser. –Inclino la cabeza a un lado, lo observo un momento y luego me acerco hasta que mis pezones duros rozan su pecho y mis labios su oído–. O tal vez no, y me gusta saber que te estarás haciendo esa pregunta cada vez que me veas trabajar.

Él maldice por lo bajo.

Dios, mi pulso se descontrola por la embriaguez que me provoca tenerlo tan cerca. Me aparto un poco, espiándolo entre mis pestañas.

–¿Debería dejármelos puestos?

–Sí. –Su orden me hace estremecer.

–¿Qué más quieres?

–Dios, Layla. Me vas a matar.

–No pasa nada… no estás tocando, solo mirando. –Retiro los brazos de sus hombros y los llevo al dobladillo de mi camiseta. Sus ojos siguen cada uno de mis movimientos mientras juego con el borde de la tela, levantándola apenas.

Colt no sabe qué hacer con las manos. Se está esforzando mucho para no tocarme, y una parte de mí solo quiere que lo haga. Pero debo comportarme para estirar este juego donde tiramos de las reglas hasta casi romperlas. Aunque me muera de ganas de que me agarre, me arroje al suelo y me folle sin sentido.

Él traga saliva con fuerza; su garganta se mueve y sigue con los ojos clavados en mi sexo.

–Me iré al infierno.

–Yo iré contigo –susurro–. ¿Qué quieres ver ahora? –Mis dedos suben un poco más el dobladillo de la camiseta, y con la otra mano acaricio el encaje de mi ropa interior, empujándola apenas hacia abajo.

Las fosas nasales de Colt se abren mientras libra una batalla silenciosa consigo mismo, observando mis manos como un halcón todo el tiempo.

–Enséñame esas tetas perfectas. –Su polla se estremece debajo de mí cuando por fin habla, con la voz ronca de deseo.

Me recorre un escalofrío de placer y engancho la delgada tela de algodón para apoyarla sobre mis pechos. Contengo la respiración porque voy a exponerme por completo por primera vez. Caen, plenos y pesados de deseo, y solo quiero que deje de lado su autocontrol, que me los manosee y juegue con ellos como quiera. Si se inclinara hacia delante, cerrara esa pequeña distancia y cogiera uno con su boca caliente y húmeda...

–Joder. –Ese sonido que hace cuando está excitado me da directo en el coño.

Vago con los dedos por mi carne suave, acariciando, provocando y frotando, mientras mis pezones se convierten en diamantes. Se me escapan unos jadeos desesperados, mientras los aprieto y pellizco bajo la mirada feroz de Colt.

Dios, la forma en que estudia cada movimiento de mis dedos va a matarme.

Su erección se aprieta entre la tela de los vaqueros y mi minúsculo encaje empapado. No falta casi nada para que se baje la cremallera, aparte la tela húmeda a un lado y se hunda en mí.

Mi cara debe decirlo todo porque emite un gemido contenido.

–Se me está acabando la decencia. Tengo una mente demasiado sucia como para que me mires la polla así.

Gimoteo y tiro con más fuerza de mis pezones. Me concentro en su boca mientras derrite mi cuerpo, ensuciándome con sus palabras hasta que estoy completamente empapada.

–¿Qué más quieres? –presiono, buscando que me cuente los detalles prohibidos. Cuando por fin consigo hablar, mis palabras suenan temblorosas, roncas, no las reconozco como mías.

Colt se acomoda debajo de mí, moviendo las caderas en la silla.

–Nena, tengo muchas ganas de follarte. Quiero esas diminutas bragas de encaje hechas un nudo entre mis sábanas cada mañana, y que te corras en mi lengua.

Sus palabras me atraviesan y solo puedo jadear.

Santo cielo. Estoy retorcida, lista para lanzarme al suelo, directo a sus botas, y rogar.

–Mmm, Dios. –Tiro de mis pezones–. Yo quiero lo mismo. –Balanceo mis caderas–. ¿Qué más?

Me froto contra la dureza de sus pantalones y el deseo se enrosca más fuerte.

–Quiero deslizar la lengua dentro de tu dulce coñito mientras duermes; hacer que tu cuerpo se desarme en sueños, y luego hundirme en ti –sisea cuando mis caderas se deslizan sobre la punta de su erección–. Quiero llenarte tan profundo que nunca podrás olvidarme.

Con lo hinchado que tengo el clítoris, los impulsos eléctricos provocados por la fricción llegan hasta mis dedos de los pies. Estoy sentada en su regazo, restregando mi centro empapado, mientras mis dedos torturan los pechos sensibles. Si llego a tocarme de verdad delante de él, puedo desmoronarme en cuestión de segundos.

Pero no creo que lo permita considerando lo rápido que se alejó anoche. Todo esto podría terminar en cualquier momento, en cuanto irrumpa la moral de Colt. ¿Cuánto tiempo más nos dejará atrapados así? ¿Detendrá esta locura antes de que caigamos por el precipicio de este instante prohibido? Ahora solo la nieve atestigua el peligroso juego que estamos jugando.

–Layla, nena. Eso es, mójame más –murmura, con los ojos fijos en el lugar donde me presiono contra su erección. En la penumbra puedo ver la tensión en su cuello y el esfuerzo de su rostro con cada movimiento de mis caderas.

–¿Quieres mirar? –susurro, deslizando una mano por la curva suave de mi estómago hasta llegar al encaje. Dejo que mis dedos reposen sobre mi clítoris palpitante un segundo antes de moverlos hacia el borde. Engancho la tela para mostrarle lo mucho que lo deseo.

–Joder. –Su mano se alza, flota en el espacio entre nosotros, y luego recorre su boca entre un gruñido sombrío–. No sé. No lo sé, nena. Si me enseñas tu coño, voy a querer estar dentro de ti. Voy a querer comerte hasta que me supliques que pare. Pero sé que no voy a poder parar. No habrá vuelta atrás una vez que eso suceda y no podré contenerme de penetrar cada uno de tus dulces agujeritos.

Joder. El gemido que se me escapa es pornográfico.

La boca de este hombre me baña de pies a cabeza en una tentación embriagadora, desvergonzada, que demanda todo lo que acaba de prometer.

–Puedes mirar si quieres. No se lo contaré a nadie. –Me froto un poco más fuerte sobre el encaje. Bato las pestañas mientras el calor se acumula en la parte baja de mi vientre. Creo que ya no puedo sentir los dedos de los pies.

–Dios, eres lo más sexi que he visto en mi vida. –La mirada intensa de Colt en el lugar donde me estoy tocando arde como las brasas de la fogata que sigue encendida fuera. Sus palabras me atraviesan calientes, descarnadas, y encienden mis venas.

Se me escapa otro gemido, cada centímetro de él bajo sus vaqueros es como la encarnación del pecado.

–Mete los dedos por arriba, nena. Si me lo enseñas, voy a perder la cabeza –gruñe, y mi estómago se contrae con las vibraciones que recorren mi cuerpo. Hago lo que dice, deslizo la mano por el elástico y hundo un dedo en la humedad hasta hacer contacto con el clítoris.

–Por Dios. Estás empapada, ¿no? –Parece casi enfadado, asiento con la cabeza y se me corta la respiración por tocar al fin ese botón hinchado–. Eso es. Frótalo en círculos lentos.

Me quedo boquiabierta mientras el placer crece a toda velocidad y mi pulso retumba en mis oídos.

–¿Te gusta el dedo del medio?

–Mmm, joder. Sí. Dios. Ya estoy muy cerca –gimoteo. Mis caderas se mueven, me pellizco un pezón, y solo puedo pensar en el hambre del rostro de Colt. Cada mínimo movimiento bajo mi ropa responde a la atención de este hombre, pero solo me toco yo y la cresta de la ola se acerca.

–Mierda. Mmmmierda. Eso es. Así. Mírame mientras me lo das como una niña obediente.

Sus palabras ásperas y alentadoras me destrozan. Me deshago con un gemido cuando el orgasmo asciende desde mis dedos de los pies y me arrastra.

–Joder, nena. Voy a correrme.

Debajo de mi coño siento sacudirse sus caderas. Su polla palpita contra mí mientras el clímax lo invade. Colt aprieta los ojos, sus labios se curvan en una mueca de placer, y los dos respiramos agitados, con las bocas a centímetros de distancia en la oscuridad.

Mierda santa. Nunca había sentido algo tan intenso, y ni siquiera me ha tocado.

Nos quedamos ahí, esperando que el ritmo de nuestros corazones vuelva a la normalidad, y la embriaguez del momento me cubre como una manta. Solo quiero acurrucarme en su pecho y rogarle que me lleve a su cama. Me abruman las ganas de sentir sus brazos fuertes rodeándome.

No quiero que este momento termine, pero debe hacerlo.

No puede ser nada más que un breve lapso en el que suspender la realidad y entregarnos a algo que ambos sabemos que no puede pasar.

Dejo caer el dobladillo de mi camiseta y quito la mano de mi ropa interior, sintiendo cómo la humedad de mi orgasmo se arrastra contra la piel caliente.

Aunque sé que nuestro secreto acaba aquí, estoy desesperada por más besos ásperos. Quiero que me robe el aliento y me arrastre a ese lugar prohibido donde puedo rendirme, adorarlo y pedirle que me llene. Mis ojos saltan entre sus labios, su ceño, sus ojos

ardientes. Veo el momento en que esa mirada avellana baja a mi boca e inhala hondo por la nariz.

Su autocontrol vence, y mi estúpido corazón se encoge de nostalgia.

–Layla. –Su tono es pesado–. Eres un sueño del que no quiero despertar, pero vas a tener que hacer lo mismo que hiciste por mí anoche. Tendrás que hacerlo tú, porque yo no soy un buen hombre y en este momento desconfío de mí mismo.

Asiento. Lento. Temblorosa. Todavía mareada y eufórica por el orgasmo.

–Está bien –susurro, y me aparto de él, mordiéndome el interior de la mejilla.

Mis piernas están temblorosas, pero me inclino para recoger la manta olvidada y la aprieto contra mi pecho, lanzando una última mirada al hombre que me parte en dos.

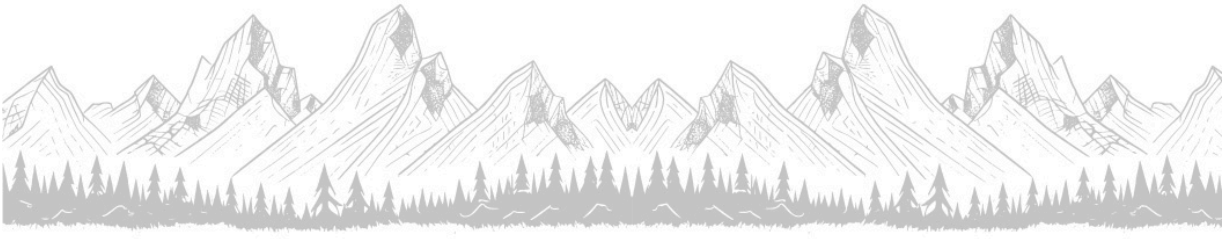
Una oleada de deseo me invade cuando nuestros ojos se encuentran, pero no puedo insistir. Ha ido demasiado lejos, y hay muchas posibilidades de que Colt ya se odie por ceder a esta tentación, aunque no haya hecho nada más que mirarme.

Soy la primera en apartar la mirada. Me quito el sombrero y lo apoyo sobre su rodilla.

Una vez más, soy yo la que se aleja, porque él me lo ha pedido, porque quiero complacer a este hombre incluso contra mi propia voluntad con la esperanza de que las cosas puedan ser de otra manera.

Me meto en la cama con un nudo en la garganta, siento el pulso latir en el cuello al escuchar sus pasos pesados poco después. Durante un tortuoso segundo, juro oír que se detienen fuera, ante mi puerta, pero enseguida se desvanecen hacia el salón.

Él reanuda su guardia mientras yo duermo enterrada bajo las sábanas manchadas de mi propia excitación, con el pecho ardiendo por desear a un hombre que no puedo tener.



Capítulo 18

Colt



Estoy jodido.

Esa chica va a ser mi perdición.

Aparece cada vez que me doy la vuelta o cierro los ojos.

Son tantos los pequeños detalles y momentos que me hacen desearla: la forma en que me mira con esos enormes ojos de cierva y se muerde el labio cuando cree que no la estoy mirando; cada curva ceñida por esos malditos vaqueros que quiero arrancarle de su cuerpo; cómo se le levanta la camiseta cuando tiene que estirarse para alcanzar algo; cómo tararea para sí misma mientras cepilla a los caballos y les susurra con ese rastro áspero en su voz que va directo a mi miembro.

Lo peor es que ahora conozco el tono exacto de verde que adquieren sus ojos cuando se restriega el coño en mi regazo, y un clímax arrollador la arrastra.

A nuestro alrededor, el mundo se ha vuelto blanco. La nieve se acumuló cada día más durante esta semana que pasamos haciendo la danza del apareamiento. Evitarla es la única manera que he

encontrado de conservar algo de cordura. Quizás sea lo menos maduro que he hecho en mi vida, pero era mucho más fácil ignorarla que intentar tener una conversación. Así que me he entregado al silencio, entrando y saliendo cuando sé que ella no estará.

¿Qué coño se supone que debería decirle a Layla después de lo que ha pasado entre nosotros?

Esa noche cruzamos todos los límites, y yo debería haber puesto un freno en el instante en que apareció semidesnuda. Pero mi lado egoísta y celoso cogió todo lo que ella ofreció y no hizo el más mínimo esfuerzo por decir que no.

Por Dios, casi la doblo en edad, pero le bastó con batir esas pestañas para acabar con mi moral en cuestión de segundos y dejarme listo para arriesgarlo todo por probar su cuerpo.

Tampoco puedo decir que mi moral no estaba dañada desde que vi por primera vez a la hermosa chica que vive bajo mi techo.

Ambos nos movemos por la casa en una rutina extraña, en la que cada uno es consciente de dónde está el otro y lo que está haciendo. Como el leve crujido de pasos que escucho desde mi habitación cuando ella camina por el pasillo para buscar un vaso de agua en la madrugada. O la cena que me deja envuelta cuando me quedo fuera después del anochecer haciendo cosas que en realidad no son necesarias. Aunque dormimos a unos pocos metros de distancia y trabajamos en las mismas pocas hectáreas, ninguno se atreve a invadir el espacio del otro.

O quizás Layla simplemente se ha hartado de mi mierda, ha entrado en razón, y así serán las cosas hasta que se vaya, llevándose su dulce aroma y su suave presencia para siempre.

Lo que pasa es que la quiero, pero me odio a mí mismo por eso. Detesto la circunstancia en que nos enredamos, y, si fuera peor persona, lo hubiera mandado todo a la mierda y me habría entregado a esto que hay entre nosotros desde el primer día.

Aunque no debería quererla, no hay forma de apagar el deseo que corre por mis venas todo el puto día. Solo pensar en ella me provoca una mezcla de sufrimiento, agonía y placer mezclados.

Soy un padre de mierda, eso seguro.

Por desgracia para mi cordura, hoy tenemos que revisar el ganado, y para eso se requieren dos personas. Intenté llamar por radio a algunos de los chicos para que vinieran a ayudar, pero todos me dijeron que no querían salir con estas condiciones. No los culpo, el pronóstico anuncia una intensa tormenta para la tarde.

Nadie debería arriesgar el pescuezo teniendo aquí a una persona más que capaz de salir a cabalgar conmigo.

Sucede que he estado posponiendo el momento inevitable de tener que pasar tiempo juntos.

Ahora mismo estoy llamando por radio a la última persona de la lista, aunque ya sé que no podrá.

–Oh, qué bien, entonces no es una llamada desde la cárcel. –La risa familiar de Storm retumba por la radio.

–No empieces, Stormand. –Aprieto con fuerza el transmisor–. No estoy de humor.

–Bueno, después de verte espantar a Pierson con la escopeta… Pensé que al menos ibas a llamar para agradecerme haberlos obligado a marcharse.

Inhalo una bocanada profunda.

–Sí, gracias. No quería que me arrestaran por resolver el asunto con mis propias manos.

–¿Vas a presentar una denuncia con Hayes? ¿Finalmente vas a pedir esa orden de restricción de la que hemos hablado cientos de veces? Tienes motivos más que suficientes.

–Sabes muy bien por qué no puedo.

–Colt, le hiciste una oferta, aunque no deberías haberles dedicado ni dos minutos de tu tiempo, y esos imbéciles te escupieron en la cara. No les debes nada, y mucho menos tienes que expiar los pecados de ese cretino. Está bien muerto y enterrado, y no puedes seguir cargando con la culpa por lo que hizo. Eres tan víctima como los demás.

–No sabía que dabas sesiones de terapia a distancia, Storm.

Lo escucho reír entre el chisporroteo de la línea.

–Entonces, si no estás esposado y no quieres hablar de por qué deberías denunciar a esos imbéciles, ¿a qué debo el placer de esta charla?

Frunzo el ceño, ignorando su burla.

–¿Crees que puedes llegar a subir antes de que entre el frente de tormenta?

Se queda en silencio un momento. Debe estar mirando el cielo.

–Sabes bien que siempre acudiría en tu auxilio… pero esta vez parece complicado.

Storm tiene razón. Lo sé.

–Sí, no te preocupes. Yo me encargo.

Hay un silencio lleno de estática.

–¿Y qué hay de la chica?

–Ocúpate de tus asuntos.

–Solo digo que no paraba de buscarte en la fogata. –Se me revuelve el estómago. Storm es demasiado perceptivo–. Y no pude evitar notar que estabas listo para meterle esa escopeta a alguien incluso antes de que apareciera Pierson.

–No viste una mierda.

Su risa resuena con un crujido metálico.

–Claro, tío. Tienes toda la razón. No vi nada.



Al entrar en el granero, siento el corazón desbocado como un caballo salvaje. Después de hablar con Storm por radio, sigo alterado; espero que solo intuya que hay algo con Layla porque me conoce demasiado bien.

Porque ese algo no debería existir.

El aroma a cedro y heno, junto con los suaves resoplidos de los caballos, me dan la bienvenida. Todos esos ojos curiosos me observan, me siguen, parece que quieren saber mis secretos.

Enseguida percibo a la chica preciosa que limpia el establo más alejado. Un rubor rosado cubre sus mejillas, y trabaja con los auriculares puestos.

Con la excusa de no asustarla, puedo observarla inclinarse como un pervertido.

Se me endurece la polla apenas me acerco, como si fuera una respuesta automática a su presencia. He pasado buena parte del día luchando contra las ganas de verla y el resto intentando controlar las erecciones que me provoca recordar cómo se frotaba en mi regazo o cuando por su culpa eyaculé en mis pantalones como un adolescente caliente.

Ahora tengo un asiento en primera fila para contemplar sus curvas.

Layla no me oye acercarme; está demasiado concentrada en lo que hace, y la música en sus auriculares ahoga el roce de mis botas contra el suelo. Así que golpeo la pared de madera, como si necesitara permiso para entrar en mi propio granero.

Ella se sobresalta y se gira bruscamente, quitándose uno de los auriculares. Entreabre un poco los labios, y me quedo sin aliento. El momento exacto en que nuestros ojos se encuentran por primera vez en una semana es como si un puño gigante me golpeara todos los órganos vitales.

Este es el poder que Layla Birch tiene sobre mí. Lo que me hace, sin siquiera proponérselo, cada puta vez. Estoy jodido. Muy jodido.

–Hola –dice suavemente mientras se muerde el labio y se quita el otro auricular. Presiona los labios entre sí, y noto la pequeña arruga en su frente, aunque duda en dar un paso hacia mí.

Maldita sea. Es culpa mía que imagine que algo anda mal solo porque vine a buscarla.

–No, no. No pasa nada. –Me acaricio la nuca. Me arde la piel, me siento pegajoso, la lengua no me entra en la boca–. Necesito que bajes conmigo a ver el ganado antes de que llegue la tormenta.

–Bueno. –Baja la mirada y deja la pala a un lado.

–Vamos a tener que llevar los caballos. Está nevando fuerte.

–Claro. –Layla se me adelanta, manteniéndose lo más lejos posible de mí mientras pasa por la puerta del establo.

Odio que baje la vista al suelo, y detesto ser el imbécil que ha convertido nuestra relación en algo tan insoportable. Solo quiero cogerla y traerla contra mi pecho.

Pero hago lo que corresponde, lo que haría alguien en su sano juicio: no manosear a una chica de la mitad de mi edad en medio del granero. Porque soy un caballero.

Un. Verdadero. Caballero.

Ensillamos a nuestros caballos en un silencio que me retuerce los huesos, solo interrumpido por los relinchos suaves, los resoplidos y el sonido de los caballos masticando en sus establos. Afuera, el viento aúlla y la nieve se arremolina cada vez con más fuerza.

Me encantaría posponerlo o ir solo, pero necesito a Layla para revisar y alimentar al ganado antes de que empeoren las condiciones. No quiero que ninguno quede atrapado en los cercados por la nevada.

Aquí arriba, no respetar las leyes de la madre naturaleza se puede pagar con la muerte.

Ella monta su caballo, abrigada para enfrentarse a las inclemencias del tiempo sin decir una palabra, y yo la sigo.

–Layla… –me atrevo a empezar.

–Vamos. El tiempo se va a poner cada vez peor. –Me corta en seco, con eficiencia, y siento que se retrae.

Quiero decir miles de cosas, pero aprieto la mandíbula y tomo la delantera. Apenas salimos del granero, siento el frío y la nieve como cuchillas contra la piel. Giro en la silla para verla de reojo y confirmar que está detrás de mí. Solo me hace un leve gesto con la barbilla, pero no me mira.

Y no puedo soportarlo.

No consigo concentrarme en lo importante y eso será un problema para terminar lo que vinimos a hacer.

Mientras avanzamos entre la nieve cada vez más impenetrable, calculo en silencio cuánto tiempo juntos nos queda: poco más de cinco semanas. Y de esas al menos dos transcurrirán con los caminos cerrados, a juzgar por la velocidad e intensidad con que ha entrado esta tormenta.

Me entierro en el cuello del abrigo y exhalo un largo suspiro. Estoy acostumbrado al silencio y la soledad en lo alto de esta puta montaña; a trabajar sin descanso todos los días. Solo tengo que aguantar y dejar atrás esta obsesión que me corroe por dentro.

Layla está trabajando. Voy a asegurarme de que cumpla con las horas que necesita para su carrera, y podré dormir tranquilo sabiendo que por lo menos la ayudé.

En cinco semanas, buscaré la forma de deshacerme de los rastros de jazmín y pera que quedarán en mi casa cuando se lleve todas sus cosas y me deje enterrado en la nieve con mi amargura.

Cuando llegamos al cercado, las vacas están alineadas, esperando junto a la puerta. La nieve les cubre las orejas y los lomos, y espesas nubes blancas salen de sus narices abiertas. Layla no pregunta: va directa hacia ellas mientras yo cargo el tractor con una gran bala de heno.

El blanco es absoluto, y el cielo tiene un aspecto amenazante, cargado de nubes oscuras y pesadas que se nos vienen encima.

Devil's Peak está completamente cubierto por el peso de la tormenta que se acerca; es imposible divisarlo.

Me deslizo de la montura y ato al caballo, apresurando la rutina tan conocida. Layla se encarga de la cerca y de revisar al ganado mientras yo reparto comida. Terminamos enseguida. Gracias al cielo, porque la nieve cae con más fuerza cuando regreso a la helada montura.

–Vámonos de una puta vez.

Me inclino hacia delante y acaricio el cuello de Winnie, sacudiendo la nieve de su melena. Mueve los cuartos traseros con fastidio y resopla, está claro que no le encanta tener que estar aquí.

–Layla. Tenemos que apresurarnos. –Alzo la vista al cielo otra vez y veo cómo el frente avanza sobre nosotros. La nieve me golpea la cara, y el frío me corta en cada parte de piel expuesta. Está empeorando antes de lo previsto, y se me revuelve el estómago.

Aunque tenemos varios puntos de referencia fáciles de identificar para volver a casa, me preocupa quedar atrapados en una cortina blanca. Las cosas pueden cambiar muy rápido y no me gusta dejar nada a la suerte.

Entrecierro los ojos contra la fuerza del viento y los cúmulos de blanco que obstruyen mi visión. Ella ya está montada, pero no se ha alejado de la puerta.

–Layla. –Mi gruñido retumba en esa dirección. Es desmesurado hasta para mí. No quiero parecer enfadado, pero no es momento de andar jodiendo. Y, aunque me merezco cada segundo de su silencio, va a tener que dejar la rabia para más adelante, cuando estemos a salvo.

Entonces la veo bajar del puto caballo y volver a la cerca. Creo que está forcejeando con el pestillo, pero apenas llego a distinguir su silueta borrosa desde donde estoy.

Dios. Quedaremos atrapados aquí, sin refugio. Es muy posible que ninguno llegue vivo ni al granero ni a la casa.

Maldiciendo por lo bajo, llevo a Winnie en esa dirección y el corazón me late con fuerza. Nunca me he preocupado demasiado por mí mismo, sé arreglármelas, pero pensar que ella podría salir herida por entretenerse en medio de un temporal me hace rechinar los dientes hasta convertirlos casi en polvo.

Tengo que ponerla a salvo, pero no entiendo por qué no me escucha.

–Layla. ¡Por el amor de Dios! –Estoy gritando a todo pulmón. Contra el viento, contra la nieve que me azota e intenta ahogar el retumbar de mi propio pulso en los oídos mientras caigo al suelo.

Pisando hielo y polvo, avanzo rápido hacia ella, con maldiciones y amenazas en la punta de la lengua, hasta que entiendo lo que sucede.

Layla tira y forcejea con el portón atascado en el lodo helado, intentando con todas sus fuerzas encajar bien el pestillo.

Siento que mi estómago se desploma hasta las suelas de las botas.

Está haciendo lo que le ordené a gritos aquel primer día.

Ahora no sé si estar más furioso conmigo mismo por ser un idiota, o con Layla, por ser demasiado orgullosa para pedir ayuda.

Alargo la mano para sujetarla del brazo y apartarla.

–Joder, Layla, déjalo. Tenemos que irnos.

–No. –Se resiste, zafándose con los dientes apretados.

–Te he dicho que lo dejes.

–¡NO! Casi lo tengo. –Su cuerpo pequeño forcejea, intentando levantar el portón, mientras el viento helado corta hasta los huesos.

–Nos vas a matar. –No me importa ninguna de las barreras que me había impuesto respecto a acercarme. Ahora solo importa ponernos a salvo, así que hago lo único que puedo dadas las circunstancias.

Enredo mi brazo alrededor de su cintura y la arrastro contra mi cuerpo de regreso hacia los caballos. Ella se retuerce y me golpea los brazos como una fiera.

–¡No está asegurado! –Sus manos enguantadas intentan arrancarme de su cintura, pero la tengo apretada contra mí como una barra de acero–. ¡Pueden escaparse! –Su voz furiosa atraviesa sus capas de ropa y resuena en mi pecho mientras se sacude.

Los copos de nieve se acumulan en sus pestañas, se le pegan a la boca, y una parte de mí quiere morir al darme cuenta de que solo quiere complacerme. Se esfuerza por ser perfecta, por corregir el error de hace semanas. ¿Existe peor sensación en el mundo? Solo se lo dije porque sentía que me estaba volviendo loco, atrapado con ella en la cabina de mi camioneta sin poder tocarla como hubiera querido.

–El portón puede esperar. Súbete al puto caballo. –La mantengo apretada contra mi pecho, luchando contra la nieve y el frío que se filtra en mis huesos, aunque la sangre es lava recorriéndome la piel.

Layla emite un ruido ahogado, aplastada contra mí.

–¿Por qué me importa tanto lo que pienses de mí? –Escupe contra el viento–. Solo intento no decepcionarte, pero nunca es suficiente.

–Sí que eres suficiente. –Se me quiebra la voz mientras la empujo hacia el caballo. La quiero conmigo, apretada contra mí, y, con la tormenta cayendo sobre nosotros, estoy perdiendo la capacidad de resistirme.

–No. No es cierto. No soy suficiente para ti. Nunca lo seré.

Esto ya no va del rancho ni de una puta puerta.

–Lo arreglaremos mañana –gruño. No le doy opción. Con brusquedad, por la fuerza y manoseando cada centímetro de su cuerpo, la subo a la parte delantera de la montura. A toda velocidad, ato al otro caballo para que nos siga y monto justo detrás de ella. No es lo ideal, porque dos personas en un solo caballo es mucho peso para el animal, pero es un camino recto de vuelta al granero, y

quiero poder abrazarla con fuerza para que no vuelva a desmoronarse.

Sigue empeñada en luchar contra mí. Intenta clavarme un codazo en el estómago para volver a bajar.

–Solo quieres que sufra –escupe, retorciéndose, y la sangre se me acumula en la ingle. Estamos en medio de una tormenta y yo he quedado atrapado entre un pánico desgarrador por su integridad física y la necesidad insoportable de abrazarla y besarla con todas mis fuerzas mientras morimos congelados aquí fuera.

–Vete a la mierda. Que se vaya a la mierda este lugar. En cuanto pueda, me largo –gruñe, tensa en mis brazos. Todo su cuerpo es pura rabia y frío, y yo un enfermo que disfruta cada segundo de tenerla tan cerca.

Sí, por supuesto que estoy duro como una piedra bajo todas estas capas de ropa de invierno que nos separan, pero no impiden que mi polla reaccione, aumentando de tamaño con el roce de nuestros cuerpos.

Estoy furioso conmigo mismo y con el universo por maldecirme con la sola existencia de Layla. Además de furioso con mi hijo por tratarla tan mal que pensó que yo podía ser una buena opción.

Me inclino hacia delante, asegurándome de que mi boca quede contra su oído.

–Tal vez tu presencia sea el castigo por una vida tan egoísta –escupo entre dientes–. Debo ser muy hijo de puta para querer que sufras tanto como sufro yo.

–Lo lograste –su frialdad combina con el paisaje invernal. Debería sentirme aliviado y agradecer que la hermosa chica pegada a mi torso finalmente haya despertado y se haya dado cuenta de qué clase de cretino irredimible soy.

Pero algo me revuelve las entrañas.

Un cosquilleo se expande bajo mi piel y no desaparece. Zumba y vibra con más intensidad a medida que nos acercamos al granero. Los tablones de cedro y las letras de hierro están casi cubiertas por la nieve, apenas se divisa contra el cielo azotado por viento y la nieve salvaje.

Llegamos a la entrada y salto del lomo de Winnie antes de que se detenga del todo. Estamos cubiertos de nieve, y siento crujir la escarcha bajo mis botas mientras camino hacia las puertas abiertas. Los caballos tienen que comer y calentarse, y la chica me fulmina con la mirada desde lo alto de su montura, temblando. Pero no por el frío, sino por la rabia y el rechazo.

La línea dura de su boca carnosa me golpea directamente en las costillas.

Tomo las riendas de ambos caballos y los llevo hacia adentro. Los ojos de Layla me atraviesan el cráneo.

–Tienes razón. Eres demasiado viejo para mí. La amargura te ha consumido y marchitó lo que sea que haya latido en tu pecho alguna vez –espeta con desprecio–. Vas a pudrirte aquí, deseando despertar un día y liberarte de la culpa que cargas.

Eso es, nena. Tienes que verme por lo que soy en verdad.

Es innegable que merezco toda su hostilidad.

La agarro con rudeza de la cintura para pararla frente a mí, y ella me empuja el pecho.

–No me toques.

Solo se oye nuestra respiración agitada y el chasquido suave de los cascos y resoplidos que hacen los caballos mientras se acomodan en sus establos.

–Ve a casa, Layla –se me cierra la garganta, y aprieto la mandíbula para no hacer algo que no tiene vuelta atrás. A regañadientes, suelto sus caderas y me quito los guantes, uno por uno, estudiando cada faceta de su rostro como si fuera la última vez que fuera a verla.

Parece que sus ojos verdes brillan, tiene mechones de cabello pegados a sus mejillas húmedas por la nieve derretida. Sus labios carnosos están teñidos de un rojo profundo por el frío, y mi mente enlaza ese color con la imagen de sus pezones duros.

–Yo me encargo de los caballos. Ve. –Me obligo a apartarme de ella y a concentrarme en la montura de Winnie para no volver a mirarla.

Lo único que me impide perder el control es ocuparme de los caballos.

La deseo.

La deseo tanto que duele.

Pero no soy quién para abrazarla, ni para susurrarle, ni para embriagarme con sus sonrisas.

Permitirme probarla es lo peor que podría haber hecho. Me atormentará para siempre. Tal vez ese sea el pacto que hice con el diablo por vivir en esta montaña.

Solo.

Probé la fruta prohibida y ahora estoy condenado a vivir con el recuerdo de sus gemidos en mi boca, de cómo se derretía mientras rozaba la tela empapada de sus bragas.

Maldita sea.

Acaricio el cuello del caballo por unos segundos para intentar recomponerme y reunir fuerzas para hacer lo correcto. Para ser un buen padre. Para que mi egoísmo no le arruine la vida a esta chica. Respiro hondo y voy a otro establo a repetir el proceso.

Pero no doy más de cinco pasos cuando noto que Layla sigue allí. De pie en medio del granero, con una brida en la mano y los ojos fijos en mí. A sus espaldas puedo ver que, mientras yo estaba perdido en mis pensamientos, se ha ocupado de su caballo.

–Creí haberte dado una orden –mascullo cada palabra como si me ofendiera.

Ella ladea apenas la cabeza.

–Es mi trabajo. –Lo dice con el mismo tono helado de antes.

Me atraviesa como una cuchillada, pero ruego en silencio que siga así. Que olvide cualquier cosa que le haya llamado la atención de mí y siga con su vida.

–La orden era ir dentro. –A calentarte, secarte, alejarte de mí y de mi obsesión perversa.

–No. No puedes ignorarme una semana entera y luego gritarme. –Me fulmina con la mirada, sus ojos verdes resplandecen–. Siempre me alejas. Lo hiciste el día que llegué. En cuanto supiste quién era, te volviste de hielo. Y ahora es lo mismo, y sé que lo harás de nuevo.

–Así soy. Lo siento, princesa, pero no voy a cambiar. –El gruñido sale de mí antes de poder detenerlo.

–Eso es mentira y lo sabes bien. Elegiste ser así, y puedes escoger otra cosa.

El corazón me late desbocado.

–No sé qué quieres de mí, Layla. –¿Cómo voy a sobrevivir a esto? ¿Cómo voy a negar algo que no debería pasar? ¿Cómo coño voy a sobrevivir a ella?

Camino decidido, con la intención de arrancarle la brida de las manos, pero Layla intenta adelantarse y se dirige al sector de arreos. Le sujeto el codo con fuerza.

–Déjalo. –Las palabras se me escapan como un siseo–. Vete.

Layla gira y nuestros cuerpos se chocan. Aún sostengo su brazo y, aunque me lanza una mirada fiera, esta vez no intenta liberarse.

–Te he dicho… –Me golpea el hombro sin determinación. Es un gesto demasiado suave, más una caricia que otra cosa–. Que. No. Me. Toques.

Estamos atrapados juntos en la tormenta, y, en lugar de apartarme, se aferra a la tela de mi abrigo.

Sus grandes ojos se detienen en mi boca, la lengua humedece su labio inferior.

Traga con fuerza, y su mano asciende hasta el cuello de mi abrigo.

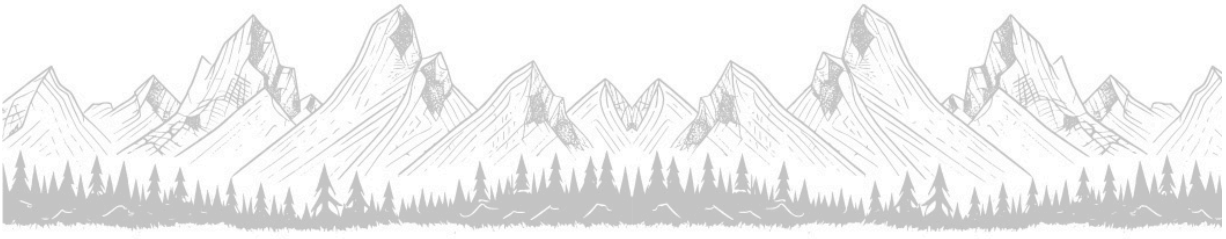
–Por favor –su ruego ronco apenas es un susurro.

Le quito la brida de la mano y el cuero cae al suelo con un golpe sordo. Oficialmente he perdido la cabeza, porque mis dedos se deslizan hasta su nuca. Le tiro la cabeza hacia atrás, apenas, arrancándole un jadeo.

–Por favor, Colt.

Escuchar mi nombre en su voz suave y quebrada… joder. Iré directo al infierno. En ese instante, se rompe lo que me quedaba de voluntad.

Sin quitar la mano de sus rizos, aplasto mi boca contra la suya.



CAPÍTULO 19

Colt



Devoro cada gemido que Layla suelta contra mi boca.

La locura corre libre por mis venas mientras me sumerjo en la hermosura que tengo entre mis brazos con la determinación egoísta de coger todo lo que pueda sin ningún freno. No hay límites cuando mi lengua recorre su comisura, penetrante. Ella se relaja, se abre para mí y enreda su lengua con la mía porque es una buena chica.

Los sonidos dulces que emite son un néctar del que podría alimentarme durante toda la eternidad.

Tiro con firmeza; seguro que le debe estar ardiendo el cuero cabelludo, pero ya no puedo controlarme. Le robo el aliento y devoro sus labios, y el modo en que gime y se aplasta contra mí quedará grabado en mi cabeza para toda la vida.

Enrosca sus brazos firmes alrededor de mi cuello, enterrando las uñas en mi nuca… y me devuelve el beso sin ninguna restricción.

Mierda. Sí.

Atrapo su labio inferior entre mis dientes y tiro de él, arrancándole un gemido que es demasiado para mi polla. He pasado toda la

semana duro por esta chica, así que no me sorprende mojar mis pantalones con solo probarla.

Apenas me aparto, Layla me mira con los ojos vidriosos. Está ruborizada, agitada, y tiene los labios de ese profundo tono rosado que me vuelve loco.

–¿No quieres que te toque?

–No. –Se muerde el labio inferior con tanta fuerza que podría dejar marca. Tiene los ojos entrecerrados y el verde se va oscureciendo a medida que la lujuria toma el mando.

–¿Cuánto no quieres que te toque, nena?

Layla arquea sus caderas contra mí.

–Muchísimo.

–¿No quieres que te pruebe?

Su pequeño gemido está lleno de deseo.

–No. –Una súplica apenas audible que significa lo contrario a lo que dice.

La acorralo hasta que sus hombros golpean contra la pared de madera del establo. El espacio no tiene calefacción, pero tengo la piel en llamas y son demasiadas las capas de ropa que me separan de eso que quiero.

Deslizo las manos bajo su abrigo, buscando la cintura de los pantalones mientras mis labios bajan para besarle la mandíbula.

–No quisiera ir en contra de tu voluntad. Si me dices que no quieres que te meta la lengua ni que te lama hasta hacerte gritar, entonces no lo haré.

–No lo harás. –Su respiración temblorosa me recorre la piel mientras sus uñas suben por mi nuca y arrojan mi sombrero al suelo. Layla gime y se aferra con más fuerza a mi cabello, guiándome para que raspe con la boca y la barba toda la extensión de su cuello.

Dios, estoy obsesionado con que sus dedos me recorran. Jamás volveré a usar ese maldito sombrero si así consigo que me coja del pelo y me guíe por su garganta.

Cuando mis dedos encuentran la cremallera de sus pantalones, las caderas persiguen cada movimiento. Se inclina para dejarme entrar mejor, y yo succiono la parte sensible bajo su oreja. Con cada roce

de mi boca sobre su pulso, siento la sangre acelerarse bajo esa piel suave. Late con la misma furia que mi corazón, que parece empeñado en romper mis costillas y escapar.

–Nena, quiero probarte. –Beso–. Follarte. –Lamida–. Comerte. –Mordisco.

–Colt. Oh, por Dios. –Se estremece con cada palabra. Y entonces se le escapa un sonido delicioso y desesperado cuando empiezo a bajarle los pantalones por las caderas.

–Solo para liberar un poco de tensión. –Rozo sus labios con los míos, succionando el inferior hasta que se retuerce de deseo–. No me iré de aquí sin probar tu dulce coño.

Apoyo la frente en la suya, sosteniéndome con un brazo sobre la pared, y por fin –maldita sea, por fin– me atrevo a mirar hacia abajo. Contengo la respiración mientras ambos seguimos el recorrido de mi mano. Es tan suave, tan rosada, tan húmeda. Por Dios. Acaricio sus labios con el pulgar, lo hundo en la humedad entre sus muslos. Es como si cada fantasía que he tenido con esta chica cobrara vida.

Layla presiona sus labios contra la aspereza de mi garganta, su lengua lame mi piel con un gemido.

–Sí. Joder. Colt.

Me embriaga la forma en que repite mi nombre.

–Mierda, estás empapada. –Me duele la polla cuando el pulgar se desliza más adentro y roza su clítoris hinchado. Se sacude cuando lo acaricio. –¿Por qué estás tan mojada? –Me sale como un gruñido.

Este es mi infierno personal. Ya era suficiente tortura saber que quería besarme. Pero verla frotarse en mi regazo fue brutal. Ahora que sé lo mojado que está su coño debajo de mí, creo que voy a morir.

Me muerde la piel y jadea contra mi cuello con una energía salvaje. Está tan tensionada; necesito verla desmoronarse sobre mi lengua ya mismo para poder meterme dentro y tomarme mi tiempo; esto no será más que una válvula de escape para la tensión que venimos acumulando hace semanas.

Meses, para ser honesto.

A la mierda con todo; la honestidad es algo bueno, y, si me pongo a pensarlo demasiado, recordaré que esto es una pésima idea.

Así que hago lo que no debería y me arrodillo frente a ella. La sujeto por las caderas, disfrutando del contraste entre mi piel curtida y su suavidad perfecta.

–Última oportunidad, nena. –La miro desde abajo, mi boca roza su sexo, me contengo de devorarla hasta escuchar las palabras que terminarán de condenarme.

Me envuelve el aroma de su excitación. Está mojada, tan caliente como yo. Siento que esto es un secreto compartido, una fantasía en la que nos sumergimos para suspender el tiempo.

–Me gustas mucho. Pero nunca… nunca he podido llegar así.

Dios. No sé si odiar a todos los que no la trataron como se merece o amarlos porque seré yo quien la destroce para quienes vengan después.

Admito que lo segundo, aunque eso me haga una persona de mierda.

–Vas a deshacerte en mi lengua. Y luego iremos dentro, así puedo tomarme mi tiempo para adorar ese coño. –Le arranco un gemido cuando recorro con la boca la parte interna de su muslo y la barba le raspa la piel.

–No es necesario.

Le doy un mordisco a su carne inflamada, ella suspira y luego lo alivio con mi lengua.

–Aquí es exactamente donde quiero estar. Llevo meses soñando con besar tu coño. –Gruño contra su piel. No es mentira. Sueño con ella desde el primer día. Fue imposible borrarla de mi mente, aunque lo intenté por todos los medios. Lo que confirma que soy una persona de mierda, porque, cuando supe quién era, me resultó más sucio, más depravado. No podía pensar en nada más que en hacerla mía y llenarla con lo mejor de mí.

Sus gemidos llenan el aire.

–Mierda, Layla. Pídeme que me detenga. –Soplo suavemente contra su sexo–. Por favor, nena, dime que pare.

Sacude la cabeza. Tiene los labios hinchados, las mejillas sonrojadas y los ojos encendidos.

–No puedo. Quiero más –suplica, y mi polla se estremece–. Por favor.

Le vuelvo a acariciar la cara interna del muslo con los dientes y la barba.

–¿Quieres más qué?

–Más todo. Más de ti. Más de tu boca. Oh, por Dios. –Layla hunde los dedos en mi cabello, y ese roce de sus yemas nos arrastra hacia el límite que no deberíamos cruzar.

Abro sus labios con mis pulgares y cierro la boca sobre su clítoris. No tengo mucho espacio para moverme con los pantalones apenas bajos sobre sus muslos, pero esta noche voy a explorar cada centímetro de su cuerpo. Este solo es el inicio de todas las cosas que pienso hacerle, de todas las formas en que pienso darle placer.

Layla se arquea contra mi boca cuando succiono. Gime, suplica, tira de mi cabello como un puto ángel. Un ángel muy sucio. Un ángel que no teme ensuciar su santidad aquí abajo conmigo, en la oscuridad.

Sabe tan dulce; su excitación me empapa la boca y me cubre el rostro. Lamo sus labios, y los abro para apretar justo en el lugar que le arranca los sonidos más lascivos. Mi polla suplica por salir de los pantalones; casi estoy follando el aire mientras dibujo círculos sobre su clítoris hinchado.

–Mierda. Oh. Dios. –Su cuerpo tiembla sobre mí, y yo sigo, una y otra vez.

–Mírame, ángel –murmuro contra su clítoris y le muerdo sus labios porque no me obedece. Quiero su atención porque me he vuelto adicto a verla correrse.

Cuando al fin abre los ojos, están cargados de lujuria y bate los párpados por el peso de un orgasmo que se acerca a toda velocidad. Chupo su clítoris, lo acaricio con la lengua, clavo los dedos con más fuerza en sus caderas, ayudándola a sostenerse mientras el clímax la invada.

–Colt. Oh, joder. Oh, sí.

Voy a matarla de placer.

–Me corro. Me corro –repite; clava los ojos en los míos con la boca abierta y el cuerpo convulsionando y es la cosa más erotizante que

haya visto jamás. Sigue aferrada a mi cabello y en ese instante sé que estoy más jodido de lo que pensaba.

Porque voy a querer esto todos los días.

Voy a quererla aquí, rodeados por el aroma a cedro y cuero; soy incapaz de resistirme a verla correrse contra esta pared de madera como si fuera una diosa.

Con una última lamida larga, me aparto y le subo los pantalones. Los dejo flojos sobre sus caderas y estampo un beso húmedo sobre la tela empapada que cubre su calor. Por Dios, la forma en que acaba de deshacerse en mi lengua me ha dejado la polla dura como una piedra; tengo que colocarme bien para ponerme de pie. Me laten los huevos, arden de ganas de correrse.

Pero no podemos seguir aquí fuera si no queremos congelarnos, por mucho que nos guste perdernos en el vértigo de este momento robado. Le arreglo un mechón rebelde poniéndolo detrás de la oreja y le inclino el mentón con un nudillo. Estoy loco por ella, y necesito toda mi fuerza de voluntad para no arrancarle la ropa aquí mismo y acostarla sobre la paja.

Apoyo un antebrazo contra la madera sobre su cabeza y me inclino para besarla hasta que tiene que sujetarse a mi abrigo para no desmoronarse. Entonces la cojo por los muslos y la levanto para que me envuelva con sus piernas.

Se cuelga de mi cuello y me devora la boca, esta vez con más intensidad. Gimiendo mientras se derrite y enreda su lengua, probando su propio dulzor en mis labios.

–Me has jodido. –Le mordisqueo las comisuras y la mandíbula–. Ahora que conozco el sabor de tu excitación, no voy a poder parar. –Amaso su trasero mientras la aprieto contra mí y comienzo a avanzar hacia la casa.

–En eso coincidimos. –Recorre con besos húmedos y calientes un lado de mi cuello, y la sensación es adictiva–. Porque quiero que seas tú quien me arruine, Colton Wilder.

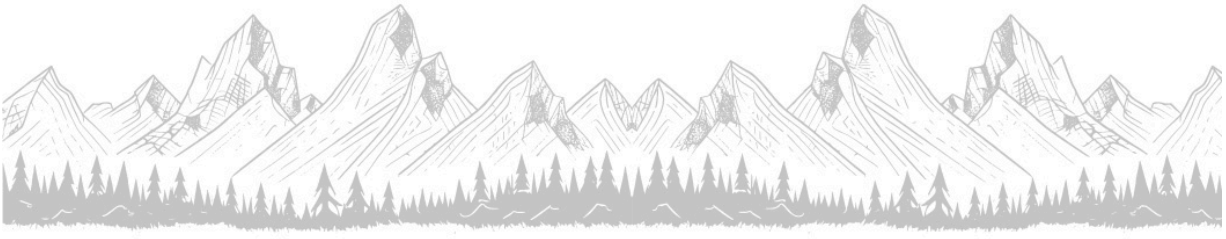
Gimo cuando chupa sobre mi pulso. Escucharla decir eso es el cielo… y el infierno, dadas las circunstancias.

–No soy bueno para ti. –Resoplo contra su oído. Mi sangre zumba, se agita como un animal salvaje listo para escapar de su jaula.

Layla roza más besos sobre mi mandíbula, y mi polla palpita anticipando a dónde vamos. El momento prohibido avanza como un huracán dispuesto a tragarnos a los dos.

La chica perfecta que cargo en mis brazos se detiene un segundo para hablar contra mi boca, tirando de mi cabello con tanta fuerza que gruño.

–No necesito alguien bueno. –Chupa mi labio inferior cuando llegamos a la puerta, la nieve se arremolina a nuestro alrededor y el viento aullando en nuestros oídos–. Te necesito a ti.



Capítulo 20

Layla



Apenas cruzamos la puerta, Colt me encierra contra la pared.

Su boca es una brasa ardiente contra la mía, y persigo su lengua con sonidos desesperados que no sabía que podía hacer. Nos arrancamos la ropa, tirando de cremalleras y botones, chocando entre nosotros en el esfuerzo por deshacernos de todas las capas de ropa.

Siento que me estoy quemando por dentro.

Los abrigos caen al suelo uno tras otro, me arranca el jersey por encima de mi cabeza, dejándome en sujetador y con los vaqueros que no me abroché desde que en el establo Colt me hizo sentir algo nuevo.

Nunca había tenido un orgasmo así.

La imagen de Colton Wilder arrodillado, con esos ojos ardiendo mientras dibujaba círculos perfectos con la lengua sobre mi clítoris quedará grabada para siempre en mi memoria.

Ningún hombre me había mirado con esa intensidad.

Mis dedos tironean del dobladillo de su camisa, impacientes. No quiero perder tiempo con botones. Quiero esa camiseta fuera y ver a este hombre desnudo ahora mismo.

Colt siente mi urgencia y desabotona los de arriba con manos expertas, antes de quitársela por la cabeza en un solo movimiento. Su cabello queda revuelto, descontrolado, malditamente sexi

–Por Dios. Eres muy hermosa. –Me roza con los nudillos el contorno de los pechos y baja por mi vientre. Cada caricia deja tras de sí piel erizada y temblores.

Mis palmas flotan sobre su torso desnudo, vacilante. Ya lo había visto semidesnudo otras veces, vagando por la casa en las mañanas grises. Pero poder tocarlo me hace sentir que estoy cruzando un límite.

¿Por qué tengo la boca tan seca? Trago saliva apresurada. Mis ojos se pierden en todas partes: sus hombros, su pecho, las líneas marcadas de su abdomen. Es tan atractivo que me cuesta respirar.

–¿Te puedo tocar? –Mi voz es un susurro ronco. Dios, quiero montarlo, pero creo que nunca estuve tan nerviosa.

La persona robusta y poderosa frente a mí es todo un hombre. Claramente, he estado perdido el tiempo con muchachitos.

Colt apoya las palmas a cada lado de mi cabeza, encerrándome en su fuerza y su aroma cálido.

–Puedes hacer lo que quieras, preciosa.

Sus palabras son como la seda. Somos dos imanes incapaces de estar separados. Mis dedos trazan cada línea y cada curva de su piel ardiente; la fiebre corre por mis venas.

Gimo porque está aquí, porque no huye de esto… de nosotros. El cuerpo de Colt es digno de adoración.

–Mierda… –Se le quiebra la voz cuando mis dedos se acercan a la «V» que baja por su cintura. Ambos miramos el camino que estoy siguiendo hacia el bulto duro en su bragueta.

Me muerdo el labio inferior. Estamos llegando al punto de no retorno. Este es el momento en que mi brújula moral debería gritarme que pare.

–¿Qué estamos haciendo? No deberíamos… Tenemos que parar.

Colt exhala áspero, su abdomen cede un poco bajo el roce de mis uñas, que bajan por el rastro de vello oscuro.

–Soy demasiado egoísta. ¿Crees que no sé que no debería acercarme? –Su mano baja por mi brazo con esa sensación áspera a la que me volví adicta–. Pero las ganas de hacerte mía van a volverme loco, ángel. Así que dime qué quieres. Me conformo con cualquier migaja que quieras arrojarme.

Mi corazón retumba en los oídos cuando lo veo buscar la cintura de mis vaqueros.

–La tormenta… los caminos… –balbuceo.

Colt engancha los dedos en los pantalones ya desabrochados y los baja, revelando el encaje de mi ropa interior.

–Tardarán al menos dos semanas en volver a abrirlos.

Siento un mareo de placer, ganas y el peso de las malas decisiones. Eso significa muchos días más atrapada aquí con Colt, sin que nada ni nadie pueda entrar ni salir.

–¿Entonces tenemos dos semanas? –me muerdo el labio. Busco sus ojos y mi corazón aumenta el ritmo de los latidos.

Tiene las pupilas completamente dilatadas y las chispas de lujuria a nuestro alrededor se sincronizan con las del fuego. No hace falta poner en palabras lo que ambos sabemos. Los dos entendemos lo que significa.

En cuando Kayce regrese, lo que sea que esté sucediendo entre nosotros –esta relación prohibida– tendrá que acabar. Tiene que acabar, porque yo no puedo quedarme aquí, y él no quiere destrozar aún más la relación con su hijo.

–Dos semanas. –Colt aprieta la mandíbula.

–Dos semanas.

Asiento lentamente y repito sus palabras.

Sus ojos color avellana bajan por mi cuerpo, dejando un rastro ardiente a su paso, recorriendo con voracidad la suavidad de mis pechos hinchados y la curva de mi estómago.

Se me entrecorta la respiración.

Inclina su cuerpo, sus labios quedan sobre los míos mientras me coge con firmeza la garganta.

–Te espero en mi cama todas las noches. –Sus dedos aprietan suavemente mi garganta, y bato las pestañas–. Si no tendremos más que eso, quiero que seas mía por completo.

Un gemido anhelante y tembloroso me sube por la garganta.

Me derrumbo ante lo posesivo de su agarre y su voracidad.

–Más vale que sea un sí, Layla. –Otro apretón enfatiza sus palabras.

Me humedezco los labios y asiento.

–Sí.

Esa palabrita parece ser la gota que colma el vaso para Colt. Me tira contra su cuerpo de una forma que nunca podré superar, levantándome con una facilidad devastadora y arrastrándonos hacia el salón.

Tengo la mente nublada por el deseo que solo me permite pensar en el calor de su piel contra la mía, en cómo su aroma me envuelve, en sus músculos tan firmes bajo mis dedos temblorosos.

Él es tan estable, tan seguro de sí; y yo me siento blanda, derretida, reducida a un charco.

Colt es tan capaz. ¿Cómo me sentiría si me cuidara un hombre como él? Es un pensamiento peligroso, y enseguida lo hago a un lado. Porque esto es solo sexo. No te confundas, Layla.

Me tumba sobre el extremo del sofá, y por instinto busco incorporarme; pero Colt toma el control, presiona su palma firme contra mis omóplatos y me inclina hacia delante contra el respaldo, exponiendo mi trasero al aire.

Santo cielo.

Este hombre me quiere matar.

Mis mejillas, ya encendidas, arden en llamas cuando lo siento detrás de mí, deslizándome los pantalones por las piernas con tanto cuidado que parece que esté desenvolviendo un regalo. Cuando caen al suelo, se arrodilla de nuevo, inspeccionando cada curva y cada marca bien de cerca.

–Maldita seas, este trasero me vuelve loco desde que pusiste un pie en esta montaña.

Su voz es grava y terciopelo, y me hace encoger los dedos de los pies.

–Colt… –Ahogo mi voz contra los cojines y trato de alejarme de su escrutinio. No deberíamos hacer esto, pero escucharlo halagar mi cuerpo altera toda la química de mi cerebro.

–A menos que el resto de esa frase sea: «Por favor, cómeme el coño hasta que olvide mi propio nombre», no quiero oír ni una palabra más. –Sus dedos acarician la piel sensible bajo mis nalgas, enganchándose en mi ropa interior.

Cuando me arranca las bragas empapadas, deja escapar un gruñido.

Lanzo un sonido de protesta.

–No… No hace falta. Ya lo hiciste una vez.

–¿Qué es lo que no hace falta? –Colt está tan cerca que siento sus palabras ásperas contra mi sexo expuesto. Suelta un chasquido desaprobador y luego muerde una nalga con tanta fuerza que chillo–. ¿Algún idiota pito corto te hizo creer que le debías algo solo porque te comió el coño y que tenías que compensarlo aunque ni siquiera te hiciera correrte?

Oh, Dios. Cada centímetro de mi piel está en llamas. No puedo con esto. Colt me está mirando en el lugar más íntimo, dejando en evidencia lo estúpidos que eran los hombres con los que me acosté antes. Incluido su propio hijo.

–Te aviso desde ahora que pienso pasar todo el tiempo que pueda lamiendo este dulce coño. Con gusto me pasaré la noche entera con la cabeza entre tus muslos sin que me toques ni una sola vez.

Gimoteo y me retuerzo cuando me vuelve a morder. Una chispa se enciende dentro de mí al pensar en que vaya a dejarme magullones. Una sensación recorre mis venas… Dios quiera que cuando acaben estas dos semanas mi cuerpo esté cubierto de sus huellas.

–No tienes por qué hacer nada –gruñe–. Esto es lo que quería, Layla. Podría vivir comiendo solo esto. Eres tan hermosa que debería ser ilegal. Nunca en mi vida he probado nada más dulce. Así que déjame ocuparme de ti hasta que tiemble todo tu cuerpo y me empapes la cara como una buena chica.

Ya no hay palabras ni dudas. La boca de Colt sobre mí hace que no pueda hacer más que temblar, jadear y gemir mientras me

devora. Su lengua me penetra, alternando con dos dedos, y quedo rendida a su merced.

Estoy temblando, al borde de correrme otra vez; ni siquiera sabía que podía hacerlo tan seguido. No me queda más opción que clavar las uñas en los cojines y soltar una serie de sonidos indecentes. Cada lamida y succión de su lengua, el roce de su barba contra mi piel sensible me arrancan cada vez más gemidos. Los pezones erectos se frotan contra el sujetador, presionados en el sofá.

Me tiemblan las piernas cuando su lengua me invade de nuevo, vibrando contra mi coño, disfrutando de cómo me pierdo encima de él.

Joder, este hombre ya me ha jodido, y ni siquiera he visto su polla.

Esta vez, se aleja justo cuando estoy al borde del abismo. Me deja jadeando, con el pulso latiendo entre los muslos.

Me agarra por la cintura con sus brazos fuertes y me levanta hasta quedar de espaldas contra su ancho pecho. Colt busca mi boca, me inclina la cabeza y devora cada uno de mis gemidos. Me obliga a saborear lo empapado que está de mí.

–Quiero que estés completamente desnuda cuando regrese, ángel.

Gruñe, muerde mi mandíbula, y luego su calor y sus brazos –lo único que me mantenía en pie– desaparecen. Me deja hecha un desastre, apenas de pie en medio del salón.

Doy vueltas sin saber qué hacer, tratando de no colapsar. Termino cerca de la chimenea. No se me ocurre nada mejor que echar unos troncos frescos al fuego. Dios, soy tan mala para esto.

Cuando Colt vuelve a entrar, tiene las manos en la bragueta, intentando desabrocharla. Sus ojos color avellana recorren mi cuerpo lentamente, mientras la lengua se asoma por la comisura de su boca. Alza una comisura y parece un dios del sexo, un vaquero forajido, demasiado para mí.

–Yo… eeh… –Parece que también me ha follado el cerebro porque solo puedo quedarme mirando su entrepierna.

Tiene todo el control.

Me siento demasiado ingenua.

Por fuera del contorno de sus músculos en el antebrazo cuando se abre la cremallera, solo veo el sobrecito plateado que trae en la mano. Eso debe haber ido a buscar.

Por supuesto, la parte más puta de mí protesta en silencio. Me gustaría sentirlo sin nada. Tomo anticonceptivos. Estoy limpia. Me arrodillaría a suplicar que me folle y se corra dentro de mí más que feliz. Pero sé que, después de haber pasado ya por un embarazo no deseado, jamás se arriesgaría.

Colt avanza hacia mí como un depredador.

–Nunca voy a negarme a follar con la ropa puesta, ángel, pero ahora quisiera ver cada centímetro de la perfección de tu cuerpo.

Oh, cierto. Le prometí que iba a desnudarme.

–Bueno –exhalo, temblando de excitación y nervios, retrocediendo un paso cuando se acerca.

Desabrocho mi sujetador y lo dejo caer al suelo. Otro paso y mi espalda queda contra la pared. Desnudarme así mientras él me devora con la mirada hace que todo parezca aún más sensual. Colt demora cada cosa, y eso solo aumenta mis ganas.

Aspira ronco y mis pezones se endurecen más bajo el peso de su mirada.

–Y esas bragas empapadas también.

Siento cada latido en la garganta. Me muerdo el labio y bajo la tela de encaje hasta el suelo. Él se palpa encima de los bóxers, tiene los pantalones colgando bajos, mostrando el sendero de vello oscuro y la marcada «V» de su abdomen.

Me devora a cada segundo. Nunca antes me había pasado algo parecido. Siempre he tenido sexo a oscuras, entre las sábanas, torpe. Ningún hombre se tomó el tiempo de mirar mi cuerpo así.

No sé si quiero que me trague la tierra o tumbarme y dejar que me contemple todo el día.

–Dios. –Un gruñido brota de lo profundo de su pecho–. ¿Cómo voy a poder hacer otra cosa durante estas dos semanas? –Colt está frente a mí, toma mi barbilla entre sus dedos, y la mirada ardiente me conmueve tanto como la proximidad de su cuerpo.

Acaricia mi labio inferior con el pulgar y presiona. Dios, me deshago bajo la posesividad que transmite ese gesto tan mínimo. A

este hombre le basta con coger mi mentón así para hacerme caer de rodillas suplicando por su polla.

Debe leer mi mente, porque se le arrugan un poco más los ojos y se le enciende la mirada. Me hace temblar su intensidad, su negativa a darme lo que tanto ansío.

–¿Tienes frío, nena? –Tiene la voz ronca.

Sacudo la cabeza.

–Dios, no.

Veo unos destellos ámbar en sus iris. Le estoy diciendo la verdad. Es tanto el calor que emana de su pecho que siento que estamos a cien grados. Mi coño grita por él, y mi sangre corre al ritmo de la tormenta.

Un gruñido grave invade el espacio.

–Iré despacio contigo, preciosa… si te hago daño, prométeme que me lo dirás. –Baja las manos hacia el lugar del que no puedo despegar la vista, justo donde su erección empuja contra los bóxers.

Cuando baja la tela y libera su polla, gimo.

Por Dios. Joder.

Sabía que Colt la tenía grande, pero esto… Es gruesa, larga, con venas que recorren la suave longitud. Salivo al verla, mientras mi coño se contrae de pensar que este hombre va a partirme en dos.

–Mierda santa. –La frase se me escapa.

Rasga el sobre con habilidad y coloca el condón en su enorme miembro. Me retuerzo, me desespero, me vuelvo loca de ganas.

Ya no quiero ir despacio. Quiero que me folle hasta hacer temblar la montaña.

–Agárrate fuerte, ángel. –Colt me levanta por los muslos y enrosco las piernas en su cintura con mi espalda contra la pared. Estoy segura de que, si no hiciera tanto frío fuera, así hubiéramos terminado en el establo.

Roza mi entrada, con los vaqueros colgando, y coge su grueso glande con una mano para guiarse. No puedo apartar los ojos del punto en que nuestros cuerpos están a punto de unirse de la forma más carnal.

Presiona, metiendo apenas la punta, y jadeo mientras mi coño se estira. Estoy tan empapada y encendida después de haber sentido

su lengua, que lo recibe fácil. Se queda ahí, con solo la punta dentro.

–Miiierda. –Clavo las uñas en su nuca. Siento mi interior palpitar y adaptarse, para darle la bienvenida por primera vez. Verlo, duro, entrando en mí poco a poco, me hace poner los ojos en blanco. Es tan grande que duele un poco, en el buen sentido. Nunca había sentido algo así–. Dios. Colt. No sé si va a entrar.

Él suelta el gemido más sexi de la historia que reverbera en mi pecho.

–Va a entrar, nena. –Se inclina, chupando mi lóbulo mientras avanza un poco más–. Lo haremos entrar.

El placer que me provocan sus labios y mi cuerpo acostumbrándose casi me rompen.

–Respira. Así… –Su voz grave y la barba raspando mi garganta me embriagan–. Relájate, aún no voy ni por la mitad.

–Oh, Dios. –gimo y me derrito en él mientras sigue lamiendo y chupando el punto sensible bajo mi oreja, sujetándome fuerte, derramando sus palabras de terciopelo sobre mi piel ardiente, y mi cuerpo cede más y más.

Apenas soy consciente de que gimo y tiro de su cabello; mis caderas se mueven solas. Siento las oleadas de placer recorriendo mi interior con cada embestida. Él bombea dentro y fuera, cada vez se hunde más.

–Eso es, nena. Mira lo bien que lo estás haciendo. –Su alabanza me cubre de pies a cabeza mientras me arqueo hacia él. Levito, siento electricidad en el aire y mi casi orgasmo regresa.

Colt gime cuando por fin sus caderas chocan con las mías.

–Por Dios. Joder.

–Oh, Dios. –Me siento tan llena… No solo va a joderme, va a grabarse en mi cuerpo para siempre.

–¿Estás bien? –Sus labios rozan mi cuello. Siento la tensión en cada músculo de sus hombros para quedarse quieto y permitirme adaptarme.

–Por favor. Eres increíble. Está tan bien… –Fóllame sin piedad, por favor, porque hay una idea que no puedo sacar de mi mente empañada de lujuria: dos semanas no van a ser suficientes.

–No tienes idea.

Su voz me arranca de mis pensamientos. Retrocede casi por completo, y siento algo increíble cuando me golpea de lleno. Ambos gemimos, y el placer se dispara hasta los dedos de mis pies. Entonces me folla de verdad. El tiempo se detiene, no queda más que el choque de nuestros cuerpos, el sonido sucio de mi humedad, y los ruidos desesperados que hago mientras me aferro a él.

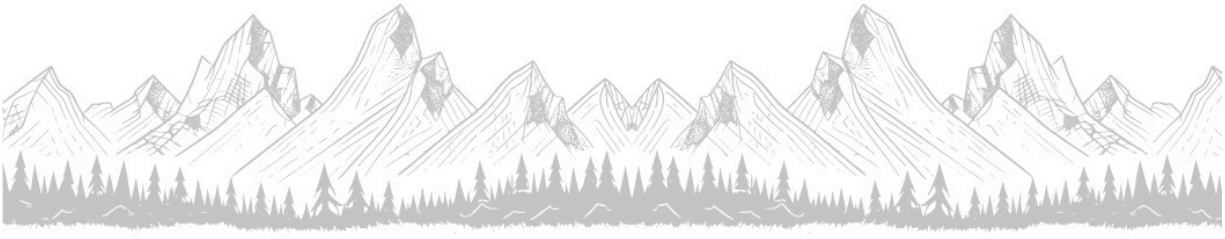
No puedo resistir tanto placer, el orgasmo me arrasa.

–Eso es, preciosa. Déjate ir. –Su pulgar encuentra mi clítoris, frotando círculos firmes. Gimiendo y apretando a su alrededor, me arrastra bajo la ola casi al instante. Captura mi boca, bebiendo cada gemido.

Me folla a través de mi orgasmo, tal vez voy camino a otro, ya ni lo sé. El roce de su polla contra mis paredes es una droga. Colt embiste hasta tensarse, su ritmo se rompe y el agarre se vuelve brutal.

–Mierda. Mierda. Ángel. –Gruñe con un sonido oscuro y delicioso, y siento su polla hincharse, enterrándose hondo, mientras el clímax lo sacude y llena el condón.

Estoy oficialmente loca por este hombre. Me quedo así, aferrada a su cuello, con nuestros corazones sincronizados, enterrada con gusto bajo los mantos de nieve que nos atrapan aquí.



Capítulo 21

Layla



–Quédate ahí, nena… que ese coño siga bien calentito.

Colt me lanza la mirada más sexi del mundo, y, aunque fuera todo es hielo y nieve, me derrito como un helado en pleno verano. Estoy junto al fuego, reclinada sobre mis codos, y la suave colcha que me envuelve también sirve de colchón.

Él se arrodilla frente a mí, lanza un par de troncos más al fuego y luego apoya un brazo a cada lado de mis caderas, rozando su boca con la mía.

Lucho por no gemir cada vez que su barba toca mi piel. Esa caricia áspera es tan sensual que mis muslos se aprietan solos por el recuerdo de lo bien que sienta esa boca en otros lugares.

–¿No has terminado? –bromeo.

–Ni por asomo. –Me muerde el labio inferior hinchado, y cuando se aparta veo que ya se le está levantando, marcando un bulto prominente en la tela de sus calzoncillos.

Santo cielo.

Ni siquiera hemos salido de la sala. Después de follarme contra la pared, me tumbó frente al fuego, con las piernas sobre sus hombros, y me hizo correrme de nuevo con la lengua.

Si antes pensaba que estaba perdida por fantasear con él, ahora que sé lo que puede hacer con mi cuerpo, no tengo remedio.

Acordamos dos semanas para entregarnos a esto, pero hay una chispa ardiendo en lo más profundo de mi pecho que ya sabe que jamás encontraré a otro hombre que compita con el vaquero que ahora cruza la habitación medio desnudo.

Dios, tiene un cuerpo increíble.

Me quedo boquiabierta mirándolo, devorando sin pudor los dibujos que se le forman en la espalda cuando sus músculos se contraen. Se me escapa una risa suave cuando me doy cuenta de que todavía lleva puestos los pantalones. Me resulta muy excitante pensar que estaba demasiado ocupado dándome orgasmo tras orgasmo como para desnudarse por completo.

Cuando Colt desaparece hacia la cocina, mi estómago protesta con un gruñido. ¿Qué hora será? Es difícil decirlo mirando hacia fuera: está completamente oscuro y la tormenta ruge alrededor del rancho como si estuviéramos dentro de una bola de nieve que no deja de agitarse.

Por alguna razón que no estoy lista para analizar demasiado, no quiero separarme de él todavía. Así que envuelvo mi cuerpo desnudo con la manta y camino de puntillas por la sala. Hay un rastro de ropa que marca el camino que seguimos cuando entramos. Cada prenda abandonada despierta recuerdos que me hacen sonrojar con un calor vívido y descarado.

La camisa de franela de Colt yace arrugada en el suelo del pasillo, y no puedo resistirme a ponérmela. Que le den; si no voy a tener más que una muestra gratis de Colton Wilder, pienso usar su ropa durante las próximas dos semanas. ¿Quiere que duerma en su cama? Entonces debo tener derecho a disfrutar de todo el tiempo posible envuelta en su aroma y en su virilidad arrolladora.

Me deslizo dentro de la camisa –santo cielo, huele tan bien que mi sexo se alegra– y lo sigo hacia la cocina. Está calentando algo en el microondas, y siento cómo se despiertan mis papilas gustativas.

Debo hacer algún ruido, porque mi vaquero me mira por encima del hombro.

Se vuelve para verme mejor.

Un incendio se desata en sus ojos mientras recorre cada centímetro de mi cuerpo, siguiendo la línea de su camisa hasta mis piernas desnudas.

–Bueno, se acabó mi esperanza de que siguieras desnuda, pero no me quejo. Te queda... Es difícil verte recién follada y usando mi camisa. –Colt coge el recipiente humeante y un par de tenedores, uniéndose a mí del otro lado de la isla de la cocina–. ¿Puedo convencerte de que uses o nada o solo eso durante las próximas dos semanas?

Inclino la cabeza con una sonrisa pícara.

–No, a menos que quieras que pierda una pierna por congelamiento mientras cuido a los caballos. No creo que quede muy bien en mi currículum.

Él niega con la cabeza y, en lugar de volver al salón como esperaba, deja la comida sobre la mesa y se inclina hacia mí. Con un movimiento ágil, demasiado perfecto, me alza y me sienta sobre la encimera.

–Supongo que puedo hacer excepciones para las actividades al aire libre. –El ámbar de sus ojos brilla, y aparecen esas arrugas que indican que me está provocando. Exactamente igual que el día que nos conocimos en la gasolinera.

Por Dios. No te vas a enamorar de un hombre por sus ojos.

El modo en que se agita mi corazón, y cómo le crecen alas en mi pecho, me hace pensar que ya es demasiado tarde.

Colt se coloca entre mis rodillas, sosteniendo el tazón con una mano grande. Solo son macarrones con queso de ayer, pero nunca unos carbohidratos con queso recalentados habían parecido tan apetitosos.

Especialmente cuando un vaquero semidesnudo está entre mis piernas compartiendo el mismo plato conmigo.

Colt coge el recipiente con sobras en una mano. Son unos macarrones que hice ayer de mala gana. Nunca he tenido tantas ganas de comer queso con carbohidratos dos días seguidos.

En especial porque tengo un vaquero semidesnudo entre las piernas ofreciéndome un tenedor para que comamos del mismo recipiente.

Es a la vez tierno y sexi

–¿No tienes frío? –Pincho un poco de pasta y señalo su torso desnudo. No es que me queje, pero fuera se ha levantado un vendaval blanco y no quiero que enferme por habernos olvidado de la ropa.

Revuelve el tazón con su tenedor y sacude la cabeza.

–No. En especial porque sé que estoy a quince minutos de volver a enterrarme en tu dulce coño. –Da un bocado y mastica con un aire pecaminoso.

Maldita sea, no puedo evitar que el rubor invada mi pecho.

–Señor Wilder, si además de ser tan guapo va a hablarme sucio, puedo llegar a morir. –Frunzo los labios, me inclino y cojo más macarrones.

Colt suelta un gruñido áspero.

Parece que ambos hemos tenido la misma reacción visceral a las palabras que se me escaparon.

Tengo que concentrarme en comer y no en imaginarme de rodillas, llamándolo señor Wilder.

–Lo dice la chica que está sentada en mi cocina con ese cuerpo. –Sus ojos recorren mi silueta.

Mierda. Ya lo deseaba como loca, pero ahora soy capaz de rogarle de rodillas.

–Estoy bastante impresionada... –Señalo con el tenedor su perfección, intentando distraerme del calor creciente en mi cuerpo mientras sus vaqueros rozan el interior sensible de mis muslos. Creo que todo esto es un juego previo cuidadosamente planificado–. Resulta que sí sabes formular oraciones completas.

Mastica otro bocado; se toma su tiempo, mientras recorre con la mirada cada parte de mi cuerpo y yo me retuerzo bajo su escrutinio.

–Y yo que pensaba que eras tímida... Cómo te he hecho gritar.

–Oh, Dios mío. –Me pongo más roja que nunca y le pego en el brazo musculoso. Maldita sea, es una escultura de mármol–. Y tú no pronunciaste una sola palabra en toda la semana, pero de repente

resultas ser el rey de las cochinadas. –Solo puedo mirarlo de reojo, bajo mis pestañas.

Alza las comisuras, y sus ojos bailan con destellos color miel en medio del avellana. Se ve tan jovial y encantador que derrite mi patético corazón.

–¿Así que el rey? –Deja el tazón a un lado, toma mi barbilla entre el pulgar y el índice, y se inclina para rozar sus labios con los míos.

Dios santo. Mi corazón se precipita en caída libre. Pero no tengo paracaídas, y las rocas vienen directo hacia mí a toda velocidad.

–Me gusta la idea de que seas mi reina –susurra contra mi boca–. Una reina a la que le gusta frotar su coño en mi rostro y correrse sobre mi polla como en mis mejores fantasías.

No tengo palabras. Mi cerebro está en blanco. Solo puedo mirarlo embelesada.

Por mi bien voy a ignorar la parte de ser su reina. No lo dice en serio. Esto es solo sexo. Un desahogo para ambos después de tanta tensión y deseo. No puedo olvidar quién soy, quién es él, y que nuestro tiempo juntos es dolorosamente finito.

–¿Ya hemos terminado de comer? –Mi voz suena rasposa al aclararme la garganta, pero estoy preparada. Lista y dispuesta a adorar el altar de Colt Wilder, dios del sexo y fantasía hecha carne.

–¿Comida? Sí. –Me suelta la barbilla, desliza sus manos firmes bajo mis muslos y me alza sin esfuerzo. Tengo que rodearle el cuello con los brazos para no caerme–. ¿Tu cuerpo? No. Lejos de estar satisfecho, ángel.

Ignora mi chillido y me lleva a través de la casa. Me aferro a él, respirando grandes bocanadas de su aroma amaderado como una posesa. Cuando llegamos a su habitación, el mundo vuelve a estar en foco.

Esto es real. Está pasando.

De verdad quiere esto... conmigo.

Entrar en su dormitorio por primera vez es tan natural, aunque no puedo ocultar la sonrisa que amenaza con apoderarse de mi rostro. Alcanzo a ver la cama impecable con una manta gris piedra y sábanas blancas en las que quiero esparcirme, a ser posible acurrucada con este hombre hermoso. Las grandes puertas

correderas dan al porche. Nada está fuera de lugar. Pero entramos a su baño antes de poder asimilarlo.

Cuando Colt me apoya en el suelo, sé que quiero algo en especial. Mis dedos enganchan la cintura de sus pantalones antes de que pueda alejarse hacia la ducha.

–Me has cuidado muy bien... –Reúno todo el valor para abrir su bragueta. Mordiéndome el labio, sostengo su mirada ensombrecida–. Pero ahora me toca a mí.

Regreso a ese momento en su regazo, envueltos en un silencio tenso. Colt quiere. Sus pupilas se dilatan por la lujuria mientras me observa, aunque siento que no está acostumbrado a que alguien le ofrezca una cosa así.

–¿Puedes arrodillarte, ángel? –Su voz está llena de deseo y suena tan sexi.

Asiento y le bajo los pantalones por las caderas. Él se encarga de patearlos y quitarse los bóxers. Me arrodillo frente a él y de solo ver su polla aprieto los muslos de placer.

Con esta luz y desde este ángulo, «impresionante» parece insuficiente para describirlo.

Nunca había estado con un hombre tan bien dotado en la entrepierna.

Mis ojos deben expresar todo eso, o tal vez lo acabo de murmurar sin darme cuenta, porque se aclara la garganta y desliza una palma callosa por mi mandíbula, guiándome a mirarlo.

–¿Quieres una toalla para las rodillas, nena?

Dios, este hombre. Asiento, y espero en mi lugar mientras va por la toalla más grande y mullida que he visto, para que me arrodille sobre ella en vez del frío suelo.

De pie frente a mí otra vez, su erección late, con una gota brillante en la punta. Entonces lo veo. Con el ceño fruncido, acaricio suavemente las marcas en su muslo. Líneas plateadas y cicatrices bajan por su pierna derecha. Parecen viejas heridas, cerradas hace mucho, pero mal curadas. Al mirar más de cerca, veo lo mismo en la izquierda, mezclado con marcas que parecen viejas quemaduras.

–Otro capítulo de mi cuento de hadas sin final feliz. –Recoge mi cabello en lo alto de mi cabeza, observándome mientras absorbo el

dolor de su pasado.

No hay palabras que puedan curar una cosa así, pero quiero mostrarle que me apena lo que pasó, y dejarle claro que no me molestan para nada sus cicatrices. Es hermoso. Y son parte de él. Y es tan fuerte, tan seguro de sí, que merece ser adorado.

Me inclino para besar la cicatriz más grande en la parte frontal de su muslo. Luego sigo con besos suaves, recorriendo el mapa de heridas y horrores que sufrió hace tanto tiempo.

Sus dedos rozan mi cuero cabelludo, sujetando mi cabello, sin violencia, pero con una firmeza que me estremece.

Y ya no puedo esperar más. Estoy desesperada por saborearlo. Tomo la base con la mano, y su gruesa polla late.

Paso la lengua por su erección marcada por venas, y rodeo la cabeza. El sabor salado se mezcla con su aroma almizclado. Cuando la meto más en mi boca, me doy cuenta de que aún queda un rastro de mí en él, y eso despierta mi clítoris.

Dios, esto está a la altura de todas mis fantasías. Me pierdo rápido en el placer de tenerlo llenándome la boca, chupando con ganas.

Hundiendo mis mejillas, avanzo más, enfocándome en relajarme y respirar por la nariz para poder manejar el tamaño de este hombre.

Estoy ardiendo de excitación. Su polla llena mi boca y deslizándose por mi lengua enciende un fuego en mi vientre. Mi sexo late, sabiendo lo embriagador que será sentirlo dentro, estirándome y empujando hasta el fondo.

En segundos, estoy chorreando saliva por las comisuras y gimo en su longitud.

Colt tiembla, murmurando todo tipo de alabanzas. Que soy hermosa, que la chupo bien, que mi boca es la encarnación de todas sus fantasías.

Aunque estoy arrodillada frente a él, soy yo la que se siente alabada.

–Joder, Layla. No puedo contenerme. –Me lloran los ojos, pero lo miro con determinación. Aprieto sus muslos y le rodeo el pene con los labios, guiándolo hacia lo que ambos queremos.

Lanza un gemido ronco.

–Dime si es demasiado… joooder. –Sus caderas comienzan a bombear, y sus ojos se cierran.

Sí. Dios, sí. Ver a este hombre perderse en el placer por mí se convierte oficialmente en mi nueva cosa favorita.

Una mano suelta mi cabello y rodea mi garganta, acariciando mi cuello con cada embestida.

Santo cielo. Santo cielo.

Una avalancha de chispas recorre mi cuerpo mientras mi clítoris late con fuerza. Sé que voy a echar de menos esta faceta dominante de Colt, porque bajo su control me siento protegida.

Quiero aliviar ese dolor ardiente, pero me aferro a sus muslos poderosos, para permitirle encontrar su placer mientras floto en el vértigo de este momento.

–Mírate, ángel. Cuando veo tu boca en mi polla, siento que fuiste hecha solo para mí. Mira cómo te entra todo. –Con cada embestida me golpea la garganta, y yo trago, recibiendo sus gemidos profundos como recompensa.

–Apuesto a que quieres tocarte, ¿no? Te ves tan hermosa retorciéndote así. Seguro que ya estás empapada.

Lo imploro con los ojos. Sí. Eso es justo lo que quiero.

El sonido que hago, con la boca llena de su verga, es sucio y desesperado.

–Tal vez luego. Ahora necesito follarte hasta que te corras en mí.

Bueno…

Se aleja con un chasquido húmedo, deslizando la mano de mi cuello a mis labios hinchados. La expresión en su rostro es feroz, puro deseo.

Es adictivo sentir que esos hermosos ojos color avellana me miran así.

Por un momento me pregunto qué ve en mí. Pero no puedo permitir que mi corazón se confunda. Ahora late frenético, y estoy lista para buscar el subidón de este orgasmo y que él me llene entera.

–Métete en la ducha mirando a la pared. –Presiona de nuevo mi labio inferior, su energía dominante me deja sin aliento.

–Bueno –susurro. Sueno tan aturdida como me siento.

Me quito su camisa y me pongo de pie como puedo. Entro en la ducha, que es idéntica a la mía, y abro el agua. Me envuelve el vapor mientras apoyo las palmas en las baldosas, exactamente como me ha ordenado.

Se parece mucho a mi fantasía, y me recorre un escalofrío de deseo. Esperarlo así, desnuda, me resulta electrizante.

Su presencia me envuelve por detrás. El agua tibia cae sobre mi piel, y él aparta mi cabello a un lado. Sus labios y la barba rozan mi cuello, dejando un sendero caliente y húmedo que llega hasta mi pulso.

¿Sabrá lo loca que estoy por él? Rezo para poder contener el impulso de confesarle mi amor eterno, como casi me ocurre antes, cuando me ha hecho gemir su nombre una y otra vez.

–Voy a estar entre estas piernas toda la noche. –Siento su voz ronca en mi oído mientras acomoda mi cuerpo como quiere. Se coloca en mi entrada húmeda y frota contra ella la punta rígida, ya enfundada en un nuevo condón, antes de empujar apenas.

–Oh, Dios. Oh, Dios –gimo, arqueando la espalda, desbordada por ese delicioso dolor.

–Apriétame así. Eres perfecta. –Avanza más, y los gemidos se me escapan. Pido, suplico, ruego que me folle sin piedad. Pero va tan lento que me resulta una tortura–. Dios, estás muy cerrada.

La mete hasta el fondo y retrocede hasta la punta, inmovilizándome contra la pared. Curvo la espalda para que pueda entrar más y veo las estrellas. Toca un punto que me hace estremecer y aferrarme a él completamente extasiada, con un placer que nunca antes había sentido.

–Dámelo todo, ángel. Después te llevaré a la cama, y me darás otro.

–Mierda, estoy muy cerca. –Retuerzo los pies, me palpita el clítoris, jadeo, asomándose al borde del clímax con cada embestida lenta de sus caderas.

Sus manos acarician cada centímetro de mi piel. Colt me explora, sigue la curva de mis muslos, el arco de mi vientre. Se encuentra con mis pechos hinchados y pellizca mis pezones hasta hacerme

gritar de placer. Su boca perversa suelta una avalancha de guarradas acompasadas con sus embestidas profundas. Me deja hecha añicos.

El calor de la ducha cae sobre mí, desliza una mano sobre mi sexo y por fin me regala ese alivio que imploraba.

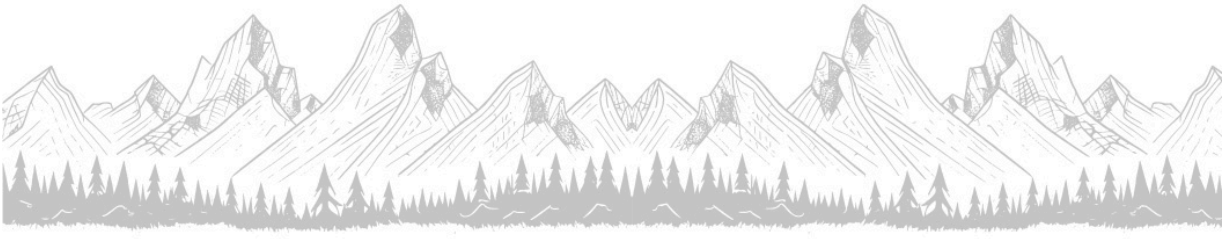
–Eso es. Puedo sentir cómo me exprimes, ángel. Sé que estás cerca. Lo estás haciendo muy bien. –Colt me guía, hundiendo un dedo entre mis labios hinchados para frotar círculos firmes sobre mi clítoris palpitante, y yo vuelo, me elevo. Chispas blancas recorren desde mis dedos hasta lo alto de mi cabeza, y la calidez de su voz en mi oído me lleva al límite. Esta vez, el orgasmo me sacude entera, y quedo hecha un desastre tembloroso y jadeante.

–Qué buena chica.

Sus palabras resbalan sobre mi piel ardiente, fluyendo con la facilidad del agua de la ducha mientras sigue bombeando lentas embestidas dentro de mí. Masajea mi clítoris para ayudarme a bajar de las nubes.

Creo que no he llegado a tocar el suelo cuando siento que cierra el agua y se retira de mí. Me envuelve en una toalla y me arrastra a su cama. Él no ha acabado, pero, tal como prometió, pasa el resto de la noche entre mis muslos.

Mi corazón late desatado, a un ritmo patético que responde solo al nombre de este vaquero.



Capítulo 22

Layla



Despierto con una sonrisa imposible de esconder. Debe haber estado allí toda la noche porque me duelen las mejillas.

En realidad, me duele todo el cuerpo… pero es un dolor delicioso, sucio y placentero.

Colt cumplió su promesa de no dejarme dormir demasiado.

Me muerdo el labio y paso los dedos por el sendero que dejó en mis caderas. Después de la ducha, me puso encima de él en la cama.

«Móntame, ángel. Dame una más».

Santo Dios. Logró arrancarme otro orgasmo aunque estaba segura de que no había forma de que mi cuerpo pudiera dar más. Pero esa vez la ola fue lenta, arrolladora, prolongada y me arrastró al mismo tiempo que él se entregaba a su propio clímax.

Estoy aletargada por la falta de sueño. Todavía siento sus manos sobre mí y la enorme polla en mi interior, pero cuando giro la cabeza, estirándome como un gato bajo la manta, noto que mi vaquero se ha desvanecido.

Solo queda el embriagador aroma de su piel y la suavidad de las sábanas.

¿Qué hora es?

Despego la cabeza de la almohada, miro a mi alrededor, y escucho atenta cualquier rastro de Colt.

La casa está tranquila, demasiado tranquila: no se oye viento ni el rugido de la tormenta.

Me levanto para ir a buscar ropa (porque sigo completamente desnuda en la cama del padre de mi ex) y entonces veo la nota bajo mi móvil en la mesilla de noche.

No recuerdo dónde se quedó anoche. Él ha debido traerlo y dejarlo allí. Mi corazón hace piruetas de solo pensar que no quiso despertarme, que tuvo ese detalle.

No quiero sacar conclusiones, pero nada logra frenar el estúpido revoloteo de mi corazón.

Tiene una letra inclinada, algo tosca, escrita con bolígrafo negro en una hoja arrancada de un cuaderno con espiral.

Lo representa a la perfección.

«He ido a ver al ganado. Tómate el día libre porque tu jefe no te ha dejado dormir en toda la noche».

A la mierda con mantener la calma. No puedo resistirme a que Colton Wilder me deje notas escritas a mano junto a la almohada.

Miro la hora. ¡Mierda! Ya son las diez.

Por supuesto que tenía que ocuparse del rancho. Yo aquí, tirada en la cama, mientras él se enfrenta a la nieve y el frío. Me siento culpable… y al mismo tiempo me carcome la duda: ¿será su manera de tomar distancia? ¿De pensar con claridad? ¿De darse cuenta de que meterse en mi cama fue un error?

Respiro hondo por la nariz. No es momento de analizarlo demasiado. Anoche tuve el mejor sexo de mi vida. Si no tenemos más que esto –aunque la idea me duela demasiado–, nuestra química habrá sido perfecta.

Un escándalo de sensualidad.

Ni en mis mejores sueños me imaginé hacer cosas así con el dios vaquero del sexo.

Busco una toalla y regreso a mi habitación para darme una ducha rápida. Me pongo unas braguitas que le hacen justicia a mi trasero y un jersey corto que siempre me hace sentir bien. Sé que no podré domar mi cabello, así que opto por un moño mal hecho.

Me miro en el espejo sin poder creer lo rápido que han cambiado las cosas desde anoche. Me arden las mejillas al pensar en volver a ver a Colt, tanto por la emoción como por los nervios.

Estoy toda alborotada por un vaquero que tiene casi el doble de mi edad y que además es el padre de mi exnovio.

Santo cielo, ¿quién soy y qué he hecho con la Layla Birch buena?

La promesa de un café y algo para comer me arrastra hacia la cocina. Oigo el chisporroteo de una sartén y el delicioso aroma del tocino listo para recibirme.

Pero, en el momento en que distingo sus anchos hombros de espaldas, mis nervios se disparan.

¿Cómo funciona esto? ¿Puedo ir y besarlo sin más? ¿Nos besamos? Fuera del sexo, de desnudarnos y volvernos locos el uno por el otro, ¿cómo me vinculo con este vaquero?

Colt se da la vuelta con la sartén en la mano, y su expresión no me dice nada en particular. Anoche, cuando compartimos los macarrones recalentados y él estaba ahí, en la isla de la cocina, entre mis rodillas, su expresión era seductora.

Ahora, a la luz del día, está del otro lado de la encimera, con cara de querer derretir la taza de café frente a él con la mente.

–Hola. –Camino hacia la cafetera que ha preparado. Aunque siento que se me cierran los ojos del sueño y necesito desesperadamente cafeína, no sé bien cómo manejarme. Me sirvo una taza, confirmo de reojo que él ya tiene la suya y me retiro al otro lado del mostrador en el taburete más cercano.

Este hombre me resulta indescifrable, y, aunque no voy a tolerar que me maltrate, también entiendo que lo que hemos hecho debe de ser mucho para procesar.

Me maldigo por ser tan empática.

–Gracias por dejarme dormir, pero podría haber venido a echarte una mano. –Jugueteo con el puño de mi jersey mientras lo observo

preparar mi desayuno. Él ya ha comido y ha dejado el plato vacío junto al fregadero.

–Solo había que alimentarlas, podía hacerlo solo. –Casi no me mira, y yo me revuelvo incómoda en la silla.

Podría jurar que la nota que me dejó junto a la cama era un gesto cariñoso. Entonces, ¿por qué ahora parece que quiere estrellar la sartén contra la encimera?

Quizá entendí todo mal.

–Colt, si necesitas… –Apenas logro decir eso antes de que me corte en seco.

–Layla. –Desliza hacia mí un plato que huele delicioso, cargado de tocino y un par de huevos fritos. Él se queda ahí, inclinado hacia delante, apoyando los puños sobre la encimera.

Maldita sea, quiero que me trague la tierra.

Es ahora.

Este es el instante en el que me dirá que fue una mala idea, una idea terrible, y que va a prepararme un caballo para que regrese al pueblo.

–Tengo que decirte algo importante. –Aprieta la mandíbula un par de veces.

Oh, Dios. Tiemblo. Pero sabía que esto podía pasar.

–Está bien, Colt. –Apoyo la taza sobre la encimera, sin despegar los dedos, como para aferrarme a algo. El calor se filtra por mis yemas mientras intento encontrar las palabras adecuadas.

Pero no las hay. Así que suelto de golpe lo que no debería estar diciendo.

–Lo de anoche fue increíble. Increíble de verdad. Pero pensé que tal vez podía ser más que algo de una vez. No quiero que te sientas incómodo, así que...

Mis palabras mueren en mi garganta porque el vaquero frente a mí avanza tan rápido que me mareo.

En un abrir y cerrar de ojos está junto a mi taburete y me gira para que lo mire de frente. Colt está tan cerca que me consume con su aroma, su calor, su corpulencia que llena cada rincón de mi consciencia. Tiene arremangada la camisa de franela, dejando a la

vista esos músculos trabajados y la red de venas. Necesito toda mi fuerza de voluntad para no tirar de la tela y atraerlo hacia mí.

–¿De qué coño estás hablando? –Me mira con los ojos encendidos, y en esos tonos miel, por un segundo, juro ver un destello de algo más profundo. ¿Preocupación? Seguramente no.

–Yo solo... ehh... Creí que ibas a decir que todo esto fue una pésima idea.

–Layla... joder... –Colt sacude la cabeza y se pasa la mano por la barba áspera–. No, ángel, te iba a decir que tenemos un problema de suministros. –Frunce el ceño.

Se me acelera el corazón. El alivio y otra sensación extraña recorren mis venas cuando lo escucho llamarme «ángel» y siento que está casi tocándome otra vez.

–¿Un problema de suministros? –Ahora soy yo la confundida.

Y entonces Colt borra cualquier idea de mi mente. Emite un suave sonido con la garganta y me acaricia la mejilla con el nudillo de su dedo índice. Con esa misma mano desciende y me levanta el mentón para que lo mire. Con un puño apoyado en el respaldo del taburete, baja la boca hasta la mía y me roba un beso suave, divino. Es cálido, reconfortante, con un leve toque a café en sus labios húmedos. Mientras me regala ese instante exquisito, el cosquilleo áspero de su barba envía una oleada de excitación directa a mi entrepierna.

Enseguida mi mente viaja a todos los lugares donde su boca, y esa barba han tocado mi cuerpo esta noche y en las primeras horas de la mañana.

–Era lo primero que debería haber hecho cuando llegaste. Lo siento. Soy muy malo para esto. –Roza sus labios con los míos de nuevo antes de apartarse.

Discúlpadme, pero voy a tener que secar mi cuerpo porque se ha derretido por completo.

–No eres malo. –No sé cómo, pero recuerdo algunas palabras.

–No... Sí... lo soy, Layla. He pasado las últimas horas pensando, y, al verte entrar así de hermosa, me he dado cuenta de que tenemos que hablar de un tema muy importante.

Me pongo roja hasta las orejas, intentando mantener la calma.

–¿Sobre...?

–Hay algo que no he tenido en cuenta.

–¿Que es...? –Tuerzo la cabeza hacia un lado, preguntándome qué diablos va a decir.

–Protección. –Colt prácticamente mastica la palabra antes de escupirla.

Tengo que morderme la mejilla para no reírme. Está demasiado serio, y, aunque lo entiendo, de verdad, no es para tanto.

–¿Estás diciendo que...?

–Layla, sé que me va a costar un triunfo alejarme de ti en estas semanas... y no tengo ni de cerca la cantidad de condones que voy a necesitar para todas las formas en que planeo complacerte, nena.

Una sonrisa se me escapa en los labios mientras parpadeo por encima de mi taza.

–¿Y eso es lo que te tiene tan atormentado?

–Llámame chapado a la antigua o exagerado, pero ¿no te parece que es importante hablarlo? –Cruza los brazos y me lanza una mirada severa, de las que me hacen palpitar el clítoris.

–No, sí, lo es, y sinceramente lo valoro. Pero no esperaba hablar de ese tema en el desayuno.

–Bueno, para mí es una charla que tenemos que tener en frío y no cuando estoy a dos segundos de meter la boca en tu coño.

Me apresuro a dar un sorbo a mi café; me arden las mejillas al escuchar a este hombre decir palabras como «boca» y «coño». Eso sin mencionar que me encantaría repetirlo. Cuanto antes.

–Bueno, vaquero... –Quiere una conversación adulta, y yo estaré encantada de demostrarle las ganas que tengo, lo mucho que lo quiero, aunque sea por el breve tiempo que pueda disfrutarlo–. Para que lo sepas, estoy tomando anticonceptivos y no tengo ninguna enfermedad. Me hice análisis antes del invierno y, bueno... desde entonces no he estado con nadie más.

Todavía está tenso y cierra los ojos mientras carraspea.

–Esta mañana abrí el cajón del baño y vi que solo me quedaban un par de condones. –Al volver a abrir sus hermosos ojos, sostiene mi mirada y sacude la cabeza con una media sonrisa afligida–. ¿Quién iba a pensar, la última vez que bajé al pueblo, que iba a

tener que reponer? No me esperaba nada más que masturbarme en la ducha pensando en ti.

Muerdo mis labios y lo miro desde debajo de mis pestañas.

–¿Piensas en mí cuando te tocas, vaquero? –Dios, es la confesión más sexi que he escuchado en mi vida.

–Solo tú tienes ese poder sobre mí, Layla. –Hace una pausa, luego vuelve a acercarse, y ruego a Dios que sienta esta misma atracción que me tortura–. Desde hace mucho tiempo. Me cuesta admitirlo porque no debería haberte mirado, pero no pude evitarlo.

El calor y el aroma de Colt me envuelven, y casi gimo cuando desliza la rodilla entre mis muslos. La voracidad en su mirada color avellana basta para hacerme olvidar la comida, el café y cualquier cosa que no sea rogarle que me desnude otra vez, que me abra sobre la mesa y me desayune.

–Pues, ¿sabes qué? Yo tampoco puedo pensar en nadie más.

Su pecho emite ese ruido seductor, grave, como una tormenta que se avecina, y me coge del mentón. Me tiene justo donde quiere.

Yo feliz me quedaría aquí. Demonios, este hombre podría atarme de pies y manos ahora mismo en el suelo de la cocina, hacerme lo que quisiera, y yo le daría las gracias.

Bajando la cabeza, habla contra mis labios:

–Joder, qué sexi Creo que voy a necesitar que me muestres cómo es eso. –Y entonces su lengua se desliza contra la mía, invadiendo mi boca y reclamándome con un beso de esos con los que soñaré durante años.

Gimo en su boca, porque de verdad que no puedo hacer otra cosa. Mi sangre se convierte en chispas que vuelan por mis venas, y cada terminación nerviosa baila de alegría por cómo se presiona contra mi cuerpo.

Dios, quiero sentirlo sobre mí. Solo he tenido una noche con este hombre y ya estoy deseando volver a sentirme atrapada bajo su fuerza y su volumen.

Las cosas empiezan a subir de tono, su lengua se hunde más profundamente en mi boca, sus manos curiosas aprietan y amasan la tela suave de mi cintura, mis caderas, el arco de mis muslos. Justo cuando pienso que inevitablemente vamos a seguir el sendero del

deseo hasta su clímax, Colt se detiene y deja escapar un sonido primitivo, mitad gruñido y mitad gemido, contra mis labios.

–Mierda, ángel. Tengo que terminar unas cosas pendientes. –Apoya su frente contra la mía, seguramente pueda escuchar el latido frenético en mi garganta–. Aunque me cueste horrores alejarme, tengo que irme.

Tragando con dificultad y tratando de no sonar como una actriz porno, arreglo un mechón suelto detrás de mi oreja y reúno un poco de cordura.

–Puedo ayudarte, si quieres. Me visto y te echo una mano.

Colt me regala una sonrisa ladeada que derrite mi cerebro.

–No, tú quédate aquí. –Me pasa el pulgar por los labios enrojecidos de tanto besar–. Tienes bien ganado tu día libre. Descansa, come el desayuno... que ya se ha enfriado, por cierto.

Lo fulmino con la mirada.

–¿Y de quién es la culpa, «Señor Condones y Conversación Importante»?

Él suelta una breve carcajada.

–Me declaro inocente. Quiero que estés desnuda y en mi bañera cuando regrese. Seguro de que te mantendrás ocupada con alguno de tus libros eróticos.

Un ruido extraño me sale de la garganta, y casi me caigo del taburete. No puede ser que haya dicho eso.

Pero los ojos color avellana de Colt brillan con una picardía juvenil.

–Oh, no creas que no sé lo que tienes en ese aparatejo tan inocente.

–¿Y qué sabes de los libros que yo leo? –Lo miro incrédula, pero no tengo derecho porque tiene razón: mi Kindle está lleno de los libros más sucios que existen.

–Oh, lo siento. ¿Estás leyendo literatura religiosa y no me he enterado?

Niego con la cabeza y muerdo el labio inferior.

–Nunca dejas de sorprenderme, vaquero. Pensé que preferías estar desconectado del mundo en tu montaña.

–Algunas cosas sé. Los muchachos hablan de lo que leen sus mujeres. –Está orgullosísimo de sí mismo. El Colt engreído es

todavía más sexi El muy cretino logra que hasta la arrogancia le siente bien.

–Ya lo creo. –Pongo los ojos en blanco y le doy un golpecito en el pecho musculoso.

Me gano una mirada abrasadora y un apretón en la cadera, pero se aleja, preparándose para salir otra vez a la nevada que cubre el rancho.

–Oh, espera. Si no me dejas ir a ayudarte, entonces tienes que llevar esto a los caballos. –Doy un salto y cojo un par de zanahorias de mi reserva–. Discúlpate con mis amigos porque hoy no iré a visitarlos... ya les explicarás tú el motivo.

Mientras le paso las zanahorias, Colt ladea la cabeza y me recorre con su mirada.

–Creo que anoche les dimos un buen indicio.

Las puntas de mis orejas se encienden.

Se pasa la lengua por el labio inferior.

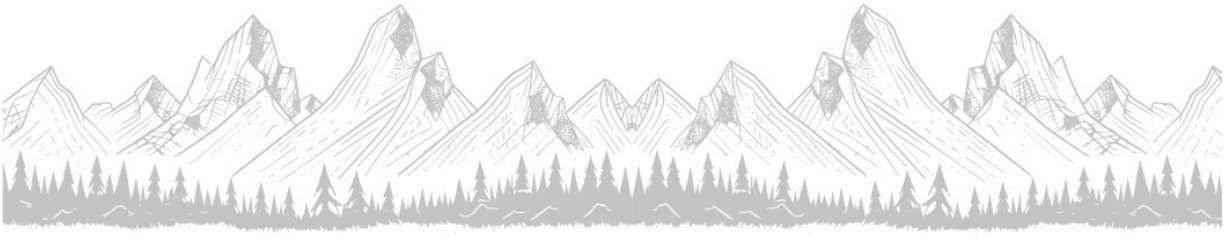
–Recuerda lo que te dije. Vuelvo en unas horas. –Echando un vistazo a las zanahorias en su enorme mano, Colt sacude la cabeza antes de girarse y salir por la puerta.

Tengo un día entero para mí en este hospedaje de lujo en la montaña. Un sueño nevado que nunca hubiera podido imaginar más que como un deseo lejano, de esos por los que las chicas como yo suspiran en las películas. Mientras recaliento el desayuno, avivo el fuego y floto por esta hermosa casa, no puedo evitar que aparezca una sonrisa en mis labios.

Aunque viva solo en medio de la nada, tiene un gusto impecable. Desde el acabado negro brillante de su camioneta, pasando por la piedra cuidadosamente colocada que reviste la chimenea, hasta las camisas de franela que resaltan las motas ámbar en sus ojos.

Su vida es una obra de arte. Este rancho es un lienzo gigante, imponente.

Y de algún modo, por un instante, he logrado robar un pedacito de este paraíso... y del hombre que vive en él.



Capítulo 23

Colt



Me recibe el vapor de un resoplido y unos ojos grandes y brillantes me lanzan una mirada de reproche.

Hasta los caballos saben que soy una porquería de persona.

No debería estar haciendo esto. Hay una larga lista de razones por las que soy el peor padre del mundo y aún peor jefe, pero, santo cielo, por más que el «no deberías» siga resonando en mi cabeza como una alarma… no hay nada de estar con Layla que siente mal.

En lo más profundo de mis huesos, en sus brazos solo siento una calidez y una paz que no es para tipos como yo.

Nosotros no tenemos derecho a disfrutar de besos suaves o palabras susurradas. No deberíamos saber cómo se siente una piel delicada bajo nuestras manos ásperas.

Le ofrezco la punta de la zanahoria a Peaches, acariciando su cuello mientras roza mi palma con sus labios aterciopelados. Me roba la comida al instante y enseguida me da un empujón en el hombro para pedir más.

Así me siento yo también. Como si quisiera volver a entrar corriendo a esa cocina y pedirle más a la chica de que tanto me ha dado esta noche.

–Lo sé, maldita sea, lo sé –murmuro mientras mis dedos recorren el largo hocico frente a mí. Los caballos me responden con resoplidos de desaprobación. Están tan malhumorados como yo por su ausencia.

Pero tengo que encontrar la forma de conservar la cordura y no entregarme a esta necesidad constante de lanzarme sobre Layla Birch. Al menos aquí, en el rancho, entre la nieve que se acumula y los vientos helados, no tengo tiempo para distracciones.

Necesitaba ocupar mis manos en algo que no implicara arrancarle la ropa y dejarle marcas en las caderas.

Así que lo mejor es enfriarse, al menos por un rato.

Porque sé que, en cuanto vuelva a poner un pie en esa casa, nada va a detener lo que venga después. Estoy demasiado jodido después de haber perdido la batalla contra mí mismo para no tocarla.

Ahora sé cómo sabe, cómo gime cuando mi polla golpea ese punto profundo dentro de su dulce coño. Joder, esos ruiditos son mi perdición. La forma en que su cuerpo me responde es como un capullo que se abre después de la oscuridad del invierno, y es adictivo.

Apoyo la frente en el cuello cálido y terroso de Peaches en un intento por ordenar mis pensamientos. Me mordisquea la costura del abrigo para pedirme que su nueva mejor amiga venga a cepillarla, mimarla y hacerla sentir especial.

Lo irónico es que siento lo mismo que los caballos. Yo también estoy esperando el momento en que los labios de Layla sonrían contra mi clavícula, y esos dedos tiernos se enreden en mi nuca.

Aunque, en medio de toda esta locura, soy muy consciente de que tengo la responsabilidad de ponerle fecha de caducidad a esto.

Dos semanas.

Dos putas semanas.

Un plazo así… es como un regalo y una condena al mismo tiempo.

Tengo que sacarme las ganas. Tengo que encontrar la manera de follarla hasta arrancarme de raíz el deseo que siento por esta chica

que no puede ser mía sin destruir por completo a alguien más, alguien muy importante en mi vida, aunque en este momento no tengamos una muy buena relación.

Tiene que acabar aunque siento que ella es una droga que no puedo dejar, y ya esté imaginando todas las marranadas que voy a hacerle las próximas dos semanas.

Dirijo mi atención a los establos, pero enseguida me descubro recordando esa conversación en la cocina. Cuando estaba alimentando el ganado esta mañana, antes de volver a prepararle el desayuno, no podía parar de pensar.

De todos los escenarios posibles, nunca anticipé que algo así fuera a hacerme perder la cabeza.

Nunca he follado con nadie sin condón.

Todos estos años tuve cuidado de no repetir los errores del pasado. Después de lo que pasó con Kayce, mi confianza quedó destrozada, y no importaba qué fueran las mujeres después –con algunas estuve un tiempo, otras fueron solo sexo, desahogo y nada más–, me aferré a esa regla con uñas y dientes.

De ninguna manera iba a tropezar dos veces con la misma piedra.

Ahora, mientras paso las horas paleando, barriendo y pensando una lista interminable de tareas que me mantengan ocupado otro rato, le he dado vueltas al asunto, lo he desmontado y vuelto a montar cincuenta veces, y aún no estoy completamente seguro de que sea la decisión correcta.

Pero, joder... con ella se está bien.

Ella quiere esto, y, si me permito detenerme y darle voz a las palabras que trepan por mi garganta con determinación, yo también lo quiero.

Se me escapa un suspiro.

Por Dios.

Me paso la palma por la cara y cierro los ojos con fuerza. Se acumulan todos los pensamientos depravados que he mantenido a raya desde aquel día en la gasolinera, listos para atravesar la grieta en la represa. Se me parte la cabeza de tantas ganas e ideas egoístas que deberían quedar para siempre en la categoría «de ninguna manera».

Pero lo único que corre por mis venas es deseo en estado puro. Quiero sentirla desnuda, apretada contra mí, follarla y ver cómo se transforma su rostro mientras la lleno con mi orgasmo. Quiero sacarla y ver la prueba líquida de mi presencia; sentir el rastro en mis dedos y en su cuerpo mientras empujo mi semen de vuelta en su interior.

Layla es la única persona que me ha hecho sentir así. Lo supe incluso antes de tocarla por primera vez, antes de besarnos aquella noche. No es que quiera dejarla embarazada. Por Dios, no, no quiero saber nada de eso, y me alivia muchísimo que ella sienta lo mismo.

No, no tiene nada que ver con eso. Si tuviera que ponerle un nombre, sería posesión. Hay algo salvaje y primitivo en saber que la habré marcado como nunca hice con nadie, y por supuesto que eso despierta la bestia que vive en mí.

Una criatura indómita ha cobrado vida, y no tengo esperanzas de domarla sin ceder a ese deseo insistente, ese impulso primordial que me consume.

Aquí estoy, listo para arriesgarlo todo por la chica de los grandes ojos verdes que no puedo dejar de mirar cada vez que apoyo la cabeza en la almohada. Cuando miro hacia el bosque, no dejo de compararlo con los destellos musgosos de sus pupilas. Cada vez que entro en el establo y capto un atisbo de su aroma, no puedo ignorar el anzuelo que me arrastra desde lo más profundo del pecho hacia ella.

Dicho lisa y llanamente: estoy jodido. Y lo sé.

Después de un par de horas, me sigo reprochando. Mientras termino con los caballos y sus largos cuellos se estiran curiosos para observarme salir por las puertas de madera. Mientras me pongo la gorra hacia atrás, levantándola para pasarme las manos por el cabello por enésima vez, incluso cuando me quito las botas y cuelgo el abrigo al llegar a la casa.

Esto es una locura, y debo estar loco por el solo hecho de considerarlo.

Por eso voy directo al baño, donde sé con certeza que voy a encontrar a mi niña obediente exactamente donde le dije que me esperara.



Me queda claro en el momento en que cruzo el umbral. Siento la suave oleada de calor húmedo y la veo en esa bañera enorme. No tengo opciones de negarme.

Todos mis instintos primitivos están despiertos; solo quiero follar y follar y follar. Llenarla, acercarla a mí y sentir cómo su corazón desbocado se sincroniza con el mío.

–Hola. –Está recostada con sus rizos recogidos en lo alto de la cabeza. Es la tentación personificada, el cielo en la tierra y todo lo bueno que jamás creí merecer. Tiene las mejillas encendidas, los ojos entrecerrados, relajados, con una suavidad en la expresión que se me quedará grabada para siempre.

Tengo la polla dura como una roca, goteando solo por verla.

La bañera es bastante profunda, pero puedo ver completo el cuerpo de Layla. Sus pezones duros se asoman en la superficie, y mis ojos devoran a esta sirena dispuesta a arrastrarme al fondo.

–Parece muy agradable. –Y sé que hay espacio más que suficiente para los dos.

Ella asiente, apoyándose contra el borde.

–¿Todo bien después de la tormenta? –Sus ojos verdes me atrapan como dos profundos lagos en los que quiero perderme cada día de mi vida.

–El ganado está bien; muertos de hambre como siempre. Los caballos me mandaron a la mierda, no quieren saber nada con nadie más que tú… traidores. –Me apoyo contra el lavabo, con las manos en los bolsillos; disfruto de quedarme ahí un momento, contemplándola.

–¿Van a presentar una queja formal? –Sonríe pícara, dulce y devastadoramente atractiva.

–Eso parece. Dicen que soy pésimo cepillando y que no sé limpiar los establos. No fue suficiente con prometerles golosinas extra mañana para que se conformaran los muy hijos de puta.

–Bueno, con lo bien que hablas de ellos… no entiendo por qué. –Sus ojos brillan en la penumbra.

–Sobrevivirán. ¿Qué tal tu día libre?

Me encanta que no intente cubrirse. Se queda ahí, mostrándome cada curva bajo el agua que se ondula suavemente. Y, joder, es lo más sexi del mundo.

–He descansado. Aunque mi jefe me hizo quedarme despierta hasta muy tarde anoche. –Se muerde el labio.

–Debe ser un imbécil.

–Oh, no te haces una idea. También es extremadamente exigente. –Su rubor se intensifica, y esos pezones perfectos se endurecen aún más bajo el agua.

Maldita sea, es hermosa.

–Qué idiota.

–Pero tiene una o dos cualidades que lo redimen.

–¿Sí? –Mis ojos recorren de arriba abajo su cuerpo, y me deleito viendo cómo se estremece con la intensidad de mi mirada, sobre todo cuando me detengo en el punto entre sus muslos que oculta el agua–. ¿Y cuáles son?

–Bueno, para empezar, es bastante hábil con las manos.

Levanto las cejas, luchando contra las ganas de mostrarle todo lo que pueden hacer.

–Suena bien. ¿Algo más?

–No sé si debería decirlo. –Ese rastro ronco que tiene su voz, mezcla de inocencia y seducción, me la pone dura al instante.

–Quizás él quiera saberlo.

Se muerde el labio, pestañeando como una niña traviesa. Excelente, está tan excitada como yo.

–Bueno, cuando se pone la gorra hacia atrás, eso es definitivamente un punto a favor.

Casi sonrío.

–Me parece que te gustan todos mis sombreros.

Layla asiente, con los ojos vidriosos de deseo.

–Un vaquero con gorra es sexi ¿Con la gorra hacia atrás? Soy tuya. –Aprieta los muslos y reprime un gemido–. Ahora que ya sabe

todos mis secretos, señor Wilder. ¿Qué piensa hacer al respecto? –Su voz es pura provocación.

Me despego del lavabo, avanzo hacia la bañera que está contra una de las paredes y me siento en el borde.

Ya tengo un poco arremangadas las mangas de mi camisa de franela, pero termino de subirlas hasta los codos.

–¿Tienes hambre, ángel? –bajo la voz mientras la observo despegar los labios y seguir con la mirada el movimiento de mis manos.

Layla busca mis ojos, me sostiene la vista unos segundos y luego asiente.

–¿Quieres salir de la bañera y comer?

Niega con la cabeza.

–¿Estás cómoda? –pregunto, hundiendo apenas las yemas de mis dedos bajo la superficie, removiendo un poco el agua.

Sacude la cabeza.

–No, porque estás lejos.

–¿Qué te parece si te hago sentir más cómoda? ¿Quieres?

–Por favor. –Es apenas un susurro que flota de sus labios y se expande por las paredes húmedas.

Deslizo la mano bajo el agua, sin apartar la mirada.

Se le acelera la respiración, su pecho sube y baja con jadeos de excitación.

Cuando subo por la curva suave de su muslo, empezando desde detrás de su rodilla, se estremece un poco. Gime, y yo ya estoy planeando el siguiente movimiento.

¿Puedo follarla en la bañera? Me parece una idea perfecta.

Subo la mano, y, cuando llego a la suavidad de su coño, me cuesta no gruñir. Está tan excitada como esperaba: mojada, resbaladiza, hinchada de deseo y lista para que la toque.

–Me parece que voy a tener que usar la gorra para atrás más seguido si así se te pone el coño. –Engancho la otra mano debajo de su rodilla, deslizo la palma por la curva de su pantorrilla hasta llegar al tobillo. Con los ojos fijos en los míos, levanto su pie del agua y lo apoyo sobre mi muslo, abriéndola completamente para mí. Recorro

su abertura con los dedos y los hundo en su interior antes de ir a rodear el botoncito que me está esperando.

Apenas lo rozo, Layla se arquea contra mi mano y suelta el sonido más dulce y sensual. Mi nueva misión es volver a oírlo una y otra vez cuando tenga la polla enterrada dentro de ella.

–Dime qué quieres de mí, ángel. –Froto círculos firmes sobre su clítoris y devoro la forma en que sus pupilas se dilatan, con el placer empezando a recorrerle las venas.

–Te quiero a ti. Te necesito dentro.

Aprieto más fuerte su tobillo, presiono en ese punto de placer bajo la pantorrilla que sé que la vuelve loca. Con un movimiento, hundo dos dedos en su coño empapado, y cierra los ojos en un gemido.

–Tienes que decirme la verdad, nena. Esta mañana sonabas muy segura, pero tuviste todo el día para pensarlo, y yo también. Así que necesito que lo vuelvas a decir.

Está sedosa y húmeda, su agujero apretado succiona cada vez más mis dedos. Quiero tenerla encima, mordiéndome el cuello mientras la lleno. Quiero ver cada expresión de su rostro mientras me exprime la polla.

Por más desesperado que esté, no voy a hacer nada que no me diga con todas las letras. Tengo que oír las palabras salir de sus labios.

–Colt... –Se desmorona con un gemido cuando empiezo a mover los dedos como unas tijeras, abriéndola, preparándola para recibirme. Está muy apretada; es como un guante de terciopelo, pero no quiero arriesgarme a hacerle daño.

Añado un tercer dedo y se arquea como un sueño hecho realidad. Sus pezones, rosa oscuro, duros y erectos, son un espectáculo.

–Tócate las tetas, muéstrame lo que te gusta.

Sin dudarlo, se pellizca y estira los pezones. Me laten los huevos de verla y sentir cómo aprieta mis dedos.

–No voy a darte lo que quieres hasta que me lo digas. Tengo que escucharte decirlo, pero no para darme el gusto. Te voy a dar lo que me pidas, pero tienes que decir la verdad. –Empiezo a follarla con los dedos, entrando y saliendo. Su cuerpo se mece acunado por el agua.

Layla me destroza con esa mirada entrecerrada, los labios hinchados, y su voz es un susurro sensual.

–Quiero sentirte sin nada. Por favor, quiero saber lo que se siente al ser todo mío. No pude pensar en otra cosa en todo el día.

–¿Quieres mojarme todo, ángel?

Su coño se aprieta en mis dedos y un gemido suave llena el baño.

–Sí. Oh, por Dios, sí. Quiero.

–Tienes que ser específica. Dime exactamente lo que quieres.

Layla está llegando al límite. Sigue jugando con sus pezones como loca, las paredes de su coño palpitan en mis dedos. Jadea y gime de ganas. Dios santo, esta chica es una fantasía.

–Por favor, no uses condón. Conmigo no hace falta. –Gime, empujando sus caderas contra mí–. Fóllame a pelo, vaquero. Quiero sentirte todo. Quiero sentirme llena de tu semen.

Dios. Casi me ahogo al escuchar esas palabras saliendo de la boca de esta belleza. Estoy acabado. Arquea la espalda mientras acaricio su clítoris con el pulgar y la penetro, para ver cómo se desintegra por completo. Gime, tiembla, me aprieta la mano, se pellizca los pezones endurecidos.

La sujeto de la pierna para obligarla a seguir abierta incluso cuando intenta cerrarse, masajeándola mientras termina su orgasmo. Pero no llega ni a eso, porque no le doy tiempo para aterrizar antes de volver a tocarla, apuntando al siguiente clímax.

Tengo que contenerme. Si voy a hacerlo, al menos debo quitarme la ropa. Mi polla es una barra de acero, lista para sentir la textura sedosa de su interior envolviéndome.

Con los dientes apretados, retiro la mano y chupo su sabor, disfrutando cómo me mira.

–¿Quieres que te folle a pelo? Eres encantadora cuando ruegas, ángel.

Layla arquea la espalda y el agua tibia acaricia todas sus curvas, formando un vestido iridiscente ajustado a su desnudez. El vapor y las gotas transparentes recorren su piel húmeda, acariciando su vientre, el pliegue de los muslos, la plenitud de los pechos.

–¿Vas a meterte, jefe? –Bate esas pestañas, y estoy casi seguro de que no voy a aguantar demasiado. Estoy al borde de correrme en

los pantalones por segunda vez en la vida adulta.

–Que ni se te ocurra moverte. –Me arranco la gorra y me peleo con los primeros botones antes de quitarme la camisa por la cabeza. ¿Por qué no es verano? Sería mucho más cómodo si pudiéramos estar casi desnudos todo el día. Siempre hay demasiadas capas de ropa entre nosotros, y maldigo por dentro no poder obligar a Layla a usar vestidos o faldas o cualquier cosa que sea más práctica para penetrarla en todos los rincones de este rancho.

Si solo me quedan dos semanas de recuerdos con ella, me voy a asegurar de no dejar centímetro cuadrado sin bendecir.

Se me ocurrió un lugar especial donde quiero llevar a Layla para escondernos un rato. Pero no sé si vamos a tener tiempo suficiente.

Me quito los vaqueros, los bóxers, me pongo frente a la bañera y me masturbo un instante. ¿En qué clase de paraíso estoy que puedo meterme en el agua con ella, sentirla y hacer todo lo que no debo?

Aunque sea un sueño febril, voy a aprovechar cada instante. A la mierda con el miserable futuro solitario que me espera. Este es un recuerdo que voy a atesorar para siempre, y ella me lo está regalando.

Definitivamente, no merezco a alguien tan perfecto como Layla.

–Ven aquí, vaquero –ronronea y se retuerce; yo hago lo que dice sin dudar un segundo.

El agua sigue tibia, pero me quema la piel por la proximidad. Nuestros cuerpos se enredan mientras entro y la coloco bien para que cabalgue mis muslos; mi polla se endurece entre nosotros. Layla se lanza contra mi boca, entierra los dedos en mi cabello, y mi mente queda en blanco.

No puedo pensar en nada que no sea ella mientras gime dulcemente en mi boca. Sus curvas blandas se adaptan a mí como si desde el origen nuestros cuerpos hubieran sido diseñados para estar juntos.

Besar a Layla es un privilegio que no pienso dar por sentado.

¿Por qué la única persona que no puedo tener resulta ser la indicada? No va a durar. Me regalaron esta criatura hermosa por demasiado poco tiempo. No será más que un secreto enterrado en la nieve.

–Colt... –Frota el coño empapado contra mi erección, estar así es muy íntimo, abrasadoramente caliente. El agua se mueve suavemente, acunando nuestros cuerpos con una coordinación increíble considerando que apenas han pasado veinticuatro horas desde que cruzamos ese límite invisible.

Siento que la conozco de toda la vida, que hemos pasado mucho más que una sola noche enredados entre sábanas.

–¿Lo quieres? Es todo tuyo. –Clavo los dedos en su cadera y le aparto unos mechones húmedos de la frente. Le acaricio la mandíbula, rozo las pecas de sus mejillas con el pulgar–. Tómalo. Fóllame, móntame y muéstrame cuánto lo quieres. Hace demasiado tiempo que sueño con tenerte. –Mejor confesarlo todo para que sepa que no es una decisión precipitada–. Siento que estoy soñando... y que todo puede hacerse trizas en cuanto despierte y descubra que nada de esto es real.

Layla se frota contra mí con más fuerza, y un verde esmeralda brumoso danza en sus ojos mientras se dilatan con el placer de lo bien que me sienta que se esté frotando toda contra mí.

–¿Soñaste con esto? –Sus labios hinchados se han vuelto de un rosa perfecto por el roce de mi barba.

Claro que sí. Casi me vuelvo loco por eso.

–Más de lo que debería admitir, nena.

–¿Me deseabas? –Un gemido suave escapa mientras mueve las caderas y la cabeza de mi polla roza su clítoris.

Le gusta escucharlo, y yo solo quiero hacerla feliz.

–Layla, si te contara todas las veces que tuve que reprimir las ganas de ponerte las manos encima... –Ambos gemimos cuando ella baja la mano, me rodea y frota mi polla contra su clítoris una y otra vez.

Por Dios. Deslizo la mano que tengo en su mandíbula hasta dejarla en su garganta. La tengo atrapada por la cadera y por el cuello, y voy a perder la cabeza si no la penetro ya mismo.

–Estoy muy cerca... –gime, y como una obra de arte sentada en mi regazo, se eleva y me guía hasta su entrada.

Todo mi cuerpo se enciende al sentir el calor, la humedad, la delicadeza de su piel. Tengo que concentrarme en respirar por la

nariz para no embestirla de inmediato, porque esto no puede compararse con nada. Aprieto los dedos contra su carne, y el placer recorre el verde hipnótico de su mirada.

–Oh, Dios... Sigue así. –Separa los labios.

–¿Te gusta que te coja del cuello, nena? –No hago fuerza ni la dejo sin aire, pero gime cuando mis dedos se cierran un poco más.

–Mmmhmm. Dios, sí.

Es muy sensual sentir su centro empapado rozando mi glande. Está mojada, lista, y la sensación de su centro recibiéndome me hace poner los ojos en blanco.

–Oh, joder. Oh, Dios. –Layla respira agitada. Su pulso late bajo mis dedos como un colibrí alzando vuelo.

–Mieeeerda. Eso es, ángel. –Meses de estar obsesionado con llenarla como un pervertido por fin se hacen realidad.

Gruño y mis huevos se tensan, listos para correrse; preparados para vaciarme dentro de ella con ese instinto que no tiene sentido considerando mi pasado, pero que Layla me despierta.

Unas ganas locas de hacerla mía.

De marcarla. De poseerla. De engendrar.

A medida que se hunde sobre mí, sus paredes se estiran y esa sensación de su calor envolviéndome es una avalancha, una obsesión primitiva que va directo a mi polla. Mis ojos rebotan entre su rostro y el punto donde su coño rosado se traga cada parte de mí.

El placer arde y se acumula en mi espalda baja. Jadeamos. Layla me cabalga con destreza hasta hundirse por completo, y su peso se asienta sobre mí.

–Joder, oh Dios...

–Lo sé, nena. –Aprieto más fuerte.

Entrecierra los ojos porque también lo siente. Está llena, casi completamente empalada.

–Dios. La tienes enorme.

–Eso es, ángel. Lo estás haciendo muy bien. Mírate, así de llena, te entra toda. –Como si hubiera sido hecha para mi polla. Envueltos en vapor, apenas soy consciente de lo fácil que es perder la noción del tiempo con ella.

–Colt... –gime, medio susurro, medio quejido, y siento todos mis músculos tensarse. Su vagina mojada me exprime y casi no puedo aguantar.

Entierro los dedos en su cadera. Me va a hacer ver las estrellas.

–Dios. No voy a durar mucho así. Dios, esto está demasiado bien.

–Por favor. Estoy muy cerca. Por favor, córrete dentro de mí.

–Joder. –Es todas mis fantasías hechas realidad. La arrastro hasta mi boca, sosteniéndola firmemente por la garganta mientras se hunde en mis labios. –Móntame. Fóllame duro y rápido como sé que quieres; después bajamos la velocidad, porque aún no he terminado contigo.

Sus labios tiemblan sobre los míos mientras jadea.

–Está muy adentro... oh, Dios... oh, Dios.

–Así es. Santo cielo. –Es como que me apriete el puño más cerrado.

–Colt... joder... acaba conmigo.

–Tranquila, nena. Estoy aquí contigo. –Le muerdo el labio inferior, mi mano se mete entre nosotros para frotar su clítoris hinchado.

El placer la desborda, grita en mi boca, y yo lo siento todo. Estoy tan enterrado en ella que no me importa que esta vez sea breve y desesperado, porque pienso marcarla entera. Una y otra vez.

Nos envuelven los gemidos cuando llega. Mi orgasmo explota, disparándose en oleadas desde mi columna. Un gruñido me sacude el pecho y el calor se desborda en mi vientre.

–Mierda. Joder.

Layla se rinde al éxtasis, balbuceando palabras mientras le muerdo el labio.

–Oh, Dios. Me corro. Me corro.

–Ángel. Oh, joder. Ahhh. –Estoy perdido en estas ganas salvajes que me arrasan. Se me hinchan los huevos, la polla late y me atraviesa una torrencial descarga. Apretada. Hambrienta. Vaciarme dentro de ella es la sensación más increíble.

Layla me muerde el cuello mientras su coño sigue apretándome y no puedo parar de correrme. Maldita sea. La chica que está en mi regazo aunque no debería. La que no debería tocar. La que no

debería haber penetrado. Ahora está llena de mi semen, jadeando mi nombre.

No hay nada más que el retumbar de mi sangre en los oídos y mi corazón intentando escapar del pecho mientras flotamos en este momento prohibido. Yo. Ella. Nosotros. La certeza de que ya habíamos cruzado la línea, pero ahora hemos ido demasiado lejos. Sin retorno. Y, aun así, algo nos une de una forma que nunca había experimentado con nadie.

De inmediato ruge algo en mi interior a pesar de estar al borde de la inconsciencia.

No quiero que nadie más conozca a Layla así.

Es mía.

No puedo dejarla ir.

Aunque tenga que hacerlo.

Tendré que aprender a vivir con esta maldición, ahora que sé lo que es probar la fruta prohibida.

–Ven aquí, ángel. –Me duele la garganta. Como si tanto jadeo me hubiera dejado ronco

–Mmm… Dios… nunca hice nada más sexi que esto. –Layla suena somnolienta de orgasmos y es preciosa. Sus labios carnosos y su lengua dejan una línea caliente y húmeda por mi cuello. Pincela unos besos sobre mi mandíbula hasta que nuestras bocas se encuentran.

A mi polla no le interesa descansar, porque se pone dura en cuanto nuestras lenguas se encuentran y vuelven a acariciarse. Toda la sangre de mi cuerpo vuelve a bajar, y siento cómo mi erección late en respuesta a la manera en que se frota sobre mí.

Gime cuando le chupo la lengua.

–Quiero estar enterrado en tu coño toda la noche. –Recorro con las palmas su columna y bajo hasta el trasero blando y suave. Aunque sigo metiéndola, siento cómo arquea la espalda y busca mi caricia mientras amaso su carne.

–Es lo que más quiero. –Jadea y se aprieta a mi alrededor mientras juego con su culo. Separando y abriendo, pero sin tocarla de verdad… todavía. Solo disfruto de lo bien que encajamos.

–¿Quieres más, ángel? ¿Quieres que te llene otra vez? ¿Quieres que vuelva a chorrear semen de tu interior?

Un escalofrío de placer le recorre el cuerpo como única respuesta. Cuando se mueve, siento el líquido pegajoso deslizándose entre nuestros cuerpos apretados. Pienso que la próxima vez quiero mirar. Quiero verla cubierta de mí, y juntar lo que caiga con los dedos y volver a meterlo en ese agujero apretado.

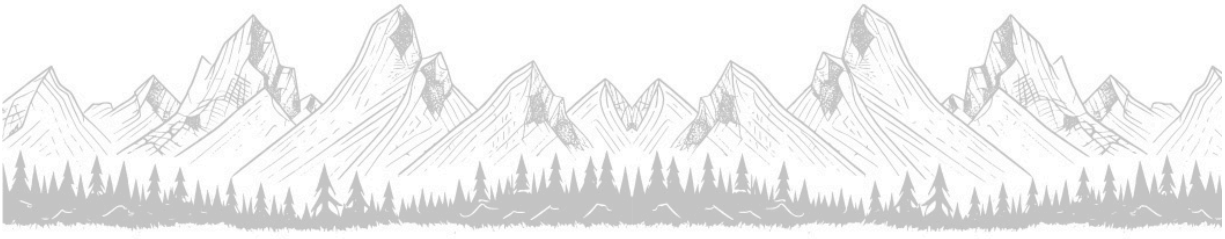
No tengo ni idea de dónde demonios ha salido este impulso bestial y primitivo que me provoca.

–Sí. Por favor. –Layla asiente contra mi cuello, y no tengo la más puta idea de qué voy a hacer cuando se acaben estas dos semanas.

Pero por ahora me hundo, y, al igual que la tormenta y la nevada que nos han aislado en la cima de esta montaña, me entrego a su placer hasta que amanezca sobre Devil's Peak Ranch.

Mis labios encuentran su oreja, y las palabras fluyen con naturalidad:

–Tus deseos son órdenes.



Capítulo 24

Layla



–¿Perdón? ¿Así tratas a tu persona favorita?

Winnie resopla y me da otro empujón insistente, exigiendo más caricias detrás de la oreja. Por supuesto que le doy el gusto.

–Lo estoy intentando. No me ayudas nada con tu demanda permanente, ¿sabes?

Le importa un pimiento y sigue hurgando en mis bolsillos como si fuera un mapache bandido y no un caballo de media tonelada con la sutileza de una pared de ladrillos.

–Tu jefe se va a quejar si no termino rápido. –Eso solo es parcialmente cierto. No creo que a Colt le importe demasiado si me atraso con los caballos. Aunque sí vendrá a arrastrarme adentro si no he terminado para cuando regrese del trabajo. Mientras yo me ocupo de los corrales y el patio, él ha ido a reparar las cercas del perímetro.

Se me aprieta el coño por las ganas de volver a verlo después de haber estado un rato separados. Tampoco ha sido tanto tiempo. Me

hizo correrme con la lengua y gemir su nombre bien temprano esta mañana.

Ha sido una semana entera de entregarnos sin reservas a nuestra curiosidad; sin duda, podría acostumbrarse a estar a merced de Colton Wilder.

Mi vaquero folla como un dios y me trata como a una princesa, y soy dolorosamente consciente de que nuestro tiempo juntos se acerca a su fin.

Me enamoré del padre de mi exnovio, y la peor parte es que en cualquier momento pueden reabrir el camino de la montaña: venimos con una racha de clima despejado y más cálido; dicen que la patrulla de las carreteras está avanzando a buen ritmo y sin contratiempos.

He rezado en secreto todas las noches para que algún imprevisto los retrase:

«Hola, soy yo, Layla... otra vez. ¿Hay alguna posibilidad de que mandes una tormenta imprevista para seguir atrapada en este paraíso nevado con un hombre que me dobla en edad y tiene una polla enorme?».

–Que se vayan a cagar con ser tan eficientes –murmuro en voz alta, y Winnie asiente en silencio. O quizá me esté juzgando, no lo sé, porque me han visto desnuda demasiadas veces en la última semana, así que puede ser cualquiera de las dos.

A Colt le gusta sorprenderme aquí fuera, y es lo más excitante del mundo cuando me sorprende desprevenida trabajando en los establos.

Hemos follado en prácticamente todas las superficies. Me caliento de solo pensar en que un vaquero sexi me incline sobre la madera mientras me gruñe al oído lo bien que me entra y lo bien que me veo llena de su semen.

Resulta que, cuando compartes con alguien una fantasía que nunca antes habías explorado... es difícil parar.

–Quédate quieta, ángel.

Nuestras frentes se tocan, húmedas de sudor, mientras bajamos del frenesí de haber follado como locos sobre la encimera de la

cocina. Me abre todo lo posible las rodillas; jadeando, con los corazones desbocados, miramos, hipnotizados y terriblemente excitados, cómo pasa dos gruesos dedos por mi entrada, recogiendo la abundante eyaculación, y luego los hunde de nuevo dentro de mí.

–Joder. Estoy muy caliente… –Mi coño se contrae en respuesta a mi rudo vaquero que empuja dentro de mí porque quiero más.

–Dios. Mírate. Estirada por mis nudillos, goteando orgasmo –murmura Colt con sensualidad.

Ya tiene la polla medio dura.

Y yo estoy a medio camino de suplicarle que me vuelva a llenar con su semilla.

Tengo que sacudirme la ensoñación que amenaza con arrastrarme de nuevo a los recuerdos de él aprovechándose de mi cuerpo como tanto nos gusta.

¿Es posible volverse adicta tan rápido?

Es un pensamiento peligroso, porque sé que puede desatar un reguero de malas noticias.

Lo nuestro puede terminar en cualquier momento, y mi estúpido corazón se estruja ante la idea de no estar nunca más en los brazos de Colt.

No soy idiota. Acepté esto sabiendo el riesgo que suponía estar juntos mientras la nieve nos tenía atrapados aquí arriba, en lo alto de esta montaña. Por mucho que me duela admitirlo, desde el principio supe que Colt nunca me elegirá por encima de su hijo, y yo le quiero demasiado como para pedirle una cosa así.

No me sale ser egoísta, no sirvo para eso y, como buena mártir, no voy a interponerme entre él y su hijo. Sé lo que es tener un padre ausente, y aunque Kayce (por más, inoperante) sea un adulto hecho y derecho, él y Colt merecen la oportunidad de una relación a largo plazo.

Las mariposas que revolotean en mi vientre me recuerdan que mis sentimientos me traicionan. Este hombre me ha arrastrado mar adentro, ya no veo el horizonte; solo puedo seguir braceando y mantener la cabeza sobre la superficie.

Quiero frenar y hundirme, caer, dejarme abrazar por su calor, su aroma y sus brazos fuertes.

Estaría encantada de ahogarme en una sola gota de él.

Miro el reloj en mi teléfono, sé que falta por lo menos una hora para que Colt regrese. El clima sigue estable y aún no ha llegado ese momento de la tarde en el que la luz del día se escurre como agua por el desagüe.

Debería estar agradecida porque el ganado no tenga que soportar hielo, viento y condiciones atroces, pero no puedo evitar que mi corazón se aflija por el clima primaveral.

Seguro que Colt va a aprovechar cada segundo de luz para terminar los trabajos en el perímetro de la propiedad, así que puedo ponerme a hacer algo útil hasta que llegue la hora de preparar la cena juntos y perdernos durante horas explorándonos frente al fuego.

Hay cosas para hacer en la parte trasera del granero, donde tenemos una reserva de leña y astillas. Sigo posponiendo llevar leña cerca de la casa porque, caballero como es, Colt me dijo que lo dejara en sus manos; pero soy una mujer adulta: puedo mover madera.

Salgo por la puerta principal, giro a la derecha y sigo por un lado del granero, alejado de las zonas de mayor uso. Ahora que lo pienso, nunca vi a Colt pasar por aquí. Es un cementerio de madera, alambre y esas cosas que a veces son útiles en un rancho y conviene guardar por si acaso.

En esta parte, la nieve no se ha derretido por completo. En esta franja que queda entre el granero y la alta línea de pinos casi nunca da el sol, así que todavía perduran los restos de la última tormenta. Cuando llegué, Colt me enseñó dónde estaba cada cosa, así que avanzo con cuidado hacia la leña, procurando no torcerme un tobillo con algo oculto bajo las capas de hielo y nieve.

Cuando llego a la pila de troncos cortados, diviso una carretilla para llevar la madera hasta la casa. Si lleno el fondo con la leña menuda y luego pongo las piezas más grandes, debería poder cargar una buena cantidad. No es para nada bonito quedarse sin leña a oscuras y con temperaturas bajo cero.

Colt tiene que preocuparse por una cosa menos. Ya es más que suficiente con lo que hace. El sol sigue bajo en el cielo; es el momento perfecto para ocuparme de esto.

Limpio la nieve y el hielo que había en la carretilla, la coloco a mi lado y me giro hacia la pared de troncos apilados. Es más alta que yo, y los trozos más pequeños han sido cuidadosamente colocados en la parte superior. Claro que el vaquero los puso a la perfección... pero a su altura.

Que es bastante mayor que la mía.

Voy a tener que ser creativa, porque, ya sea por pereza o pura terquedad, no pienso recorrer todo el camino de regreso al granero para buscar una escalera.

Estoy segura de que, si me estiro, puedo hacer caer un tronco del borde de la pila para usarlo de escalón y bajar la capa superior de astillas y leña. Una vez que lo consiga, podré llegar a la siguiente desde el suelo.

Con los movimientos más ridículos –consciente de que no quiero que caiga sobre mí una avalancha de madera–, me esfuerzo por alcanzar el borde del tronco. Solo tengo que empujarlo. Está sobresaliendo al frente de la pila: con un pequeño empujón, la gravedad se encargará del resto.

Consigo rozar la corteza, y se mueve un poco, aunque, ahora que lo pienso, puede estar pegada por el hielo. Hace un frío de mierda y aquí no da el sol, pero tengo la determinación de acabar con esta tarea. Ya siento los dedos de los pies medio entumecidos dentro de las botas; me vuelvo a estirar y maldigo al golpear apenas el trozo de madera, que solo se desliza un centímetro.

–Vamos, idiota –murmuro, y esta vez salto un poco, golpeando el borde, lo que produce el efecto deseado. El tronco se suelta y, como no pretendo atraparlo, lo dejo caer con un golpe seco, contenta por tener mi escalón improvisado.

Pero, cuando choca contra la capa de nieve compacta, se me revuelve el estómago. En lugar del ruido que esperaba, oigo un chasquido metálico. Un objeto de acero salta hacia arriba atravesando el manto blanco que lo ocultaba, y los dientes afilados de metal se cierran de golpe.

Es una puta trampa para osos.

Justo frente a la pila de leña y a solo unos centímetros de donde estoy, temblando.

Me resulta demasiado confuso. Mi mente trata de unir las piezas a toda prisa. Colt nunca mencionó osos ni trampas ni nada parecido. Son ilegales, ¿o no? No creo que se haya «olvidado» de señalar algo tan peligroso cuando me enseñó este lugar.

Si hubiera pisado apenas un paso hacia la derecha... si hubiera saltado apenas un poquito más hacia un lado para alcanzar ese tronco... ahora mi pierna estaría atrapada entre esos dientes letales.

Me llevo la mano hacia la boca para ahogar un grito. Estoy helada hasta los huesos, demasiado aturdida como para moverme, demasiado aterrada como para dar un paso. ¿Y si hay más trampas escondidas bajo la nieve? Mis ojos recorren con desesperación el manto blanco a mi alrededor, y con una náusea comprendo que estoy en lo que podría ser un campo minado.

Es imposible saber qué acecha bajo la superficie de esa inocente manta blanca que se extiende en todas direcciones.

–¿Layla, estás ahí? –la voz de Colt llega desde cerca de la entrada del establo.

Oh, Dios. No sé qué hacer. El miedo me ha dejado paralizada, como las estalactitas que cuelgan de los pinos detrás de mí.

–Colt. –Su nombre se me escapa en un graznido. Joder, ¿por qué siento que estoy a punto de llorar? No pienso cuando lo llamo, pero apenas lo veo rodear la esquina del establo, mi pánico se transforma en algo distinto.

¿Y si se hace daño? No puedo ser responsable de una cosa así.

–¡Espera. ESPERA! –Levanto las manos, no reconozco mi propia voz cuando le grito, parezco poseída–. ¡No te muevas!

–¿Layla? –Da zancadas hacia mí, y la sangre retumba en mis oídos cuando veo cómo sus botas pisan la nieve fresca, tentando a la muerte con cada paso.

–Detente... Deja de caminar. No te acerques más –me pican las lágrimas detrás de los ojos. No soy buena para nada de esto, estoy tan confundida y en *shock* que no tengo ni puta idea de cómo manejar la situación.

Por suerte, se detiene y me mira a través de su ceño fruncido y ensombrecido.

–¿Qué está pasando?

–La nieve. Hay trampas. Joder. No quiero que te lastimes. Por favor, no te acerques más –digo en un torrente incoherente de palabras atropelladas.

Mi voz es demasiado aguda, histérica, y Colt acorta la distancia casi corriendo antes de que pueda detenerlo.

–Layla, ¿estás bien? –Se mueve más rápido de lo que yo puedo reaccionar, la preocupación se apodera de su rostro, y yo le ruego en silencio que se quede quieto, que se detenga, que no siga caminando porque no sé qué hacer si otro par de esos dientes de acero brutales salta de la nada.

–¿Qué te ha pasado? Dime dónde te has hecho, cariño. –Está junto a mí antes de que pueda impedirlo. Sus manos grandes me cogen el rostro mientras toda la sangre escapa de mis miembros.

–No te muevas. No des un paso más. Quédate quieto. –Mis puños se aferran a las solapas de su abrigo como si mi vida dependiera de ello, y en este momento eso es lo único que me mantiene en pie.

–¿Te has hecho daño? –repite, con la voz ronca pero suave, fiel a su estilo protector, mientras su mirada avellana, alerta y llena de preocupación, recorre mi cuerpo.

–Trampas –tartamudeo–. Debajo de la nieve.

–¿Trampas?

–Ahí. No sé cuántas. –Se me ponen blancos los nudillos por la fuerza con la que me aferro a su abrigo, porque no soporto la idea de que se siga moviendo. Estoy convencida de que, si no lo inmovilizo con cada gramo de fuerza que me queda, acabará herido.

–¿Dónde? –dice con calma. Está seguro, sereno, y esa actitud obra algún tipo de magia, porque el pánico del que estaba presa hace segundos comienza a ceder.

¿Cómo sabe cómo rescatarme del borde del colapso siempre?

–Junto a la leña. Por favor, no muevas los pies. Quédate quieto. –Dios, ¿cómo puede ser que a mí me tiemble tanto la voz y él sea la viva imagen de la calma? ¿Cómo diablos hace todo esto solo? Él es

sólido como esta montaña, y yo no soy más que un copo de nieve listo para derretirse ante la primera señal de inclemencia.

Colt me atrae contra su pecho; apoya una palma entre mis omóplatos y con la otra me acaricia el cabello. Huele a caballos, a vastas praderas y al sudor de un día de trabajo. Mis rodillas casi ceden cuando ese aroma me atraviesa, calmándome y reconfortándome como si tuviera un superpoder.

–Está bien. –Su voz reverbera debajo de mi oído–. Dejaste huellas en la nieve, nena. Vamos a caminar exactamente por donde ya pisaste antes, ¿vale? Yo iré primero, y tú me sigues. Haremos eso. Aquí estoy.

«Aquí estoy».

Puedo jurar con una mano sobre el corazón acelerado que nadie me ha dicho nunca eso antes. Toda mi vida he tenido que arreglármelas sola. Salvo por el breve tiempo que viví con Evaline.

El día casi cedió paso a la noche; un tono negro violáceo se extiende sobre Devil's Peak cuando llegamos a casa.

Al igual que la noche después de coser al ganado, me dice que vaya a ducharme y, en silencio, se encarga de preparar algo de comida para los dos. Debería ser más fuerte y restarle importancia al asunto, pero el miedo y el frío han agotado mis reservas de energía. Además, tengo la sensación de que, si no le hago caso, es capaz de meterme en la ducha por la fuerza.

Cuando vuelvo a la cocina, no está en la isla, como esperaba, pero nuestros platos ya humean y hay un par de cervezas abiertas. Entonces lo escucho salir de su oficina.

Se detiene frente a mí, coge mi barbilla entre el pulgar y el índice y estudia mis ojos. Hay algo solemne en su mirada, y yo no tengo ni la más mínima idea de qué coño decir. ¿Qué hace falta para que Colt se dé cuenta de que soy un desastre y quiera librarse de mí? ¿Por qué siempre termino desmoronándome en su presencia? ¿O es solo la casualidad de que resulta estar ahí?

No voy a poder superar –pensarlo me aflige– la sensación de tener a alguien que se queda a tu lado incluso cuando te estás viniendo abajo.

Qué castigo tan cruel e inusual.

–¿Estás mejor? –dice en voz baja.

Asiento. Una vez más, disfruto más de lo que me conviene de la aspereza de sus manos y de su cercanía.

–Gracias… –Dejo la frase flotando en el aire. Hay muchas posibilidades de que me largue a llorar de nuevo, y no quiero.

–Vamos a alimentarte. –Inclinando la cabeza, posa un beso suave en mis labios y luego me guía hacia el delicioso aroma de la cena que ha recalentado. Colton Wilder es el hombre perfecto para mí, y nunca he maldecido tanto nuestras circunstancias como en este instante.

Después de sentarnos y comer en silencio durante un rato, Colt carraspea.

–Hay cámaras en la propiedad. No las uso mucho, pero dejo encendidas las que están cerca del establo, por seguridad de los caballos, y otras alrededor de la entrada, en el frente de la casa. Un par de puntos para que cualquiera que entre o salga quede registrado.

Se rasca la barba, sin mirarme, estudiando la etiqueta de la botella de cerveza con una atención casi obsesiva.

–No he visto huellas ni rastros inusuales en el suelo y hace casi una semana que no nieva. Así que, quien haya colocado esa trampa lo hizo mucho antes de la última tormenta. No sé por qué, ni para qué, pero mi instinto me dice que tiene algo que ver con lo que pasó con el ganado aquel día.

Jugueteo con el dobladillo de mi jersey. ¿Qué está queriendo decir?

–Mientras estabas en la ducha, revisé las grabaciones. Las cámaras de fuera se activan cuando detectan movimiento. En general era fauna silvestre, pero...

–¿Alguien estuvo aquí? –exclamo, sin saber si me asusta más la idea de un intruso o la posibilidad de que esa persona haya visto algo entre Colt y yo.

Oh, Dios. De repente siento que el estómago se me da la vuelta. No puede haber sido Kayce –sería incapaz de dañar el rancho o al ganado–, pero ¿y si la persona nos vio juntos y se lo cuenta?

Que mi exnovio se entere de lo mío con su padre por culpa de un extraño en un bar de Crimson Ridge es una auténtica pesadilla.

–No fue «alguien». –Colt aprieta los molares–. La grabación es borrosa y era de noche, pero sé que fueron ellos.

–¿Quiénes? –Aunque ya sé qué va a responder.

–Los Pierson. Tengo todo el derecho a pegarles un tiro en el centro de la frente. Debería haberlo hecho con Alton, el mayor, la noche de la fogata.

Las piezas empiezan a encajar.

–El ganado apareció herido justo después de que uno apareciera en el establo.

Colt inclina la barbilla.

–El día que Henrik anduvo husmeando. Luego cayó la nevada esa noche de la fogata y no se despejó hasta estos últimos días. Así que quien haya puesto la trampa probablemente lo hizo esa misma noche, y lo del ganado seguramente fue una represalia por haberlos amenazado. Esos dos hijos de puta merecen estar en la cárcel, y no merodeando en el rancho haciendo sus mierdas.

–Pero ¿tienes la grabación, no? Podrías llevar la prueba al *sheriff*.

Niega con la cabeza y se pasa una mano por el cabello, despeinándolo.

–No. Tengo unas sombras borrosas vestidas de negro y una corazonada que nunca me ha fallado.

–Pero ¿por qué harían algo así...? ¿Por qué te odian tanto? –Siento que todo esto está vinculado con esa noche en que Colt se quedó despierto con la escopeta en la mano cuidando la propiedad (y a mí).

–Son malas personas. Niños resentidos que quieren repartir su veneno. Solo quieren hacer daño porque se lo hicieron a ellos.

–No entiendo. Esa trampa pudo haber mutilado a alguien. –A ti, quiero gritarle desde el otro lado de la mesa. Es obvio que la colocaron con la intención de herir a quien fuera a recoger leña de esa pila. No hace falta ser muy sagaz para adivinar que el objetivo era Colt.

–Layla. –Su voz es suave, pero me advierte que no siga.

–¿Por qué? ¿Por qué no los denuncias ya mismo? Aunque no tengas pruebas de que fueron ellos, al menos deberías denunciar que alguien se metió en tu propiedad y puso en peligro la vida de los animales y de las personas. –Estoy desesperada por defenderlo. La idea de que cualquiera pueda venir a faltarle el respeto a él, a su tierra, a su trabajo, y encima hayan herido intencionalmente a su ganado, me hace hervir la sangre.

Da un largo trago a su cerveza, mientras yo sigo retorciéndome en mi asiento.

–Colt. Hablo en serio. ¿Por qué los proteges?

Eso sí lo hace reaccionar. Me clava los ojos color avellana con ferocidad. Son como brasas encendidas bajo su ceño fruncido.

–¿Crees que los estoy protegiendo? Esos hijos de puta drogan a chicas y las graban inconscientes mientras se aprovechan de ellas. Se salen con la suya porque siempre logran que parezca que la víctima estaba de acuerdo. Hayes ya ha intentado atraparlos, pero nunca consigue tener una causa sólida con pruebas irrefutables.

Estoy confundida, perdida y enfadada. No entiendo qué tiene que ver todo esto con el rancho, y Colt no está siendo del todo claro.

–Entonces, ¿por qué no denunciarlos?

Echa los hombros hacia atrás y niega con la cabeza.

–Solo... mierda... Es una larga historia, y aunque denunciara por radio una invasión de la propiedad, no podrían hacer nada.

Aprieto los labios mientras lo observo de cerca.

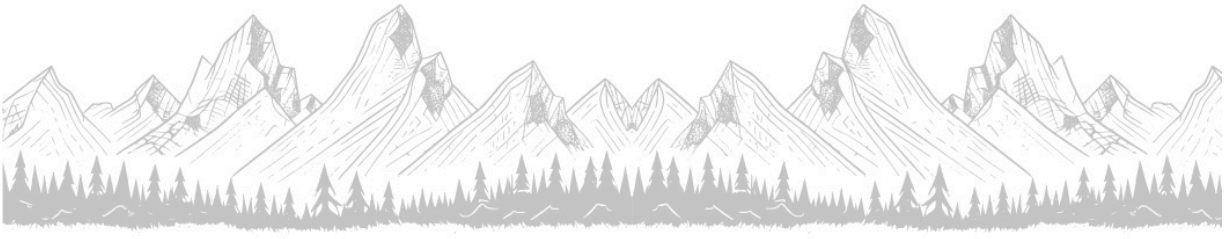
–Ya te había pasado algo así antes, ¿verdad?

Colt me sostiene la mirada y en su rostro hay una expresión que no logro descifrar.

–Lo importante es que no te has hecho daño. –Traga con dificultad mientras me recorre con los ojos, luego se pone de pie para recoger nuestros platos vacíos.

Lo ayudo a ordenar después de cenar, sin poder dejar de pensar en los secretos que guarda este rancho. ¿Qué mochila carga Colton Wilder? Cuando nos acostamos, me atrae contra su pecho, estrechándome fuerte en sus brazos poderosos. Me quedo dormida escuchando el latido de su corazón bajo mi oído, con un deseo profundo de que no tenga que seguir arrastrando esa carga solo.

Aunque mis días en este rancho estén llegando a su fin, odio pensar que él se quedará aquí, sin nadie que lo cuide como él me cuidó a mí.



Capítulo 25

Colt



Tengo miedo de la llamada que puede llegar en cualquier momento.

De un minuto a otro, ese aparato encajado en la base bajo el equipo de mi camioneta podría crepitar con las palabras que no quiero oír.

Seguramente será un imbécil al otro lado de la línea, avisándome todo contento que el camino de la montaña está despejado y que llegarán hasta la entrada del rancho para volver a conectarnos con el resto del mundo.

Nunca sentí tanto rencor hacia los hombres y mujeres que trabajan para mantener esos caminos seguros y transitables. Por primera vez en todos los años que llevo viviendo en la cima de Devil's Peak, no quiero que aparezcan con sus sonrisas radiantes, su camaradería y esa actitud servicial.

Nunca había sentido tantas ganas de seguir escondido, aislado de todo lo que venga de fuera de este rancho.

Un día más. Una hora más. Eso ruego en susurros arrojados al viento para la divinidad que quiera escucharme.

Layla pronto va a escurrirse entre mis dedos. No puedo creer que las dos semanas más cortas de mi vida estén llegando a su fin. Conozco el paso del tiempo como las venas dibujadas en el dorso de mi mano. He cuidado huesos rotos y quemaduras, y me he ganado cicatrices que necesitaron casi un año entero para sanar bien. He esperado nueve meses el nacimiento de un hijo mientras me destrozaban las emociones contradictorias que traería su llegada. Pedí de rodillas que el tiempo pasara más rápido, que la muerte viniera a buscarme cuando no parecía haber final para las palizas ni el dolor, siendo un niño muerto de miedo por el monstruo que estaba a cargo de mi vida.

El tiempo es implacable, y nos conocemos bien.

Nuestro momento juntos se ha acabado tan rápido como el sol se esconde detrás de la cima en una noche de pleno invierno. Durante un breve instante, tuve la oportunidad de bañarme en su fulgor, y ahora tengo que volver a soportar la más larga, fría y maldita oscuridad. Solo.

¿Y lo peor? Ella seguirá aquí.

La chica de mis sueños estará a unos pasos de mi dormitorio; su dulce aroma seguirá impregnado en mi almohada, porque no pienso lavarla; cada vez que me dé la vuelta, veré la silueta de sus rizos cobrizos desparramados sobre mis sábanas; estará en todas partes, y yo no podré acercarme.

Se me forma un nudo en la garganta al saber que, en el mismo segundo en que recibamos esa maldita comunicación del equipo de las carreteras, Kayce volverá. Y no tengo ni idea de cómo voy a sobrevivir a las próximas semanas con los dos aquí, en el rancho, hasta que Layla por fin se vaya.

No voy a interferir en su futuro, porque se ve radiante y lleno de posibilidades. Ella merece tener absolutamente todo lo que ha soñado y no desperdiciar su vida en un lugar como Devil's Peak.

¿Podríamos contárselo? Claro. Pero ambos sabemos que Kayce no es lo suficientemente maduro como para manejar algo así. Ella lo sabe. Yo, por supuesto, también.

Y tengo tanto que compensar con él que no puedo poner mi bienestar por encima del de mi hijo. Sería la peor mierda del mundo

si no fuera capaz de poner nuestra relación de padre e hijo por delante de mis propios deseos.

Quizás en otra vida.

Quizás, dentro de unos años, por algún milagro del destino, ella no haya sentado cabeza con un buen tipo de su edad, y un viejo gruñón como yo tenga alguna mínima esperanza de encontrarla de nuevo años más adelante.

Pero eso no va a pasar, y lo sé.

Ella es demasiado especial, inteligente, hermosa. Apenas se marche de aquí, alguien va a proponerle matrimonio, a hacerla sentir en las nubes, a comprarle todos los caballos con los que soñó.

Juro por Dios que siento crujir una muela por la fuerza con la que aprieto la mandíbula.

–¿Quieres que los alimente yo hoy, vaquero? ¿Me dejas montar ese tractor enorme que tienes? –Me da un codazo juguetón en el hombro desde su lugar en el asiento del copiloto y saca la lengua cuando me ve volver a la realidad.

Me he pasado todo el camino hasta el ganado sumido en mis pensamientos, con los puños apretados en el volante hasta que su broma me devuelve al presente. Ella también ha estado callada, tal vez pensando en lo mismo que yo. En estos días la he sorprendido más de una vez reflexiva o mordiéndose fuerte el labio inferior, como hace cuando algo la preocupa. Pero luego me mira, se sacude las sombras, y me fulmina con la chispa verde de su mirada.

Una parte de mí espera en secreto que esté tan en conflicto con lo nuestro como yo, pero otra parte quiere que se vaya y nunca vuelva a pensar en mí.

La segunda es diminuta, casi inexistente, marchita. El perro rabioso que vive en mi pecho quiere gruñirle a cualquier hijo de puta que se atreva a respirar el mismo aire que ella de aquí a la eternidad.

Una reacción completamente sana y esperable con una chica que tiene la mitad de mi edad… y no puedo tener.

–Adelante. Encantado de quedarme aquí con la calefacción a tope. –Aprieto el volante con las manos, sin perderme la manera en que sus ojos se posan en la curva de mis dedos. Me lo ha dicho más de

una vez: le gustan mis manos. No sé por qué; son ásperas, llenas de cortes, curtidas por los años lidiando con el ganado y reparando cercas.

A la mierda, si va a devorarme con los ojos en esta camioneta, yo voy a aprovechar cada segundo antes de que caiga el último grano de arena del reloj.

Layla tuerce los labios y ladea la cabeza.

–No. Me he arrepentido. Mejor hazlo tú y yo me quedo calentita disfrutando de la vista de tu culo en esos vaqueros.

No puedo con esta chica. Así que, por supuesto, niego con la cabeza y bajo, dejándola ahí, satisfecha, acurrucada en el asiento del copiloto. ¿Sería más rápido si los dos repartiéramos la comida? Probablemente.

Pero ahora prefiero que no pase frío y me observe trabajar. Parece que me he vuelto un viejo idiota adicto a que lo miren.

No tardo nada en cargar, repartir el alimento al rebaño, revisarlos –prestando especial atención a heridas o cualquier señal de que los Pierson hayan vuelto a molestarlos– y regreso corriendo al calor del habitáculo.

Cuando abro la puerta, el sonido de las interferencias y una voz metálica hacen que mi estómago se desplome.

Layla tiene la radio en una mano, y sus grandes ojos se clavan en los míos.

–De hecho, *sheriff* Hayes, Colt está aquí… –dice Layla al micrófono, y me lo ofrece para que siga la conversación.

–Hayes –escupo, casi aplastando el plástico en mi mano al mismo tiempo que cierro de golpe la puerta de la camioneta.

–Malas noticias, Colt.

Se me retuerce el estómago.

–Dime.

–Le estaba diciendo a tu asistente que ha habido una avalancha. Es peor que la de hace unos años.

Mi mente viaja hacia la última vez que el camino quedó prácticamente borrado de la faz de la montaña por un alud provocado por una gran nevada.

–¿Qué quieres decir?

–Necesitamos excavadoras y maquinaria pesada. Lo siento, tío, me sabe mal tener que darte esta noticia, pero no podremos avanzar hasta que muevan las rocas y nos aseguremos de que la carretera sea estable.

Un redoble suena en mi pecho. Probablemente no debería provocarme esta alegría que media montaña se haya venido abajo, pero así es.

–¿Tu gente está bien? ¿No ha quedado nadie atrapado? –Me cuesta horrores no sonar como si estuviera tocando el cielo.

Por el rabillo del ojo puedo ver a Layla mirándome mientras hablo. Se retuerce los dedos en el regazo, seguramente está sacando conclusiones de la conversación.

–Sí, todos bien. Ocurrió durante la noche; lo descubrimos esta tarde cuando pasamos la curva cerrada. Ojalá pudiéramos llegar más rápido, pero calculo que esto nos retrasará otra semana.

Una. Semana. Más.

Miro a Layla, que me lanza una expresión que no logro descifrar. ¿Está contenta? Joder. No sé si podría soportar otra respuesta. Más le vale estarlo, porque, en este momento, el bastardo egoísta que vive en mí está celebrando como si todas las Navidades de mi mísera vida hubieran llegado de golpe.

–Estaremos bien. Tenemos provisiones y el congelador lleno; sabes bien que siempre me preparo para sobrevivir todo el invierno si es necesario.

–Sí, bueno, de todos modos te quería avisar. Si necesitas algo urgente, no seas cabezota y usa la radio, ¿me oyes?

–Entendido. Serás el primero en saber si me clavo un hacha en el pie o una de las reses me rompe las costillas.

–No me jodas, Wilder. Bastante me preocupo por ti como para que encima te hagas el gracioso.

–Te prometo que aquí todo va bien. –Al decir esas palabras, no puedo evitar mirar fijamente a Layla. Ella es lo que está bien, y me alivia saber que ganamos un poco más de tiempo juntos. O, al menos, de retenerla conmigo una semana más.

Una puta semana más.

Mientras termino la conversación con Hayes, siento el corazón golpeando en la parte trasera de mi garganta. Eufórico, cuelgo el micrófono.

Mi vida siempre ha sido dura: cuernos y pezuñas; portones metálicos y cercas de madera; balas y cuchillos.

Hasta que llegó ella.

Layla, envuelta en algodón y encaje, con un tenue aroma a jazmines, me recuerda constantemente que la suavidad y la belleza existen.

Un calor me recorre la columna, y el aire dentro del habitáculo se llena con una suerte de electricidad estática que eriza cada vello de mi cuerpo.

La veo humedecerse los labios con la lengua y tragar; noto que lo hace con cautela... o tal vez sea excitación. Santo cielo, espero que lo segundo, porque muero de ganas de tenerla, y no creo poder aguantar hasta que lleguemos a casa.

Girando para inclinar mi cuerpo hacia el suyo, apoyo una mano en el salpicadero y la otra en el reposacabezas junto a su oído.

–¿Algo que decir, cariño?

Se sonroja, un rubor rosado le decora las mejillas, y sus pupilas se dilatan mientras permanecemos ahí, con el calor de la calefacción manteniendo a raya el frío.

–¿Una semana más sin carretera? –lo dice despacio. La sensualidad moja cada una de esas palabras al deslizarse por su lengua.

–Sí. ¿Te parece bien?

Mordiéndose el labio inferior, Layla asiente como respuesta.

–Quiero llevarte a conocer un lugar mañana. –He pensado en ir varias veces, pero está en la parte más lejana del rancho y estas dos semanas han pasado tan rápido que no tuve tiempo de planear la excursión. Ahora que me han regalado esta oportunidad, no pienso dejarla pasar.

–¿La Cima? –pregunta pícara y un poco agitada; me alegra no ser el único que está alterado.

Gruño.

–Mucho mejor que la Cima. –O, al menos, eso espero que piense cuando lo vea.

–¿Está dentro del rancho? –Se mueve inquieta en su asiento.

Inclinándome un poco más cerca, le digo que sí.

–Tendremos que ir a caballo y hacer las maletas para pasar la noche. ¿Tienes ganas de salir a una aventura conmigo, ángel?

Los ojos de Layla rebotan entre mi boca y mis ojos. Se me empalma por las ganas que veo en su expresión. Tengo una idea peligrosa: mandarlo todo a la mierda y esconderla en mi lugar en el mundo.

Se acomoda en el asiento del copiloto y luego se inclina hacia delante, pasando un dedo por el borde de mi sombrero.

–Lo que me imagino cuando pienso en estar con un vaquero.

Una sonrisa tironea de la comisura de su boca mientras bate esas largas pestañas.

–¿Sabes qué? Cuando te conocí, me pregunté cómo sería estar contigo en el asiento trasero de tu camioneta.

Mi polla se pone dura apenas la escucho. ¿Esta preciosa criatura quiere hacer cosas conmigo en el asiento trasero? Oficialmente, he muerto y me he ido al cielo.

–¿Ah, sí? –Mi lengua empuja contra la mejilla. A la mierda con el cielo, me voy a ir directo al infierno.

Con un brillo diabólico en los ojos, Layla me roba el sombrero y se lo pone sobre su sedosa melena.

Oh, ya empezamos.

–Mmm. Todavía no conozco todo lo que este rancho tiene para ofrecer. No quisiera irme sin ver el paisaje desde el asiento de atrás.

Se me escapa un gemido.

–¿Cómo de mojada estás?

Layla aprieta sus muslos y se lame los labios.

–¿Por qué no vienes y lo averiguas?

–¿Quieres hacerlo en mi camioneta, cariño? Si vas a sentarte ahí con mi sombrero, provocándome con promesas, entonces más te vale mostrármelo.

Layla suelta un pequeño gemido y desabrocha sus vaqueros, deslizando la mano dentro de sus bragas mientras mis ojos

hambrientos devoran la forma en que se retuerce en el asiento del copiloto.

–Eso es. Acaríciate el coño. Estás empapada, ¿no?

Mi chica deja escapar un leve quejido al encontrar su clítoris, y yo chasqueo la lengua.

–Nada de frotar todavía. Sé buena y déjame ver.

Quita la mano, y puedo ver el brillo que cubre sus delicados dedos. Mierda. Me late la polla. Quiero atrapar su mano y chupar todo su placer, pero ella tiene ganas de jugar, y yo sé cómo llevarla al límite.

–Pruébate –ordeno. Y, como buena chica que es, se mete los dedos en la boca y deja escapar un ruidito excitado. Sus labios enrojecidos forman una «O» alrededor de los nudillos, y yo imagino esa misma expresión cuando recorra toda mi erección. Maldita sea, me encanta cómo se atraganta con mi polla porque sé lo mucho que se moja cada vez que la tiene en la boca.

–Joder, nena. Mírate. Chorreándome todo el asiento de las ganas que tienes de que te llene.

Gime con los dedos aún en la boca.

–Tal vez te haga esperar un poco. –No tengo ninguna intención, pero es divertido jugar con ella. Se excita todavía más cuando me hago el malo.

Aunque hoy parece que tiene otras ideas en mente. Me lanza una mirada cargada de lujuria y luego empieza a trepar hacia el asiento trasero, regalándome la vista más tentadora de su trasero.

–Entonces voy a tener que mostrarte lo que te estás perdiendo.

Al principio no me muevo; por alguna razón, no puedo. Sigo atrapado en la incredulidad de haber ganado tiempo, mientras siento que en cualquier momento voy a despertar y todo me será arrebatado.

Hay una chica despampanante, jadeando y mojada en el asiento trasero de mi camioneta. Siento que la sangre en mis venas se convierte en lava.

Con una mirada firme para advertirle que no pienso perderme nada de esto, la sigo. Como siempre. La seguiré a donde sea que vaya porque no quiero que nunca más esté sin mí. No quiero pensar

demasiado en eso ni en lo que venga después porque puedo volverme loco.

Así que, por ahora, lo dejo todo a un lado, como si así fuera a desaparecer.

–Por favor, quiero sentirte dentro... Por favor. –Mientras suplica, grabo en mi mente la imagen que tengo frente a mí: tiene una mano metida en los pantalones, la espalda apoyada contra la puerta, mi sombrero sobre su cabeza. Es lo más sexi que he visto en la vida. Estoy goteando, latiendo de ganas de meterme en ella, pero hace demasiado frío para desnudarnos por completo, incluso con la calefacción a todo lo que da.

Tomo sus muslos y me arrodillo, un poco encorvado frente a ella. Devoro cada movimiento de sus dedos bajo la tela, cada gemido que gotea de sus labios.

–Nena, ¿cómo lo vamos a hacer? Muero de ganas, pero no puedo sacarte esos pantalones.

Se muerde el labio.

–Lo sé...

Apartando la mano, se desabrocha la bragueta y los desliza por debajo de sus caderas.

–Sabes cómo me gusta lo profundo que llegas cuando me das por detrás. Imagina lo bonito que va a ser.

El asiento trasero de mi camioneta arde más que el sol.

–Dios, te quiero desnuda y en mi regazo. Quiero que me cabalgues como loca para poder morderte los pezones mientras te corres sobre mi polla.

–Yo quiero estar inclinada sobre el asiento trasero y que me des hasta que olvide mi nombre, vaquero.

–Joder, preciosa. –El corazón me retumba, el cuello me arde, y me paso una mano por la mandíbula–. ¿Cómo puede una boquita tan bonita decir cosas tan sucias?

–Por favor.

Los ojos verdes musgo mezclados con esas palabras suplicantes activan un peligroso interruptor. Es demasiado para mí. Ella es demasiado. Aunque no debería tener a esta chica, ni recibir el regalo

de su picardía, su dulzura y su entrega, igualmente me lo ofrece y eso enciende una mecha en mi pecho.

Las palabras salen antes de que pueda detenerlas.

–¿Quieres que te meta la polla y te haga tragar el asiento de cuero mientras te follo por detrás?

–Oh, Dios. Oh, Dios. Sí. –Layla se gira, mi sombrero se le cae de la cabeza y aterriza en el suelo mientras se lo vuelve a colocar. De rodillas, con los vaqueros bajos y el trasero apuntando hacia mí, es un sueño hecho realidad.

–¿Quieres ser mi vaquera putita? –Acaricio su entrada con el nudillo, encontrando la mancha empapada en sus bragas y frotando justo sobre ese punto, antes de que mis manos se escurran por debajo.

Gime más fuerte al sentir el contacto. Su piel desnuda, tan delicada, me espera solo a mí. Arquea la espalda para darme un mejor acceso a su coño, y suelta esos sonidos que hacen que me duela la polla y me palpiten los huevos.

–Joder. Sí. Úsame. Por favor.

Santo cielo, ¿qué tiene esta chica que me devuelve a un estado primitivo?

–¿Es demasiado? –digo con voz baja, áspera y ronca, mientras toco su trasero y aprieto su carne con la otra mano.

Es muy fácil perder el control, pero no quiero que olvide lo mucho que la adoro. Porque cada palabra que le digo, o cada instante que paso dentro de ella –por más duro, intenso y sucio que sea en el calor del momento– solo es para adorarla.

–No. Es perfecto. –Gira la cabeza para mirarme por encima del hombro y me regala sus ojos–. Es tan sexi Tú eres muy sexi cuando hablas así.

Se retuerce, trata de empujarse hacia atrás contra mis dedos, que juegan con ella bajo esas bragas empapadas, y yo estoy muy cerca de perder la cabeza.

–Bien. Porque, si vas a provocarme así y a rogarme que te folle, primero voy a comerme este dulce trasero hasta dejarte temblando.

De un tirón brusco aparto la tela sedosa a un lado, revelando lo húmeda y enrojecida que está en la cima de sus muslos. Layla deja

caer la cabeza contra el asiento mientras la abro como si fuera un festín. Cada centímetro de ella está expuesto para mí, y la sangre me hierve en las venas cuando bajo la cabeza y saboreo cada una de sus reacciones. Deslizo la nariz por su hendidura, y ella da un saltito cuando me siente ahí.

No me he aventurado mucho por aquí en estas últimas dos semanas; estuve más concentrado en su coño, pero está claro que Layla no retrocede ante la idea. Joder, es tan sexi.

–Eres perfecta, ángel. Este trasero me ha estado tentando durante semanas. ¿Vas a regalarme todos tus agujeritos?

Ella emite un sonido ahogado, jadeante y desesperado, que se convierte en un gemido cargado de lujuria mientras mi boca explora su trasero. Que sea tan receptiva me hace sentir más ganas. Me consume la necesidad de hacerla temblar y que su coño chorree, para que cuando le meta la polla no le falte nada para desmoronarse.

Giro la lengua sobre ese pequeño y apretado punto de nervios, la lamo, la chupo y devoro cada gemido ahogado que suelta. Dios, es lo más sucio y perfecto del mundo, y el simple hecho de tener más tiempo con Layla cuando ya me había resignado a perderla me provoca un mareo.

–Colt… oh, joder… –Tiembla y se arquea bajo mi lengua mientras presiono con más fuerza ese agujero delicado y prohibido, explorándola, adorándola, devorándola como un hombre hambriento.

Se empuja ligeramente hacia mi rostro.

–Dios, me gusta mucho.

Tal como sospechaba, a mi chica le gustan las cosas sucias. El gemido va directo a mi polla, y no puedo resistir más. Voy a explotar si no se la meto.

Apartándome, le doy un mordisco juguetón en la nalga, una advertencia para que no se mueva, y luego lucho con mi cinturón para liberarme de los pantalones. Me arde todo el cuerpo, como si estuviera en llamas. Es como si alguien hubiera puesto mis sentidos en alerta, y la sangre que viaja por mi cuerpo –concentrada sobre

todo en el miembro erecto– fuera el combustible corriendo, ansioso, listo para embestirla hasta que grite mi nombre.

Aparto su ropa interior; el cuerpo de Layla ya está más que listo para recibirme. Su entrada está caliente, suave y me permite avanzar entre la humedad.

Joder. No podría ser mejor. Su interior sedoso está más apretado de lo normal porque los vaqueros le juntan los muslos, y tengo que abrirme paso por la fuerza dentro de ella. Los dos estamos como locos; esto quedará grabado como uno de los momentos más sexis de mi vida.

–Mmmmierda. Así, sigue así. –Clava los dedos en el asiento. Gira la cabeza y puedo ver el rubor intenso que cubre sus mejillas, haciendo juego con el tono oscuro de sus labios hinchados. Es perfecta.

–Te ves increíble, nena –digo en un gruñido–. Te entra como si hubieras sido hecha para mí.

Su coño rosado e hinchado me aprieta la polla y la devora centímetro a centímetro mientras me entierro en su interior. Se aferra a mí como un torno, y mientras la meto y la saco empiezo a ver manchas y estrellas, la puta Vía Láctea completa.

–Quiero verte chorrear, nena; quiero ver todos tus preciosos agujeritos llenos de mí. ¿Te gusta la idea?

–Dios, sí. –Layla gime más fuerte–. Después... –Su rostro se crispa con un deseo desbordado cuando golpeo ese punto con la polla y dejo escapar un grito–. Después quiero que lo vuelvas a meter. Por favor, por favor.

Dios. Me duelen los huevos.

–Joder, qué buena chica.

Ella sabe que eso nos enciende a los dos, y me pierdo en la niebla del placer que nos reclama. La embisto una y otra vez, mientras la camioneta se sacude, los cristales se empañan y no existe nada más fuera de este asiento trasero, nada más que lo bien que me hace sentir.

Nuestro orgasmo crece en sincronía, y siento la tensión en los huevos. Un cosquilleo me recorre la columna, y consigo meter una mano bajo el frente de sus bragas mientras con la otra le sujeto con

firmeza la cadera. Solo hace falta una caricia sobre el clítoris para que comiencen esas contracciones que me hacen perder la cabeza. Mientras acaricio ese botoncito sensible, Layla se deshace en mí.

–ColtporfavorohDiosmío. –Temblando y gimiendo, su coño me exprime con tanta fuerza que me arrastra directo al precipicio.

Se rompe el ritmo de mis embestidas, mi polla late, descargo, bombeo hacia delante, derramándome muy profundo. Nunca voy a superar esta sensación de que no haya nada entre nosotros, de sentir cómo mi semen la llena, cómo retiro la polla llena de la evidencia de que es mía, pintando sus paredes internas con mi semilla.

Santo cielo.

Mi pecho sube y baja a toda velocidad y se me nubla la visión. Me muevo en embestidas lentas contra su trasero hasta el fondo y me quedo allí. El sudor moja mi frente y caigo hacia delante, repartiendo besos suaves por la espalda y el cuello de Layla. Ella se gira, me entrega su boca y los dos jadeamos.

Unas palabras muy específicas amenazan con escaparse y tengo que tragármelas. Quiero confesárselo todo, pero este no es el momento. Ha habido cientos de pequeños instantes en los que he sentido este impulso, pero aquí, enterrado en ella, todo se intensifica.

Layla gime contra mi boca el ronroneo más dulce de placer.

–¿Qué tal ha sido la vista desde el asiento trasero? –Muerdo su lóbulo y disfruto del estremecimiento que le recorre el cuerpo.

–Extremadamente sexi vaquero.

–Me gusta verte llena de semen en el asiento trasero de mi camioneta. –Le muerdo la oreja, y me retiro. Sujetando sus caderas, observo cómo mi orgasmo empieza a brotar en su entrada. Layla apoya la cabeza contra el asiento; se la ve tan a gusto, tan satisfecha y perdida en el éxtasis. La bestia dentro de mí ruge como un animal salvaje porque sé que fui yo quien le ha dado esto.

–Quédate quieta, ángel. –Paso los dedos por el semen que gotea de ella y lo vuelvo a meter. Layla deja escapar un gemido. Arquea la espalda y empuja contra mí. Sí, le encanta que haga eso, y es lo más sexi que he visto en mi vida.

–Mira cómo te gusta jugar sucio. –La aspereza de mi voz me sorprende a mí mismo. Repito el proceso, cada vez metiéndome más en su hinchada entrada. Es tan fácil perderme en la fantasía de reemplazar los dedos por mi polla, hundirme otra vez en ella y volverla a llenar…

Por la manera en que Layla tiembla y gime suavemente, diría que siente exactamente lo mismo.

Cuando meto los dedos hasta el segundo nudillo, cubiertos de mi orgasmo, me fulmina con esos ojos verdes.

–¿Quieres probarnos, ángel? –La estoy penetrando con los dedos, lentamente, devolviendo mi semen a su interior, y, apenas digo esas palabras, Layla asiente. Abre la boca y saca la lengua, muy obediente.

Se le nubla la vista al sentir que me retiro y vuelvo a empujar, recogiendo la humedad. Me inclino sobre su espalda, deslizo los dedos entre sus labios suaves y la dejo envolverlos con su lengua. Lamiendo, limpiándome, gimiendo bajito mientras lo hace.

–Joder, ángel. Me va a costar mucho salir de aquí.

Me muerde suavemente los dedos, haciendo un ruidito dulce de satisfacción.

Sigo flotando, pero no podemos quedarnos demasiado. El sol ya se ha escondido, y tenemos que entrar en calor. Tendremos tiempo de sobra hasta que vuelva a amanecer para volver a enredarnos.

Le pongo bien las bragas, le subo los vaqueros hasta las caderas y la siento de lado sobre mi regazo.

–¿Estás bien? ¿Ha estado bien? –Solo quiero abrazarla y besarla con ternura. Sé que deberíamos movernos, pero está muy cariñosa y me cuesta despreciar el regalo de tenerla así.

Layla me mira con una expresión aletargada, me aprieta el pecho, enreda sus dedos en mi cabello y asiente:

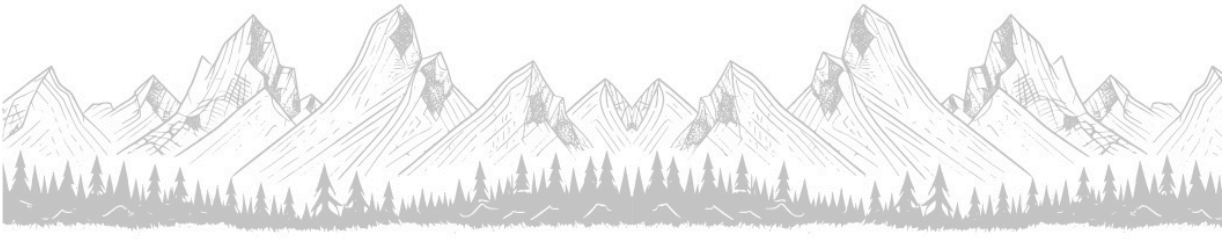
–Ha sido increíble.

Apoyando nuestras frentes, mi corazón retumba detrás de mis costillas. Estoy perdido en ella.

–¿Baño y comida cuando lleguemos?

–Me gusta la idea.

Sí. A mí también.



Capítulo 26

Layla



Hace casi una hora que miro el trasero del padre de mi exnovio sin disimulo.

Santo cielo, ese hombre sí que sabe llevar los Wrangler.

Subimos a caballo por un sendero cada vez más rocoso y angosto, que se enrosca por una formación escarpada en los límites del rancho. Para mi deleite, he tenido la suerte de seguir a Colt mientras marca el camino.

Aunque sospecho que Peaches sabe exactamente adónde va, por la forma en que levantó las orejas y porque casi no hizo falta guiarla. De hecho, me sentí como una turista mimada. Imagino que Peaches debe de haber recorrido este sendero muchísimas veces a lo largo de los años con los visitantes que hacen cabalgatas en el rancho.

Es una mañana soñada: cielo azul sobre mi cabeza, aire fresco con un deje primaveral, y un vaquero hermoso para disfrutar cada momento. Ver sus amplios hombros, su habilidad con el caballo, observarlo en su elemento... no puedo dar por sentada semejante bendición.

El destino al que nos dirigimos es un misterio, pero me pidió que hiciera las maletas para pasar una noche fuera de casa. Donde sea que vayamos, espero, al menos, que haya un fuego para acurrucarme. Estoy segura de que Colton Wilder es totalmente inmune al frío, pero a mí se me entumecen los dedos de los pies con solo mirar la nieve, y no estoy hecha para sobrevivir tumbada sobre el suelo de tierra bajo las estrellas.

Quizás ese sea el plan: obligarme a abrazarlo para entrar en calor. No es que me moleste; al contrario, estaré encantada.

Cuando los caballos llegan a la última cresta rocosa, abro los ojos de par en par. Frente a mí aparece el paisaje más hermoso que jamás podría haber imaginado: una vista panorámica que se extiende sobre las puntas afiladas de los pinos que cubren la montaña, mientras que Devil's Peak se alza en el horizonte y vigila con su imponencia la meseta principal del rancho. Puedo distinguir unas diminutas manchas oscuras: es el ganado pastando feliz cientos de metros por debajo.

Entonces diviso una cabaña muy pintoresca, con techo a dos aguas, de una sola habitación que, a juzgar por su tamaño, podría alojar como máximo a cuatro personas. Es un lugar perfecto, digno de una postal, escondido entre pinos y coníferas, bañado por el brillo centelleante del sol. Todavía hay algunos montículos de nieve en zonas de sombra, como si el paisaje hubiera sido espolvoreado con un toque de paraíso invernal.

Detrás de la cabaña se alza un pequeño establo para los caballos, y, mientras trato de asimilarlo todo, un murmullo de agua me llama la atención. Justo al lado de la cabaña, un pequeño arroyo serpentea entre rocas y vegetación.

Ni siquiera noté cuando Colt se bajó de su caballo. Su cálida palma encuentra mi muslo, miro esos ojos color avellana y los rizos oscuros y despeinados asomando bajo el ala negra de su sombrero.

–¿Qué es este lugar? –Me quedo boquiabierta. Es simple y hermoso, y me recuerda a Colt. No puedo explicar bien por qué, pero tiene su energía. Mucho más que la casa elegante de abajo.

En sus ojos hay un brillo arrogante cuando vuelve a palmear mi muslo enfundado en vaqueros, animándome a levantar la pierna

para bajar.

–Esta es la cabaña donde se alojan los senderistas durante el verano. Los traigo una o dos noches para que disfruten de esta parte de la propiedad. Hay algunos senderos más que los caballos conocen en esa dirección. –Señala con barbilla hacia los árboles y acaricia el hocico de Peaches cuando ella lo olfatea con un resoplido. Si esto es indicio de algo, puedo imaginar los paisajes impresionantes que debe haber allí arriba.

–Es precioso. –Giro sobre mi eje, un poco mareada y completamente abrumada por todo lo que mis sentidos intentan asimilar a la vez–. Espera, ¿cómo puede haber un arroyo corriendo a esta altitud y en esta época del año?

Colt toma las riendas de ambos caballos, guiándolos hacia el establo.

–Mete la mano. –Es lo único que me dice por encima del hombro.

Una instrucción rarísima, pero me intriga, así que obedezco. Me quito el guante e incluso sin tocar el agua puedo sentirlo. Al acercarme más, noto pequeñas nubes de vapor elevándose en el aire. Y, en efecto, cuando sumerjo la punta de los dedos, el agua cristalina no tiene el frío helado que cabría esperar. Es como meter la mano en una bañera de agua tibia.

–Qué locura –murmuro en voz baja, más para mí que para él. Sumerjo toda la mano. Es increíble, y cuanto más hundo los dedos, más cálido está.

–Ahora sabes por qué se llama Devil's Peak –Colt vuelve hacia donde estoy inclinada–. La montaña está llena de manantiales termales; el agua subterránea brota aquí caliente todo el año. No importa cuánto baje la temperatura, este arroyo siempre parece climatizado. Además, es buenísimo para el ganado. Está lleno de minerales y sustancias que les sientan bien.

Niego con la cabeza, pero no puedo evitar sonreír.

–Es genial.

Colt parece más joven, como más ligero.

–¿Vienes mucho aquí? –Me levanto y automáticamente me acurruco contra ese pecho ancho, rodeando su cintura con mis brazos. Cierro los ojos cuando él me responde con un abrazo fuerte.

Dios, soy tan débil.

–Durante el verano, más o menos una vez por semana; depende de los grupos que tenga, pero no es igual si hay otras personas. Intento escaparme un par de noches de vez en cuando. En general paso el rato cortando leña para los meses más fríos, pero en realidad es solo una excusa para despejar la mente.

–Te gusta este lugar.

Lo veo asentir y oigo un sonido grave, que sale de él justo bajo mi oído.

–Viví en esta cabaña mucho tiempo antes de construir la casa principal. Aquí vine después de derribar la pocilga que era la casa de mi abuelo. Construí este lugar, y pasé mucho tiempo pensando qué demonios iba a hacer con mi vida. –Flexiona los dedos contra mi espalda.

Yo podría quedarme aquí, envuelta en el aroma a cuero que desprende y en la profundidad de su voz.

–Amaba demasiado este terreno como para irme cuando murió. Pero en ese entonces, estaba lleno de rabia y resentido por la suerte que me había tocado. Este lugar me ayudó a recordar lo que más amaba del rancho; aquí fue donde me escondí.

Colt inspira hondo el aire de la montaña, yo lo imito y siento que me tranquiliza el alma.

–Después de todo lo de mi abuelo y el nacimiento de Kayce, no tenía nada ni a nadie, y sentí que este sitio me habló, así que me quedé. Al principio me juzgué por aislarme, pero después me di cuenta de que no era esconderme, sino parte del proceso que tenía que atravesar hasta encontrar lo que mi alma necesitaba para sentirse completa otra vez.

Esta es mi versión favorita de Colton Wilder. Lo decido en ese mismo instante. Llevamos solo diez minutos aquí, y ya puedo decir que este es el verdadero hogar de mi vaquero.

Por lo tanto, puede que también sea el mío. Aunque no pueda quedarme con él.

–Para ser honesto... –carraspea–. Este trozo de tierra me salvó la vida.

No puedo ni empezar a imaginar su pasado, pero la paz que reina aquí debió de haber sido profundamente sanadora.

–Bueno, entonces me gusta aún más de lo que me gustaba hace cinco segundos. –Echo la cabeza hacia atrás y le dedico una sonrisa.

Si hace feliz a Colt, entonces acaba de saltar al primer puesto de mi lista de lugares favoritos en todo el mundo.



Un fuego acogedor ilumina la cabaña con un resplandor anaranjado mientras chisporrotea y desprende un calor delicioso. Pasamos toda la tarde revisando el exterior de la cabaña por si necesita reparaciones después de las recientes tormentas y las fuertes nevadas. Estoy segura de que podría haber ayudado más, pero Colt me lo impidió.

Supuestamente, vinimos a hacer tareas de mantenimiento.

Siempre tan pragmático, me explica que es parte de la lista de tareas regulares del invierno. Pero yo estoy convencida de que hay algo más. Lo insinuó anoche en su camioneta: quería enseñarme este lugar. Y me aferro con fuerza a esa esperanza cálida, dulce y ridícula que ocupa el centro de mi pecho.

Colt ha querido traerme a un lugar que tiene un significado especial para él.

Es como si me hubiera permitido espiar detrás del telón del corazón que tan bien resguarda.

Hace un rato parecía bastante ocupado con una lista mental de pequeños detalles. Cosas como reforzar las tablas del techo y fijarse si había alguna podrida. Yo no sé nada de esas cosas y sentía que estorbaba si intentaba ayudar. Mi contribución fue, en su mayoría, pasarle un martillo o clavos mientras dedicaba la mayor parte del tiempo a disfrutar la vista.

Tanto del paisaje como del vaquero musculoso.

Imagino que, siendo Colt quien construyó la cabaña con sus propias manos, tiene una especie de romance.

Nada me excita más que comprobar lo capaz que es el hombre que tengo a mi espalda en este momento. Ya calentamos y comimos la comida que trajimos, nos aseguramos de que los caballos estuvieran bien alimentados, hidratados y abrigados para pasar la noche y solo entonces entramos. Colt me acurrucó entre sus piernas extendidas, y ahora no hay más que el resplandor de las llamas y una sensación de paz que nos envuelve.

Me encanta que estar juntos sea tan natural. No hay necesidad de llenar el silencio. Nunca es incómodo ni raro. Solo disfrutamos de la compañía mutua y de los pequeños gestos, como la forma en que su pulgar acaricia distraídamente mi brazo, mientras disfrutamos de la tranquilidad.

Aunque estoy segura de que esta escena, teñida en tonos rosados, pronto se volverá más erótica. Cuanto más tiempo paso con la espalda contra su fuerte torso, más disfruto del constante subir y bajar de su pecho detrás de mí. Una creciente oleada de calor empieza a recorrer mis venas con cada suave caricia de su pulgar.

–Layla, tengo algo para ti. –La voz de Colt suena relajada y dulce como la miel cuando rompe el silencio. Me estiro un poco y después me giro para sentarme frente a él con nuestras piernas enredadas.

–¿Has traído postre? –bromeo, observando con curiosidad cómo se recuesta sobre los codos contra el pequeño sofá que tiene detrás. Estamos en el suelo junto al fuego, entre un montón de cojines y mantas, y, aunque hay un altillo con camas, prefiero esta propuesta. Es como un pequeño nido, y la posibilidad de que terminemos follando, acurrucándonos y durmiendo frente al fuego me parece sumamente atractiva.

Un calor me recorre la columna.

Oh, sí, definitivamente me gusta la idea.

–Bueno, tú eres el postre... –Se humedece los labios y me devora con sus hambrientos ojos color avellana–. Pero no, quería darte algo.

De repente, esa mirada cargada de deseo que me lanzó se transforma y se pasa la lengua por los dientes. Si no lo conociera, diría que está un poco inseguro, frotándose la nuca con una mano, y juro por Dios que, justo frente a mis ojos, un leve rubor aparece en sus pómulos. Santo cielo, estoy en llamas, sentada entre las piernas de un vaquero rudo increíblemente guapo y sonrojado.

Con un tono grave y áspero, cambia de postura.

–Es un regalo. No sé si adelantado o atrasado. –Se encoge de hombros–. Llegaste después de Navidad, y te irás antes de marzo, así que quería dártelo ahora.

Parpadeo rápido mientras Colt estira un brazo hacia el extremo del sofá. Toma su sombrero negro y me lo coloca sobre la cabeza con total naturalidad.

Mi cerebro abandona este plano.

Me mira con una expresión que no logro descifrar, y se inclina hacia delante, con los codos sobre las rodillas, mientras enrolla un mechón de mi cabello suelto entre el pulgar y el índice. Me analiza, como si estuviera grabando cada detalle de esta escena para guardarlo en su memoria. Estoy sentada entre sus piernas, con un jersey fino y mallas, los rizos cayendo sobre un hombro, el fuego danza detrás de mí y tengo puesto su sombrero.

–Pero... –Toco el ala del sombrero. Quiero protestar–. Es tuyo. ¿Cómo vas a darme tu sombrero? No hace falta que me regales nada.

Chasquea la lengua.

–Repito, tómalo como quieras, puede ser un regalo atrasado o adelantado porque te irás antes de tu cumpleaños.

–¿Cómo sabes…?

–Los jefes tienen que saber cosas de sus empleados, ¿no? –Colt tira suavemente de mi cabello, con una expresión divertida en los labios.

–No puedo aceptarlo.

–Por favor. Te queda mucho mejor a ti, ángel. Además, me dijeron que me sienta bastante bien la gorra hacia atrás.

¿Eso ha sido el sonido de mi corazón explotando?

–Colt, en serio, no puedes darme esto.

Me mira fijamente; no está de humor para seguir discutiendo. Niega con la cabeza y se levanta del suelo en un solo movimiento. Imponente frente a mí, extiende una mano y me deja sin dificultad frente a él.

Me quedo sin aliento, asombrada y totalmente confundida. Intento encontrar un significado en lo que este gesto representa y, al mismo tiempo, no sobreanalizarlo.

No sé si mi cordura sobreviviría a la respuesta.

Pero Colt barre con todo eso cuando me coge del mentón y me deslumbra con una mirada ardiente.

–Ahora, el postre... –Su pulgar roza mi labio inferior–. Salgamos.



–Dos verdades y una mentira, vaquero.

El vapor cubre nuestros cuerpos desnudos, y la calidez del agua que acaricia mi piel es deliciosa.

Podría acostumbrarme a esto.

Colt casi me asusta cuando me enseñó adónde íbamos. Lo acusé de querer asesinarme y arrojar mi cadáver entre los árboles, pero no, había un manantial natural de aguas termales a unos pocos metros de la cabaña. Otro de los lugares mágicos de Devil's Peak.

Todavía llevo puesto su sombrero y ahora estamos jugando un juego que claramente nos lleva en línea recta hacia el «postre» de nuestra pequeña excursión.

–Estás pensando demasiado –murmuro, salpicándole un poco de agua de manera juguetona. Colt les presta más atención a mis pechos que al juego, y yo disfruto de su atención.

–Vas a tener que repetirlo. Explícame las reglas, ángel. –Inclina la cabeza a un lado, con los ojos aún fijos en mis pezones erectos, apenas visibles bajo la superficie del agua. Se me eriza la piel, pero no por el frío, sino por la excitación que me provoca su mirada.

Santo cielo, qué difícil es resistir la tentación de treparlo como si fuera un árbol y ver de cerca su cabello mojado y las gotas de agua que se deslizan por su barba y su garganta. Quiero rodearle el cuello con los brazos y lamer cada gota de su piel.

–Bien. –Resoplo y le lanzo una mirada pícara–. Odio las claras de huevo; estuve en Londres; me rompí el cóccix al caerme de un caballo cuando tenía siete años.

–Muy fácil. –Los ojos de Colt brillan reflejando la luz de la linterna que ha traído. Sobre nuestras cabezas, el cielo está completamente negro, salpicado por una alfombra brillante de estrellas. Casi no hay luz de luna, solo una fina medialuna plateada colgando cerca del contorno oscuro de la cima.

–Oh, ¿tan transparente soy? –Parpadeo con exageración–. Te he dado ventaja porque todavía no entiendes el juego, vejestorio.

Gruñe algo que no comprendo y busca mi tobillo bajo el agua. Yo reprimo un chillido y recojo las piernas sobre la roca en la que estoy sentada.

–Te he visto dejar las claras cada vez que cocino huevos fritos. Nunca has ido a Londres. Entonces, ¿cómo te caíste de un caballo y te rompiste la espalda?

–¿Cómo sabes que no he ido a Londres? –Finjo incredulidad, poniendo una mano en mi pecho.

Colt sacude la cabeza, lo que en su lenguaje corporal equivale a poner los ojos en blanco.

–Tú y yo estamos hechos de la misma madera. No tuvimos padres que nos llevaran de viaje al exterior.

Tiene toda la razón, pero no quiero ahondar en heridas del pasado.

–Está en la lista de lugares que quiero visitar...

–¿A dónde más irías si tuvieras la oportunidad de viajar? Y no pienses que te vas a librar de contarme lo del caballo –añade.

–¿El primero en mi lista? Irlanda, por esa costa increíble que tienen. Me gustaría recorrer algunos castillos escoceses, pasar un verano explorando pequeños pueblos pesqueros del Mediterráneo. Tengo muchos lugares en mente. Hasta monté una carpeta de

fotografías donde guardo todos los sitios hermosos que encuentro en internet. Quizá algún día pueda visitarlos en persona.

Colt me analiza. Me escucha. Es como si nada le importara más que lo que tengo para decir.

–¿Y la historia del caballo? –Su voz es grave y profunda.

–Ahh... es un poco vergonzosa. Te vas a reír. –Me escondo detrás de mis dedos.

Pero sus manos fuertes encuentran las mías, y nuestros cuerpos flotan más cerca, envueltos en la calidez y el vapor creciente de las aguas termales. Me aparta los dedos del rostro y me guía a un abrazo. Dios, me gusta mucho tocarlo. No deja de maravillarme lo fuerte que es, como si cada músculo hubiera sido esculpido durante años.

–No puede ser peor que cuando una de las yeguas me dio una patada en las costillas a los cinco años porque quise ordeñarla como si fuera una vaca. –Se ríe.

–No es cierto –suelto una carcajada, y sus ojos brillan.

–Te juro. Aprendí rápido que los caballos no se ordeñan. –Une nuestras narices, y luego se aparta, llevándose consigo las últimas células de mi cerebro. –Bueno... ¿espalda rota?

–Cóccix roto –lo corrijo–. Un verano, mi tía me apuntó a clases de equitación porque yo estaba obsesionada con los caballos y no paraba de hablar del tema. Así aprendí a montar, pero no fui más allá de trotar y ganar un poco de confianza. Hasta que un día me subieron a un caballo mucho más grande que los que había montado antes para una cabalgata en grupo. Yo era demasiado tímida para decir que no estaba segura. Así que, cuando el grupo salió al galope, me caí al suelo. Fueron cinco segundos, pero aterricé con el trasero y bueno, cóccix roto. –Me encojo de hombros con una mueca; todavía puedo sentir el fantasma del dolor en ese punto de la columna. Sentarme fue una agonía durante meses.

–Y, sin embargo, aquí estás. Una veterinaria de caballos hecha y derecha.

–Así es. –Lo rodeo fuerte por el cuello y la cintura, con muchísimas ganas de que me folle aquí mismo o me lleve de regreso

a la cabaña. Pero quiero escuchar su turno con este juego, porque yo ya le he contado mucho sobre mí–. Su turno, señor Wilder.

Me lanza una mirada feroz. De las que indican que lo estoy desafiando.

Excelente.

Hace una pausa, clava los dedos en mis caderas, mientras piensa durante un largo rato.

–El primer día que te vi, no quería irme de la estación de servicio; te miré los pezones a través del sujetador durante toda la conversación; nunca en mi vida he comido una sardina.

No puedo evitar soltar una carcajada y palmearle el hombro. Él parece bastante satisfecho, con una ligera sonrisa en la comisura de los labios.

–Es imposible que hayas visto mis pezones. Dios mío. Así que obviamente esa es la mentira.

–¿Ah, sí? –Me sostiene la mirada, amasando mi piel y deslizando sus manos hasta tocarme el trasero.

–Bueno, nunca has comido sardinas. Tiene sentido, no te culpo. Son asquerosas. –Saco la lengua y arrugo el rostro.

–Es verdad que no quería irme, ¿sabes? Casi doy la vuelta y regreso. Incluso llegué a detenerme a un lado del camino –admite Colt con voz grave y profunda. En cuanto abre la boca, sé que no hay vuelta atrás de lo que siento por este hombre.

–¿Por qué no lo hiciste?

–Mírate, cariño. Tienes toda la vida por delante. ¿Qué iba a hacer yo? ¿Ser egoísta y volver a esa estación de servicio para arruinarte la vida... como estoy haciendo ahora, dicho sea de paso?

Dios, odio que piense eso.

–No me estás arruinando la vida. Soy una mujer adulta. Puedo tomar mis propias decisiones.

Se aclara la garganta.

–Lo único que me detuvo fue pensar que, si arrancaba la camioneta y volvía al rancho, sería porque por fin estaba pensando en algo más que en mi propio ombligo. No era el mismo viejo egoísta de siempre. Si hacía eso, tal vez las cosas empezaran a salir bien.

–Y luego llamé a tu puerta. –No puedo evitar morderme el labio inferior mientras se me escapa una sonrisa.

–Como una puta aparición.

Capítulo 27

Layla



–Entonces... ¿las cosas salieron bien? –Enredo los dedos en el cabello mojado de Colt. Estoy prácticamente restregándome contra sus abdominales, excitada y deseando a mi vaquero como nunca.

Pero solo nos quedan unos días.

Las horas están pasando muy rápidamente.

Por eso, cada minuto juntos está cargado de importancia, como si necesitáramos estar conectados de alguna forma. Si me quedan pocas oportunidades de tenerlo, recibiré ese regalo con ambas manos.

–«Bien» no basta para describirlo, ángel. Tendré que buscar una palabra mejor.

–En ese caso, llévame adentro, vaquero. –Le tiro del cabello para que quedemos frente a frente. El vapor asciende y recubre nuestra piel húmeda, arremolinándose a nuestro alrededor, mezclándose con el calor del pozo en el que estamos sumergidos–. A menos que quieras mostrarme lo que quieres hacer aquí fuera. ¿Un rato de

juegos bajo las estrellas? –Me humedezco los labios, y su cercanía me acelera el corazón.

Dios, cómo voy a echar de menos tener a este hombre desnudo junto a mí. Hay muchas cosas que echaré de menos, y todavía no estoy lista para pensar en eso, así que, por ahora, voy a fingir, ignorar y olvidar mientras me entrego a otro momento robado bajo este oscuro cielo invernal.

Colt presiona su boca contra la mía, deslizando nuestras lenguas en una conexión hipnótica que hace que mi piel esté vibrante y encendida al mismo tiempo. Sus manos hambrientas amasan mi cuerpo y me presiona contra su erección, que palpita entre nosotros.

Mientras gimo, me retuerzo y me hundo más en su boca, lo noto jugar con mi trasero de la manera en que ambos sabemos que me pone loca. Sus dedos me abren, acaricia bajo el agua con presiones firmes y caricias provocadoras. Me hace sentir segura.

Pronto comienza a meter los dedos y gimo en su boca mientras acaricia las terminaciones nerviosas. Colt se coloca debajo de mí, arrastra su mano hacia arriba para frotar círculos con una presión sutil, suficiente para rozar con la yema de su dedo mi apretado agujero.

Veo estrellas.

Murmurando contra mis labios, su voz suena áspera y pecaminosa. Voy a repetir por siempre esta escena en mi mente cuando esté sola y tenga que conformarme con recrear fantasías.

–¿Quieres mi polla? ¿Quieres que también te llene este culo perfecto con semen?

Joder. Sí. Sí quiero. Con él quiero, y está bien que sea aquí y esta noche, porque no hay garantías de nada más allá de este tiempo robado.

–Por favor, Colt. –Lamiendo su boca y siendo más exigente con mis besos, trato de transmitirle que estoy lista–. Lo quiero todo.

–Joder... –Deja caer la frente y gime contra mi cuello. El sonido reverbera en mi pulso, todo mi cuerpo arde por este hombre.

–Entonces tengo que prepararte, ángel. Eres una buena chica. Siempre tienes ganas de mí.

Soy lo que él quiera que sea. Siempre estaré encantada de darle lo que necesite.

Nos movemos mientras él me carga en el agua y luego me ayuda a salir. Colt no se molesta en ponerse nada, solo me envuelve una toalla alrededor de los hombros y recoge toda nuestra ropa junto con el farol. Nos calzamos las botas; su enorme palma envuelve la mía con firmeza, y me guía la corta distancia de regreso a la cabaña. Mi rudo vaquero coge mi mano de manera tan natural, tan segura, tan cálida, que siento una opresión en el pecho.

Con cada paso que damos hacia la cabaña se me agita más la sangre, y ni siquiera siento el frío de esta noche estrellada. Solo puedo contemplar el punto donde mis dedos están entrelazados con los del hombre que camina a mi lado, y pensar en lo enamorada que estoy de él.

Bien podría llevar mi corazón en su otra mano, pegado contra su pecho junto con la ropa que nos hemos quitado, porque le pertenece. Lo obedece. Tiene su puto nombre grabado para siempre.

Apenas cruzamos la puerta trasera de la cabaña, Colt azota la puerta de madera, deja caer el farol con un golpe seco y me arrincona contra la pared. No importa que todavía esté chorreando agua del manantial; él suelta la ropa y me arranca la toalla del cuerpo de un manotazo.

Tengo que reprimir un gemido. El corazón late entre mis muslos y la mirada salvaje de su rostro es hipnótica.

Es cautivador.

Este rancho. La naturaleza. Lo agreste. Todo me deja sin aliento, y este hombre es el vivo reflejo.

Colt cae de rodillas frente a mí, y es como repetir nuestro primer encuentro en el establo. Pero ahora ha pasado tanto entre nosotros… Siempre supo dominar mi cuerpo; le basta con acariciar con los dientes mis muslos temblorosos. Su barba raspa mi piel, y sube una de mis piernas sobre su hombro, exponiéndome por completo ante él.

–Mírate. Con mi sombrero puesto y ese coño tan bello chorreando por mí. –Colt me clava la mirada, y sin perder tiempo, su lengua

presiona contra mí. Mientras sostiene mis ojos, lame cada pliegue y cada rincón; en cuestión de segundos, me tiembla todo el cuerpo.

Aferrada a su cabello húmedo con las uñas clavadas en la cabeza, no soy más que un manojo de gemidos desesperados y súplicas que brotan de mis labios hacia el silencio de la tranquila cabaña.

Comienzo a acercarme al final. Colt se aparta, mirándome desde encima de mi sexo con voracidad. Se lame los labios con un gruñido profundo; es muy sexi ver cuánto placer le da mi cuerpo. Se agarra la polla y la mueve de arriba a abajo. Un hilo brillante de líquido preseminal escurre de la punta inflamada, y mi interior se contrae, deseando que me levante contra esta pared y se entierre dentro de mí.

–Date la vuelta. –Se queda donde está, pero su orden tiene la firmeza que hace que mi clítoris comience a latir. Me fallan las rodillas cuando baja mi pierna, pero él guía mis caderas. Me gira lentamente en el lugar, colocándome exactamente donde quiere.

No es la primera vez que me chupa el trasero, pero nunca me había gustado tanto como ahora. Sé que esta noche nos dirigimos hacia algo nuevo, y estoy a la vez caliente y nerviosa por cómo va a encajar esa polla enorme en esa parte de mí.

Como si supiera que necesito apagar mi mente, Colt me abre y me muerde una nalga. La punzada me sobresalta, y estampo las palmas contra la madera de la pared que raspa la punta de mis dedos, mientras la barba hace lo mismo con mi carne hipersensible desde atrás.

Oh, Dios. Cuando cierra su boca sobre mi abertura y empieza a trabajar y masajear mi agujero, todo se borra. Está poseído, lamiéndome con esa lengua húmeda y ardiente. Mi espalda se arquea para él, abriéndome más, relajándome y entregándole cada gramo de control.

Estoy bastante segura de que los ruidos que salen de mí son animalescos, porque le encantan. Sus dedos trazan un camino perverso debajo de mí, encuentran mi clítoris y provocan ese botón sensible hasta dejarme temblando.

Gimo tensa, lista para derrumbarme pero él se aparta de nuevo. Me deja colgando del precipicio, y grito demasiado fuerte. Mierda.

Estoy temblando de ganas. Cada centímetro de mi piel brilla por el sudor, mis venas arden.

¿Acabo de rogarle a gritos que me folle por el culo? Puede que sí.

Colt acaricia mis muslos, dejando besos sobre mi carne suave, mis estrías y partes de mí que nadie había adorado con tanta atención.

Me hace sentir como la reina que dijo que era el día que me sentó en la encimera de la cocina y me dio de comer macarrones recalentados.

La piel desnuda queda rápidamente cubierta por el peso de su pecho presionado contra mi espalda. Me quita el sombrero –mi regalo, su sombrero, y todo lo que simboliza– y lo tira al suelo. Sus labios dejan un rastro ardiente en mi cuello que me eriza toda la piel y las manos exploran mi vientre y se deslizan hasta encontrar los pechos hinchados. Pellizca y me estira los pezones, mientras su boca trabaja justo debajo de mi oído, derritiéndome de placer.

–Colt –sollozo mientras tortura mis pezones. Estoy muy cerca, y el dominio experto que tiene de mi cuerpo me deshace por completo.

–Lo sé. Lo estás haciendo muy bien, ángel –murmura contra mi oído–. Vamos despacio, a tu propio ritmo. Tú diriges, ¿vale?

–¿Y si no quiero ir despacio? –Mi voz sale ronca y quejumbrosa; no puedo creer que esté tan cerca de correrme. Estoy segura de que si vuelve a tocar mi clítoris voy a explotar.

Responde con un sonido firme. Está en modo Jefe, y no me quejo; me entrego a la dulce tortura de postergar el orgasmo.

–De rodillas, frente al fuego. –Me da una palmada en el trasero que me pone en movimiento. No pregunto nada, me dejo llevar, flotando por la cabaña, eufórica con el cosquilleo que burbujea en mis venas.

Me hundo de rodillas en el montón de cojines y mantas. Colt aparece frente a mí, con un tubo que reconozco de inmediato.

–Vaya, veo que has venido preparado para cualquier eventualidad, vaquero. –La lubricación no fue lo primero que me vino a la mente cuando preparaba las bolsas para una escapada de una noche. Obviamente, las fantasías de Colt son más sucias de lo que creía, y por dentro estoy derritiéndome y saltando de emoción.

Saber que este hombre rudo estaba tan entusiasmado por pasar la noche aquí, follando conmigo, me provoca una sensación embriagadora. Aunque sea yo quien está de rodillas en este momento, me empodera saber que disfruta tanto de estar conmigo que ha planeado cada detalle. Lo ha pensado todo: desde las comidas hasta la ropa de cama.

Es un hombre muy capaz.

Y yo estoy perdidamente enamorada de él.

¿Verá los corazones que se forman en mis ojos cada vez que lo miro?

Y todo crece cuando libera esa boca sucia que suele esconder.

–Tengo a la persona más sexi que he visto jamás, desnuda, mojada y abierta para mí. ¿De verdad crees que dejaría pasar una oportunidad así, sabiendo que hace semanas que has estado deseando secretamente que te folle por el trasero?

El calor me sube por las mejillas. Debería avergonzarme estar así de desesperada, pero tiene razón. Quiero que lo haga. No hay nada que ocultar ni de lo que arrepentirse.

–Tócate, nena. –Abre el tubo, exprime un poco del gel en su palma y empieza a masturbarse. El peso de su mirada recorre cada centímetro de mi cuerpo, se me endurecen los pezones y se contrae mi vientre–. Usa una mano para abrir tus labios y la otra para frotar el clítoris. Muéstrame cómo juegas con ese precioso coñito cuando piensas en mí.

Ahí está, enorme, venoso, haciéndome agua la boca, y mientras se acaricia, siento que todo mi cuerpo late de deseo. Lo obedezco con las manos temblorosas, abriéndome para que vea lo que hago bajo el parpadeo del fuego. Cierro los ojos y todo se precipita.

Los sonidos húmedos de Colt deslizándose por su erección me cautivan. Verlo ocuparse de su propio placer mientras me observa de rodillas, tocándome para él, es una escena tan sucia que casi no puedo respirar.

–Mierda... Mírate. –Su mano me toca un pecho, pellizca un pezón y luego sube hasta colocar la palma en mi garganta. Un escalofrío delicioso me recorre cuando me folla justo ahí, en el lugar que parece haber sido diseñado para él.

Me quedo boquiabierta, jadeando de placer, tanto por el modo en que me sujeta como por los círculos frenéticos que dibuja sobre mi clítoris.

–¿Quieres correrte, ángel?

–Dios, sí. Por favor.

Su palma aprieta un poco más y mi cuerpo se tensa de necesidad.

–Vas a tener que esperar a que te la meta.

Quiero soltarlo todo. Tengo las palabras en la punta de la lengua: quiero confesarle lo que siento, liberarme de la regla autoimpuesta que dice que no puedo decirle que lo amo porque es el padre de mi ex. Aunque también sea Colton Wilder, el vaquero dueño de mi corazón, quien se lo quedará cuando me vaya; aunque nunca llegue a saberlo.

Decirle lo que siento solo hará que sea más doloroso y devastador despedirme. Así que me lo guardo, y mi garganta se mueve bajo su palma, mientras él se alimenta de cada vibración contra su mano.

Cuando se cansa de contemplar y contenerse, cae sobre mí. Enredados sobre cojines y mantas, este momento es perfecto. El resplandor anaranjado del fuego recorre nuestra piel húmeda cuando Colt se desliza dentro de mí, llenándome hasta el fondo mientras nuestras bocas se funden en gemidos, mordiscos, lamidas y sus caderas marcan un ritmo que me hace sentir plena.

Aún me resulta incomprensible cómo va a entrar. Me muero de ganas, pero no llego a entenderlo.

–Eres obediente. Puedo sentir lo cerca que estás. –Su voz suave me devuelve a mi cuerpo. Apoyando una mano junto a mi cabeza, coloca una de mis piernas sobre su hombro, con toda la confianza de un hombre que sabe dominar el placer. Con la otra, la que sigue cubierta de gel, empieza a trabajar en mi trasero.

Arqueo la espalda por la oleada de sensaciones.

–Oh, joder... eso... –Mis palabras se pierden en un gemido cuando su pulgar empuja en mi estrecho anillo, presionando con suavidad.

No puedo parar de jadear. Tengo su polla gigante enterrada en mi interior, y él juega con mi otro agujero a un ritmo que me va a arrancar el alma del cuerpo cuando llegue el orgasmo.

–Tócate el clítoris, ángel. Estás preciosa con mi polla en la mano. Así, justo así. –Su voz aterciopelada me guía, y mis dedos encuentran ese botón ardiente. Unos pocos círculos bastan para que ese cosquilleo tan conocido suba como un rayo desde los pies.

–Eso es… Déjate llevar. Apriétame fuerte. –Colt embiste más profundo y entra más en mi trasero, preparando mi cuerpo mientras gimo y grito con un placer incontrolable. Todo es más intenso estando tan llena.

–Mierda, nena… Mira cómo te entra.

Su trabajo tan dedicado me deja laxa, como si estuviera levitando entre los pinos y las estrellas. Colt se retira de mi interior con un gruñido, baja a mis pechos y los cubre de besos y lamidas calientes.

–Ahhh, Dios, sí. –Miro su boca ardiente, adorando mis pezones sensibles. Está estirando mi orgasmo, prolongándolo aún más. Siento que me unta gel, mientras su lengua me hace volar en olas de puro éxtasis.

No se apresura. Sigue trabajando mi cuerpo, primero con un dedo, luego con dos. Todo el tiempo, su lengua lujuriosa alterna entre mis pechos y mi clítoris, arrancándome un placer continuo mientras los dedos me abren poco a poco, preparando lo que está por venir.

Quiero quedármelo. Quiero encerrarme aquí con este hombre y no volver a ver otro ser humano en toda la vida.

–Sé buena y sigue acariciando ese coño hermoso. Vamos a ir tan despacio como necesites, ángel –dice contra mi piel ardiente, empujando las rodillas hacia mi pecho. No sé si puedo hablar con coherencia, pero creo que empiezo a rogarle otra vez, porque suelta una risa oscura y vuelve a lamerme el pezón.

Entonces, su punta está ahí. La noto enorme, pero, como sigo frotando mi clítoris, la resistencia cede, y siento entrar la cabeza de su polla. Al principio hay un ardor momentáneo, pero se disuelve rápido cuando él frena para que mi cuerpo se acostumbre a la sensación extraña.

–Joder. –Colt deja caer su cabeza hacia delante con los hombros tensos–. Estás tan apretada, nena…

Mis dedos flotan sobre el clítoris mientras me da tiempo de adaptarme a la punta.

–Oh, Dios... oh, Dios.

–Respira conmigo. Muy bien. –Me guía despacio, con cuidado, apretando los dientes mientras ambos sentimos el momento en que empieza a avanzar. Poco a poco. Santo cielo.

–Es... Dios... Demasiado. –Frunzo el rostro, intentando no tensionarme.

–Respira hondo. Eso es.

Sigo sus palabras, inhalando profundo para que mi cuerpo ceda y se funda en él.

Mi sangre lanza chispas y gimo, incapaz de concentrarme en otra cosa que no sea el ardor, antes de transformarse en puro placer.

–Lo estás haciendo muy bien. –La voz de Colt es grave, como si apenas pudiera controlarse–. Joder... eres tan perfecta. –Sus alabanzas siguen envolviéndome y, antes de que pueda darme cuenta, empieza a mover las caderas cada vez más. Cada empujón es medido, cuidadoso, y lo más placentero del mundo.

–Colt –jadeo, hasta que sentimos que entra por completo y se asienta dentro de mí.

–¿Estás bien, nena? –Su voz áspera me arranca un asentimiento. Mis ojos llevan rato cerrados por lo abrumadora que me resulta la sensación de estar tan llena.

–Layla, regálame esos bonitos ojos. Necesito verte, ángel.

Me tiemblan las pestañas, pero, cuando logro enfocar, Colt está ahí. No veo nada más que sus iris, unos pozos profundos a los que me lanzo sin reservas, dejando que me golpee la ola de emoción que me provoca todo esto. Es tan poderoso, tan dominante, que mi corazón salta directo a sus manos cuando se retira y vuelve a hundirse despacio. Gemimos juntos, y ya no hay palabras. Solo temblores del deseo y placer mientras me hundo en su mirada color avellana; las motas doradas y las sombras cruzándole el rostro, y mi boca entreabierta.

Mi vaquero me tiene atrapada, atada a sus formas. Con cada suave vaivén de sus caderas, con cada contracción de sus músculos, jadeamos, perdidos en cómo nuestros cuerpos se encuentran. Es tan tierno, tan cuidadoso, me atesora en cada empuje, en cada segundo de estar juntos así.

–Joder, nena... No aguanto más –gruñe Colt–. Me aprietas tan fuerte... es demasiado. –Siento cuando su polla se hincha y el ritmo empieza a flaquear.

–Por favor. Por favor. –Yo ya estoy allí, rozando mi clítoris con urgencia, y mis ojos deben delatarme. Él gime desde lo más profundo de su pecho con un sonido que reverbera en mi interior, y eso me empuja por completo al borde.

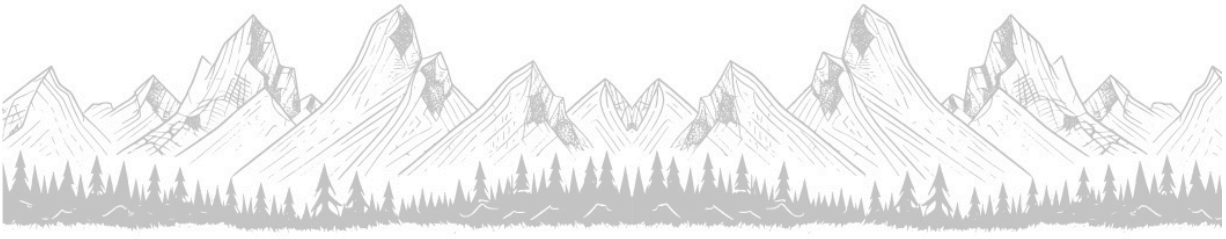
Me revuelca una ola arrasadora. Si fue intenso cuando me metió el pulgar en el trasero, ahora se ha desbloqueado un nivel totalmente nuevo de éxtasis. Mi orgasmo me deja temblando y sacudiéndome bajo su cuerpo, mientras Colt me embiste una y otra vez sin dejar de cuidarme, siguiéndome muy de cerca mientras su grueso miembro palpita y descarga dentro de mí.

–Oh, Dios... eso es... ughhh. –Los chorros calientes me llenan cuando embiste y se detiene. Mi orgasmo lo aprieta fuerte, y, si antes estaba flotando, ahora me he disuelto por completo. Rendida a cada segundo. Solo sé que mi alma quiere fundirse en este hombre.

Nos perdemos en un beso febril con Colt todavía enterrado dentro de mí –un beso apasionado y prolongado que refleja perfectamente nuestra necesidad de cercanía–; murmurando contra los labios del otro. El sudor recubre nuestra piel mientras el placer aún nos sacude, y todo parece irreal.

Me aferro al hombre que me envuelve como una manta, totalmente extasiada, ignorando a propósito cualquier cosa que pueda arrancarme de este momento.

Quiero quedarme aquí. Envuelta en él. Perdida en él.



Capítulo 28

Colt



Cuando subo a la camioneta, oigo el ruido blanco de las interferencias. Doy un portazo y cojo el micrófono de la radio.

No hace mucho que hemos regresado. Layla se encarga de los caballos y me mandó a alimentar al ganado. Les di de más ayer para que pudieran aguantar un retraso en mi rutina matutina, pero sé que habrá una fila de hocicos húmedos y orejas inquietas esperándome en la cerca cuando baje a los establos.

Con el aparato en la mano, gruño a quien intenta comunicarse. Me estremece pensar que pueda ser Kayce. Me carcome la culpa de saber que acabo de pasar la noche más increíble, con la chica de mis putos sueños, en el único lugar que siento mi hogar, y que, si mi hijo se entera, me va a detestar por el resto de su vida.

Para mi tranquilidad, la voz al otro lado resulta ser la de Hayes.

–Debes andar ocupado, tío –se ríe y la línea chisporrotea–. Llevo una hora intentando localizarte.

Me froto el ceño. ¿Le miento del todo? ¿O le digo medias verdades?

–Fui a ver que no hubiera daños en la cabaña de la cresta.

Parece que hoy es el día de las verdades a medias.

–¿Todo bien? ¿No ha caído ningún árbol? ¿Ningún derrumbe?

No. Todo estaba perfecto. Incluida la chica que gemía mi nombre y se corría en mi boca a las cuatro y media de la mañana.

Todavía siento sobre mí cada gota de su dulzura, y no quiero deshacerme de nada que me la recuerde. Sobre todo porque me aterra que pueda haber sido la última vez que la haya tenido, y no me haya dado cuenta de que ese era el final.

–¿Me oyes bien, Colt? ¿Se corta? –Hayes me devuelve a la realidad.

–Sí. Perdón. Todo bien. –Suelto el botón del emisor, toso en mi puño para aclararme la garganta y vuelvo a apretarlo–. Sin daños.

–Mierda, me habías preocupado.

–¿Cómo va el camino? –Arranco la camioneta y bajo despacio siguiendo la huella hacia los establos. En realidad, no quiero escuchar sus novedades, pero es obvio que por eso intentaba contactarme.

–Eso quería decirte. –Sí, ahí está–. Vamos bien, seguimos dentro de lo previsto.

Mis nudillos se ponen blancos de tanto apretar el volante.

–Genial. –Me invade un vacío. Han pasado casi cuarenta y ocho horas desde que me dijo que nos quedaba una semana.

–Creo que en unos cuatro días habremos llegado hasta tu rancho.

Nunca he hecho cuentas mentales tan rápido en toda mi vida.

Cuatro días.

Tres noches.

Al menos setenta y dos horas, tal vez un poco más, si se retrasan un día o dos.

Por Dios.

–Te pido perdón porque no hemos podido hacerlo más rápido. –Hayes suena tan afligido que no puedo evitar inflar las mejillas y soltar un largo suspiro. Sienta fatal mentirle porque es un amigo, pero, honestamente, no hay nadie a quien pueda contarle esto sin arriesgarme a arruinarle la vida entera a Layla, y no voy a hacer eso.

–Bah, todo bien –es lo mejor que puedo ofrecer.

Intercambiamos un par de palabras más y luego él vuelve a supervisar a la cuadrilla de caminos y yo aparco junto a mi tractor.

Tal como esperaba, me reciben los mugidos insistentes del ganado, que me mira con curiosidad y bastante impaciencia.

Me refugio en la rutina, repitiendo los mismos movimientos que he hecho cada día durante demasiados años aquí arriba bajo viento, lluvia, granizo y nieve. Es una vida dura pero, al mismo tiempo, gratificante. No sé qué hubiera hecho conmigo si no hubiera terminado aquí, en Devil's Peak, por una desgracia del destino.

Algo me dice que, de todos modos, habría acabado trabajando la tierra.

Cuando algo es lo tuyo, simplemente lo sabes. Como si lo hubieras hecho mil veces antes. Esa parte de ti continuará en lo que venga después, cuando tu tiempo bajo el sol llegue inevitablemente a su fin, y usarás todas esas habilidades acumuladas a lo largo de vidas para algo similar.

Es innegable que la conexión con la tierra trasciende esta sola existencia.

Mis manos reconocieron este suelo y la silla de montar antes de que pudiera deletrear o leer, antes siquiera de saber contar hasta cien sin equivocarme.

Sé que no a todos les ocurre lo mismo, por eso siempre he intentado ayudar a otros, reparar los males de mi abuelo, incluso si aquellos a quienes intento ayudar rechazan la mano que les tiendo.

Aun así, he persistido una infinidad de veces.

Hasta llegué a poner a Layla en peligro porque no quiero ser quien dispare el gatillo metafórico. No quiero cargar con la responsabilidad de proteger a hombres despreciables como los Pierson, pero mi historia está demasiado entrelazada con la suya. Y nadie más ha presentado pruebas concretas contra esos imbéciles, a pesar de todos los delitos que cometieron.

Entonces, ¿por qué tengo que ser yo el que lo haga? ¿Por qué tengo que cargar con la culpa de haberlos delatado?

Hayes me dijo que debía soltar la culpa y que él iba a estar listo para actuar si yo decidía presentar una denuncia formal con pruebas sólidas de que vandalizaron el rancho.

Me miró a los ojos y me dijo que a veces no hay explicaciones para las batallas que tenemos que enfrentar, pero que quizá esta sea la forma en que finalmente pueda enmendar las cosas que hizo mi familia.

«No eres responsable de los pecados de tu abuelo».

Sumido en mis pensamientos, termino con mi tarea, y el ganado se entrega a masticar. Regreso, aparco el tractor y hago una rápida revisión visual de los animales y las cercas.

Parecen sanos. No veo heridas. Más de una vez han ocurrido cosas misteriosas con mi rebaño, y solo pude captar imágenes granuladas en blanco y negro que no bastaban como prueba; aunque, en el fondo, sé perfectamente quién fue.

No puedo hacer más que sentarme aquí fuera con una escopeta todas las noches.

Me quito la gorra, peino mi cabello con los dedos y me la pongo de nuevo.

Ese pequeño gesto inmediatamente me trae a la mente el recuerdo de Layla usando mi sombrero. Me arranca de los recuerdos horribles, del nudo de culpa que tengo en el estómago y me lleva a un lugar tierno, demasiado bueno para alguien como yo.

Sus ojos verdes brillaron con una chispa que, ruego a Dios, significa que entendió aunque sea una parte de la razón por la que se lo di. Fue en serio. No fue un gesto estúpido del que luego me retractaré. Lo dije de verdad. Es suyo. Quiero que se lo lleve cuando se vaya, y, aunque nunca vuelva a usarlo, saber que tiene mi sombrero en su poder de alguna forma calmará la inquietud feroz que me invade cada vez que me imagino que ya no estará.

Traté de no pensarlo demasiado mientras cabalgábamos hacia la cabaña ayer. En última instancia, estuvo bien, y siempre he confiado en mis instintos.

A ella también se la veía a gusto, así que con eso me basta.

Al deslizarme en el asiento delantero de mi camioneta, el micrófono de la radio me observa con desprecio. Tiene grabada una palabra: Kayce.

La persona a quien de verdad debería estar intentando contactar, aunque no responda o siga perdido y borracho por ahí.

Sería el peor padre del mundo si al menos no lo intentara. Si llega a responder, no quiero tener esta conversación incómoda –bueno, incómoda para mí– con Layla cerca. Y, si no responde, puedo intentar mandarle un correo cuando regrese.

Así que, antes de convencerme de lo contrario, cojo la radio y sintonizo el canal que conecta con la camioneta que lo llevó al pueblo. Hay muchas posibilidades de que no responda.

Irónicamente, cuando lanzo la llamada, me descubro deseando que así sea.

Mierda. En serio, soy el peor padre del mundo.

Cada segundo sin respuesta, siento un alivio lleno de culpa en lo más profundo del pecho. En vez de preocuparme por su ausencia, respiro más tranquilo de saber que no tengo que enfrentarme a mi hijo.

Mi propio hijo.

El que cree que Layla es suya.

Dios. ¿Qué demonios debería hacer con el nudo de emociones que me provoca esta chica? Porque no es solo sexo. No es únicamente tenerla debajo de mí. Hay capas y capas de profundidad en lo que siento por ella, y si nuestras circunstancias fueran distintas… Por Dios… No lo sé. Probablemente estaría pensando en cómo hacerle entender que la seguiría hasta el fin del mundo.

Con los ojos apretados, le doy a la radio un último intento. Todavía nada.

La presión en mi pecho se alivia un poco al saber que no tengo que escuchar la voz de Kayce y sentir culpa por mentirle.

Sin pensar, me masajeo el esternón para aliviar el dolor que me produce la hermosa chica de cabello cobrizo y ojos verdes.

Pongo en marcha la camioneta y vuelvo hacia el granero, hacia la persona con la que solo me quedan setenta y dos horas. Todo parece quedarse detenido a mi alrededor. Las montañas, la hierba, los pinos que custodian el rancho.

En este momento, nada de eso importa. Lo único que quiero es estar con ella. Aunque me pase el día limpiando establos y quitando mierda de caballo mientras escucho a los animales patear, relinchar y rogar por la atención de Layla, estaré encantado si es con ella.

–Así que… tú construiste este lugar.

Sus ojos verdes musgo brillan a la luz del fuego mientras cenamos del mismo cuenco, sentados uno al lado del otro en el suelo.

–Así es –respondo, llevándome a la boca una cucharada de estofado recalentado, mientras la observo pensar.

–¿Tú solo?

Asiento. Termino de masticar mientras sigue mirándome así.

En sus ojos hay asombro e incredulidad. Nunca nadie me había mirado así. Creo que podría describirse como orgullo, aunque no estoy seguro. Pero mi corazón es egoísta y quiere creer que se siente orgullosa de mí.

Es solo una cabaña: trozos de madera, clavos y chapa.

Pero siento cómo crece un nudo en mi pecho al ver que entiende que para mí representa mucho más que eso.

–Siento que fue hace una vida. –Me encojo de hombros y pincho otro trozo de carne tierna. Cuando vengo solo, suelo traer cosas sencillas. Comidas para calentar en una cacerola sobre el fuego, sin tener que preocuparme por cocinar demasiado. Generalmente termino tan agotado después de cortar leña y hacer tareas de mantenimiento, que no puedo hacer más que eso y caer dormido en este mismo sillón.

–Es tu punto justo –murmura. Sus ojos se suavizan y se clavan en los míos. Todo en ella es tan adorable…

Con el nudillo, le limpio un rastro de salsa de la comisura de los labios y me lo llevo a la boca para lamerlo.

–¿A qué te refieres, ángel? –Clavo los ojos en la curva carnosa de su labio inferior, en la forma elegante de su arco de Cupido bajo la nariz. Cada pequeño detalle me recuerda que debería estar prestando más atención, grabando sus facciones en mi memoria mientras puedo.

–Tu punto justo. –Layla ladea la cabeza con una pequeña sonrisa que marca las finas arruguitas de las comisuras de los ojos. Así sé cuándo está sonriendo de verdad–. Fuiste tú quien me dijo que tenía que encontrar mi punto justo.

Mis propias palabras de aquel día en la nieve, enseñándole a disparar, regresan de golpe.

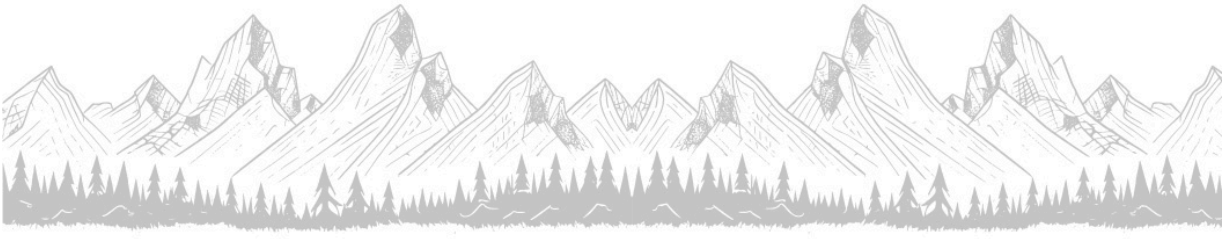
–El imbécil que vaya por ahí diciendo esas cosas debe ser bastante sabio.

–Así es. –Layla niega con la cabeza, sonriendo sin tapujos–. Y, para que conste, este lugar es increíble. Me alegra que apuntaras hacia aquí y encontraras tu punto justo.

Sus palabras y nuestra conversación de anoche resuenan en mi cabeza mientras llego al patio. La grava cruje bajo las ruedas de la camioneta cuando me detengo.

Lo curioso es que tengo más de un punto justo. Uno en el que me pasaría el día escondido, apartado del mundo, donde todo es tranquilo, simple y fácil de sobrellevar.

Y otro con la chica que ahora camina hacia mí a través de las puertas dobles del granero, llevando un caballo.



Capítulo 29

Layla



–Oh, Dios.

Un gemido brota de mis labios. Mi aliento caliente roza contra la madera del establo frente a mí. Estoy gimiendo y arqueando la espalda mientras Colt frota mi clítoris.

Me está masturbando sin piedad, aquí mismo, en medio del granero, y ya me ha hecho acabar una vez desde que me acorraló.

Siento que las rodillas me van a fallar en cualquier momento. Solo tengo las palmas apoyadas contra la madera y los brazos de Colt rodeándome por detrás evitan que me derrumbe en el suelo en un charco de placer.

–Eso es, ángel. Dame otro, y después voy a bajarte estos pantalones y follarte hasta dejarte llena de mí otra vez.

No puedo controlar los sonidos desesperados que salen de mi boca.

–Mierda. Ya casi estoy.

–Qué niña más sucia, dejando esas braguitas negras colgadas en un gancho. –Tiene la prenda de encaje metida en el bolsillo

delantero de sus vaqueros; entró apretándola en el puño, con ganas de comerme viva–. ¿Te has paseado sin nada debajo de esas mallas toda la mañana, nena?

–Mmm… sí. –Cierro los ojos con fuerza. Sus dos dedos gruesos se hunden dentro de mí, mientras la base de su palma trabaja mi clítoris, y apenas logro resistir. Otro orgasmo se acerca a toda velocidad, pero Colt claramente me quiere torturar, arrancándome todos los orgasmos que sea posible.

Y no me quejo.

Después de volver de la cabaña ayer, apenas se ha apartado de mi lado. No lo esperaba, pero ha sido como habitar una burbuja de alegría tener a mi vaquero trabajando a mi lado con los caballos todo el día.

Así que esta mañana decidí jugar un poco, ver cuánto tardaba en notar las bragas de encaje colgadas en un gancho en medio del establo. Y estamos a punto de follar en pleno mediodía.

Se está acabando el tiempo de esta fantasía porque pronto abrirán las carreteras y la fría y dura luz de la realidad lo arrasará todo. Quiero aprovecharlo mientras pueda.

–Siente lo mojada que estás. Ya casi chorreando. –Gruñe contra mi oído. Sus dedos se hunden más profundo, hasta el punto en que veo estrellas de todo el placer que siente mi cuerpo–. Tu dulce coño ya está lleno de semen de cuando te lo di contra el colchón esta mañana.

Joder. Abro la boca y todo mi cuerpo se contrae. Colt en modo gruñón diciendo cosas sucias es mi debilidad; voy a ser su puta personal el resto del día.

Le dejaría hacer cualquier cosa. Le permitiría usarme a su antojo si me da más de esto.

Su polla dura presiona contra mi espalda baja a través de la ropa. Quiero que me la meta hasta el fondo, que me folle fuerte y sucio aquí, en medio del granero, llenándome de nuevo de su semen como esta mañana.

Colt suelta un sonido feroz.

–Joder. Debería ponerte de rodillas y darle algo de trabajo a esa boquita sucia.

Oh, Dios. ¿Lo he dicho en voz alta?

–Por favor. Quiero que me la metas. –Mis dedos se curvan, arañando la madera.

–Primero dame lo que quiero. Y después voy a follarte hasta que estés tan llena que chorrees. –Clava los dientes al lado de mi cuello, y siento cómo se acumula. La sensación de fuego me sube desde los dedos de los pies mientras me trabaja más fuerte.

–Puedo sentirte temblar. –Gira la mano y presiona su pulgar sobre mi clítoris, arrancándome un grito con la nueva oleada de placer–. Te la meteré todo el día, niña sucia. Quieres que te llene una y otra vez, ¿no?

–Mmmmierda. Sí, jefe. –Estoy ardiendo, palpitando, y el orgasmo comienza a trepar.

–Qué buena chica. Eso es. –Las palabras de Colt me llevan al límite, la ola está a punto de romperse… y, justo cuando voy a explotar, se detiene.

Mi cuerpo se sacude ante lo abrupto del corte. Estoy jadeando, sin aire.

–¿Qué demonios ha sido eso? –Su voz es un susurro ronco.

La sangre late con tanta fuerza en mis oídos que no oigo nada.

Hasta que me recupero. Es como el eco de un disparo.

La puerta de una camioneta se cierra de golpe. Justo fuera del granero.

–Santo Dios –susurro, y Colt arranca la mano de mis mallas, rígido. Me coge por los hombros y me guía dentro del *box*.

Me cubre con su cuerpo y tapa mi boca con la mano mientras los dos escuchamos los ruidos de fuera. Mi corazón late frenético dentro del pecho. Puedo oler mi propio deseo impregnando su palma. Oh, Dios. ¿Qué está pasando? Mi cerebro, a medio camino de un segundo orgasmo interrumpido, es incapaz de atar cabos. Mientras tanto, mi coño llora la ausencia de Colt.

–Papá. ¿Estás ahí?

Oh, Dios.

OH, DIOS.

Casi se me salen los ojos. Toda la sangre se me escurre del rostro. Miro los ojos color avellana de Colt y veo cómo se mueven rápido

hacia la puerta abierta del establo, antes de volver a los míos y cerrarse con fuerza.

Su boca maldice en silencio e inhala profundo por la nariz. Cuando vuelve a abrir los ojos para mirarme, veo en ellos una tormenta de emociones que no puedo descifrar.

–¿Papá? –grita Kayce, más fuerte esta vez. Botas arrastrándose sobre la grava. Otro portazo.

–Oh, Dios –susurro contra la palma de Colt. El pánico empieza a asentarse. Kayce está aquí y no sé lo que eso significa, pero… ¡joder! Pudo haber entrado... pudo habernos visto... Ha vuelto, y mi tiempo con Colt ha llegado a su fin.

El hombre que tengo encima traga con fuerza. Mueve su garganta cubierta de barba, y entonces hace lo que tan bien sabe hacer: ocuparse de las cosas. Toma esta locura por los cuernos con ambas manos.

Aparta su palma y me sujeta la barbilla. La expresión en sus ojos me quema, ardiente y cargada de una emoción que no llego a entender. No es más que un segundo, pero me sostiene la mirada, mientras mi corazón late desbocado.

Esto no puede estar pasando.

Colt se inclina, rozando rápidamente sus labios con los míos.

–Quédate aquí. Haz lo que tengas que hacer con los caballos. Yo averiguaré qué está pasando.

Y luego desaparece.

Ha sido un beso demasiado breve.

Quiero que regrese.

No. Me niego a aceptar la realidad. Este no puede haber sido nuestro último momento juntos. Mi corazón se sacude, y mi estómago se desploma sobre la paja del suelo. Oh, Dios, tiene mis bragas de encaje guardadas en su bolsillo... ¿y si se caen o no están bien escondidas?

Me cubro la boca con las manos temblorosas. Las yemas de mis dedos rozan el lugar que todavía late y arde por el momento en que sus labios me acariciaron con ternura hace apenas un segundo.

No sé cuánto tiempo me quedo ahí, con los hombros hundidos contra la madera, mientras mis oídos se esfuerzan por captar las

voces de fuera. No puedo escuchar más que el latido frenético de mi corazón, el torrente de la sangre, y estoy bastante segura de que mi lengua se ha entumecido.

¿Cómo voy a hacer lo que Colt me ha pedido? ¿Qué fue exactamente lo que dijo? Siento que no puedo pensar en nada, salvo en que, si Kayce ha vuelto, eso significa que ya han abierto la carretera y que esta ha sido la última vez que sentiré el calor de Colt.

Es injusto.

Aunque siempre supimos que el tiempo que pasamos juntos se lo estábamos robando al destino, esto es un castigo. Nos han arrebatado los últimos momentos de placer juntos. Esas horas que creíamos nuestras se han evaporado tan rápido como una gota de agua sobre una plancha hirviendo.

Respirando de forma temblorosa, aliso el frente de mis mallas con las manos, para disimular que hace unos instantes le estaba suplicando al padre de mi exnovio que me follara justo aquí, en medio del establo. Luego, me impulso contra la pared y avanzo, tambaleante, hacia las puertas.

Al pasar junto a los caballos, resoplan y sacuden las orejas. Parecen igual de molestos que yo por esta intrusión en nuestra burbuja privada. O quizá solo estoy proyectando mis emociones en ellos.

Con cada paso que doy hacia el mundo exterior, las voces masculinas se vuelven más claras.

Al pasar el siguiente corral, veo un rastrillo apoyado contra la pared y lo cojo. Es la clase de ocasión en que conviene tener algo en las manos. Unos pasos más, y la conversación se oye mejor: puedo distinguir claramente la voz de Kayce y el tono más grave y áspero de Colt.

Joder. Se acabó. Me arreglo rápidamente el cabello con la mano libre. Hoy lo llevo en una coleta alta y todavía parece estar en su lugar. No recuerdo que Colt tirara de ella o hundiera los dedos en mi cuero cabelludo como tanto me gusta que haga... Oh, Dios... mi cuerpo entero se tensa al recordar que quizá nunca más vuelva a sentir sus manos sobre mí.

Aprieto con más fuerza el mango del rastrillo y mis pasos vacilan un poco. Intento recordar dónde dejé mis cosas. Mi ropa. Mi Kindle. Mi cepillo de dientes. Recorro mentalmente cada habitación, repasando el interior de la casa de Colt. ¿Cuántas pruebas podrían quedar que delaten el hecho de que hemos follado en casi todas las superficies y que hace semanas que paso todas y cada una de las noches en la cama de Colton Wilder?

¿Kayce va a cruzar esa puerta y detectará al instante la avalancha de secretos y mentiras que estamos ocultando?

Trago con dificultad un nudo enorme en mi garganta. No se me ocurre nada que salte a la vista. Aunque hayamos estado solo los dos aquí, no nos arrancamos la ropa en el salón ni en la cocina, y supongo que, si hay algo mío en el dormitorio de Colt, no será precisamente el primer lugar al que vaya Kayce.

No tengo tiempo para seguir con mi pequeño ataque de pánico, porque ya he llegado a las puertas. Es como si un imán me arrastrara sin remedio hacia la escena que voy a encontrar fuera: mi exnovio y su padre estarán de pie en el patio, conversando como si todo fuera completamente normal.

Pero ni en mis escenarios más descabellados podría haber imaginado lo que me encuentro al salir del granero.

Había ensayado en mi cabeza un millar de posibilidades sobre cómo sería el regreso de Kayce al rancho.

En ninguna de ellas sucedía esto.

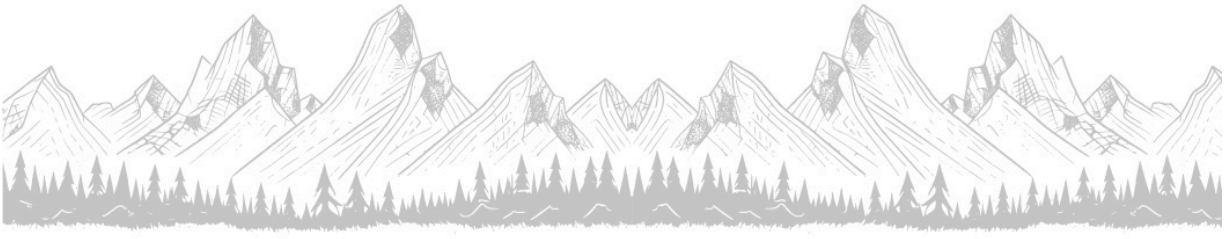
Con los nudillos blancos apretando el mango del rastrillo, me detengo en seco.

Hay una tercera persona con ellos.

Colt tiene los brazos cruzados sobre el pecho, dándome la espalda. Kayce levanta la vista, con una expresión que no puedo descifrar en el rostro. Y, cuando la chica del café –con su cabello lacio y negro, de puntas decoloradas– se gira para mirarme, mis ojos descienden hacia su vientre.

Su vientre muy hinchado.

Su vientre muy, muy embarazado.



Capítulo 30

Colt



Los últimos dos días se suponía que debían estar llenos de Layla.

Debería haber estado absorbiendo sus besos suaves como plumas, recorriendo con mi boca sus muslos y devorando la forma en que bate las pestañas cuando apoyo los labios en su frente.

Pero abrieron la puta carretera antes de lo previsto, mi hijo ha regresado al rancho por primera vez en semanas, y se ha traído consigo a la mujer con la que se acuesta en el pueblo –¡a la que, para colmo, ha dejado embarazada!–. Siento que estoy viviendo todas mis pesadillas juntas.

Como sangre coagulando en una herida abierta, la peor secuencia posible de acontecimientos ha invadido cada rincón.

Ahora, todos estamos atrapados bajo el mismo techo. Layla sigue aquí, y mi última oportunidad de pasar tiempo con ella me ha sido arrebatada de golpe. Ni siquiera sé qué esperaba de esos momentos finales. ¿Pero acaso importa? Ahora hay un agujero enorme donde debería haber abrazos y miradas sin disimulo durante el desayuno.

Una diminuta parte de mí pensaba que Kayce no regresaría, y que lo nuestro tendría otra prórroga... pero ¿y luego qué?

¿Qué demonios iba a pasar después del inevitable momento en que cayera el martillo? Después de ese punto ineludible en el que Layla bajaría la montaña, recogería su coche del mecánico en Crimson Ridge y desaparecería de mi vida para siempre.

Lo que sí sé es que nunca he estado tan ocupado. Porque tengo que mantener la distancia con Layla, dejar de robarle miradas, y esforzarme al máximo por contener la tormenta que me hierve en el pecho y amenaza con desbordarse en cualquier momento. Es lo único que puedo hacer. Mi única defensa es mantener mi cuerpo y mi mente ocupados con las cercas, el ganado y las cabalgatas hasta los rincones más lejanos de este rancho. Pero, cada vez que contemplo Devil's Peak, siento como un trueno el deseo de que Layla esté a mi lado.

Por supuesto que podría inventar una excusa para que saliéramos juntos a caballo hacia algún lugar remoto. Claro que sí. No sería difícil inventar una tarea que requiriera de los dos, pero, ahora que Kayce está de vuelta, esos trabajos le corresponderían a él. Haría muchas preguntas si intentara incluir a Layla en la ecuación, y estoy demasiado abrumado por la intrusión inesperada de mi propio hijo como para pensar con claridad.

Por eso he desaparecido, solo. Una vez más.

Hasta donde sé, la hermosa chica de rizos sedosos y los ojos verdes más intensos que he tenido la fortuna de ver al despertar ha estado haciendo lo mismo. Se ha mantenido ocupada con los caballos desde el amanecer hasta el anochecer, y no la culpo ni siquiera un poco.

Me ha costado cada gramo de autocontrol no ir a buscarla mientras trabaja. Esa es otra razón para irme cabalgando al extremo del rancho.

No confío en mi capacidad para no tocarla.

La tentación es más poderosa a cada segundo; una fuerza que me arrastra hacia ella.

Y no solo quiero tocarla de manera sexual. La yema de mis dedos arde por llevar un mechón de cabello detrás de su oreja, por atraerla

contra mi pecho e inhalar su dulzura, por sentir contra mi cuello ese diminuto soplo de aire escapando de sus labios cuando se ríe de alguna estupidez que digo, aunque no sea graciosa.

Vagando al aire libre, lidiando con el alambre de púas y reparando postes solo para mantener mis manos ocupadas, no dejo de repetir en mi mente cada interacción desde que nos conocimos. La manera en que me miró en la gasolinera aquel día me hizo sentir veinte años más joven, y no sé qué demonios se apoderó de mí para hablarle y coquetear un poco, pero fue lo más natural del mundo.

¿Hubiera cambiado algo si hubiera sabido quién era?

Mi lado malo –ese cretino egoísta que quiere hacer todo lo posible para quedarse con la chica– sabe que no.

Ya casi oscurece cuando me acerco al patio. Más adelante, los faros y el motor de la camioneta de Kayce se apagan, lo que me indica que debe haber regresado de alimentar al ganado mientras yo cumplía mi autoimpuesto exilio en la frontera sur del rancho.

–Siempre jodiendo con esas cercas –grita Kayce, bajando de la camioneta y dando un portazo. Niega con la cabeza, apoyándose contra la puerta trasera, esperando a que me acerque. Quién sabe dónde estará su novia embarazada (o lo que sea que sea). No se ha preocupado por explicarme qué hay entre él y esa chica, Chyannah, y yo no estaba de humor como para preguntar ni para tener una conversación que durara más de cinco minutos. Por ahora, parece que todos estamos ignorando al elefante embarazado en la habitación.

Fantástico.

–Sí, bueno, si quieres que las cosas se hagan bien, tienes que hacerlo tú mismo –gruño, desmontando del caballo.

Él se ríe y arrastra la bota en la tierra.

–Oye, entonces en una semana termina el contrato de Layla, ¿no?

Al escuchar su nombre, mi cuello se calienta, y cada músculo de mis hombros se pone rígido como una roca. Por suerte, Kayce está acostumbrado a verme fruncir el ceño, porque es la única expresión que consigo mostrar al escucharlo pronunciar su nombre.

–Algo así –murmuro, tomando las riendas con firmeza, doblando el cuero sobre sí mismo.

Kayce clava la punta de su bota en la tierra.

–No sé si lo sabes, pero creo que su cumpleaños es por esa fecha.

Tengo los nudillos blancos. Por supuesto que lo sé. Su cumpleaños es el doce de marzo. Ya le di un regalo, y lo único que quiero es que estos dos intrusos se larguen para poder tenerla toda para mí.

Pero, en lugar de decir todo eso, aprieto los dientes. Paso la mano por el cuello del caballo para mantener el equilibrio, y gruño algo que podría pasar como respuesta.

–Chy y yo pensamos que sería divertido llevarla mañana a Crimson Ridge. Debe tener ganas de salir después de haber estado atrapada aquí durante semanas. Es el festival de primavera. Va a haber un montón de gente en el pueblo. Debe estar desesperada por salir y pasar el rato con gente de su edad. –Cruza los brazos y muestra una típica sonrisa engreída de Kayce, y no es la primera vez en las últimas cuarenta y ocho horas que quiero lanzarle un puñetazo en la boca a mi propio hijo–. Sin ofender, tío, pero Layla debe estar loca por escapar de esta montaña y volver a la normalidad.

Dios. Estoy fulminando la grava con la mirada y agradezco que ya esté oscureciendo, porque una bola de emociones crece dentro de mi pecho. Por un lado, me enfurece que Kayce crea que tiene derecho a siquiera mirar a Layla, considerando el hecho de que ha traído a una chica embarazada a instalarse en mi casa, en mi rancho, sin hacer nada más que usar el wifi, dejar envoltorios de dulces por todos lados y hacer maratones de televisión basura. Por otro, acaba de abrir una herida que no ha cicatrizado: el temor de que Layla sienta que ha estado prisionera.

¿Y si no puede esperar para alejarse de este lugar y de mí?

Tengo que hacer un gran esfuerzo para tragar el nudo que se me forma en la garganta.

–¿Le has preguntado a Layla qué quiere? –resoplo como respuesta. Es lo mejor que puedo hacer para no estallar.

–Nah, pero le va a gustar la idea. –Golpea con el puño la parte trasera de la camioneta–. Creo que todavía está trabajando en el establo. Ya que vas para allá, ¿puedes decirle que ese es el plan para mañana? Tengo mucha hambre, espero que haya sobras para

calentar. –Kayce apenas me mira antes de apresurarse hacia la casa, mientras yo me quedo observando su nuca.

Así, sin más. Seguro va a comerse toda la comida, dejar los platos sucios por todas partes y llevarse a Layla a un bar.

Lo odio todo.

Con un largo suspiro, me armo de valor para entrar en el establo. Sinceramente, no tengo ni idea de lo que me voy a encontrar. ¿Layla estará enfadada después de que la haya evitado durante dos días enteros como un imbécil?

¿Cómo no arrodillarme y confesarle que pasé las noches despierto, febril, a dos segundos de meterme en su habitación y llevarla en brazos a mi cama?

Cuando entro, las luces del establo están encendidas, y se oye una música suave desde algún lugar al fondo, cerca de las monturas. Joder. Se me cierra el pecho sabiendo que en cualquier momento voy a verla y no podré tocarla como quiero.

El chasquido de cascos y el roce de mis botas anuncian mi llegada. Veo movimiento, y entonces Layla aparece.

Carga una montura y se detiene, me mira fijamente, con los labios rosados un poco entreabiertos.

Su cabello cae sobre los hombros en dos largas trenzas, pero lo que me cautiva son sus ojos. Desde lejos es evidente que están enrojecidos e hinchados, y me retuerce el estómago saber, sin lugar a dudas, que ha estado llorando.

–Joder. Layla. –Me muevo antes de poder pensarlo. Quiero llamarla «nena», o «ángel», o cualquier cosa que le deje bien claro que es mi mundo entero. Pero también hay una cuerda apretada alrededor de mi lengua, porque aunque Kayce esté dentro, no podemos arriesgarnos a que alguien vea o escuche algo que no le incumbe… por si acaso.

–Colt. –Abre grandes los ojos y mira sobre mis hombros. Aunque sé que no hay nadie detrás de mí, ese gesto sutil me hace vacilar–. No. Está bien. –Sacude la cabeza y se muerde la parte interna de la mejilla, continuando con lo suyo, guardando la montura.

–Ya basta por hoy. –Mantengo la voz baja. Me ocupo de mi caballo, sin dejar de observarla. Sé que está evitando volver a casa.

Yo estoy haciendo exactamente lo mismo.

–Como ya te he dicho, está bien.

–Layla...

–Colt.

Respiro hondo, deseando con toda mi alma que exista alguna alternativa a este escenario que nos está tocando vivir.

–Quieren llevarte al pueblo mañana a la noche para festejar tu cumpleaños. Kayce me pidió que te avisara.

–¿Mañana? –Por fin se detiene y me mira. Sus ojos se abren de par en par.

–Sí. –Me levanto la gorra para arreglarme el cabello antes de volver a encasquetármela con un poco más de fuerza de la necesaria–. No he sabido qué decirle. Quieren llevarte a celebrar, y a menos que haya una buena razón para no ir... –titubeo. Demonios, no sé qué más decir. Porque en ese momento lo siento: no hay ningún motivo para que rechace la invitación sin levantar sospechas ni preguntas. Los dos llegamos a la misma conclusión al mismo tiempo, mientras esas palabras no dichas flotan en el aire de la noche.

–Sí. Lo entiendo. –Tuerce los labios–. Es un buen gesto. –Dios, odio que tenga los ojos tan rojos, que sea tan obvio que ha estado llorando. Solo quiero abrazarla, cocinarle algo y tenerla acurrucada contra mí frente al fuego.

–No tienes que ir. –Le sostengo la mirada, intentando transmitir todo lo que quiero decirle, pero no puedo.

–Nah. Está bien. –Se encoge de hombros y camina hacia su teléfono, tocando la pantalla para apagar la música.

Parece lista para irse, y yo estoy intentando encontrar algún motivo para que se quede un poco más. Algún lugar neutral, una conversación al pasar entre dos personas. Cualquier excusa para retenerla.

–Lo del dinero... –Se me escapa de golpe. Sus ojos verdes se alzan de inmediato para encontrarse con los míos–. Lo arreglo directamente con Kayce. No tienes que mencionárselo. –Con las manos enterradas en los bolsillos, doy un paso hacia ella. No quiero arriesgarme a tocarla.

Enrojece al instante, parece nerviosa, justo lo contrario de lo que quería provocar.

–No. En serio...

–Layla. Escúchame. Mi hijo es un imbécil que te robó. Mientras esté todo en orden por tu parte, el resto lo resuelvo con Kayce.

Analizo su reacción. Parece que quiere protestar. Una amplia gama de emociones desfila por su rostro, como si no pudiera decidir si admitir la derrota o enfrentarse conmigo.

Finalmente, cede; hunde los hombros y baja la mirada.

–Gracias. –Su voz es un susurro suave.

–Ni lo pienses. Ya tienes bastante con lo tuyo, yo me ocupo del imbécil de mi hijo.

Mueve la barbilla en un gesto afirmativo y comienza a moverse. Joder, esto está mal. Hay un horizonte infinito de cosas que quiero decir, pero no me sale nada. Un frío se asienta en mi pecho.

Cuando Layla se acerca, me muevo instintivamente para bloquearle el paso. No la toco, pero ese pequeño gesto detiene su avance. Ella sigue sin mirarme y noto cómo se me acelera la respiración.

Sin mover las manos de los bolsillos, bajo la cabeza y me aseguro de que no haya nadie cerca de la entrada del establo.

–Odio esta mierda. Me mata verte así de triste –le susurro.

Ella niega con la cabeza, tragando con fuerza.

–Ven a dormir a mi cama esta noche. Quédate conmigo, cariño. Me estoy volviendo loco sin ti. –Bajo la voz y se quiebra un poco. Es una fracción de todo lo que en realidad quiero decir.

Se me rompe el corazón.

Layla inspira de golpe, pero se niega a mirarme.

–No podemos. –Habla tan bajo que apenas logro escucharla por encima de los resoplidos y el ruido de los caballos masticando.

Por supuesto, tiene razón. Estoy desesperado y, aunque solo hayan pasado dos días, sería capaz de arriesgarlo todo. Porque la verdad es que estoy loco por ella, y estoy perdiendo la cabeza en esta soledad.

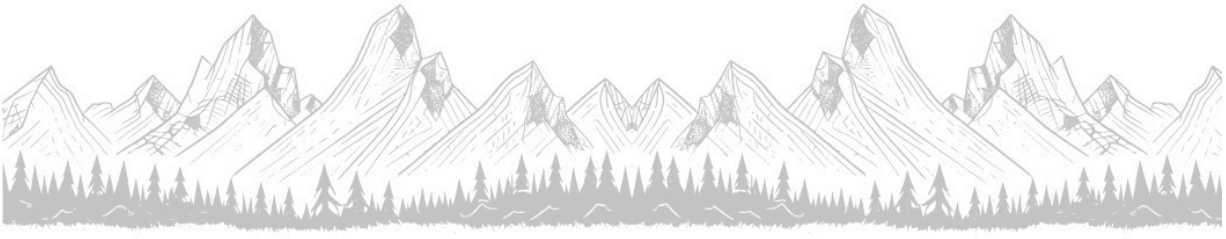
¿Cómo coño voy a sobrevivir cuando se vaya? Es una tormenta que se avecina y que estoy decidiendo ignorar, pero sé que me va a

arrasar y me dejará temblando a la intemperie, con el pecho abierto.

–Entonces, hazme un favor mañana por la noche... –Aprieto la mandíbula, y vuelve a mirar la puerta, confirmando que no haya nadie escuchando–. Ponte algo bonito, ángel. No por mí. Me costará mucho no quedarme mirándote, sin importar lo que lleves puesto, pero ponte algo para ti.

Layla no responde. No dice ni una palabra. Solo veo la tensión en su rostro mientras se va.

El sonido de sus pasos suaves y la imagen de mi chica atravesando esas puertas me dejan el corazón hecho trizas.



Capítulo 31

Layla



–¿Quién hubiera pensado que Colton Wilder podía ser tan gracioso?

La puta embarazada sentada frente a mí toca el antebrazo de Colt con sus uñas postizas verde neón por quinta vez desde que llegamos.

Y él se aparta, librándose de sus garras… otra vez.

Esto es una película de terror. He terminado en el infierno campechano, donde la susodicha sorbe una espantosa copa sin alcohol, cargando en su vientre con el primogénito de mi exnovio mientras intenta seducir a su padre.

O sea, no es que yo tenga mucha autoridad moral, considerando mi pasado con ambos hombres. Pero que se vaya a la mierda. Devoro la hamburguesa, hundo las patatas en la salsa con furia y resisto la tentación de clavarle el tenedor a Chyannah en la mano.

Kayce, por supuesto, está desaparecido. Nos dejó a merced de la encantadora compañía de Chy y de sus intentos de meterse en los pantalones de Colt a pesar de estar casi de seis meses. Debe estar

con sus amigos en la barra. Dijo que volvería hace veinte minutos, pero aquí seguimos.

El Loaded Hog está lleno porque se celebra el festival de «fin de invierno» que atrae gente de kilómetros a la redonda. Afuera hay una carpa, guirnaldas de luces sobre el patio cervecero y una banda de *covers* que toca una mezcla de clásicos y éxitos modernos que, evidentemente, es lo que le gusta al público de Crimson Ridge, porque el lugar está abarrotado. Dentro no cabe un alfiler; y fuera, la improvisada pista de baile rebosa.

He tenido que soportar la última hora y media sentada junto a Colt en este banco diminuto escuchando a Chy hablar de sí misma todo el tiempo. Kayce se pasa el rato levantándose para ir a buscar más copas, y yo ya estoy lista para salir corriendo.

Estoy al borde de la locura. Hay mucho ruido, mucha gente, mucho caos que contrasta con la calma del rancho, y sé que Colt debe estar retorciéndose por dentro a cada segundo que pasamos aquí. Cuando me atreví a mirarlo de reojo, apenas un segundo mientras Chy buscaba un chicle en su bolso, pude ver los músculos de su mandíbula temblar por la presión. Por no hablar de la fuerza con la que se aferra a su cerveza.

Toda la noche he librado una batalla contra el impulso de tocarlo por debajo de la mesa. Quiero acariciar su muslo, hacerle saber que estoy aquí, que entienda que todavía siento la fuerza de nuestra conexión.

En el fondo, lo que quiero es tener el derecho de tocarlo abiertamente.

Hemos venido todos juntos en su camioneta. No hay ninguna posibilidad de que Kayce vaya a estar sobrio como para conducir, y, aunque tenemos a una mujer embarazada que, técnicamente, podría ser la conductora designada de esta alegre comitiva, no confiaría en sus capacidades para subir Devil's Peak de noche.

Así que Colt será el chofer, y está estirando la única cerveza que beberá. Yo me he tomado un par de copas con la comida, pero siento que necesito algo más fuerte, solo para calmar los nervios.

–Ahí está el padre de mi bebé –grita Chy cuando Kayce reaparece y se desliza de nuevo en la banqueta.

Uf. Qué asco.

Tengo que controlar mis expresiones para no delatar lo rara que me parece esta chica. Tampoco está del todo claro si sabe de mi pasado con Kayce, porque ninguno de los dos lo ha mencionado en el tiempo que hemos soportado su compañía.

He hecho lo posible por evitarlos desde su inesperada llegada. Y lo había logrado, hasta esta noche. Luego, en el viaje en la camioneta hacia Crimson Ridge, no han hecho más que hablar de sus amigos en común, con los que supuestamente nos íbamos a encontrar en el bar. Así que no ha habido un momento apropiado para preguntar, con algo de cortesía, si la imbécil embarazada que cuelga del brazo de mi exnovio sabe de mi breve e inolvidable (en el peor sentido) historia con él.

Sin embargo, por mucho que me arrepienta de haber salido con Kayce, también ha sido él quien me llevó hasta Colt, y eso me provoca sentimientos encontrados. ¿Puedo odiar las circunstancias que me ayudaron a encontrar a la persona que estoy casi segura de que es el gran amor de mi vida? Aunque no pueda tenerlo ni decírselo.

Mierda. Definitivamente necesito una copa.

–¿Alguien quiere algo de beber? Voy a la barra –anuncio.

–Claro que sí, vamos a emborrachar a la cumpleañera –celebra Kayce.

Colt hace un ruido que suena a gruñido.

–Kayce. No seas idiota –le suelta con brusquedad.

–Por Dios, papá. Tú ya pasaste la etapa de salir y divertirte. –El hombre-niño sentado frente a mí, que sin duda es un idiota, pone los ojos en blanco–. Vamos, Layla. Están todos en la barra. Te presentaré a gente divertida.

Chy reconoce a alguien, porque empieza a chillar y a aplaudir como una foca. Le cuesta trabajo levantarse con esa barriga, pero lo logra, dice algo meloso y casi devora el rostro de Kayce antes de ir hacia un grupo de chicas idénticas a ella.

Todas llevan mechas decoloradas. Hay varias embarazadas más. Y están en un bar. Vete tú a saber por qué.

–¿Vienes, tío? –Kayce me rodea los hombros con un brazo cuando me levanto, mirando al hombre al que quiero volver corriendo, que sigue sentado en el banco.

Colt fija de inmediato la vista en el lugar donde descansa el antebrazo de su hijo, alrededor de mi cuello, y yo bajo la cabeza. No quiero darle motivos a Kayce para pensar que su padre piensa en mí. No debería hacerlo.

Pero, joder, cómo me gustaría. Me duele de lo mucho que lo deseo.

–Id vosotros. Yo iré a saludar a los Hayes.

Sigo la dirección que señala con la botella de cerveza y veo a un grupo de hombres más cercanos a la edad de Colt, reunidos en un rincón del bar. Están sentados en taburetes alrededor de una mesa alta, lo más alejados posible de la música y del baile.

–Genial. Entonces vamos, Layla. –Antes de que pueda reaccionar, Kayce me coge del codo y me arrastra hacia la multitud; pierdo de vista a mi vaquero cuando la gente alrededor de la barra me traga por completo.

Con un pequeño tropiezo, logro echar una última mirada por encima del hombro, de regreso al banco donde estábamos sentados hace apenas unos instantes.

Ya está vacío.



–¡Alcohol para la cumpleañera!

–¡Seeeeee!

–Dale, nena, tómalo de un sorbo.

Un coro de voces de desconocidos me rodea mientras me trago un chupito rojo cereza y me limpio la boca con el dorso de la mano. Me quema la garganta con una mezcla de canela y licor.

Los amigos de Kayce parecen estar listos para una gran noche, y, aunque no quiero estar bebiendo en la barra con extraños –solo hay

un hombre junto al que quiero estar, y se ha esfumado–, la tentación de adormecerme gana.

Mi vida es un desastre, así que ¿por qué no soltar el control y emborracharme como las demás veinteañeras que llenan este bar?

El alcohol se asienta en mis venas como una manta cálida. ¿Voy por el tercero? Otro vaso aparece en mi mano y me río.

–Dios, no. No puedo. –Un tipo bastante simpático y su novia me han acompañado en cada ronda.

–¿Quieres bailar, mejor? –La novia, de pelo castaño corto recogido en media coleta y grandes aros, me coge de la mano.

–Vale. –Sigo riendo. El alcohol me hace sentir ligera, y lo agradezco después de la incomodidad de esta noche y del hecho de que ni recuerdo la última vez que salí de fiesta.

Creo que se llama Mary. ¿O Mandy? Sea como sea, parece agradable, y dejo que me arrastre hacia la carpa atiborrada de gente. Saluda con abrazos de lado a otras amigas mientras grita sus nombres por encima del ruido de los altavoces para presentármelas en medio de la multitud que se mueve al ritmo de la música.

Hace calor, hay demasiada gente, y me resulta tentador perderme en la sensación de estar más borracha de lo que pensaba e intentar olvidarlo todo.

Olvidar esos ojos color avellana, la barba descuidada y el cabello oscuro, rebelde y juvenil en el que quiero hundir los dedos.

Dios.

La mezcla de alcohol, música fuerte y cuerpos apretados me excita y me muero por encontrar a Colt. Sé que sigue aquí porque nos va a llevar de vuelta a casa… No, no es «casa». Al rancho.

Ese rancho que no es mi hogar, pero que quiero que lo sea, que es más mi hogar que cualquier otro lugar en el que haya vivido.

Las palabras se arremolinan en mi mente. La canción llega al clímax, la multitud se eleva en un *crescendo*, gritando las últimas frases con las manos en el aire, y creo escuchar al cantante despedirse. De pronto, las luces bajan, y los altavoces empiezan a retumbar con un bajo más pesado, más profundo. El ambiente cambia en un parpadeo, se transforma en un club nocturno, y

Mandy –o Mindy, o Mary– me coge de la cintura y me arrastra con sus amigas, que se mueven al ritmo seductor de la música.

Mi cuerpo ya está encendido, y esta melodía sensual no ayuda en nada a lo que siento entre las piernas. Cierro los ojos y me dejo llevar por este grupo de chicas que ni conozco, pero que solo quieren pasarlo bien. Si hay algo que debo hacer ahora, es entregarme a ese estado vacío.

Pasarlo bien.

Olvidar todo lo que está fuera de esta pista abarrotada.

Permitirme sentir cada ritmo, cada nota, cada golpe del bajo que sale de los altavoces.

Entre perfumes pesados, cerveza agria y alcohol azucarado flotando en el aire, siento el choque de un cuerpo firme contra mi espalda.

Lo ignoro y sigo balanceándome. No me interesa bailar con nadie esta noche. Bueno, con nadie que no sea Colton Wilder. Cada vez que abro un poco los ojos, ya pesados por las endemoniadas copas que se diluyen en mi sangre, veo que algunas de las chicas del grupo empiezan a emparejarse con tipos que las guían en el baile, pegándose más. Manos rodean cinturas, dedos recorren hombros musculosos. Cierro los ojos con fuerza, pero no sirve para borrar mi deseo.

¿Qué no daría porque ese par de manos que conozco tan bien cogieran mi cintura desde atrás? Porque su torso fuerte se apoyara contra mi espalda. Porque nuestras caderas se unieran, encontrando ese ritmo natural, instintivo, que tenemos juntos.

¿Colt será un buen bailarín? No sé. Probablemente nunca lo haya intentado. Pero, Dios, folla como si supiera perfectamente mover el cuerpo al compás de la música.

Alzo las manos y paso los dedos por mi cabello, despegando los rizos de los hombros. Balanceo y muevo mis caderas, mientras el suave material del vestido roza mis rodillas.

Me he puesto un vestido. Mi favorito. Es blanco, con mangas infladas y un fruncido en la cintura que hace que mis pechos luzcan increíbles. Paso las manos por mi cintura, ajustada a la perfección. Es un vestido más de pícnic veraniego que de salida nocturna en un

bar a fines del invierno, pero qué importa: nunca falla en hacerme sentir bien conmigo misma.

Colt me dijo que me pusiera algo bonito, y este vestido no defrauda.

No lo elegí exactamente por él… Pero tampoco puedo negar que pensé en Colt mientras me preparaba. Y, santo cielo, cómo me gustaría que el vaquero en cuestión me cogiera por la cintura y me susurrara al oído lo bien que me queda.

Un empujón me saca de mis fantasías. Abro los ojos de golpe, porque me parece una falta de respeto. Entiendo que está lleno de gente y que están casi todos borrachos, pero si me siguen empujando, me voy a enfadar.

–Toma, bebe conmigo. –Una voz masculina resuena demasiado cerca de mi oído.

No me habla a mí directamente, pero está lo bastante pegado como para ponerme la piel de gallina.

–¿Y tu amiga? –Otra voz surge del lado contrario, y me doy cuenta de que, en realidad, le están hablando a una de las chicas del grupo. Ella se ríe, completamente borracha, y me coge del codo.

–Sí, es el cumpleaños de mi amiga Layla. Tomaremos algo con vosotros.

Quiero negarme de inmediato, pero, cuando me doy la vuelta, mi mente se queda en blanco ante lo que veo.

La chica –ni siquiera alcancé a retener su nombre entre los gritos y la música– echa la cabeza hacia atrás y se traga con un solo movimiento lo que le acaban de dar. Una copa aparece de repente en mi mano, y quien me la ofrece intenta guiarla hasta mi boca.

Por alguna razón, reacciono despacio, pero sé perfectamente que esa bebida no va a entrar en mí. La luz es tenue y los destellos intermitentes me ciegan y me impiden ver con claridad. Y entonces noto ese olor sutil a cigarrillo… y lo sé.

Aunque no pueda ver sus rostros, aunque nunca vi claramente al hombre que me acorraló la noche de la fogata, una oleada helada recorre mi piel porque estoy segura: son ellos.

Los mismos.

Los Pierson.

Los cabrones que han estado jodiendo en el rancho.

Los que disfrutan acosando a chicas indefensas.

Y la pobre que está a mi lado acaba de tragarse lo que sea que le hayan puesto en ese vaso.

Me cuesta respirar. La pista está repleta, me aprietan por todos lados. Los cuerpos, todos más altos que yo, parecen robarme el aire de los pulmones. Y estos dos hombres –estoy segura de que son ellos– me rodean como sombras, demasiado cerca para distinguir sus rostros en la penumbra.

–Vamos, cumpleañera. Sé buena como tu amiga. –El vaso vuelve a chocar contra mis labios con fuerza, y consigo darle un manotazo. La bebida se derrama sobre la camisa del tipo, y suelta una maldición.

–Zorra estúpida.

–Ah, ya me acuerdo de ti. –La voz del otro me hiela la sangre. Una mueca asquerosa se dibuja en su rostro. Es Henrik, el imbécil que me acorraló aquella vez en el rancho–. Eres la puta de Wilder, ¿no?

–La que montó un escándalo en la fogata. No está bien hacer esas cosas. Solo estábamos hablando.

Se me cierra la garganta. Estos hombres saben perfectamente quién soy, y, si han atacado a Colt en su propio rancho, no hay que ser un genio para entender que no van a dejarme tranquila. Puede que no sepan la verdad de nuestra relación, pero saben que pueden hacerle daño si se meten conmigo.

–Parece que necesitas comer mejor, muñequita.

–Lárgate. –Intento girarme hacia la chica que probablemente ha sido drogada, pero uno de ellos me coge del brazo.

Qué no daría por tener en mis manos la pistola con la que Colt me enseñó a disparar, solo para que se alejen de mí porque siento que así de fácil cazan chicas y se salen con la suya una y otra vez.

Ahora entiendo por qué insistió tanto con que supiera defenderme y por qué le preocupaba que me quedara sola sin recursos para impedir una situación como esta.

Pero ahora estoy rodeada de gente. Y es el escenario perfecto para cazar presas.

Es demasiado fácil esconderse entre luces bajas, música ensordecedora y copas que circulan sin parar.

Me sujeta con tanta fuerza que me quema la piel. El otro hombre tira de la chica –que es mucho más joven que yo– y la aleja de mi alcance.

Nos separan con una habilidad nauseabunda.

–Aléjate de ella –grito, tratando de estirarme hacia la muchacha que ni siquiera conozco, pero que de repente necesito proteger. La borrachera se me pasa de golpe. Dios sabrá qué le han metido en el cuerpo. Me siento más impotente que nunca.

No importa cuánto grite o me retuerza contra el hombre que me sujeta, la música está tan alta que ahoga mi voz. Él me bloquea con su cuerpo, me tapa la boca con una mano que apesta a nicotina y me arrastra hacia la salida del bar, lejos de la multitud, perdidos en la oscuridad.

–Solo vamos a tomar una copa tranquilos aquí fuera, muñeca. Así que compórtate. No hay necesidad de hacer un escándalo.

–Vete a la mierda. Suéltame. –Mis palabras se pierden contra su palma. Hago lo imposible por moverme, por dejar claro a quien pueda oírme que no quiero esto. Que no estoy aceptando las condiciones de este hombre, ni su mano en mí, ni que me obligue a salir del bar con él.

La salida está cada vez más cerca.

Es como si fuera invisible.

¿Nadie ve lo que está pasando?

¿Así de fácil ocurre, no? Estoy sola entre un mar de gente. Violentada a plena vista. Y luego, por la mañana, la culpa será de la chica que «los provocó».

Siento subir una náusea y entonces es como si la marea humana se abriera de repente a nuestro alrededor. La chica sale disparada hacia mí, y se desata un forcejeo. Voces roncas discuten por encima de la música.

Una mano enorme cae sobre el hombro de quien me sujetaba y le tuerce el brazo a la espalda.

–Vamos, Pierson.

Mientras mi cerebro intenta entender lo que pasa, veo el destello metálico de unas esposas y escucho el crujido de una radio. Todo acaba antes de que pueda procesarlo: se los llevan, y la multitud deja de bailar para observar lo que parece una redada en medio de la fiesta.

Aunque la música sigue sonando atronadora, al otro lado del bar hay un caos evidente por lo que acaba de suceder. No logro ver más allá de las cabezas de la multitud que nos rodea, pero ahora tengo a mi lado a una chica que ha podido haber sido drogada y ni siquiera sé cómo se llama.

Giro sobre mi eje, intentando encontrar a Mindy, Mandy o como sea que se llame la amiga de la chica, pero no la veo por ninguna parte. De hecho, no encuentro a ninguna de las personas con las que llegamos. Y la chica, la que se acaba de tragar la bebida adulterada, ha desaparecido.

Oh, Dios. ¿Qué coño está pasando?

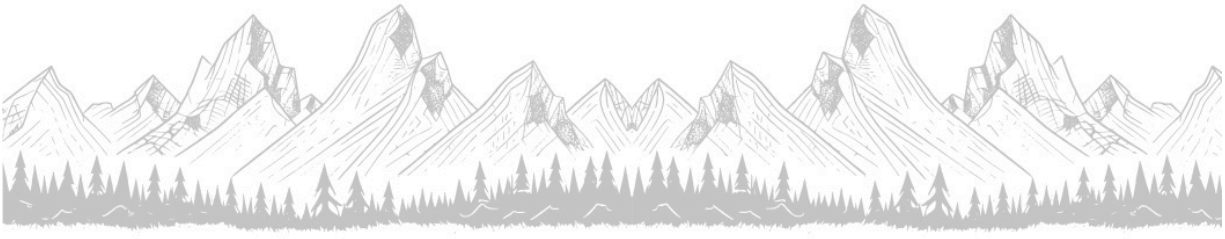
Unas palmas pesadas caen sobre mis hombros, y doy un salto de puro susto, con el corazón trepándome hasta la garganta.

Cuando me giro, toda mi preocupación se desvanece.

Me encuentro con un par de ojos color avellana en los que quiero sumergirme, bañarme, ahogarme y no volver a salir nunca más.

Colt se alza sobre mí con una expresión que no logro descifrar, y cuando baja la cabeza para hablarme directo al oído, el tono rasposo me estremece entera.

–Baño. Ahora.



Capítulo 32

Colt



Se oye el clic de la cerradura de la puerta, y Layla está delante de mí con las manos escondidas en la espalda, apoyada contra la madera, clavándome sus enormes ojos verdes.

Parece una diosa.

Estoy perdiendo la cabeza. Oficialmente me he vuelto loco.

Estamos encerrados juntos en este diminuto baño, y no sé cuánto tiempo pasará antes de que Kayce o su novia embarazada vengan a buscarnos. Pero yo no podía seguir respirando sin ver a Layla a solas.

Después de lo que acaba de ocurrir, de ver a esos cretinos acercarse de nuevo a ella… todo encajó.

No puedo arreglar lo que hizo mi abuelo, por mucho que lo intente. Esos tipos están empeñados en ser igual de basuras que él. Hayes se dio cuenta enseguida de lo que estaban haciendo, ahí, a plena vista, porque se confiaron y se creen intocables.

Esta vez, han cavado su propia tumba. Y yo, desde luego, no iba a impedir el arresto.

Esta vez no. No si está mi chica de por medio.

–¿Estás bien? –Cierro la corta distancia que nos separa, necesito tocarla. Necesito saber que no le ha pasado nada.

Ella asiente, sus manos vuelan para aferrarse al pecho de mi camisa, y yo bajo la cabeza hasta su cuello.

–Mucho mejor ahora –murmura, arqueándose, dándome acceso a ese punto sensible justo encima de su pulso, que late furioso.

Tiene la voz un poco ronca por la cantidad de alcohol que ha bebido. Traté de evitar mirarla todo el tiempo para no llamar la atención, así que no estoy seguro del número exacto. Por lo que veo, no está ida ni tan ebria como para no saber lo que hace.

Ruego a Dios que mañana no se arrepienta de haberme seguido hasta aquí. Hemos sido inseparables durante semanas, así que no podría soportar que pensara que este momento es un error.

Aunque, sinceramente, no sé si soy capaz de soltarla.

Aspiro hondo; huele a lo único bueno que tengo en mi vida y que estoy muy cerca de perder para siempre.

–¿Has visto lo que pasó? –Su voz rasposa y sexi me recuerda que estoy tan perdido en ella que no le he respondido.

–Sí. Esos imbéciles por fin las van a pagar. –Odio que tengamos que hablar de los Pierson en los minutos de intimidad que se nos escurren entre los dedos–. El *sheriff* Hayes se va a asegurar de que esta vez no se les escapen.

–La chica. –Los dedos de Layla se deslizan por mi cuello–. Le dieron algo.

–Se la llevó una persona del equipo de Hayes que estaba de civil cuando vio lo que le hicieron. –Mis labios trazan un sendero caliente y húmedo sobre su cuello, y Layla gime. Joder, me enciende el cuerpo poder tocarla, aunque solo hayan pasado un par de días–. No te preocupes, la van a cuidar.

–Lo siento, Colt. Qué noche más desastrosa.

Como si no lo supiera.

–Lo sé. Dios, lo sé. Pero tú no tienes la culpa. ¿Qué puedo hacer para que te sientas mejor, ángel? Dime.

–A menos que puedas borrar todo lo que ha ocurrido… –Sus dedos juegan con el cabello en mi nuca, y ya sé que estoy a punto

de tomar una decisión imprudente.

Una de mis manos sube hasta la parte frontal de su cuello, posándose sobre la columna delgada de su garganta, y ella emite un sonido de deseo.

–Por más que quisiera, no puedo hacer eso… –Mis dedos se flexionan en la forma que sé que le encanta, aplicando un poco más de presión, lo que le arranca otro gemido. Con mis labios rozando los suyos, estoy perdido, solo veo a esta chica deslumbrante–. Pero sí puedo ayudarte a olvidar esos pensamientos que invaden tu mente. ¿Quieres eso, cariño?

–No podemos… Es demasiado arriesgado… Aquí no… –La lengua rosada de Layla se asoma para humedecer sus labios, y gimo. Nada en este mundo podría alejarme de ella en este momento.

Estoy loco por esta mujer.

Que se vaya a la mierda el mundo entero al otro lado de esa puerta cerrada.

Junto nuestras bocas y la levanto hacia mí. Devoro cada uno de esos gemidos de placer y la manera en que nuestros cuerpos encajan de forma tan perfecta. Girándonos, la dejo caer sobre el mostrador junto al lavabo. No hay mucho espacio, pero no voy a dejar que eso me detenga.

–Vas a tener que portarte bien y quedarte calladita. –Mordiendo su labio inferior, deslizo mis palmas para subirle el vestido por los muslos. Podría pasarme la vida besando su boca, pero ahora quiero más que solo sus labios. Necesito verla deshacerse en mi lengua, hundirme en ella; cuanto antes, mejor.

Me arrodillo frente a mi chica; en esa posición, mis palmas recorren su piel a la altura de mis ojos. Desde ahí puedo absorber cada respiración temblorosa y cada reacción.

–¿Hace falta que te tape la boca con algo o vas a portarte bien y quedarte callada?

Lo sé, sin lugar a dudas: está excitadísima. No hay tiempo suficiente para todo lo que quiero hacer, así que, por el momento, debo ignorar la dolorosa erección que me presiona contra la bragueta y dedicarme a ella.

–Oh, Dios. Te deseo tanto –jadea Layla, mirando hacia abajo.

–Lo sé, nena. Para mí también ha sido un infierno. –La arrastro hacia delante hasta el borde del lavabo y abro sus rodillas con firmeza.

–No podemos –protesta, pero ese «no» se transforma en un gemido cuando engancho sus bragas con los dedos, las corro a un lado y cubro su sexo con mi boca.

No puedo darme el lujo de discutir. Cuanto más hablemos, menos tiempo tendré para darle placer, y ahora me siento poseído. Devoro su dulce coño, dejándola sostenerme contra su clítoris hinchado mientras suelta ruiditos desesperados y tensos encima de mí.

Se esfuerza por no hacer mucho ruido, lo sé.

Es tan sexi tan perfecta, y tan mía.

Justo cuando sus muslos empiezan a temblar y sus dedos se clavan en mi cuero cabelludo –o sea, cuando está a punto de correrse–, unos golpes fuertes retumban en la puerta.

Layla se sobresalta, pero yo sigo. Endurezco la lengua, masajeando más rápido y más fuerte.

–¿Layla? ¿Estás ahí?

–Oh, Dios –susurra, rígida de pánico. Me tira del pelo, intentando apartarme. De repente, una idea cruza por mi mente. Deberíamos parar. Yo debería parar. Pero la puerta está cerrada con llave y me cuesta encontrar motivos para detenerme.

Siento su sabor en mis labios, y estoy decidido a verla derretirse en mí. No. No voy a parar.

–¿Layla? –Otro golpe. Es Kayce, borracho, al otro lado de la puerta, mientras yo tengo la lengua enterrada en el coño de mi vida, y ella está a diez segundos de empaparme la cara con su orgasmo.

–Ehh… ¿sí? –logra decir, temblorosa, y me mira justo cuando yo alzo la vista del único lugar en el que quiero estar. Sigo, succionando y lamiendo su clítoris, sacudiendo la cabeza de un lado a otro. Layla suelta un jadeo agudo cuando mis dedos se hunden en su carne blanda y la trabajo sin piedad.

Con mis ojos, le dejo claro cómo va a terminar esto.

No pienso detenerme.

–¿Estás bien? –El imbécil de mi hijo sigue detrás de la puerta.

–Estoy… –Puedo ver que está a punto de correrse. Gime–. Estoy bien. –Jadea–. Salgo enseguida. –Su voz se rompe, un leve sollozo entrecortado. Enreda los dedos con más fuerza en mi cabello, guiándome exactamente al lugar donde me quiere.

Dios, amo a esta chica.

–Bueno. Voy a buscar a mi padre que ha desaparecido, pero supongo que deberíamos irnos, si estás lista para salir.

La observo fruncir el ceño. Observo el rubor en sus mejillas y el instante en que su mandíbula se abre. El orgasmo la arrastra, su cuerpo se tensa mientras esos labios perfectos quedan entreabiertos.

–Sí. Ssssí. –Aspira hondo y la fuerza de su clímax hace que sus muslos aprieten mi cabeza y su cuerpo se sacuda mientras las olas la atraviesan.

No pierdo ni un segundo.

Por Dios. No sé si Kayce sigue ahí fuera, pero mi polla está dura como una piedra y chorreando. Tengo que follarla aquí y ahora sin pensar en las consecuencias.

Si un baño de mierda en el fondo de un bar, con Layla borracha es todo lo que nos queda... entonces tendrá que bastar.

Muevo su cuerpo aún tembloroso del lavabo, la giro y la inclino sobre la superficie plana, frente al espejo, devorando la forma en que sus pechos amenazan con escapar del escote de ese vestido que parece diseñado para su cuerpo.

–Dios, eres una fantasía hecha realidad, ángel.

–Te necesito, jefe. Te necesito mucho. –Me observa con los ojos entornados en el reflejo, mientras me libero del pantalón.

Tomo el dobladillo de su vestido, lo levanto hasta la parte baja de su espalda y dejo al descubierto su trasero. Aparto la tela de sus bragas a un lado otra vez, cojo mi polla en una mano y la deslizo por toda su humedad. Casi muero al sentir lo caliente, lo mojada y lo aterciopelada que está.

–Por Dios, cómo echaba de menos este coño tan perfecto.

–Y yo tu polla. –Se muerde el labio inferior, y sostengo su mirada verde musgo en el reflejo mientras la penetro lentamente. Aquí, con ella, bajo estas putas luces fluorescentes, siento que estoy en el

paraíso, perdiéndome en sus ojos mientras me hundo en su calor estrecho y sedoso. Con ella siempre es perfecto.

Sin dudar nos complementamos, como si nuestros cuerpos hubieran sido moldeados el uno para el otro. Y es mucho más que sexo, pero, a la mierda, el sexo es increíble.

–Mmmierda. –Pone los ojos en blanco cuando me entierro más.

–Estás mojada. –Aprieto los dientes–. Siempre mojada. –Ella palpita y se aprieta alrededor de mí como si todavía estuviera corriéndose en mi lengua, o quizá porque está tan excitada que ya está a punto de explotar otra vez.

Estamos atrapados en la urgencia y el calor del momento. Layla se muerde el labio, sin dejar de mirarme en el espejo mientras la follo, y la desesperación por hacerla completamente mía me consume. Siento que ha pasado una eternidad desde la última vez, y, aunque la tentación de alargarlo late en mí, la necesidad gana terreno.

–Estoy muy cerca… –gime, y eso enciende la mecha. Quizás porque sé que esta podría ser la última vez.

–¿Quieres correrte?

Ella emite un sonido suplicante, apretándose aún más en mí mientras mi pelvis choca contra su trasero.

–Entonces quiero oírlo. Suave, angelito. Hazlo en silencio para mí. –Sostengo su mirada en el espejo mientras los sonidos húmedos y sucios de nuestra unión rebotan en las baldosas–. Shhh. Sé buena. Lo estás haciendo muy bien. No queremos que nadie nos descubra.

–Sienta tan bien. –Su susurro flota, sucio y suave como la seda.

–Bajito, bebé. Quiero escucharte suplicar. Quiero escucharte decir mi nombre. –Me aprieta más cada vez que le ordeno guardar silencio.

–Por favor. Te extraño.

–¿Quieres que te llene, ángel?

–Mucho. Sí.

–¿Quieres salir de aquí con tu precioso coño escurriendo mi semen y sentirlo bajar por tus piernas?

Layla se muerde el labio con tanta fuerza que temo que se haga daño. Pero santo cielo. Santo cielo. El modo en que late y me intenta

succionar más hondo. Veo las estrellas por la presión y la necesidad de correrme dentro de ella.

–Por favor. Por favor, Colt.

Oír mi nombre en ese susurro entrecortado nos lleva al límite.

–Eso es. Lo haces muy bien. Eres perfecta. Tan perfecta. –La mujer que sostiene mi corazón hecho trizas en sus manos se desmorona mientras la guío con mis palabras, murmurándole alabanzas que la empujan hacia el clímax.

–Colt… Colt… Oh Dios. Yo…

–Lo sé, ángel. –Tengo la mandíbula tan apretada que me duele, y clavo los dedos en sus caderas. Quizá este sea nuestro último recuerdo. Con cada embestida me deja más claro que no va a ser suficiente, porque aunque salga de aquí llena de semen y con mis dedos marcados en la piel, eso desaparecerá pronto–. Quiero adueñarme de cada centímetro de ti y que todos sepan que eres mía. Me estoy volviendo loco por ti, ángel.

Layla gime, sus ojos se tornan de ese verde oscuro profundo que conozco tan bien. Está a punto de romperse. Lo sé.

–Colt, te…

Está reprimiendo lo que quiere decir. Lo sé, porque yo hago lo mismo.

Niego con la cabeza y gruño.

–No voy a decirlo. No aquí, no en un baño. Quiero, y lo sabes, pero no podría perdonarme si lo hago así.

Con eso, me hundo otra vez, y meto una mano bajo las bragas hasta encontrar su clítoris. Pellizco y froto con fuerza el pequeño botón bajo mis dedos callosos.

La boca de Layla se abre en un grito ahogado mientras se aprieta con fuerza alrededor de mi polla. Su orgasmo arrastra el mío al mismo tiempo, y maldigo entre dientes mientras bombeo dentro de ella. El semen me brota en chorros espesos, y el tiempo se detiene: somos solo nosotros dos, perdiéndonos en esa nube de placer y éxtasis.

Dios, no sé cuánto tiempo llevamos aquí. Mi mente está en blanco y mi polla no entiende que esto tiene que terminar. Tengo que

limpiar a Layla y sacarla de aquí antes de que sea evidente que ha estado demasiado tiempo en el baño.

–Quédate así, nena. –Salgo de ella con cuidado, cojo un par de toallas de papel, me limpio rápido y me pongo de nuevo los pantalones. La ayudo a incorporarse y la giro para que me mire de frente.

Sus ojos brillan. Tanto por el placer como, sospecho, por la emoción.

Me inclino para limpiarla, pero me detiene antes de que llegue a ponerme de rodillas. Niega con la cabeza.

–No. Déjalo. Quiero sentirte ahí.

Maldita sea. Vacío mis pulmones, el papel arrugado cae al suelo. Tomándole el rostro entre las palmas, busco sus labios.

Esta vez, cuando nuestras bocas se encuentran, es lento y sensual, y es una tortura divina. Hay tanta emoción entre nosotros. Lo nuestro está escrito en cada caricia suave de lenguas, en cada diminuto movimiento de sus dedos aferrándose con fuerza a mis muñecas.

Cuando me aparto, Layla emite un sonido doloroso.

–¿Por qué siento que nos estamos despidiendo?

Joder. Sé que todavía tenemos que regresar al rancho, y que aún no se irá de mi vida, pero tiene razón. Siento que hay mucho más que la desesperación de diluirnos en el otro, encerrados en el baño de un bar.

Aclarándome la garganta, apoyo mis labios en su frente.

–No debería admitirlo, así que por favor no digas nada, Layla. Pero muero por ti cada vez que te veo. Me hundo cada vez más en ti y en lugar de ahogarme me lleno de vida. No sé qué es esto, pero lo quiero tanto que me duele.

Layla cierra los ojos con fuerza.

Acaricio sus mejillas con los pulgares. Sé que si la miro a los ojos no podré alejarme.

–Voy a salir a ver que no hay nadie. Espera unos minutos y sígueme, ¿de acuerdo?

Ella asiente y traga con dificultad.

Eso es todo lo que tendremos.

Tengo que dejarla, aunque me mate.

Mientras cierro el puño en la manilla de la puerta, inspiro profundo, deteniéndome… contemplando si existe alguna posibilidad de salir de aquí cogiendo su mano para irnos juntos a casa y no tener que atravesar el incómodo viaje de regreso fingiendo que nuestros corazones no están entrelazados.

Pero sé que ese escenario no existe.

A los cretinos como yo no les pasan esas cosas.

Layla tiene toda la vida por delante.

Así que giro la cerradura y me deslizo hacia el pasillo vacío y lúgubre.

Solo.

Capítulo 33

Layla



Casi no puedo respirar.

A donde sea que vaya, me encuentro con la sonrisa deslumbrante de Kayce o con Chy golpeando sus uñas acrílicas en la pantalla del teléfono. Y como la guinda del pastel más horrible de la existencia: esta mañana ha venido a desayunar con sus enormes tetas de embarazada colgando sobre la mesa y coqueteó abiertamente con Colt.

Es demasiado, siento que estoy a un segundo de gritar.

Trabajar con los caballos es lo único que mantiene mi cordura. No queda rincón en estos establos por atender y estoy segura de que nunca han recibido tantas caricias. Se han convertido en mi refugio. Me encantaría sacar a uno para dar un paseo, pero siendo honesta, no me he atrevido, porque sé que eso es justamente lo que ha hecho Colt.

Después de las insinuaciones matutinas de Chy, su pezón a punto de escapar y su intenso escrutinio del trasero de Colt, él huyó tan rápido como pudo.

Kayce seguía durmiendo la borrachera mucho después de que su padre se hubiera ido a algún rincón lejano del rancho. Eso me dejó con la perspectiva de pasar tiempo con la loca embarazada o aprovechar la oportunidad para huir también. Así que me tomé el café y prácticamente salí corriendo en cuanto pasó un tiempo prudente después de la salida de Colt.

Dios, mis mejillas se encienden de inmediato al recordar lo que ocurrió anoche en el baño. Lo natural y excitante que fue estar con él y la ternura con la que me acarició al final.

Se me estruja el corazón al sentir el fantasma de sus labios en mi frente y el roce de las yemas de los pulgares en mis mejillas.

«No sé qué es esto, pero lo quiero tanto que me duele».

Anoche me acosté al borde de las lágrimas, repitiendo esas palabras una y otra vez, hecha una bola sobre la enorme cama vacía, en una habitación que no siento mía.

¿Cómo es posible echarlo tanto de menos cuando estamos bajo el mismo techo y tuvimos sexo hace apenas unas horas? Siento que hay océanos y continentes separándome de mi vaquero y no unos pasos por un pasillo.

Mordiéndome el labio, cepillo a Ollie. Está preciosa, brillante, y prácticamente se pavonea bajo mis caricias.

Hoy me he tomado un tiempo extra con cada uno de los caballos, alargando cada movimiento, perdida en mis pensamientos y en los recuerdos de Colt.

También siento un nudo en el estómago por lo que vendrá cuando mi tiempo aquí termine y tenga que irme. Tengo que buscar mi automóvil, que aparentemente ya está arreglado y listo para cuando lo quiera retirar. Después, debo seguir a mi siguiente destino.

Mis intentos por encontrar un nuevo trabajo no han dado resultados, pero he visto un par de solicitudes en establos y ranchos turísticos no muy lejos de aquí, y otros a varias horas de distancia.

Es fuerte la tentación de buscar un lugar lo más lejos posible de esta montaña porque, sinceramente, no sé cómo podré trabajar, vivir y seguir existiendo sabiendo que podría regresar fácilmente a Crimson Ridge.

Quizá debería buscar algo más cerca de donde será mi ceremonia de graduación. Eso está, por lo menos, a un día entero de viaje, en Colorado.

Hasta ahora, no he tenido el valor de abrir los últimos mensajes de Sage. Sé que va a destrozarme cuando encuentre la energía para responder, pero por ahora no sé qué decir. Tal vez tenga que contarle a mi mejor amiga que vuelvo a casa e intentar encontrar un lugar donde terminar las prácticas cerca.

Allí no hay tantas opciones de prácticas veterinarias, pero al menos podría abrazar a mi amiga, llorar en su hombro y comer helado en ropa interior mientras dejo una marca con forma de Layla en su sillón.

Una conducta totalmente normal.

Para nada sospechosa.

Qué difícil es saber que ya estás atravesando una ruptura y perdiendo al amor de tu vida cuando todavía lo tienes en frente, cuando aún puedes percibir su aroma al caminar por el pasillo y encontrar su taza de café favorita en la despensa.

Aún peor es el hecho de que prácticamente ha admitido que siente todo lo que yo siento. No dijo las palabras, pero sí que quería hacerlo.

Creo que me enamoré aún más de él cuando oí ese susurro.

Me respeta y se preocupa lo suficiente por mí como para no darme algo tan valioso estando ebria y caliente en un diminuto baño de bar.

–Así que aquí es donde te escondes todo el día, ¿eh?

Una voz a mis espaldas me eriza cada vello del cuerpo.

Por un breve segundo, cierro los ojos y respiro hondo por la nariz. Sé amable.

–Hola, Chy. –Me doy la vuelta, le dedico una sonrisa forzada, paso por debajo del cuello de Ollie para empezar a cepillar el flanco opuesto.

Que ya había cepillado. Pero Chy no lo sabe, así que no pasa nada.

Al menos hay un caballo entre nosotras.

–Veo que estás muy ocupada –dice Chy, mirando todo a su alrededor. Al menos se ha puesto un abrigo y cubierto las tetas, pero no puedo evitar sentir que está aquí buscando al Wilder mayor.

Dios, qué rebuscada. ¿Por qué Kayce no puede oler la mierda que desprende esta mujer? Ah, cierto. No es mi problema.

–Solo hago mi trabajo. –Sigo sonriendo, aunque se siente más como un relincho.

–Tú y el padre de Kayce, ¿habéis estado aquí todo este tiempo… solos?

Oh, ¿en serio se atreve a preguntar eso?

–Eh, bueno, antes que nada, estuve trabajando. Segundo, él es mi jefe, así que también estuvo ocupado con sus cosas. –Mantengo la mirada fija en el vaivén del cepillo de aseo sobre el brillante flanco. Los dedos de mi mano libre acarician el hocico de Ollie.

Ella también debe percibir que algo en esta chica no huele bien, porque golpea el suelo con una pezuña.

–Pero han sido semanas y semanas sin ver a nadie.

–No se puede bajar de la montaña si la carretera está cerrada, ¿no? –Intento mantener la voz firme mientras hablo con los dientes apretados.

No me gusta hacia dónde está yendo esta conversación, ni su tono acusador. Mucho menos que esté buscando pruebas de algo que es cien por cien cierto, pero cero por ciento asunto suyo. No voy a permitir que esta perra entrometida ande indagando en mi relación con Colt.

Suspira y se apoya contra el establo con un hombro. Y sí, no se me escapa cómo me observa de arriba a abajo.

–Espero que no haya rencores, dadas las circunstancias.

Se me cierra la garganta.

–¿A qué te refieres?

–Ah, ya sabes, todo el asunto con Kayce… –Se pasa la lengua por los dientes, con los ojos oscuros brillando entrecerrados.

–No sé si te sigo. –Ni quiero. En realidad, preferiría que se largara.

–¿No te lo dijo?

–¿Decirme qué?

–Que empezamos a salir el otoño pasado, algo ocasional… Luego se fue un tiempo con su mierda del rodeo, pero para el verano se dio cuenta de lo que se estaba perdiendo.

Aprieto los dientes. Genial. Así que no solo Kayce se aprovechaba de mi bondad –cuando le di un lugar donde quedarse y lo dejé entrar en mi cama–, sino que también tenía un romance con esta zorra barata.

Nunca me he sentido tan aliviada de usar condón y de haberme hecho análisis apenas terminamos.

Dios sabe qué enfermedades esconde esta chica.

Uf, un escalofrío me recorre el cuerpo.

Kayce es lo peor que hay. ¿Cuántas otras chicas como esta habrá tenido en su banquillo de suplentes?

–Bueno, felicidades, porque… ehhh… estáis formando una familia. –Que se vaya de una vez. Toda esta conversación me revuelve el estómago.

–Sabía que volvería en sí. –Tuerce la cabeza a un lado. Sigue mirándome con esa expresión de suficiencia.

Menos mal que no podría importarme menos. Puede quedarse con Kayce, con su alcoholismo y su inutilidad. Solo me duele que Colt vaya a terminar enredado en este desastre en el que su hijo se ha metido. Ya tuvo el trauma de un embarazo no deseado y le llega una situación muy parecida a instalarse bajo su techo.

–Bueno. –Me encojo de hombros.

–Entonces, ¿no te pasó nada aquí arriba, Layla? –Me recorre de arriba abajo con la mirada.

–¿Perdón? –Dios. No me importa que esté embarazada, soy capaz de lanzarle mierda de caballo si no me deja en paz de una vez por todas.

–¿Colton Wilder no te contó lo que pasó en Devil's Peak Ranch?

Enredo las uñas en la melena de Ollie para controlar mi temperamento. Quisiera poder chasquear los dedos y desaparecer de este lugar. Escapar de todo.

–Veo que no –continúa–. ¿Sabías que su abuelo era un asqueroso violador? Que violaba, abusaba y se salía con la suya. Colton Wilder heredó una propiedad que, en realidad, les correspondía a otras

personas, pero el viejo Wilder mintió descaradamente, y hace cincuenta años nadie escuchaba a una jovencita que trabajaba en un rancho en la montaña. ¿Quién iba a creer a una menor embarazada?

Me detengo y le sostengo la mirada desde el otro lado del establo.

–Déjame adivinar. ¿Esas personas son los Pierson?

De pronto todo empieza a encajar. Esa es la verdadera razón por la que Colt no quería denunciarlos a pesar de tener pruebas de sus crímenes. Por eso me protegía tanto. Con lo que me ha contado sobre su abuelo, no dudo que fuera capaz de algo tan terrible.

–¿Y adivina a quién arrestaron anoche solo porque estaban bailando contigo? –escupe las palabras en mi dirección. Arquea las cejas demasiado depiladas, desafiándome a confesar la razón por la que Colt me cuida tanto.

Pero no pienso darle nada. No tengo idea de si estuvo involucrado en lo que pasó anoche. Fue una situación confusa y no fue a mí a quien drogaron sino a una chica que estaba conmigo en la pista de baile.

Cruzando los brazos, me paro firme y altiva.

–No sé qué crees haber oído o visto, pero fue uno de los amigos de Kayce –y por extensión, supongo que también amigo tuyo– quien le dio a esa chica la copa adulterada.

Me hace un gesto de desdén con esas garras pintadas.

–No tienes idea de cómo funcionan las cosas aquí, querida. Te sugiero que pienses dos veces antes de dejar que se te acerque un hombre como Colton Wilder.

–Escucha, Chy. No me importa lo más mínimo lo que creas saber o haber visto, pero te voy a pedir amablemente que me dejes volver a trabajar. Como verás, tengo muchas cosas que hacer.

–Oh, me lo imagino –dice con una sonrisita torcida–. ¿Cosas que se hacen de rodillas, Layla?

Esta hija de perra.

–Ahí estás, nena.

Justo cuando me estoy preparando para arrastrar a esta basura embarazada fuera del granero tirándole del pelo, la voz de Kayce corta la tensión. Chy gira sobre sí misma, toda sonrisas falsas, haciendo ruiditos de amor para el hombre que se acerca.

–¿Qué haces fuera con este frío? –No parece particularmente cariñoso ni atento con ella. No es que me interese en lo más mínimo su relación, pero no se me escapa que Kayce no actúa como se espera de un novio o futuro padre.

Tal vez sea porque no tuvo buenos modelos a seguir.

Por Dios. Estamos todos igual de jodidos con las dinámicas familiares. Un lío de desastres que pasan de generación en generación.

Otra razón más para no querer tener hijos. Jamás. No, gracias, no es para mí. Sé lo que es crecer con una madre que no quería serlo. Fue la decisión más fácil de mi vida elegir no ser madre.

Sé que hay muchas mujeres que no pueden entenderlo, pero las que sí, lo entienden perfectamente.

–Justo iba a buscarte –dice Chy mientras se enreda en Kayce–. Dejemos a Layla en paz. Me contaba que tiene que estar horas arrodillada.

Con expresión engreída, se lo lleva del establo.

Me arden las orejas y tengo que tragarme el nudo que amenaza con subir por mi garganta.

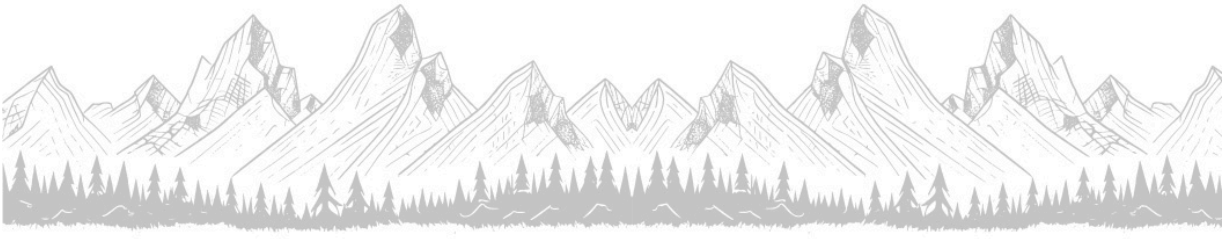
Tengo que aguantar una semana y luego me iré.

Lejos de esa zorra.

Lejos de los fantasmas que rondan Devil's Peak.

Lejos de las estupideces de Kayce y sus pésimas decisiones.

Y, por mucho que me duela, lejos también de Colt Wilder.



Capítulo 34

Layla



–¿Layla?

La voz que me acelera el corazón se cuela por la entrada del establo donde estoy trabajando.

Desde el cruce con Chy, me he quedado en el granero inventando cosas para hacer. Mi mente ha estado atrapada en un bucle constante de preocupación después de sus insinuaciones y amenazas.

Y ahora, él está plantado ahí mirándome, con los ojos tiernos, una mano en el bolsillo de los vaqueros y las riendas de Winnie en la otra. Finalmente ha regresado de donde sea que haya estado escondido.

Dios, lo único que quiero es correr a sus brazos.

–Es tarde. No has comido. –No es una pregunta, sino una afirmación. Lo sabe solo con mirarme, y eso me desordena por completo las emociones.

Bajo la cabeza porque no quiero que vea que en realidad no estoy nada bien.

–Estoy bien. –Una gran mentira. Pero ¿qué otra cosa debería decirle?

–¿Es por lo de anoche? –Comienza a quitar la montura de Winnie.

–No. –Sí. Quizás. Es por todo y por nada, y sobre todo por el hecho de que no soporto no poder estar con él.

–Lo siento… –empieza, pero lo interrumpo. Sentir que se arrepiente me va a hacer sentir mil veces peor.

–Por favor. No te disculpes. –Respiro tembloroso–. Pero dime la verdad, ¿tú hiciste que arrestaran a esos tipos en el bar?

Colt se detiene de inmediato, tensándose visiblemente.

–Se merecían eso y mucho más. Lo sabes.

–¿Pero fue por ti o por mí? –Maldita sea, no sé qué le estoy preguntando. Esa perra ha logrado meterse en mi cabeza. Lo que me dijo ha estado rondándome todo el día.

–¿A qué viene esto?

–Nada… Es que vino Chy y dijo algo sobre ellos y tu abuelo… y, mira, mejor no me lo tengas en cuenta, creo que estoy demasiado cansada. –Intento encogerme de hombros, como restándole importancia a lo que estaba tratando de decir. Porque ni siquiera yo lo sé.

–Layla. –Se acerca mucho, y una parte de mí quiere retroceder, poner distancia entre nosotros, pero la más desesperada y enamorada le permite acercarse–. Esa chica está intentando montar bronca. Es problemática, y lo sabes. –Su voz suena áspera y dura, pero no es por mí. Lo sé por la ternura en su mirada.

Un tic le recorre la mandíbula mientras me observa.

–¿Estás bien? –susurra, y su palma se eleva para acariciar mi mejilla.

Tengo tantas ganas que cedo. Me apoyo en su mano y cierro los ojos por un instante. El calor de su palma se mete en mí y su aroma masculino recorre mi sangre, dejándome al borde de lanzarme a sus brazos.

Pero no puedo. No podemos.

Mis pestañas se abren temblando, y giro mi rostro hacia su caricia un segundo más, permitiendo que mis labios rocen su calor.

–Será mejor que me vaya.

Retrocedo, obligándome a apartarme otra vez.

Voy a irme en cualquier momento, y tengo que recordar que este hombre no es mío. No podemos hacer esto, así que solo me queda ser fuerte y alejarme.



Es tarde. La luz del reloj digital sobre el calefactor marca la medianoche.

He estado dando vueltas en la cama sin poder dormir, y finalmente he decidido ir a la cocina a por un vaso de agua.

Pero, al cerrar el grifo y darme la vuelta, hay alguien al otro lado de la isla que no quiero ver en este momento.

Chy inclina la cabeza hacia un lado y apoya los codos sobre la encimera. La camiseta apenas puede cubrir su vientre de embarazada.

–¿No puedes dormir, Layla?

–Necesitaba un poco de agua. –Me encojo de hombros y levanto el vaso en cuestión.

Hay un destello en sus ojos mientras reflexiona, y luego suelta unas palabras que me hielan la sangre.

–Deberías tener más cuidado si vas a andar revolcándote con tu jefe. ¿Cómo se sentiría Kayce si se entera que su padre y tú estáis en el granero así de cerca?

Esta vez mi expresión debe delatarme porque se la ve triunfante. Como si finalmente hubiera marcado el gol ganador que ha estado intentando anotar todo el día.

–¿Qué quieres, Chy? –Aprieto los dientes.

–Quiero a Kayce.

–Bien. Ya lo tienes. Es todo tuyo. –Intento pasar a su lado para escapar a mi habitación, pero se interpone en mi camino.

–No, no es tan simple. Tengo que asegurarme de que Kayce no piense que es una buena idea volver con su dulce exnovia. –Me

recorre de arriba abajo con la mirada, lanzándome una mueca burlona–. Así que me viene bastante bien que seas la puta que folla con su padre. Imagina cómo correrá por todo Crimson Ridge el rumor de que Colton Wilder le mintió a su propio hijo y se folló a la novia a sus espaldas. Porque te prometo que haré que todos crean que tú y Kayce seguíais juntos, locamente enamorados, cuando el querido jefe empezó a meterle la polla a la preciosa Layla. Será la palabra de Colt contra los chismes del pueblo, y te lo digo desde ya: este rancho se irá a pique en un abrir y cerrar de ojos si se enteran de cómo arruinó a su hijo, el niño mimado del rodeo, Kayce Wilder.

Estoy boquiabierta. Esta chica está demente. No solo quiere hundir a Colt, su negocio, su rancho y hogar, sino también destrozar la carrera de Kayce.

Chy me mira de arriba a abajo.

–Al final la manzana no cayó tan lejos del árbol, ¿no? Colton Wilder se parece bastante a su abuelo, después de todo.

Aprieto los puños. Es vil.

–¿Qué es exactamente lo que quieres?

–Que te vayas cuando amanezca.

Mi corazón late con fuerza. No sé qué esperaba; quizá que me pidiera dinero, pero no esto.

–¿Cómo sé que cumplirás tu palabra?

–Si te borras del mapa, no tendría problema en guardar tu no-tan-pequeño secreto. Me olvidaría al instante de cualquier cosa que pueda o no haber visto.

Por mucho que quiera arrancarle mechones de cabello, amo demasiado a Colt. No hay nada que no sería capaz de hacer para protegerlo.

–¿Eso es todo? ¿Eso es lo único que quieres de mí?

Asiente y me dedica una sonrisa forzada.

–Sip. –Remarca la «p» y se aparta a un lado–. Buen viaje, Layla.

El amanecer se desenvuelve perezoso en tonos rosados y violetas mientras cierro suavemente la puerta principal detrás de mí. Los aromas de la primavera y el aire frío golpean mi nariz. Bajo con cuidado los escalones del porche delantero cargando mi bolsa.

Lo de anoche me destruyó. No pude soportar la idea de que la vida de Colt o el rancho estuvieran en peligro. No tiene sentido que me quede más tiempo y hacer estallar por los aires lo que Colt ha construido con el esfuerzo de toda su vida.

De todas formas, me hubiera ido en el transcurso de la semana.

Pero eso no aplaca el caos de emociones. Voy a tener que coger prestada la camioneta de Kayce para bajar hasta Crimson Ridge y dejarla en el taller para recoger mi coche cuando abran. Supongo que Colt podrá acercarlo montaña abajo; le he dejado una nota en la mesa de la cocina disculpándome por llevarme el vehículo sin avisar.

Me he inventado una excusa sobre una emergencia con Evaline por irme sin despedirme.

Aun así, mi corazón late con fuerza, porque sé perfectamente que Colt suele levantarse a esta hora. Cada segundo que tardo en meterme en esa camioneta y marcharme de esta montaña aumenta el riesgo de tener que enfrentarme a él.

Por mucho que lo desee, no sé si mi corazón podría soportarlo.

Arrojo mi bolsa en el asiento trasero, abro la puerta del conductor, lanzando el bolso al asiento del copiloto y entonces siento su presencia.

Mis dedos se aferran al marco metálico.

–¿A dónde vas? –La voz de Colt suena somnolienta, o quizá es insomnio. Si sus noches han sido como las mías, seguramente lo segundo.

Sin soltar la puerta, levanto la vista hasta encontrar la suya, apoyado de lado contra la camioneta. Tiene puestos unos vaqueros y una camisa de franela arremangada hasta los codos, aunque hace frío: se ve exactamente como el amor de mi vida.

–No puedo quedarme. –Mis ojos se clavan en los suyos. Mierda. El labio inferior ya me tiembla.

Su ceño se frunce. La confusión le atraviesa el rostro, pero no dice nada.

–Chy nos vio. –Trago saliva; es lo único que logro articular–. Me prometió no decirle nada a Kayce si me voy.

Aprieta la mandíbula. Se le marcan las arrugas alrededor de los ojos y la tensión en los hombros.

–Siempre supimos que iba a irme en algún momento. Así es más fácil. –Desvío la mirada hacia la casa. Aunque sé que hay pocas probabilidades de que alguno de los dos esté despierto a estas horas, estoy especialmente paranoica después de las amenazas de Chy.

Colt me observa, como masticando palabras que no dice, hasta que solo asiente.

Tengo el pecho vacío, como si hubieran encerrado mi corazón en un dispositivo de tortura.

¿Será el final? ¿Será todo lo que tendremos?

No creo poder soportar el dolor de despedirme y no hacerlo del modo que merecemos. Además, no quiero partir. Quiero quedarme aquí y vivir todos mis días con este hombre maravilloso y cautivador.

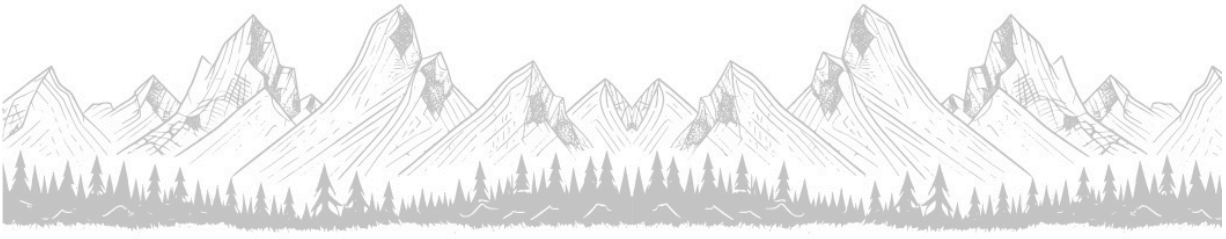
Así que bajo la barbilla, intentando ocultar el temblor de mi labio inferior y las lágrimas que arden detrás de mis ojos.

Me deslizo en el asiento del conductor, pero, antes de que pueda cerrar la puerta, Colt coge el marco. Ocupa el espacio, inmóvil, sin tocarme, pero igual de presente. Tiene los nudillos blancos de tanto apretar el metal, como si pudiera aplastarlo con una sola mano.

Mis ojos se alzan hacia los suyos con una expresión salvaje, cargada con una mezcla de emociones detrás de esos ojos color avellana que jamás dejaré de ver cuando cierre los míos.

–Layla… –Se aclara la garganta, hace una pausa y, cuando habla, lo hace en voz baja y áspera–. Encuentra tu punto justo, ángel. Apunta y da en el blanco. Puedes ser lo que quieras. No tengo ninguna duda de que lo lograrás. Tienes un corazón noble y más fuerte de lo que piensas. Si pudiste sobrevivir a un viejo como yo, puedes lograr cualquier cosa.

Con esas palabras, que destrozan mi tonto corazón, mi vaquero se da la vuelta y se va.



Capítulo 35

Layla



Me dejo caer en mi cama, que me resulta demasiado blanda. Cada extremidad grita de dolor por lo duro que he estado trabajando. El dolor recorre todo mi cuerpo por haberme lanzado sin descanso a cada oportunidad que se ha presentado para mantenerme ocupada. He pasado los últimos quince minutos escaldándome bajo la ducha infernal, intentando quitarme el olor a mierda de vaca o, al menos, aflojar la tensión en mis hombros.

Y, aun así, el músculo más adolorido de todos es mi corazón.

Cinco meses no han logrado calmar la punzada que siento en el pecho y que me recuerda cada puto día cuánto extraño al vaquero que dejé atrás cuando me fui de Crimson Ridge.

De día, Colt invade mi mente más de lo que quisiera. Y por las noches solo sueño con él. Me despierto pensando que está allí, que su peso hunde el colchón junto a mí. Me despierto excitada, gimiendo contra la almohada porque acabo de tener los sueños más vívidos con sus manos, su lengua y su cuerpo deslizándose dentro

de mí. Me despierto oyendo su voz ronca susurrándome al oído que soy lo mejor que le pasó en la vida.

La verdad es que soy un desastre. Layla Birch ha vuelto a esa etapa de la vida llamada «sobrevivir», y no siempre lo logra. Solo que esta vez mi supervivencia no se basa en comer ramen e irme a la cama con el estómago vacío, sino en llorar tanto que empapo la almohada porque tengo el corazón roto.

Lo irónico es que he tenido la suerte de recibir ofertas de trabajo en todos los sitios en los que hice prácticas. No solo eso: me han pagado bien, incluidas las horas extras. Resulta que sumar Devil's Peak Ranch en mi currículum me abrió un mundo de oportunidades con establos, ranchos y todo tipo de negocios.

La guinda del pastel: no he tenido que hacer un solo turno de bar desde que dejé Crimson Ridge. Los ingresos de estas prácticas han sido más que suficientes para cubrir todo el cuidado de Evaline.

He trabajado increíblemente duro para llegar a donde estoy: a solo una semana de la graduación. No hay duda de que mi currículum habla por sí solo, con la diferencia de que ahora finalmente tengo un rancho de prestigio que me respalda y da un voto de confianza a mis habilidades.

Si lo pienso demasiado, se me forma un nudo en la garganta. Cada nueva oportunidad que se me presenta lleva la marca de Colt, pero el hombre en sí ha sido un fantasma desde que dejé la montaña.

¿Esperaba algo distinto? ¿Pensaba que mi vaquero iba a venir cabalgando a rescatarme? Por supuesto que no. Desde el principio supimos cuál era nuestra situación, y supongo que fue un regalo del universo darme el tiempo justo para enamorarme.

Nunca hubo un escenario en el que yo me iba y seguíamos en contacto. Apenas si está conectado con el mundo exterior. Que yo sepa, no tiene móvil. No usa redes sociales. ¿Qué íbamos a hacer, ser amigos por correspondencia?

Por Dios. Presiono con fuerza las palmas de mis manos contra mis ojos.

Tengo que ser fuerte y valerme por mí misma. No puedo ser una niña tonta con sueños ingenuos y sin planes para su futuro.

Solo puedo contar conmigo. Me niego a pasar la vida dependiendo de alguien más. Por más atractiva que resulte esa fantasía –la vida con Colt y el rancho–, no es más que eso.

Una fantasía.

Mi teléfono vibra. Ahora que he vuelto a la civilización, Sage no para de bombardearme con mensajes. No me molesta; al menos por un rato no pienso en qué estará haciendo Colt.

SAGE:
¿Ya tienes un look sexi para la graduación?
Me imagino algo que diga «profesional, pero dispuesta a chuparla por un ascenso».

LAYLA:
Dios. Qué pesadilla.

SAGE:
¿Entonces eso es un sí al look de empleada puta pero proactiva?

LAYLA:
No.
Y no, todavía no he elegido *look*.

SAGE:
Disculpa, pero falta solo una semana para la graduación.
Más te vale que no sigas así de demacrada para cuando llegue.

LAYLA:
No estoy demacrada.

SAGE:
Oh, perdón.
Sigue entonces.
Continúa con esta farsa.
El vaquero te ha roto el corazón, ¿no?

LAYLA:
Me encantaría que no fueras vidente.

SAGE:

Mi superpoder es detectar cómo de contento está tu coño.
No todos los superhéroes usan capa, ¿sabes?

LAYLA:
No. Tú usas cuernitos de diablo y labial mate.

SAGE:
Y me quedan FANTÁSTICOS.
Al menos voy a llevarte de paseo.
Por favor, dime que en esa graduación habrá veterinarios sexis y habilidosos con las manos.

LAYLA:
Dios. Siento que debería avisar a mis compañeros antes de que llegues.
O ponerte un collar con cascabel para que todos te oigan llegar.

SAGE:
Zorra.
Entonces ya está decidido, tengo un plan:
1. Te gradúas.
2. Vamos a cenar y a emborracharnos.
3. Te encuentro una buena polla sin complicaciones ni ataduras para llenar ese vacío en forma de vaquero que hay en tu corazón.
… y en tu coño.

Quisiera escribirle a mi mejor amiga que no necesito a nadie más, mientras miro el sombrero negro que descansa en mi mesa de noche. Ese con el que me acuesto, apoyando el ala sobre mi pecho mientras absorbo los aromas de Colt que todavía permanecen en sus fibras. Quisiera confesárselo todo a Sage. ¿Sería el fin del mundo si admitiera lo que pasó entre nosotros en Devil's Peak?

Probablemente lo escupa con el primer sorbo de champán el día de la graduación.

Pero ese es un problema para la Layla del futuro.

LAYLA:
Mañana tengo que levantarme temprano.
Voy a asistir a los participantes del rodeo.

SAGE:

Oooooh, ¡¿ves?!
El universo ya está proveyendo.
Imagina la oferta... todos sudados, con olor a caballo (que sé que es tu criptonita) y usando esas chaparreras que te vuelven loca.

LAYLA:
Emoji de poner los ojos en blanco
¿Chaparreras?
No durarías ni cinco segundos en el campo, nena.

SAGE:
Mira. Tengo mis recursos.
Puedo hacer cosas de caballitos.
Ya me verás domando a un vaquero. Como. Una. Profesional.

LAYLA:
Más bien te imagino como un ternero indefenso enlazado en cuestión de segundos.

SAGE:
Con todo respeto, me encantaría estar en la posición de uno de esos becerros.
He visto vídeos en internet.
Solo digo.
Si el vaquero es sexi, no me niego.

LAYLA:
Oh, Dios.
Realmente eres de otro planeta.
Me voy a dormir.

SAGE:
Dulces sueños, bruja.
Te quiero. Me muero de ganas de ver tus pecas.

LAYLA:
Yo también te quiero, sargento.

Antes de dejar mi teléfono a un lado, hago lo único que sé que realmente no debería hacer.

Abro la página de Instagram de Devil's Peak Ranch.

Llámalo adicción, llámalo patético, lo que quieras. No puedo evitar tocar el nombre de la cuenta que siempre aparece primera en mis resultados de búsqueda.

La foto de perfil es una imagen de las letras de hierro contra las tablas de madera de cedro sobre las puertas del granero. Esparcidas por la página hay fotos de la cima de la montaña, de los pinos bañados por la luz dorada del atardecer y de todos los caballos que me arrancan una sonrisa cuando amplío las imágenes para ver sus dulces rostros. Incluso creo que puedo escuchar sus bufidos y resoplidos tan únicos.

No me sorprende que no hayan subido contenido en todo el verano.

De hecho, la última publicación es de hace un año, y parece haber sido Kayce porque está tomada desde lo alto de la montura, mirando hacia el cuello arqueado y las orejas puntiagudas de Peaches.

Exhalo y mi pulgar se queda flotando sobre la pestaña en la que definitivamente no necesito entrar.

Ese lugar donde sé que sí habrá actualizaciones. No me enorgullece, pero me he obsesionado con las publicaciones en que etiquetan al rancho. Suelen ser fotos grupales de los visitantes que van a cabalgar. Hay lugares que reconozco –aunque el paisaje ya no esté cubierto por el manto grueso de nieve– y ese anzuelo se clava en mi estómago mientras miro con nostalgia las fotos recientes.

Ha habido mucho trabajo, a juzgar por la cantidad de imágenes y vídeos que crece cada día.

Pero no me interesan todos esos desconocidos sonriendo y pasándolo de maravilla.

Cada vez que abro esta pestaña, solo busco una cosa. Y nunca la encuentro. Sin embargo, su presencia está ahí. Estoy segura de que Colt es la persona que está detrás de las fotos que recorro, y me muerdo el labio al pensar lo mucho que debe odiar tener que utilizar teléfonos y cámaras para los visitantes que llegan al rancho buscando una dosis de aire libre.

Imagino sus dedos callosos presionando las pantallas de los móviles y me parece una imagen ridícula. Colt es extremadamente

capaz para muchas cosas, pero la tecnología parece algo totalmente ajeno en sus grandes manos.

Esta noche hay una buena cantidad de etiquetas, y se me estruja el corazón al recorrer con los ojos la cuadrícula de miniaturas.

Hay un grupo de chicas rubias, altas y despampanantes que parecen tener mi edad, y que perfectamente podrían ser modelos. Ríen, hacen la señal de paz a la cámara con la lengua fuera. Todas tienen su foto con un caballo, y me dan celos al verlas plantar besos en sus largos y elegantes cuellos.

Y no solo eso, por la progresión de las imágenes sé que pasaron una noche en la cabaña.

El punto justo de Colt.

Nuestra cabaña.

Mierda. Las lágrimas me arden detrás de los ojos y la garganta se me cierra.

Nunca había pensado lo que me provocaría ver mujeres jóvenes en el rancho. Hasta ahora, la mayoría habían sido familias, parejas jubiladas o recién casados.

Pero esto –ver a media docena de criaturas esbeltas, bronceadas y deslumbrantes inundando el Instagram del rancho con sus publicaciones– es una tortura.

Estoy como poseída. Deslizo, amplío, examino cada detalle.

Y entonces, me quedo sin aliento.

Colt.

Lo veo. Bueno, en realidad su perfil y su cabello rebelde, y las lágrimas comienzan a nublar mi vista. Dios, es tan apuesto… Tiene la barba un poco más larga de lo que recuerdo y los antebrazos bronceados. Lleva una de sus camisas de franela azul verdosa, arremangada hasta los codos, y carga una montura mientras cruza detrás de dos rubias despampanantes que ríen en el centro del encuadre.

Si antes me dolía el corazón por echarlo de menos, esta minúscula aparición lo hace mil veces peor de lo que jamás imaginé.

Se ve guapo, y ahora solo puedo pensar en que estas mujeres han estado en la montaña con él, que estuvieron en la cabaña donde lo vi subir una escalera clavando clavos, en la terma donde follamos,

en el lugar donde dejé mi corazón envuelto en esas suaves mantas frente al fuego.

Es imposible apartar la vista. Aunque sorbo mis lágrimas calientes, no puedo evitar caer más profundo en el agujero. Voy entrando en las cuentas de las chicas, descubriendo más fotos que documentan toda la estancia en Devil's Peak Ranch.

Entonces llega la peor parte. Hay una foto de las chicas que debe haber sido tomada al atardecer y están juntas en la terma con los bikinis más diminutos. Pero el verdadero puñetazo en el estómago es la leyenda, que dice: «Gracias por este momento mágico, Colt», seguido de una fila de emojis con ojos de corazón.

Ahí me derrumbo, es demasiado para mí, y salgo de la aplicación con los dedos temblorosos.

Siento náuseas. Colt estuvo allí con este grupo de modelos.

Lo peor de todo es que no tiene absolutamente ninguna razón para no estar con otra persona. No es mío. No somos nada. No es mi vaquero.

Las lágrimas ruedan por mis mejillas mientras abro la página web del rancho. Está tan desactualizada como las redes sociales. Lo único al día son los datos de disponibilidad y las tarifas de reserva para la temporada de verano.

En la parte superior de la pantalla hay una panorámica preciosa tomada en una tarde de verano que muestra el rancho empapado en una luz dorada, con caballos pastando y un salpicado de flores silvestres; la misma vista que me recibió aquel día fatídico, cuando coroné la última loma y conduje por primera vez hasta Devil's Peak Ranch buscando a Kayce.

Es la misma vista que contemplé todo el invierno desde la ventana de la cocina –solo que entonces estaba cubierto por un manto de nieve– cuando preparaba café para los dos.

Con la palma de la mano me limpio la humedad de las mejillas. ¿Por qué estoy abriendo esta página? ¿Qué estoy haciendo? Echo de menos a Colt más de lo que pensaba que era posible, y estoy desesperada por contactar con él de alguna manera. Pero ¿qué puede esperar una chica en mi posición mirando estas migajas de información?

Hay una dirección de correo electrónico oficial y un calendario de reservas automático.

No, Layla. Aquí no hay nada para ti.

Después de todo este tiempo, Colton Wilder no está interesado en recibir un triste e insignificante correo mío, solo porque tengo el corazón roto y me he convencido de que ha estado follándose a un ejército de turistas durante cinco meses.

Tengo que prepararme para ir a trabajar mañana. La graduación es dentro de una semana. Y debería enfocarme en buscar un trabajo fijo una vez que tenga el título.

Esa es mi vida. Esa es mi realidad.

Y necesito salir de esta espiral patética de adicción a Colt.

Así que, en lugar de hacer lo que tanto quiero, bloqueo la pantalla del teléfono y me doy la vuelta en la cama.

Mis dedos se extienden para rozar el sombrero de Colt, apoyado junto a mi almohada. Si está ahí, al menos puedo fingir que me cuida por las noches. En cierta forma, despertarme y verlo me consuela. O tal vez sea puro masoquismo. No lo sé y ya ni me importa.

Cierro con fuerza los ojos y acaricio el ala.

–No nos debe nada, señorita.

Miro incrédula al mecánico junto a mi automóvil. Sentí que estuve una eternidad en la camioneta de Kayce hasta que abrieron. Cuando entré, esperando que no preguntaran por mis ojos hinchados y rojos, me miraron una sola vez y me entregaron las llaves.

–Pero… los repuestos… la mano de obra –balbuceo.

–Ya está todo pagado.

–No es posible. –Revuelvo en mi bolso y cojo la cartera. Seguramente se está confundiendo con algún otro vehículo destartalado.

–No, ya está. –Da un sorbo a su café y golpea con cariño el capó–. Como nueva. La llevará adonde necesite.

–Debe haber un error. El coche está registrado a nombre de Layla Birch.

Sigo buscando en mi cartera y cojo mi tarjeta de débito. Al menos sé que mi cuenta bancaria está mucho mejor que cuando llegué a Crimson Ridge. El coste de la reparación podría haber acabado con mis ahorros, pero, como pasé semanas sin tener que pagar nada, tengo un pequeño colchón –por primera vez en mucho tiempo– que seguro llegará para pagar la factura.

El mecánico vuelve a sacudir la cabeza.

–Así es, señorita. Sé que quizás todavía no ha tenido tiempo de tomar café, considerando lo temprano que es, pero le prometo que la cuenta ya está saldada.

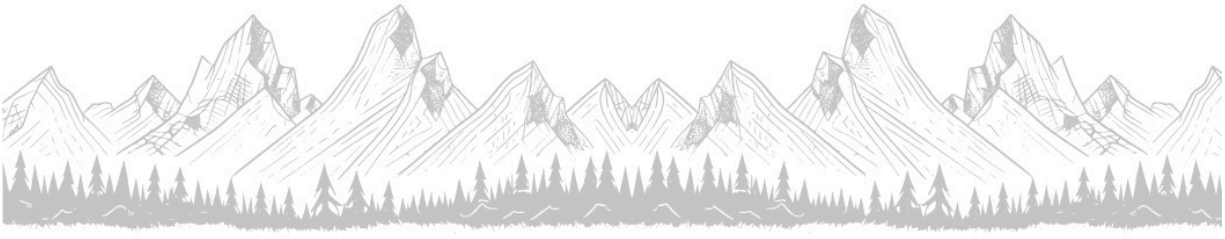
Me quedo boquiabierta como un pez.

–Colton lo pagó todo hace unas semanas para que pudiera retirarlo sin problemas. –Abre la puerta del conductor y me hace un gesto para que suba–. Nos dijo que usted intentaría pagar, pero pidió que le recordáramos algo de una cláusula de horas extra y de cubrir reparaciones del vehículo.

Paso la yema de mis dedos una vez más por el ala del sombrero, recordando la mañana después de haber dejado Devil's Peak Ranch.

Mi vaquero se ocupó de todo mucho antes de que hubiera algo entre nosotros. Porque así es él.

Dejo que las lágrimas se deslicen libremente, me abrazo las rodillas y, una vez más, me duermo llorando.



Capítulo 36

Layla



–Has estado increíble, Cassie.

Le sonrío a la joven corredora de barriles, que está roja y agitada mientras baja de su caballo tras haber terminado la prueba con marca personal. Es tímida, pero me mira por debajo de sus pestañas, con una expresión llena de esperanza.

–¿Te parece?

–No me parece, así es. –Le doy una palmada a su hermoso caballo y sonrío más–. El público ha disfrutado como loco, ¿no oías los aplausos? Han sido los más fuertes hasta ahora.

Aprieta los labios, intentando contener la sonrisa que quiere escaparse.

–Eres muy buena conmigo, Layla. La mejor afición.

–Bueno, ya me pagarás con café y dónuts cuando esté corriendo de un lado a otro.

–Cuenta conmigo. Cuando quieras. Mándame un mensaje y te traigo lo que quieras. –Cassie me hace un gesto con la mano y se

dirige hacia su tráiler. Me apoyo en la barandilla, observando a los jinetes que se están preparando para competir.

La energía ha sido altísima todo el día. Es muy divertido trabajar en estos torneos clasificatorios regionales de rodeo porque son alegres. Los participantes suelen estar acompañados de amigos y familiares que convierten la competición en una fiesta.

Carteles caseros sostenidos por abuelas orgullosas. Sombreros ondeados en el aire por padres que miran a su tesoro en la arena. Silbidos de amigos que alientan con fuerza.

Por supuesto, siempre me duele pensar en mi carencia de familia. Es inevitable, pero, para ser sincera, suelo estar tan ocupada que rara vez me detengo demasiado en ello.

Además, Sage llegará en menos de una semana. La graduación. Tengo grandes cosas por delante…

–¿La mismísima Layla Birch?

Mi cabeza se alza de golpe al oír que alguien grita mi nombre entre la multitud. Aquí no me conoce nadie, excepto algunos competidores con los que me crucé en distintos eventos y los otros dos becarios de veterinaria.

–¿Qué demonios haces aquí?

Dios mío. Kayce Wilder avanza hacia mí con una sonrisa enorme en su rostro bronceado. Mis ojos, muy abiertos, lo recorren y veo que lleva unos zahones, así que debe estar compitiendo.

Abro y cierro la boca, y de inmediato mis ojos buscan por encima de su hombro, porque, si Kayce está aquí, ¿existe alguna posibilidad, aunque sea mínima, de que lo acompañe su padre?

Pero no tengo tiempo de escanear a la multitud, porque Kayce corre hacia mí rápido y decidido, me atrapa en uno de sus grandes abrazos de oso y me levanta del suelo mientras gira.

–Ka… Kayce… –balbuceo su nombre cuando me vuelve a dejar en el suelo–. ¿Estás compitiendo? No esperaba encontrarte en un evento tan lejos.

Son al menos quince horas en automóvil desde Crimson Ridge. En un buen día. No es que haya estado mirando el mapa en mi teléfono cada noche, calculando exactamente cuánto me llevaría volver.

Apoya un codo en el pasamanos de la arena, se quita el sombrero color crema y se pasa una mano por el cabello antes de volvérselo a colocar.

–Sí, he tenido que ponerme al día con los eventos. He atravesado medio país –dice Kayce, con una sonrisa brillante. Algo en su energía parece mucho más estable que la última vez que lo vi.

–¿Y cómo te ha ido? –Me muerdo el labio. Todo en mí lucha contra la urgencia de mirar por encima de su hombro y buscar a Colt. Siendo realista, sé que eso es imposible. Colt no dejaría el rancho para acompañar a Kayce a un evento de rodeo.

Además, no puedo soltar de golpe las cien preguntas que quiero hacer sobre su padre sin delatar que ocupa el noventa y nueve por ciento de mis pensamientos.

–… me siento de puta madre al volver a montar.

Oh, Dios. Kayce ha estado hablando todo este tiempo gesticulando con las manos, sonriendo de oreja a oreja, mostrando esos dientes blancos. Más de un par de ojos se vuelven hacia él. Es la viva imagen del vaquero de los anuncios, especialmente vestido con su ropa de competición. Aunque a mí no me provoca nada, objetivamente puedo ver que Kayce es el sueño de cualquier patrocinador en cuanto a apariencia y carisma. Solo tiene que seguir un rumbo y dejar de cagarla.

Mierda. De repente, la imagen de Chy embarazada en la cocina a medianoche –amenazándome– me atraviesa la mente. A estas alturas ya debe ser padre. El bebé tuvo que haber nacido hace un par de meses.

–Layla, me siento un completo imbécil.

No presté atención a lo que decía.

–¿Perdón? –Trago saliva, intentando enfocarme en la persona que tengo delante. Mi exnovio. El hijo del hombre por el que estoy tan dolida.

–El dinero. Ese puto préstamo. En serio, lo siento mucho. Estaba en la mierda. Pero nunca me disculpé como correspondía. –Kayce se frota la nuca y, por primera vez, lo veo genuinamente arrepentido por una de sus cagadas–. Mierda. Debes odiarme. No quería que lo

descubrieras, pensé que iba a poder pagarlo antes de que supieras que lo puse a tu nombre.

Frunce el ceño bajo la sombra del ala de su sombrero.

–Eh, sí, bueno, ¿entonces le pagaste a tu padre? –Siento que la lengua no me entra en la boca. Debería estar enfadada con él, realmente debería, pero estoy demasiado cansada.

–Sí, ya está todo saldado, pero durante mucho tiempo no entendía de qué demonios hablaba el viejo. Me hizo trabajar para pagar el dinero que debía, después de gritarme por haberte robado. En mi vida lo había visto ponerse así. –Se ríe y sacude la cabeza–. Claro que, al principio, no tenía ni idea de qué hablaba, y, después de escuchar un sermón de una hora sobre cuentas conjuntas y ser financieramente irresponsable, caí en la cuenta de que debiste haberle mentido.

–No quería que tuvierais más problemas. –Bajo la mirada y arrastro la bota en la tierra–. Le dije eso porque no quería daros otra razón para pelearos.

Hasta que me enamoré y ahora todo es mil veces peor.

–Lo digo en serio: lo lamento de verdad. Fue una época negra en mi vida y tomé decisiones terribles. Siempre estuviste a años luz de un inútil como yo.

Eso me arranca una pequeña sonrisa y le apunto con el dedo.

–Si tú lo dices, Wilder. En fin, ¿cómo te va con lo de ser padre? –¿Es raro que no haya mencionado a su hijo todavía? Definitivamente es raro. Aunque, bueno, después de todo es Kayce Wilder.

Suelta una carcajada y casi se dobla por la mitad.

Frunzo el ceño. ¿Qué demonios?

–Claro, no te enteraste de nada.

–¿Nada de qué? –Lo miro con un gesto hosco. No me parece un tema para reírse después de la forma en que esa perra me amenazó y clavó sus garras en los dos Wilder.

–Mierda. Es una locura, pero resulta que yo no era el padre. –Me regala una sonrisa torcida.

Mis cejas se disparan hacia arriba.

–¿Eh?

–Sí. –Kayce se cruje los nudillos, apoyando el codo con desenfado en el pasamanos, como si todo le importara un rábano–. Resulta que el bebé era de mi padre.

Un zumbido agudo me retumba en los oídos.

Toda la sangre se me escurre del rostro.

¿Qué coño? ¿Qué coño? ¿Qué coño?

Me tiemblan las rodillas.

–Santo cielo, Layla. Estoy bromeando. –Kayce estalla en carcajadas mientras me coge del hombro con una mano firme.

Parpadeo un segundo y después pierdo los estribos. Le pego un puñetazo fuerte en el brazo con la esperanza de que se le duerma y no pueda sujetarse bien en su próxima monta. Lo insulto como una verdulera, mientras él se retuerce por lo idiota que he sido. Llorando de risa, se frota el lugar donde lo he golpeado.

–Eres un maldito imbécil –escupo–. ¿Por qué tenías que decir algo así?

Me guiña un ojo y se seca las comisuras de los ojos con el dorso de la mano.

–Oh, ha estado muy bien. Nunca me lo ibas a confesar, pero yo ya lo sabía.

–¿Saber qué? –Mi estómago da un vuelco.

–Sabía que había algo entre vosotros.

Vuelvo al modo muda. Mi cerebro se hace trizas y la mandíbula se me cae hasta el polvo bajo nuestras botas.

–Oye, si sirve de algo, no pareces precisamente feliz, pero te ves mucho mejor que mi padre. –Kayce niega con la cabeza, sonriéndome de lado–. No necesito ni quiero saber los detalles, pero lo que sea que pasara entre vosotros no me molesta.

–Kayce… yo… –Mierda. ¿Está diciendo lo que creo que está diciendo?

–Layla, los dos sabemos que no te traté bien. Estoy aprendiendo a no ser un egoísta de mierda. Estás muchísimo mejor sin mí. Aunque tengamos nuestros temas, mi padre es un buen tipo. Y desde que te fuiste está hecho una mierda.

–No queríamos hacerte daño. –Mi corazón late con un ritmo errático–. No pensamos que podía pasar algo así. –Todo me parece

demasiado irreal.

–Oye, lo nuestro fue muy divertido en su momento, pero seremos mejores como amigos. Está claro que lo que tuviste con mi padre significó mucho más.

–¿Cómo? –Lo miro confundida. Sé que Colt nunca le diría nada. Es hermético.

–Puede que tenga una cara bonita, pero no estoy ciego. Es bastante obvio a juzgar por tu reacción y por lo mal que se le ve desde el día que te fuiste. –Kayce se encoge de hombros y abre las palmas.

Toda la saliva se me seca en la boca. Siento el desierto del Sahara en la garganta.

Negando con la cabeza, lo miro fijamente.

–¿Qué pasó con Chy? –Las ruedas en mi mente empiezan a girar.

Hace una mueca.

–Dios. Qué desastre. Papá me ayudó a dejar el alcohol. Se portó increíble, fue como una roca, aunque yo no lo merecía. Luego, un par de semanas después de que te fueras, me sentó y me dijo que tenía que hacerme una prueba de paternidad.

–¿No te la habías hecho? –Abro los ojos de par en par y le susurro a gritos, mirando alrededor para asegurarme de que no tengamos público.

Se estremece y se pasa una mano por la boca.

–Lo sé, ¿de acuerdo? Lo sé. No te preocupes, papá ya me sermoneó. Pero fue un apoyo inestimable; dijo que iba a estar ahí a mi lado a cada paso, pasara lo que pasara. Me ayudó a ordenar mi mente y se aseguró de que las cosas sucedieran como corresponde.

Mierda. Se me estruja el corazón de pensar en mi vaquero reviviendo su propia experiencia de convertirse en padre sin desearlo, pero dispuesto a acompañar a Kayce.

–Así que imagínate mi sorpresa cuando resultó que no era el padre.

–Qué perra.

–Sí. Y espera, que se pone peor. –Frunce el rostro, como preparándose para soltar algo que no va a sentar bien–. ¿Alguna vez te mencioné que es pariente de los hermanos Pierson? ¿Mis primos?

–¿Te follaste a tu prima?

–Puaj. No. Son familiares políticos o algo así, pero Chy y yo no tenemos nada que ver. En fin, resulta que entre los tres habían armado un plan para reclamar el rancho fingiendo que el bebé era mío.

–Son unos mierdas. –Hago una mueca.

–Sí, tía. Después de todo lo que mi padre hizo para ayudarlos. Por suerte, los arrestaron por posesión. No es nada comparado con todas las otras cosas horribles de las que salieron impunes, pero al menos están entre rejas.

–¿Tu padre? –Colt me había contado que había historia, pero esto suena ominoso.

–Eso demuestra qué clase de hombre es. De hecho, fue una de las razones para empezar a verlo con otros ojos. –Kayce deja escapar un silbido por lo bajo–. Estuvo años ofreciéndoles acciones y oportunidades de sociedad en el rancho. Quiso reparar lo que hizo mi bisabuelo porque sabía que esa chica se quedó con un bebé y sin nada después de que la violara siendo apenas una niña. Mi padre siempre supo que tenían derecho a una parte del rancho, aunque el abuelo se ahorcó sin reconocer nada en su testamento.

Kayce sacude la cabeza.

–Papá se desvivió por darles copropiedad, derechos sobre la tierra, todo. Pero ellos querían todo o nada, y gracias a Dios se negó a entregarles el rancho a pesar de las amenazas.

Santo cielo.

–Mi padre cargó con esa culpa durante mucho tiempo. Pero supongo que algo ha cambiado. Ahora al menos están en la cárcel.

Es difícil procesarlo todo. Aunque no me sorprende que hayan acabado encerrados. El *sheriff* Hayes insinuó que el caso estaba prácticamente resuelto cuando se puso en contacto conmigo para una declaración poco después de irme de Crimson Ridge.

Suelto un suspiro por lo bajo.

–Mierda. Kayce. No sé qué decir. ¿Lo siento?

Él me hace un gesto con la mano.

–No te preocupes. Ahora pienso que fue una bendición. Me dio el susto necesario para darme cuenta de que mi vida era un desastre y

que había tomado demasiadas decisiones de mierda en muy poco tiempo.

La voz del locutor retumba por el sistema de altavoces, la multitud aplaude al que acaba de competir, y el sol nos golpea con esa intensidad feroz típica del final del verano.

–¿Así que Colton Wilder, eh? –Sus ojos azules brillan de picardía.

Gimo, cubriéndome el rostro con las manos.

–Debes odiarme.

Kayce sigue sonriendo cuando lo miro entre los dedos.

–Nah, Layla. Te lo digo con total honestidad: está bien. Estoy bien. Eres de esas… ¿cómo le llaman a la gente como tú? –Inclina la cabeza hacia un lado y luego chasquea los dedos–. Almas viejas. Eso eres: un alma vieja. Tiene todo el sentido que busques a alguien que combine.

–Déjame decir, para que conste, que esto no es en absoluto lo que esperaba para hoy. Para nada. –Lo juro por Dios, esto está a años luz de lo que pensé que un día de trabajo en el rodeo me traería.

Llega un mensaje al teléfono de Kayce, y lo coge del bolsillo para leerlo rápido.

–¿Todo bien? –pregunto, viéndolo revisar la pantalla.

–Sí, tengo que irme. Pero me ha encantado verte.

–Lo mismo digo, Kayce.

Me atrae hacia un abrazo y esta vez lo devuelvo. No estoy segura de lo que significa todo esto, pero siento, de algún modo, que estaba destinada a encontrarme con Kayce Wilder hoy.

–¿Estás trabajando aquí ahora o qué? –Señala con la barbilla hacia la arena.

–Sí y no. Me gradúo la semana que viene. Después de eso, me toca empezar a buscar trabajos de verdad, de los serios. –Le dedico un saludo militar y echo los hombros hacia atrás mientras él se aleja un poco.

La sonrisa de Kayce resplandece.

–Eso es sensacional. Felicidades.

–Gracias, Kayce. Suerte en la competición. –Aprieto los labios. Muero de ganas de detenerlo, de preguntarle por su padre, de saber un poco más de Colt. Ha dicho que no estuvo bien desde que me fui

y debo confesar que eso me alegra un poco, pero no quiero poner a Kayce en el lugar de mensajero.

–Deberías llamarlo. –Gira sobre los talones, listo para volver a meterse en la multitud, y entonces levanta las cejas mientras me mira por encima del hombro, interrumpiendo mis pensamientos.

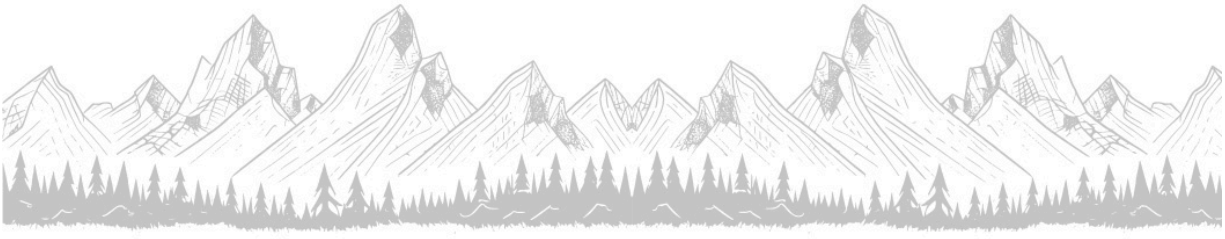
Eso me arranca una risa, y comparto una sonrisa irónica en respuesta.

–Como si fuera posible. Tú mismo me lo dijiste: no hay señal de teléfono y el wifi es una mierda. –Pongo los ojos en blanco y apoyo las manos en mis caderas.

–Sí. Pero entiendes a lo que me refiero.

–Lo voy a pensar.

–Bueno, al menos sabes dónde encontrarlo. –Me dedica una sonrisa de lado, toca el ala de su sombrero y echa a correr–. No hay forma de que abandone su montaña.



Capítulo 37

Layla



–Dios, estás despampanante. Diez de diez, te daría hasta el amanecer.

Sage se inclina sobre la consola del coche y me lanza un silbido cuando bajo.

–¿Puedes controlarte? –Me pongo bien el dobladillo del vestido bajo el trasero para no mostrarle a todo el mundo mi ropa interior en plena graduación–. Te juro que te dejo atrapada en el coche con las ventanillas cerradas.

–Es un comentario. La oferta sigue en pie. Tú… yo… si a los treinta y ocho seguimos solteras…

Alzo los ojos al cielo azul, moteado de nubes esponjosas, y muevo la muñeca para que se apresure y cerrar el coche.

–Vamos a llegar tarde si sigues mirándome las tetas.

–Son realmente magníficas. –Sage baja, cierra de golpe la puerta, se mira las suyas y suspira mientras se las coloca bien puestas. No es que esté mal en el «departamento de pechos», pero yo siempre

he tenido bastante más «amortiguación». Desde adolescentes, mis nenas son más generosas. Para tristeza de Sage.

–Vamos. Trae esas tetitas pequeñitas aquí.

Sage finge un suspiro, se lleva la mano al pecho como si sujetara unas perlas invisibles y sacude su coleta alta por encima del hombro.

Caminamos sobre la grava del aparcamiento, enmarcadas por las imponentes rejas de hierro y el arco de los establos donde será la ceremonia de hoy. Es uno de esos criaderos de caballos de familias ricas que parecen sacados de una revista: setos impecables, robles majestuosos, césped cortado con patrones cuadriculados.

Pero, mientras pasamos frente a los ladrillos perfectos y junto a la fuente reluciente en el centro del patio, solo puedo pensar en que este lugar no tiene ni una fracción del encanto de Devil's Peak Ranch. Hay Bentleys y Audis aparcados en las oficinas de administración, donde seguro que se pasean con prendas de cachemira de diseñador y beben *macchiatos*.

A mí dame toda la vida el terreno áspero de la montaña y pilas de leña por cortar. Dame unos ojos color avellana, una barba descuidada rozando mi cuello y el aroma terroso del café negro.

No. No es ni el momento ni el lugar para ponerme a pensar en Colton Wilder.

Hoy es mi graduación. Tengo que concentrarme en mi mejor amiga, que ha cruzado medio país para acompañarme. Este es el primer día del resto de mi vida.

Por sugerencia de Sage, he estado mirando trabajos en Irlanda y Escocia. Incluso en Australia. Al principio me negué, decía que no podía irme del país… que no podía dejar a Evaline. Pero ella argumentó que no cambiaba en nada estar a dos o a cinco mil kilómetros.

Y, por más triste que sea admitirlo, tiene razón.

–Por Dios. ¿Estas personas les limpian el culo a los caballos con billetes, no? –murmura Sage–. Qué estirados.

–Sí, ¿no? Es demasiado –digo sonriendo–. Son los patrocinadores del programa de veterinaria; por eso organizan una graduación digna de los Hampton. Así que cambia esa expresión juzgona, ¿de acuerdo, sargento?

Sage hace un saludo militar con dos dedos en la ceja.

–No diré ni pío. Oh, espera… –Me coge del brazo–. Necesito tomar una foto, esa vista es para morirse. Ponte ahí con las colinas de fondo.

Hago un puchero, mis ojos se desvían hacia las filas de sillas blancas plegables que se van llenando con otros graduados y sus invitados.

–¿En serio hace falta? –No estoy de humor para fotos, pero al menos este atuendo me hace sentir bien. Sage me ayudó a encontrar un vestido lencero de seda color verde bosque que resalta mis ojos, y me regaló por la graduación el par de botas más bonito que he visto en mi vida, de un color tostado suave, con costuras doradas y un pequeño tacón.

Ella tiene unas iguales pero en negro porque combinan mejor con el color de su alma.

–Bueno. Pero rápido. Tienes que asegurarte un asiento.

Sage me da órdenes, fiel a su apodo de la infancia. Busca el ángulo perfecto de barbilla para que me dé la luz indicada y, cuando por fin terminamos, sonríe mirando mi teléfono.

–Punto número uno: tienes que postear esa foto ya mismo. Punto número dos: ¿tenemos tiempo de echar un polvo rápido en algún establo vacío? Porque, amiga mía, me están pasando cosas. –Agita sus manos de manicura hacia mí y se menea.

Me sonrojo de pensar en polvos y establos porque recuerdo al hombre que podía alzarme contra una pared de madera en el granero y arrancarme gemidos en cuestión de segundos.

Le arrebato el teléfono de las manos, escaneo rápido el medio centenar de fotos y elijo algunas para publicar.

–¿Contenta?

–Mucho. Ahora ve a buscar tu toga. Sabrás disculparme si escuchas aullidos o un llanto inconsolable.

Sage me da un beso en la mejilla y me empuja hacia la carpa al lado del escenario, donde el resto de los estudiantes recoge sus togas y birretes. A algunos los he visto, pero no soy amiga de nadie. Así que reparto algunas sonrisitas incómodas y me acomodo. Antes de que pueda darme cuenta, ya estamos todos sentados en orden

alfabético, y una mujer vestida con un *blazer* crema y falda lápiz a juego, cargada de joyas doradas, se pone en pie tras el atril, dirigiéndose a la multitud.

La siguiente hora pasa en un suspiro. Me muevo inquieta en el asiento y no presto mucha atención a lo que dice.

No logro sacudirme la sensación punzante de que hay alguien observándome. Es una idea ridícula, porque Sage es la única persona que ha venido por mí. El resto son amigos y familiares de los ciento y pico de graduados que ya están listos para cruzar el estrado.

Cualquier idea loca sobre que haya venido cierto vaquero no es más que eso: una idea loca. Mi imaginación hiperactiva se revolucionó después de encontrarme con Kayce la semana pasada, y ahora me siento una tonta por pensar que él puede haberle mencionado algo a Colt.

O sea, supongo que habló con su padre de nuestro encuentro. O tal vez no. Kayce está compitiendo, así que puede ser que no hayan estado en contacto.

Eso sin mencionar lo difícil que es de por sí contactar con Devil's Peak Ranch y su dueño.

La gente de la fila de delante empieza a levantarse una a una, y yo suelto un suspiro tembloroso. Sonríe. Sonríe. Sonríe. Este es el fruto de mi esfuerzo después de tantos días y noches interminables sirviendo copas en bares de mala muerte y sintiendo que mi vida se venía abajo.

Estoy aquí.

He logrado algo increíble.

Yo. Layla Birch. Lo he hecho.

Como mi apellido empieza con B, pronto será mi turno. Cuando escucho que dicen mi nombre, siento que voy flotando hacia la mujer de dientes perfectos, maquillaje impecable y dedos suaves que murmura algo, me da la mano y me entrega el título.

El murmullo de aplausos continúa mientras sonrío y poso para la foto típica del apretón de manos. Ese es el segundo exacto en el que permito que mis ojos se deslicen furtivamente por la multitud.

Inmediatamente veo a Sage aplaudiendo sola de pie, y no puedo evitar observar al resto de los presentes.

Mi estúpido corazón se desinfla, porque, por un instante, no sé… tuve esperanza.

Creí que podía estar.

Por más que haya querido fingir que no, esa ilusión estaba ahí. Este corazón mío, ingenuo y romántico, sumado a la sensación que tuve durante toda la ceremonia…

Pero no. Por supuesto, el mar de rostros que me mira está compuesto únicamente por desconocidos.

Recojo el título, bajo del escenario en un parpadeo y regreso a mi asiento. El resto de la ceremonia pasa a toda velocidad.

Me mordisqueo el labio inferior. Quizás le mande un correo después, para contarle que me he graduado y enviarle una copia de mi título. Fue mi jefe, y me ayudó a llegar hasta aquí. Dios, fue mucho más que eso. Fue mi vaquero por un instante. ¿Mi amante, tal vez? Siento que lo nuestro fue mucho más que una aventura aislada.

Un correo. Un par de líneas para saludar. Es algo normal; no es de acosadora, ¿no? Un mensaje breve, amistoso, para agradecerle las prácticas y la recomendación.

Sin embargo, a pesar de esos sentimientos, mi corazón es un pajarito con el ala rota. ¿Qué podría decir? Colt no ha intentado contactarme, ni siquiera en mi cumpleaños. Pero me regaló su sombrero, que, si las circunstancias fueran otras, sería el equivalente vaquero a arrodillarse con un anillo. Así que, aunque Kayce nos haya dado su bendición –y con ello el alivio de saber que no odiaría a Colt para siempre si pasa algo más–, no puedo negar que sigo intranquila.

En ningún momento durante los últimos cinco meses Colton Wilder ha hecho el menor intento de comunicarse conmigo, y las lágrimas que mojan mi almohada cada noche amenazan con avanzar.

Parpadeo rápido, tragándomelo todo. No voy a estropear este maquillaje.

Aunque, si alguna lágrima se escapa, al menos no seré la única con el rímel corrido. Podría fingir que es por la emoción.

–Les pido a los graduados que regresen al escenario para tomar una última foto antes de ir a celebrarlo con sus seres queridos. –La mujer se inclina hacia el micrófono y se une al aplauso atronador mientras llega el último estudiante.

Nos ordenan en gradas, una fotógrafa hace señas con los brazos para asegurarse de que todos entren en el encuadre, y yo fuerzo una expresión parecida a una sonrisa. Los obturadores hacen clic. La gente aplaude.

–¡Gracias, y felicidades! –grita la mujer vestida de crema y dorado mientras comparto algunos abrazos rápidos con desconocidos en el escenario y la emoción por fin me desborda.

Tardo en llegar hasta las escaleras que bajan del estrado, y, al sujetar el pasamanos, levanto la vista hacia el gran roble que está justo a un lado.

Unos hombros anchos que reconocería en cualquier parte.

Ojos color avellana.

Cabello rebelde.

Camisa negra con los puños arremangados y vaqueros oscuros.

Mis dedos se aferran al pasamanos con tanta fuerza que se me ponen blancos los nudillos. Siento que, si no me sujeto como si me fuera la vida en ello, puedo caer de bruces por las escaleras.

Colt está bajo la sombra de las ramas frondosas, apoyado con un hombro contra el ancho tronco, mirándome descender del escenario. Una mano hundida en el bolsillo delantero, y, en la otra, algo envuelto en papel de estraza.

Dios mío.

Estoy flotando, completamente inestable. Mi pulso desbocado y la incredulidad absoluta me llevan a cruzar el césped. Y, aunque no quiero empezar a llorar apenas lo veo, no puedo evitarlo. Es imposible contener la oleada de emociones que sube a la superficie como olas rompiendo con furia en la costa. Para cuando acorto la distancia y llego a la sombra, ya siento lágrimas calientes rodando por mi rostro.

–Hola, bebé. –El tono grave de su voz se mezcla con mi sangre. Una sonrisa marca las líneas alrededor de sus ojos, y me aprieta contra su pecho en un abrazo fuerte. El birrete se cae al suelo y no me podría importar menos. Su palma tibia y firme me sostiene la nuca, mientras la otra mano presiona mi espalda. Mi vaquero está aquí, y yo soy un desastre. Se me nubla la vista. Sollozo. Y él me abraza más, me cubre ese tenue aroma a cuero y cedro, llenándome, devolviéndome a la vida.

Es como si toda la intensidad del mundo regresara de golpe, y, después de cinco meses de agonía, siento que el oxígeno vuelve a expandir mis pulmones.

–Ángel, estás preciosa –susurra contra mi cabello. No me suelta. Sigo apretada en su pecho, y el sonido de su voz reverbera en cada centímetro de mi cuerpo–. Perdón por llegar tarde.

Sollozo y me aparto lo justo para mirarlo. Su palma me acaricia la mejilla, y limpia mis lágrimas con el pulgar.

–¿Cómo supiste…?

–Me costó un minuto llegar después de que subieras esa foto.

Parpadeo rápido, alternando la mirada entre sus ojos y su boca. Seguramente no ha dicho lo que creo que ha dicho. ¿Cómo pudo haber visto mi foto? No tiene teléfono y evita a toda costa las redes sociales.

–¿No te molesta que viniera sin avisar? –Sigue abrazándome fuerte y yo me aferro a su camisa como si fuera a desvanecerse si lo suelto. Pero hay una arruga entre sus cejas. Su pulgar recorre una y otra vez mi pómulo, donde aún queda la humedad de todas mis lágrimas.

Niego con la cabeza.

–Estoy llorando de felicidad. –La más grande que haya sentido jamás.

–Pensé que era mejor que no me vieras, así no te salían los ojos hinchados en las fotos… y, mientras venía a toda prisa para llegar a tiempo, empecé a preocuparme de que tal vez me vieras y no lloraras, y entonces me sentiría como un idiota por irrumpir en tu graduación.

Me muerdo el labio. Dios, este hombre.

–Colt…

–Espera, déjame decirlo, Layla… –Me interrumpe y posa su pulgar sobre mis labios–. He conducido toda la noche ensayando qué decir. ¿Sabes cuántas veces en estos meses me he sentado en la camioneta y casi arranco para ir a buscarte? Te tengo clavada en los huesos, ángel. Ni te imaginas lo que tuve que esforzarme para no perseguirte. Un infierno. Estos meses han sido los peores de mi vida.

»Esta mañana me he pasado horas en la camioneta mirando este maldito teléfono, intentando aprender a usarlo. Soy pésimo, pero estaba decidido a encontrarte, porque sabía que estabas aquí, que era tu graduación y que me iba a arrepentir si no te veía lograr algo tan increíble en persona. Siento que no merezco ser parte de nada de esto, pero ruego a Dios que me permitas seguirte por el mundo, donde sea que quieras ir. Porque no importa cuánto ame la tierra y el rancho, te amo más a ti. Más de lo que nunca pensé que era posible para alguien como yo. Eres la dueña de mi puto corazón, y no puedo pasar un día más sin decirte lo profundamente enamorado que estoy de ti.

El corazón se me sube a la garganta mientras mi vaquero se abre por completo ante mí.

–Te quiero, Layla. Esto que late a duras penas en mi pecho cuando no estás cerca, es tuyo. Lo quieras o no, y no te culpo si no quieres volver a verme nunca más, pero tenía que darte el tiempo y el espacio para lograr esto por lo que has trabajado tanto. Y tenía que venir a decírtelo, tenía que ver esos hermosos ojos verdes sobre mí al menos una última vez, y decirte que son lo único que veo por las noches y que así será para siempre.

Lleva la mano que estaba en mi espalda hacia el espacio entre nosotros. Envuelto en papel de estraza, atado con el cordel áspero que reconozco al instante del granero, hay un ramillete de flores silvestres de los prados del rancho. Puedo oler los rastros de heno y polen, y son lo más hermoso que he visto jamás. Huelen a hogar, y se ven pequeños en la palma grande y callosa de este hombre que me posee por completo.

Él es mi hogar.

–¿Colt? –sollozo suavemente, rozando el borde del papel y tocando un pétalo antes de volver a su mirada.

–¿Mmm? –Su palma se desliza bajo mis rizos sueltos para sostenerme la nuca. La yema de sus dedos juega contra mi piel.

–Bésame, por favor.

–Gracias a Dios –suspira, inclinándose para aplastar sus labios contra los míos.

Sabe a menta, a amor y a todas las partes de él que he echado tan profundamente de menos. La humedad de sus labios encuentra la mía, y el cosquilleo áspero de su barba contra mi piel lo es todo.

Es suave como la lluvia, tierno, y al mismo tiempo rudo. La esencia misma de Colt y de la clase de hombre que es.

No presiona más. Aunque la sangre se agita bajo la piel y solo quiero lanzarme a su cuello y treparlo, confío en que ya habrá tiempo para eso. Dios. Ojalá. Ojalá esto signifique que está aquí y no piensa irse a ningún lado.

Con un gemido, se aparta ligeramente y apoya su frente contra la mía.

–Dime que no estoy soñando –susurra, con voz ronca.

–Emm… Odio interrumpir. –La voz de Sage irrumpe, estallando nuestra pequeña burbuja. Cuando giro la cabeza hacia ella, un poco avergonzada, tiene una sonrisa de oreja a oreja y una copa de champán en cada mano.

–Hola… él… –Trago saliva rápido y, a regañadientes, me aparto un poco de Colt.

En un instante, los ojos oscuros de Sage recorren el ramo de flores, al vaquero detrás de mí, y registran con precisión quirúrgica su palma descansando en mi cadera. Siento cada dedo marcado en mi piel, el calor y el peso de su mano atravesando la tela del vestido, empujándome hacia su torso.

Gracias a Dios que no parece tener intención de soltarme, porque no creo ser capaz de mantenerme en pie por mí misma.

–El vaquero de Crimson Ridge, ¿no? –Mi mejor amiga da un sorbo a una de las copas.

–Ella es mi mejor amiga, Sage –balbuceo.

–Colton Wilder. Un placer conocerte, Sage. –Siento al hombre detrás de mí inclinar la cabeza en un gesto de saludo. Sus dedos fuertes aprietan con más firmeza mi cadera, dejando claro que no piensa soltarme, aunque le cueste contener el impulso de estrechar la mano.

Pero entonces Sage alza su copa con una sonrisa deslumbrante, su propia versión de saludo, ya que tiene ambas manos ocupadas.

Los modales de vaquero de Colt quedan en pausa por ahora.

Mi mejor amiga entrecierra los ojos, ladea la cabeza y me lanza una mirada que no necesita palabras. Esa sonrisa pícara lo dice todo.

Frunzo el entrecejo. Lo sé. Lo sé.

–Wilder… qué curioso, ese apellido me suena mucho.

Sage jamás me dejará olvidar esto. Sin duda, va a recordarme este momento el resto de mi vida, pero, para mi tranquilidad, ahora mismo se encoge de hombros y mira hacia la multitud reunida en la carpa del *catering*.

–Encantada de conocerte, Colton. Tenemos reserva para cenar a las seis, así que voy a añadirte a nuestra mesa mientras vosotros… ejem… os ponéis al día. Yo estaré por allí, atiborrándome de miniquiches hechas con cinco tipos de queso *gourmet* importados de Francia.

–Enseguida vamos. –Muerdo mis labios y pronuncio un «gracias» silencioso con la boca.

–Por cierto, me quedo con esto. –Sage gira sobre sus talones y levanta la segunda copa de champán, que era para mí, pero ha confiscado.

Apoyada contra el pecho de Colt, escucho su risa grave.

–Creo que tendré que dar muchas explicaciones en la cena.

–Sage es increíble, pero te advierto que te va a interrogar como si fueras un asesino en serie.

–Valdrá cada segundo. –Colt me empuja suavemente hacia él, y yo obedezco encantada–. Pero no quiero interrumpir lo que teníais planeado para esta noche…

–No. Para. –Le acaricio la barba–. Quiero que vengas.

–¿Estás segura?

Me muerdo el labio inferior, escondiendo la sonrisa más grande del mundo.

–¿Puedo decirte algo, vaquero? No hay nada que desee más que comer estofado, acarrear leña y darles zanahorias a los caballos a escondidas. Podría hacer esas cosas en cualquier parte, pero solo vale si tú estás ahí. Nada importa si tú no estás en mi vida.

Él me observa, y aparta un mechón de mi frente con esa caricia que llevo meses anhelando. Me cuesta un esfuerzo monumental no soltar un gemido cuando sus dedos rozan mi piel.

Los ojos de Colt, salpicados de oro, brillan bajo la luz que se filtra entre las hojas.

–Ahora todos los vasos y las tazas están en la repisa de abajo. Cada vez que me sirvo un café siento que la taza tiene la huella de tus dedos.

–Tu sombrero está en mi mesilla de noche.

Le tiemblan los labios, y las mariposas estallan en mi estómago al ver la sonrisa que oculta.

–Eres un milagro. Un imbécil como yo nunca debió conocerte. Te dije que no encontraba una palabra para describir lo que sentí al tenerte. Eres mis flores silvestres después del invierno, eres el primer crujido de la chimenea cuando se enciende, eres el sol que ahuyenta las tormentas. Nena, eres un maldito milagro.

Me aferro a las solapas de su camisa.

–Si sigues así, no voy a dejar de llorar nunca.

Ríe, y el sonido se asienta en mis venas como miel.

–Dios, te amo, ángel.

–Estoy muy enamorada de ti, vaquero. Ni te lo imaginas.

EPÍLOGO

Layla



–Entonces, ¿me estás diciendo que aprendiste a usar un móvil, diste un curso intensivo de Instagram y después *stalkeaste* mis redes hasta encontrarme?

Aprieto los labios y miro a mi vaquero en el asiento del conductor. Tiene una mano sobre el volante y la otra entrelazada con la mía, o quizá soy yo la que lo tiene prisionero. Como sea, no puedo evitar inclinarme hacia él. ¿Lo he dejado de tocar en algún momento desde que apareció ayer en mi graduación? No creo.

Estoy en deuda con Sage por la naturalidad con la que lo manejó todo: interrogó a Colt en la cena, fue encantadora y luego se ofreció a llevar mi coche de regreso a Crimson Ridge para que Colt y yo pudiéramos viajar juntos en su camioneta.

Me dieron ganas de besarla en la boca.

–No es para tanto –gruñe el aludido. Y yo prácticamente doy saltitos en el asiento como un cachorro emocionado.

–No puedo creer que Kayce te haya enseñado.

Colt niega con la cabeza y suelta otro gruñido entre fastidioso y divertido. Le he obligado a contarme la historia varias veces, sin omitir detalles.

Resulta que, después de nuestro encuentro en el rodeo, Kayce se puso en plan cupido. Volvió al rancho con un móvil nuevo y obligó a Colt a sentarse durante dos días seguidos para aprender no solo a usar un *smartphone*, sino también las redes sociales.

Cuando terminaron el curso intensivo, y tras discutir un poco, Kayce echó al viejo de la montaña y le dijo que tenía que ir a buscarme.

Por más improbable que parezca, dado nuestro pasado, fue Kayce quien le dio el impulso que su padre necesitaba porque consideraba que era lo mínimo que podía hacer para intentar compensar toda la mierda del último año.

Me provoca una alegría incontenible que este hombre tan rudo viniera a buscarme para llevarme a casa.

Porque con él, esté en Devil's Peak o no, siento que tengo un hogar. Colton Wilder es mi lugar seguro. Mi persona.

Solo espero ser lo mismo para él.

–Bueno, ya puedo deshacerme de esta cosa. –Me lanza una mirada de fastidio.

–¿Por qué? –Alzo las cejas.

–Te encontré. ¿Para qué la quiero? No voy a dejarte ir, cariño.

Mi corazón da un vuelco y se derrite en sus manos con esa confesión.

–¿Y si yo quisiera que te lo quedaras?

Colt eleva mis dedos hasta sus labios, sin apartar la vista de la carretera, y los roza con sus labios. El contacto húmedo y la rasposa sensación de su barba me recorren entera y me hacen estremecer.

Con un latido en el clítoris recuerdo cómo su boca recorrió hasta el último centímetro de mi cuerpo durante la noche. Dibujando un mapa y estudiando cada curva, como si quisiera volver a grabarlo en la memoria después de tanto tiempo separados.

Dios, este vaquero me tiene embobada y cachonda.

–En casa no hay señal, tenemos las radios, ¿para qué voy a andar cargando esa cosa? –me dice, mordisqueándome el dedo índice.

Mi pulso late un poco más fuerte.

–Creo que te conviene quedártelo… –Este hombre me tiene como loca y apenas llevamos un par de horas de viaje.

–No entiendo para qué. Se me va a romper. O quedará olvidado en un cajón. Nunca la voy a usar –murmura.

Oh, a mí se me ocurren un par de ideas.

–¿Entonces no quieres que te mande fotos o vídeos eróticos? –Me muerdo el labio inferior y me estremezco cuando él aprieta mis dedos en respuesta a mis palabras.

–¿Cómo vas a hacerlo si no tengo señal?

Me cuesta trabajo esconder la sonrisa. El tono de su voz acaba de cambiar por completo, y puedo verlo incómodo en su asiento.

Parece que al final Colton Wilder sí está interesado.

–¿Te gusta la idea, jefe? –lo provoco, ladeando la cabeza y batiendo mis pestañas mientras él me mira por el rabillo del ojo.

Sale un ruido grave de su boca.

–Piénsalo como un regalito. Cuando tengas señal o wifi, puede que te esté esperando una foto… o un vídeo.

Colt se vuelve a remover en su asiento.

Dios, me encanta que esté excitado.

–Yo prefiero lo de verdad, nena. –El tono áspero de su voz hace que mi coño responda–. Vas a tener que mostrarme algunos ejemplos primero.

No puedo negarme.

Aprieto los muslos. Ha pasado tanto desde que estuvimos juntos que mi cuerpo ya lo echa de menos.

Miro rápido por la ventana: estamos atravesando colinas remotas, algo así como un parque nacional.

–¿Por qué te muerdes tanto el labio, eh? –Me lee como un libro–. ¿Quieres contarme en qué estás pensando?

El rubor me tiñe las mejillas y ya siento ese calor que conozco bien acumulándose en el bajo vientre. Mi cuerpo pide más, no basta con lo de anoche.

Colt suelta nuestros dedos, los desenreda y posa la mano sobre el tramo de muslo descubierto por mi vestido.

–Déjame decirte lo que pienso, ángel. –Colt aprieta mi muslo con fuerza.

La sangre me empieza a hervir.

–Pienso en lo bien que te sientan estas temperaturas veraniegas.

Su palma caliente quema mi piel suave y sensible.

–El día es tan bonito que tengo ganas de salir a pasear sin rumbo.

Su mano se desliza más arriba, rozando el borde del algodón del vestido; mantiene los ojos en la carretera mientras los míos rebotan entre donde me toca y las venas de su mano sobre el volante.

–Estoy pensando en que te pongas uno de estos vestiditos de verano sin bragas.

Se me escapa un jadeo cuando recorre mi piel, subiendo mi vestido conforme avanza.

–Yo, con la mano entre tus muslos.

No puedo evitar gemir mientras él hace exactamente eso. Acariciándome por encima del encaje empapado que cubre mi sexo.

–¿Qué te parece, ángel?

Me toca con voracidad, provocador, invitándome a gritar todo lo que quiero que me haga aquí mismo, en medio de la carretera de regreso a Crimson Ridge.

No tenemos prisa.

Tenemos todo el tiempo del mundo.

Joder, quiero que me la meta.

–¿Por favor? –exhalo temblorosa cuando frota la tela que cubre mi clítoris.

–¿Te puedo ayudar con algo?

–Sí, jefe.

Colt resopla, arrastrando los dedos hasta la orilla de mi ropa interior, jugando con ella. Torturándome porque no mete la mano ni la corre como quiero.

–Aquí estoy, intentando encontrar razones para no abalanzarme sobre ti, pero entonces me miras con esos ojos verdes, y quedo indefenso.

Perfecto, porque sin duda quiero que se me lance encima más de una vez en este viaje.

–Extrañaba la vista desde tu asiento trasero.

Un gruñido profundo y áspero llena el espacio entre nosotros.

Llevo la mano a mi cinturón de seguridad, pero Colt chasquea la lengua.

–No. Ni se te ocurra moverte de ese asiento. Te vas a quedar ahí, y yo te voy a tocar por encima de estas bragas empapadas. Vas a esperar obediente hasta que encuentre un sitio donde podamos detenernos.

Mi quejido se transforma en gemido cuando Colt reanuda los círculos lentos y la presión sobre la tela.

Si alguien nos viera, creería que estamos paseando. Él tiene los ojos fijos en la carretera; pero a mí el clítoris me late frenético y, cuando bajo la mirada hasta su regazo… el bulto en sus vaqueros revela cuánto desea esto también.

Los siguientes minutos son pura agonía. Estoy jadeando, perdiendo la cabeza, cuando finalmente gira el volante hacia un lado del camino.

Parece un área boscosa con carteles de senderos públicos, y, para mi inmenso alivio, está desierta.

–Quítate esas bragas, ángel. –Colt da la orden mientras detiene la camioneta apuntando hacia un muro de árboles. La ha colocado de tal manera que nadie que llegara por el camino podría vernos.

Por supuesto, me apresuro a obedecer incluso antes de que pueda poner el freno de mano.

–Estamos en medio del verano, y aún quieres que te folle en el asiento trasero con toda la ropa puesta. –La comisura de sus labios se curva mientras se inclina para desabrocharme el cinturón.

Casi me derrumbo cuando identifico esa chispa jovial y pícara en sus ojos color avellana.

–Quizá sea lo nuestro. –Me humedezco el labio inferior con la lengua.

Colt emite un sonido que espero sea un sí porque es demasiado excitante.

–Mmm, esta vez quiero tenerte en mi regazo para disfrutar de estas tetas perfectas que tanto extrañé, mientras me aprietas la polla.

Me lanza una mirada ardiente, abre su puerta, y en cuestión de segundos está en el asiento trasero. Con las piernas abiertas, me invita a avanzar y, antes de que se pueda sentar bien, trepo como un mono y me lanzo encima, mis dedos se enredan en sus rizos, nuestras bocas chocan. Oficialmente, nunca me canso de mi vaquero: de su barba contra mi piel, de sus palmas callosas recorriendo mi cuerpo, del calor que irradia.

–¿Vas a correrte montando mi muslo, ángel? –Colt recorre mi mandíbula, bajando con la boca por mi cuello–. ¿O vas a desabrocharme el cinturón y así puedo llenarte otra vez?

Otro sonido descarado escapa de mi garganta.

–Oh, Dios, necesito que me la metas.

Colt mueve las caderas, permitiendo que mis dedos lo liberen. El chasquido de la hebilla, el desliz silencioso del cuero, el sonido metálico de la cremallera… todo va encendiendo mi cuerpo en una espiral de deseo. Le bajo los bóxers y su grueso miembro se libera; me encanta saber que ahora podemos estar juntos sin pensar en el tiempo ni en nada más que en este momento.

Ahora solo se trata de disfrutarnos, y es más de lo que jamás hubiera esperado.

Cierro el puño en su erección, que late con fuerza bajo mis dedos. Se endurece aún más, y eso me desespera.

–Mmm, joder, bebé. Frótate ese coño empapado. Estás tan mojada… mi chica obediente, siempre chorreando para mí.

Dios, amo cuando me habla con esa boca sucia.

Ambos estamos absortos mirando el punto donde hago chocar la cabeza contra mi clítoris y luego la deslizo por mi humedad, cubriéndolo por completo.

Clava los dedos en mis caderas, alzándome para alinearse con mi entrada.

–Oh, Dios –gimo al hundirme en él, ese estiramiento perfecto de su cabeza coronando mi centro, seguido de la forma en que me llena a este ángulo que me hace poner los ojos en blanco.

–Ángel… –el gruñido de Colt es sexi–. Siente lo empapada que estás, llena de mi semen.

Mi interior le responde con un apretón, porque me deja sin aliento saber que ya me ha llenado varias veces en las últimas veinticuatro horas, incluso una esta misma mañana.

–Dios. Relájate, bebé. Déjame entrar por completo en tu dulce coño.

–Me encanta cuando me hablas así. –Se me entrecorta la respiración, mis dedos atrapan su cabello mientras Colt me baja por su erección y embiste hacia arriba al mismo tiempo.

Ambos gemimos al unísono cuando llega al fondo.

–Dime que no estoy soñando. –Su voz ronca viene acompañada de besos y succiones sobre mi cuello.

–Estás aquí conmigo, vaquero –gimo, empezando a mover las caderas–. Joder, me gusta tanto.

–Bájate el vestido, ángel. Enséñame esas tetas perfectas mientras me follas.

Colt no me suelta las caderas, marcando el ritmo, arrancándome gemidos de placer. Enterrado, golpea justo ese punto mágico que me haría rogarle de rodillas.

Engancho los tirantes finos, los deslizo por mis hombros y dejo que la parte superior del vestido caiga. La tela se acumula en mi cintura.

–Mierda… sin sujetador y llena de mi leche. ¿Seguro que no estoy soñando? –susurra ardiente, antes de tomar uno de mis pechos en su boca y succionarlo con fuerza.

Me encanta ser su puta.

–Oh, mierda… Oh, Dios, Colt.

No se detiene. Tortura mis pechos mientras empiezo a perder la razón sobre su regazo.

–Por Dios… Sigue apretando así y voy a llenarte tanto que vas a estar chorreando sobre el asiento todo el viaje. ¿Te gusta cuando mi semen se escurre por esos muslos bonitos, no? Mi chica sucia que ama que la folle en la camioneta.

Su boca perversa lame y succiona mis pezones sensibles, haciéndome gemir fuerte, apretando su grosor mientras la ola del orgasmo ya está a punto de romperse.

–Estoy tan cerca… –Apenas logro soltar otro gemido cuando Colt me embiste con fuerza y devora mis pechos con su boca ardiente y húmeda.

–Frótate el clítoris –gruñe.

Mi mano se desliza entre mis muslos, y es el fósforo que enciende la llama.

Bastan unas cuantas caricias circulares para que me desmorone, sacudiéndome y gimiendo, mientras Colt deja escapar un sonido áspero y desesperado y embiste dentro de mí. Su polla se hincha y descarga y yo, loca de placer, me siento levitar.

Las palabras me salen sin control. Le digo cuánto lo amo, una y otra vez. Que no quiero separarme de él. Le suplico más, porque mi deseo aparentemente no tiene límites.

Colt me acuna, guiándome hacia atrás hasta que mi columna queda apoyada contra la puerta. Se aleja, soltando un siseo, mientras su mirada embelesada recorre mi cuerpo.

–Este corazón es tuyo, Layla Birch. –El vaquero se encaja entre mis muslos–. Nunca te voy a dejar ir. –La lengua suculenta sube por la parte interna de mi muslo–. Nunca voy a apartarme de tu lado. –Sus manos calientes me abren todo lo posible, y, justo antes de hundir la boca en mi coño, me clava esa mirada avellana que me derrite–. Ahora déjame limpiarte, bebé. Voy a asegurarme de que estés bien llena, como te gusta.

Colt introduce la lengua en mí, saboreándonos a los dos, recorriendo toda mi piel hipersensible. Reintroduce su semen, y yo pongo los ojos en blanco de placer.

Pero este hombre conoce hasta el último rincón de mi cuerpo, y de algún modo consigue llevarme a otro orgasmo en tiempo récord.

Cuando termina, mis muslos tiemblan y estoy sin fuerzas.

Me incorpora y me coloca en su regazo, jadeando; me cubre el rostro con las manos, guiando nuestros labios mientras vuelvo a mí. Pruebo el sabor de los dos en su lengua y creo que mi corazón va a estallar del alivio por volver a sus brazos fuertes.

Mientras nos besamos, lenta y lánguidamente, siento sus dedos enganchar mis tirantes. Mi pulso se va calmando poco a poco

mientras él se toma su tiempo para acariciar mi piel y arreglarme la ropa.

–Ángel, tú eres mía y yo soy tuyo –murmura en voz baja, con sus labios rozando los míos–. Te amo tanto.

–Te quiero, vaquero.

Mis yemas recorren la mandíbula, la barba, y se hunden en el cabello oscuro.

–Vamos a casa.

Agradecimientos

Crimson Ridge, Devil's Peak Ranch y el amor de Colt y Layla llegaron de sopetón en mitad de la noche mientras estaba abocada a la entrega de otro libro. Y aquí estamos. Su historia ya vio la luz, y me entusiasma muchísimo poder compartir con vosotros más vaqueros de ensueño y romances prohibidos.

A mi maravilloso señor Rose, que me apoya cuando desaparezco y me pierdo entre las palabras: te quiero con todo mi corazón.

Lazz, eres mi ídolo, mi compañera, mi lectora alfa, mi extraordinario sostén… el universo Elliott Rose no funcionaría sin ti y tu magia. TE AMO.

Sandra, diste en el blanco con la portada. Me maravilla tu don para crear la PERFECCIÓN y no deja de sorprenderme lo increíbles que se ven mis libros en las estanterías. ¡Sigue así, por favor!

Heather, te estaré eternamente agradecida por tu entusiasmo, tus comentarios y tu amor por estos mundos y estos personajes. GRACIAS.

Amy, no hay palabras para expresar cuánto valoro tu tiempo, tu energía, tus sugerencias y tu entusiasmo mientras escribía esta historia. No te imaginas lo crucial que fuiste para que el libro cruzara la línea de meta.

A mis seguidores en Ream, gracias por darle una oportunidad a una autora independiente y por pasar meses en mi mundo. Elle… diosa mía… desde mi corazoncito cachondo te mando los abrazos más fuertes. ¡No tenéis idea de lo mucho que significa todo esto, os adoro a todos!

Por supuesto, para dar vida a un libro así se necesita un pueblo entero detrás de escena. A mis lectores alfa, beta y previa: son mágicos, gracias por tanto cariño hacia nuestro cuarteto. Gracias por ser cómplices en mis travesuras, en el caos de los lanzamientos por capítulos y en mis interminables preguntas.

Street Team, lo sois TODO. A mis primeros lectores, les deseo todos los vaqueros mal hablados y rudos que existen. A los que compartieron este libro, lo promocionaron o insistieron con cariño para que alguien lo leyera: sois maravillosos.

A cada persona que ayudó a promocionar alguno de mis libros, estoy eternamente agradecida con vosotros y me muero de amor cada vez que veo vuestra creatividad y entusiasmo por un personaje o una historia de Elliott Rose.

Desde el fondo de mi corazón, y de parte de jefe Colt y de nuestra Layla… os mandamos todo nuestro amor.

Índice

Introducción
Aviso de contenido
Playlist
Capítulo 1. Layla
Capítulo 2. Layla
Capítulo 3. Layla
Capítulo 4. Cinco meses después. Layla
Capítulo 5. Colton
Capítulo 6. Layla
Capítulo 7. Colt
Capítulo 8. Layla
Capítulo 9. Colt
Capítulo 10. Layla
Capítulo 11. Layla
Capítulo 12. Colt
Capítulo 13. Layla
Capítulo 14. Layla
Capítulo 15. Colt
Capítulo 16. Layla
Capítulo 17. Layla
Capítulo 18. Colt
Capítulo 19. Colt
Capítulo 20. Layla
Capítulo 21. Layla
Capítulo 22. Layla

Capítulo 23. Colt
Capítulo 24. Layla
Capítulo 25. Colt
Capítulo 26. Layla
Capítulo 27. Layla
Capítulo 28. Colt
Capítulo 29. Layla
Capítulo 30. Colt
Capítulo 31. Layla
Capítulo 32. Colt
Capítulo 33. Layla
Capítulo 34. Layla
Capítulo 35. Layla
Capítulo 36. Layla
Capítulo 37. Layla
Epílogo. Layla
Agradecimientos

Título original: *Chasing the Wild*
Traducción del inglés: Leila Gamba
Diseño de cubierta: Maldo Designs
Conversión a formato digital: Estudio eBook

Edición revisada y adaptada

Primera edición: febrero de 2026

© 2024, Elliott Rose
© 2026, VR Europa, un sello de Editorial Entremares, S.L.
Balmes 188, 08006 Barcelona - **www.vreuropa.es**

Todos los derechos reservados.
Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión de la misma, sin previa autorización escrita de la editorial.

ISBN: 979-13-87601-89-8

EUROPA

Seguinos

VReuropa

Índice de contenido

Cubierta
Sobre este libro
Sobre Elliott Rose
Portada
Dedicatoria
Introducción
Aviso de contenido
Playlist
Capítulo 1. Layla
Capítulo 2. Layla
Capítulo 3. Layla
Capítulo 4. Cinco meses después. Layla
Capítulo 5. Colton
Capítulo 6. Layla
Capítulo 7. Colt
Capítulo 8. Layla
Capítulo 9. Colt
Capítulo 10. Layla
Capítulo 11. Layla
Capítulo 12. Colt
Capítulo 13. Layla
Capítulo 14. Layla
Capítulo 15. Colt
Capítulo 16. Layla
Capítulo 17. Layla
Capítulo 18. Colt
Capítulo 19. Colt
Capítulo 20. Layla
Capítulo 21. Layla
Capítulo 22. Layla
Capítulo 23. Colt
Capítulo 24. Layla
Capítulo 25. Colt
Capítulo 26. Layla
Capítulo 27. Layla

Capítulo 28. Colt
Capítulo 29. Layla
Capítulo 30. Colt
Capítulo 31. Layla
Capítulo 32. Colt
Capítulo 33. Layla
Capítulo 34. Layla
Capítulo 35. Layla
Capítulo 36. Layla
Capítulo 37. Layla
Epílogo. Layla
Agradecimientos
Índice
Créditos


Cubierta